

60 ct

9(61-29)

NARRACIONES

HISTÓRICAS

FOR

MIGUEL LUIS AMUNATEGUI.



SANTIAGO,

IMPRENTA NACIONAL, CALLE DE LA MONEDA NÚM. 46.

— 1876. —

M. S.

g. g.

530

Traducciones

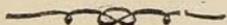
de

NARRACIONES HISTÓRICAS.

NARRACIONES
HISTÓRICAS.

POR

MIGUEL LUIS AMUNATEGUI.



SANTIAGO,

1878

IMPRENTA NACIONAL, CALLE DE LA MONEDA, NÚM. 46.

— 1876. —

UN MÁRTIR.

I.

En 1566, Titu Cusi Quispe Yupangui era el que ceñía las sienes con la borla carmesí, insignia de la dignidad soberana entre los incas.

La prosapia de aquel príncipe ascendía de monarca en monarca, por línea recta, hasta el primer Manco Cápac, el misterioso i venerable fundador del imperio que los indijenas denominaron Tavantisuyo, i los conquistadores castellanos, Perú.

Titu Cusi era hijo del segundo Manco Cápac, aquel que acaudilló el grande i formidable alzamiento contra los invasores europeos, i que los tuvo estrechamente cercados en el Cuzco.

No encontrándose con los recursos suficientes para espulsar a los extranjeros, i no queriendo que sus súbditos corrieran sin fruto ni esperanza riesgos de

haciendas i vidas, el inca Manco habia buscado un asilo en las ásperas montañas de Vilcabamba, donde murió tristemente a manos de un español oscuro en una riña de cancha de bolas.

Titu Cusi era hermano de Sairi Tupac, sucesor inmediato de Manco, aquel que negoció con el virrei don Andres Hurtado de Mendoza la renuncia de sus titulos i sus derechos, recibiendo por toda compensacion un sitio de casa en el Cuzco, i una encomienda que producía una renta anual de diez mil pesos.

Sairi Tupac habia manifestado que comprendía mui bien la ignominia de un contrato semejante.

El virrei del Perú don Andres Hurtado de Mendoza i el arzobispo de Lima don frai Jerónimo de Loaisa determinaron entregar de una manera estravagante al soberano desposeido la cédula en que se le hacían las mercedes de aquel sitio i de aquella encomienda.

El prelado invitó al inca para que fuese a comer en su palacio.

Cuando se levantaron los manteles, presentó a Sairi Tupac en una primorosa fuente de plata la cédula consabida.

La mesa delante de la cual se hallaban sentados, estaba cubierta con un paño de terciopelo, cuya guarñicion consistía en un fleco de seda.

Sairi Tupac arrancó una hebra del fleco; i cojiendo con dos dedos uno de sus extremos, la mostró al arzobispo sorprendido, i quizá algo turbado.

—Todo este paño era mio, dijo con voz solemne i conmovida, señalando el que cubria la mesa; toda su guarnicion era tambien mia; i ahora me dan este pelito para el sustento de mi persona i de mi familia.

Sairi Tupac sobrevivió solo tres años a esta abdicacion; i al fin de ellos murió de tristeza.

Sus compatriotas sostuvieron que los españoles le habian envenenado.

Titu Cusi habia sucedido a su hermano en la dignidad de inca.

Todo su imperio se reducía a la fragosa comarca de Vilcabamba, situada a algunas leguas del Cuzco.

Es esta una rejion cortada i defendida por escabrosas i empinadas montañas, entre las cuales se estienden valles algun tanto fértiles, que son fecundados por torrentes correntosos, i por las lluvias que caen todo el año.

Contiene minas de plata, que despues se han explotado con provecho, i minas de oro, que entónces producian abundancia de este precioso metal.

Aquel pais estaba ocupado por diversas aldeas, mas o ménos importantes.

Como se ve, el imperio de Titu Cusi no era mucodiciable; i sin embargo, podria haberse asegurado que ninguno de sus poderosos antepasados habia estado tan ligado a sus vastísimos i opulentos dominios, como él lo estaba al mui limitado i pobre que los rigores de la fortuna le habian dejado.

Jamas le habia pasado por la imaginacion, como a su padre Manco, el proyecto de espeler al extranjero, i de recobrar la herencia de sus mayores; pero nunca tampoco habria consentido, como su hermano Sairi Tupac, en cambiar su reino, fuera como fuera, por una encomienda i un sitio de casa.

No acariciaba la idea de trabar una lucha desesperada con los españoles; pero lo que deseaba mas ardientemente era que ninguno de ellos entrara en el rincon de tierra que todavía conservaba.

Para conseguirlo, habia perfeccionado los trabajos de incomunicacion ejecutados por su padre Manco, cortando puentes, cerrando pasos, mudando el curso de las aguas i agregando asperezas artificiales a las muchas que la naturaleza habia creado por sí sola.

Los indios que habitaban en las fronteras, los cuales estaban habituados a obedecer las órdenes del inca, como si fueran las de un ser superior i divino, habian recibido la mas especial recomendacion de no mostrar jamas a los españoles las sendas que conducian a las montañas, i de ponderar las dificultades de la entrada.

—Seria menester convertirse en pájaro para penetrar hasta Vilcabamba, decian los indios en cumplimiento de sus instrucciones a los curiosos que solian pedirles noticias del camino que llevaba a la morada del inca.

II.

A pesar de todos estos obstáculos, frai Márcos García, religioso agustino, penetró el año de 1566 en aquella comarca aislada, cuya puerta se mantenía tan cuidadosamente cerrada para los europeos.

Llevaba por único designio la predicacion del evangelio, i la salvacion de las almas.

Era un misionero infatigable e impertérito, a quien no desanimaban las dificultades, ni intimidaban las amenazas.

Iba solo, sin mas compañía que un crucifijo, sin mas armas que un breviario i un misal, sin mas equipaje que una pequeña maleta, en que trasportaba los ornamentos indispensables para el ejercicio del culto.

Titu Cusi, como puede concebirse, experimentó el mayor desagrado con la visita de aquel extranjero.

I esto por dos motivos tan poderosos a su juicio el uno como el otro.

Era el primero que la presencia de aquel europeo manifestaba que el camino de Vilcabamba estaba ya abierto a los audaces i codiciosos conquistadores; i el segundo, que el hábito del fraile revelaba que éste pertenecía a la clase de aquellos que se entregaban sin descanso a la persecucion de los dioses nacionales.

Titu Cusi no ocultó su indignacion; pero frai Már-

cos García, que, aunque hombre enérgico, era también sagaz, opuso a su enojo i a sus injurias la mansedumbre mas ejemplar.

Por estremada que fuera la irritacion que le dominaba, el inca, sin embargo, no se atrevia ni a espulsar al relijioso, ni a inflijirle ningun daño personal.

Temia, si le condenaba a muerte, o a cualquiera otro castigo, provocar las represalias de los españoles, i estimularlos a invadir un territorio que él habia procurado siempre hacerles olvidar.

A esta razon mui atendible en concepto de Titu Cusi, se agregaba otra a que igualmente atribuia la mayor importancia.

Los indios creian que la lucha que ellos habian sostenido con los españoles correspondia a una parecida que las divinidades indíjenas habian trabado con las divinidades estranjeras.

La contienda, a lo que se imajinaban, habia sido doble: allá en la rejion superior, los que habian intervenido en ella eran dioses; acá en la inferior, eran hombres; en ocasiones, se habian mezclado los unos i los otros.

I merece llamar mucho la atencion el que los cristianos se habian formado una concepcion análoga de los trascendentales acontecimientos que se realizaban en el nuevo mundo.

Aquel era también para ellos un formidable combate entre Dios, que, cuando lo consideraba conve-

niente, enviaba a pelear en las filas españolas al apóstol Santiago, al arcánjel San Miguel o a la Virgen María, i el Demonio, que descendia personalmente a la tierra para defender sus intereses, ya solo, ya reforzado con un cierto numero de ministros infernales.

Titu Cusi no osaba rechazar sin cumplimiento al Dios de los conquistadores, que, segun era patente, habia obtenido la mas señalada victoria sobre el Dios de los incas.

Tenia para tributar respeto a ese Dios motivos semejantes a los que les movian a guardar consideraciones a los españoles.

Por esto, frai Márcos García, aunque acojido con mui pocas simpatías, no fué molestado.

Aprovechándose de esta tolerancia forzada, se esmeró por ser lo mas amable e insinuante que le fué posible; i así consiguió ir apaciguando paulatinamente al inca hasta conseguir que oyera sin enfado las enseñanzas i exhortaciones cristianas.

El buen fraile, habiendo notado que Titu Cusi se ponia pensativo i le atendia con mas benevolencia, se lisonjeó con la esperanza de haber tocado su corazon; pero si hubiera adivinado lo que pasaba en el alma del jefe indiano, se habria escandalizado profundamente.

El inca, en su bárbara ignorancia, habia concebido el estraño plan de adoptar las dos relijiones a fin de captarse la proteccion del Dios antiguo i la

del Dios nuevo, o sea la del Dios nacional i la del Dios forastero.

Miéntras acababa de madurar tan disparatado proyecto, permitió a frai Márcos García: que edificara una iglesia en Puquiura, poblacion donde el inca residia habitualmente con su corte i con su ejército; que catequizara a los indios; i que les administrara el bautismo.

El celoso apóstol no desperdició el tiempo.

En unos cuantos meses, formó una grei numerosa con indios fujitivos del Cuzco, que habian sido bautizados, i con naturales de Vilcabamba, que consintieron en serlo.

El mismo Titu Cusi i la coya Polanquilaco, una de sus mujeres, la predilecta, convinieron en recibir aquel sacramento, tomando el primero el nombre de Felipe i la segunda el de Anjelina.

Muchos indios de alta i baja jerarquía imitaron este ejemplo.

Frai Márcos García, que habia observado la inclinacion de los peruanos a seguir servilmente la conducta de sus señores, se halagó con la esperanza de administrar él solo en breve tiempo el bautismo a un pueblo entero.

Por desgracia, los habitantes de Vilcabamba se convertian a la relijion de Cristo sin comprenderla, por razones análogas a las que habian impulsado a su soberano.

Haciéndose cristianos, no renunciaban ni a la

adoracion de las divinidades indíjenas, ni a la observancia de los antiguos ritos, ni a la práctica de las costumbres que habian aprendido de sus padres, ni a la pluralidad de mujeres.

Consentian en aceptar nuevos dioses, i esto era todo.

Frai Márcos Garcia, con piedad i fortaleza apostólicas, lanzaba los rayos de su elocuencia contra tanta depravacion i tanta abominacion; pero predicaba en desierto, sin recoger el fruto que aspiraba a cosechar.

Entre otros, sufrió un desengaño que le causó especial pesadumbre.

Habia establecido junto a la iglesia una escuela en que enseñaba a todos los niños que habia podido reunir, los cuales eran muchos, porque los padres los enviaban a ella con gusto.

Esperaba que, educados desde pequeños, aprenderian a ser buenos cristianos mejor que los adultos endurecidos en el pecado; así como el árbol tierno puede ser criado con mas facilidad que el añoso.

No debe, pues, estrañarse que frai Márcos cultivase aquel plantel con el mas solícito esmero.

Sin embargo, el misionero no tardó en percibir que aquellos mismos niños tan enseñados i vijilados practicaban, como sus padres, ritos idolátricos.

El Demonio se complacia en ostentar su dominacion sobre los unos i sobre los otros.

Frai Márcos García se apresuró a poner coto al mal en el principio.

Exhortó a los culpables con la mayor unción para afearlos su falta, i llevarlos a la enmienda.

Los amenazó con aplicarles penas severas si reincidian.

Pero ni los consejos, ni las conminaciones surtieron efecto.

Los niños tornaron a tributar culto a los antiguos dioses del país.

Entónces, el misionero, queriendo fortificarlos en la fe por el temor, imitó, en cuanto era posible, el procedimiento que la inquisicion aplicaba a los apóstatas; pero, como lo exigian las circunstancias i la calidad de los reos, disminuyó las proporciones del castigo.

El santo oficio solia inflijir a los recién convertidos que hacian uso de ritos idolátricos los tormentos de un suplicio mas o ménos infamante i cruel; pero frai Márcos García se limitó a imponer a los alumnos de su escuela convencidos de apostasía una docena de azotes.

I junto con hacerles sufrir esta pena, les notificó que les daría una racion igual cada vez que llegase a sus oidos que adoraban al Demonio, o, lo que tanto importaba, a sus antiguos dioses.

Los niños castigados lloraban i se lamentaban.

Temeroso frai Márcos de que fueran a quejarse a sus padres, trataba de calmarlos regalándoles dulces i golosinas.

Pero el arbitrio no produjo el resultado que se habia prometido.

Los niños llevaron a sus deudos el denunció de que el fraile los azotaba.

Aquello orijinó el mayor alboroto en Vilcabamba.

No se necesitaba mas que un pretesto para que hiciera esplosion el descontento que el celo de frai Márcos habia suscitado en el ánimo de muchos de los habitantes de Vilcabamba.

Un gran número de indios que no atendian a los motivos políticos por los cuales Titu Cusi se habia guiado, murmuraban contra la tolerancia que éste habia concedido al fraile para que viniera a destruir el imperio de las divinidades a cuyo paternal influjo se habia debido la prosperidad pasada.

La coya doña Anjelina Polanquilaco, que ejercia poderoso ascendiente sobre el soberano, se contaba en esta clase, a pesar de haberse bautizado.

El mismo Titu Cusi empezaba por su parte a estar mui disgustado con frai Márcos García.

Observaba que el misionero iba demasiado lijero en la propaganda; i miéntras tanto, el inca habia entendido permitir la introduccion de los dioses cristianos, pero no el completo derrocamiento de los dioses nacionales, siendo su idea que los unos i los otros fueran juntamente reverenciados.

Uno de los principales móviles que le habian impulsado habia sido el temor de merecer el disgusto de los conquistadores; pero tampoco le convenia

atraerse el desafecto de muchos de sus súbditos que se manifestaban mui aferrados a la antigua religion, i que [soportaban con indignacion los ataques le que ella era blanco.

Ademas, frai Márcos García habia incurrido en el disfavor del inca, porque abandonando el tono humilde que adoptó al principio, habia osado reprenderle los excesos de embriaguez i de lujuria a que se entregaba.

El escándalo de los azotes hizo estallar la tempestad que se estaba preparando.

El inca mandó que el misionero compareciese a su presencia.

—Los padres de familia, le dijo con tono severo, han venido a acusaros de que azotais a sus hijos.

—¡Cierto! respondió frai Márcos; los he castigado cuando se han manifestado incorregibles en sus pecados contra el Señor del cielo i de la tierra; pero con la dulzura de quien los ama paternalmente, i de quien anhela su felicidad en este mundo i su salvacion en el otro.

El inca, al recibir esta respuesta, se encolerizó.

—Os prohibo; ¿lo oís? os prohibo espresamente que volvais a tocar a uno solo de esos niños. Si os atreviérais a desobedecerme, derribaré vuestra iglesia i vuestra escuela, i os escarmentaré como corresponde,

El misionero comprendió que Titu Cusi, aunque bautizado, era idólatra en el corazon, i que estaba

resuelto a servir al Demonio mas bien que a Dios.

Un convencimiento semejante le causó una afliccion profunda.

—¡Oíd todavía! agregó el inca. Os ordeno que en lo sucesivo no bauticeis a ninguno de mis súbditos sin previo conocimiento i permiso mio, pues en mis estados no debe ejecutarse cosa alguna sin mi anuencia.

El misionero comprendió que tal precepto importaba la prohibicion de bautizar a cualquiera otro, porque era claro que el inca habia de negar su permiso.

Frai Márcos procuró con discursos, ya insinuantes, ya severos, hacer mudar a Titu Cusi de determinacion; pero no pudo lograrlo.

Desde entónces, aunque permaneció inquebrantable en el propósito de predicar el evangelio en aquella áspera comarca, conoció que la tarea seria harto mas dificultosa de lo que se habia lisonjeado.

III.

Aun ántes de la incidencia mencionada, frai Marcos, convencido de que necesitaria vencer mayores obstáculos de los que habia previsto desde luego, habia pedido a su convento del Cuzco un ayudante.

Habiéndose accedido a su solicitud, se le envió a frai Diego Ortiz.

Era éste, como García, un agustino español, i tan

fervoroso como él por la propagacion de la fe de Cristo.

Tenia corto entendimiento i escasísima instruccion, pero caridad extraordinaria.

Era tan tímido, que experimentaba miedo de entrar solo en una iglesia.

Sin embargo, por servir a Dios i al prójimo era capaz de recorrer sin ninguna compañía los desiertos i las montañas, arrostrando los peligros de la naturaleza i los del hombre.

Ademas, sobresalia por la dulzura i la humildad.

Titu Cusi principió por recibir al nuevo huésped con sumo disgusto; pero, persistiendo en su política de transaccion, no tardó en pensar que la presencia del recién venido podia ser aprovechada.

Percibió pronto que frai Diego era ménos ríjido que frai Márcos.

De esto dedujo que convenia mucho para lo que se habia propuesto, que el segundo se fuera, i que en su lugar quedara el primero. Así se libertaba de un fraile incómodo, sin dar a los españoles motivo de ofensa.

La aversion que el inca profesaba a frai Márcos le indujo a manifestar predileccion a frai Diego.

Lo que al principio habia sido solo astucia, en breve fué sinceridad.

Frai Diego, con su mansedumbre injénita, supo ganarse efectivamente la voluntad del versátil Titu Cusi.

Sacando partido de esta especie de favor, obtuvo que el inca le diera licencia para fabricar, a dos o tres jornadas de Puquiura, una nueva iglesia, en una aldea denominada Guarancalla.

Frai Diego, que era caritativo, se empleó, no solo en catequizar a los naturales, sino tambien en curar a los enfermos, a quienes hacía hasta la comida.

Una conducta semejante le granjeó las mayores simpatías.

Así, si frai Márcos García habia logrado bautizar a un gran número de indios, frai Diego Ortiz consiguió bautizar todavía a muchos mas.

Este resultado, que contrariaba los proyectos de Titu Cusi, volvió a despertar sus anteriores inquietudes.

A fin de recobrar el sosiego, el vacilante inca se propuso alejar, ya no solo al padre García, sino tambien al padre Ortiz, pero de un modo disimulado, por medios indirectos, para no cargar con responsabilidades, i atraerse compromisos.

Procuró primero tentar su codicia, haciéndoles ofrecer riquezas que podian ir a disfrutar en el Cuzco.

Los dos frailes rehusaron terminantemente.

—Nosotros somos mercaderes de almas, respondieron; pero no de plata o de oro.

Titu Cusi recurrió entónces a sitiarlos por hambre, para lo cual ordenó que no se les proporcionasen víveres.

Los dos frailes hicieron venir bizcocho del convento del Cuzco, i se resignaron a alimentarse como los marineros en un barco escaso de provisiones.

—Nosotros tenemos sed de salvar a nuestros prójimos, i hambre de servir a Dios, dijeron; pero no apetecemos ni licores embriagadores, ni manjares delicados.

Titu Cusi determinó entónces hacerles soportar las mayores fatigas.

Con este objeto, los invitó a emprender una incursion a cierta aldea que habia en el interior del país.

Ellos aceptaron gustosos con el propósito de ir a evangelizar a los indíjenas.

Al cabo de algun tiempo de viaje, los relijiosos percibieron una vasta estension cubierta de agua.

—Por ahí tenemos que atravesar, les dijo el inca.

A Titu Cusi no le importaba que el terreno por donde caminaban estuviera enjuto o anegado, porque, segun costumbre, era trasportado en andas por indios que se remudaban de trecho en trecho.

No sucedia otro tanto a los dos trailes que iban a pié.

Era el caso que Titu Cusi habia mandado con intencion deliberada desbarrancar un rio para inundar un espacio que mediria mas o ménos dos leguas.

Los guias, conforme a las instrucciones que ha-

bian recibido, cuidaron de conducir a frai Márcos i frai Diego por los lugares mas pantanosos.

El inca i los de su comitiva se divirtieron en gran manera con la tristísima figura que hacian los dos frailes, hallándose embarazados con los hábitos al saltar zanjas i canales, i teniendo que caminar por entre agua i lodo: pero éstos, que habian comprendido el mal propósito, no se alteraron, i siguieron adelante, entonando salmos.

—Hemos atravesado el océano; hemos trepado a las montañas para anunciar la palabra de Dios a los que la ignoraban, dijeron; estos charcos de agua, estos montones de lodo, no pueden detenernos.

Cuando llegaron al término del viaje, se pusieron a predicar i a bautizar sin descanso.

Titu Cusi, que estaba despechado por el mal éxito de todas aquellas tentativas, resolvió recurrir a un último arbitrio, el cual pareció infalible a sus consejeros i a los sacerdotes del antiguo culto, de quienes andaba rodeado.

Los dos misioneros habian sido alojados en un tambor, que estaba en un sitio solitario i algo apartado.

Aquel edificio, segun el estilo del país, no tenia puertas.

Titu Cusi hizo venir a algunas de las indias más lindas i lascivas que pudieron encontrarse.

Todas ellas fueron perfectamente aleccionadas, i estimuladas con el ofrecimiento de grandes recompensas para que consiguieran su objeto.

En seguida, se las distribuyó en grupos de a dos; i se vistió de hábitos blancos a las unas, i de hábitos negros a las otras.

Durante tres semanas, aquellas monjas de la lujuria estuvieron visitando a los misioneros, que no podian prohibirles la entrada.

Un par de ellas iba de dia; i otro, de noche.

Era la representacion en carne i hueso, la representacion viva de la terrible tentacion de San Antonio Abad.

Aquellas mujeres impuras se hacían sordas a todas las reconvenciones i a todas las súplicas.

No habia artificio obsceno a que no recurrieran.

Estrechaban a los frailes entre los brazos.

Los cubrian de besos.

Se les metian en la cama.

Porfiaban por recostar la cabeza en la misma almohada.

Los dos frailes tuvieron que soportar el tormento de un fuego devorador, que quemaba todo su cuerpo.

Era el suplicio mas infernal que podia aplicarse a individuos que habian hecho voto de castidad, i que lo habian observado.

Frai Márcos i frai Diego empezaron por defenderse con exorcismos; i como éstos no fueran suficientes, tuvieron que esgrimir las disciplinas contra aquellos tan provocativos i tan hermosos demonios.

¡Al fin salieron triunfantes!

—Nosotros hemos renunciado en la tierra a todos los deleites de la carne, dijeron, para ver si obtenemos la bienaventuranza en el cielo.

Esta serie de pruebas felizmente superadas les adquirió un gran prestigio, i les hizo conquistar muchos prosélitos.

La grei de los cristianos mas o ménos sinceros se acrecentó notablemente en las montañas de Vilcabamba; pero al propio tiempo, esta abundante cosecha que los misioneros habian recojido con su predicacion, llevó al colmo la exasperacion de los secuaces del antiguo culto, que redoblaron los esfuerzos contra los dos sacerdotes i sus discípulos.

La lucha tomaba proporciones, i se hacía encarnizada.

IV.

El templo principal de los paganos de Vilcabamba se levantaba en un lugar denominado Chuquipatpa.

Allí habia una piedra blanca muy reverenciada, en la cual, por medio de ciertos signos i procedimientos, los sacerdotes procuraban indagar la voluntad de los dioses, i los secretos del porvenir.

Aquella piedra era un altar de oráculo.

Frai Marcos i frai Diego, imbuidos en la creencia de que el Demonio estimulaba palpable i visiblemente a los indíjenas para que rechazasen la verda-

dera fe, admitian como éstos que un ser sobrenatural hablaba desde la piedra blanca que se guardaba en el templo de Chuquipalpa.

Habia, sin embargo, una diferencia mui sustancial entre la opinion de los unos i la de los otros.

Los peruanos idólatras pretendian que el que hablaba desde la piedra blanca era un Dios propicio al pueblo de los incas.

Los misioneros, por lo contrario, que era el enemigo de Dios i del linaje humano.

Los indios convertidos habian naturalmente adoptado la segunda de estas versiones

Así, el templo de Chuquipalpa era reputado por todos como la morada i la tripode de un ser misterioso e influente, benéfico segun unos, maléfico segun otros, Dios segun los peruanos, Demonio segun los cristianos.

Pues bien, cierto dia, los sacerdotes de aquel santuario publicaron que la divinidad a quien servian se manifestaba irradísima por los progresos de la religion que frai Márcos i frai Diego estaban predicando, i que esa divinidad amenazaba a los habitantes con las mayores desgracias en castigo de haber abjurado las antiguas creencias.

Esta notificacion causó profunda i jeneral alarma.

Las pérdidas, las aflicciones, las pestes, las enfermedades, las muertes, todos los males, se atribuyeron desde entónces a la cólera de la divinidad de Chuquipalpa.

Lo que acrecentaba la inquietud era el temor de que las calamidades fueran agravándose, hasta que se aplacara a la deidad ofendida, rechazándose el culto extranjero.

Muchos de los mismos indios que se pretendían convertidos comenzaron a vacilar i a arrepentirse de haberse atraído el enojo de sus antiguos dioses.

Cuando frai Márcos i frai Diego volvieron triunfantes a Puquiura de la incursión al interior del país, hallaron su grei completamente perturbada por los sucesos referidos.

La duda atormentaba las conciencias.

—Es indispensable, les dijeron muchos de los convertidos, el que sepamos definitivamente si es mas poderoso el Dios de los cristianos, o el Dios de los incas.

—Nosotros, visto el estado de las cosas, respondieron los dos misioneros, pensamos tambien que ha llegado la ocasion de abatir en estas montañas la soberbia del Demonio.

Efectivamente, convocaron a son de pregon a todos los fieles de Vilcabamba para que en un dia señalado se congregaran junto a la iglesia de Puquiura, armados cada uno con un palo de leña.

Habiendo tenido lugar la reunion, frai Márcos i frai Diego, llevando una cruz alta, i entonando salmos adecuados a las circunstancias, se pusieron a su cabeza, i se dirijieron en procesion al templo de Chuquipalpa.

Éran seguidos por una turba de espectadores.

Otra no ménos numerosa habia buscado colocacion en las cercanías del templo.

Aquel espectáculo habia despertado con fundamento la curiosidad mas vehemente i el interes mas vivo.

Iba a ejecutarse nada ménos que la lucha entre dos dioses para decidir cuál debia imperar.

Los peruanos adictos a la relijion nacional aguardaban algun prodijio de su divinidad agraviada, el cual aniquilase a los temerarios que osaban insultarla.

Los que se habian adherido a la enseñanza de los misioneros confiaban por su parte en que habia de suceder algo que patentizara la superioridad de su Dios.

Todos se hallaban profundamente conmovidos con la expectativa de lo que iba a pasar.

Los dos frailes rodearon el templo con sus acompañantes, como si fueran a poner cerco a una fortaleza.

En seguida, dispusieron, en la forma mas conveniente para pegar fuego a aquel antro del Diablo, los palos de leña que cada uno de los cristianos habia llevado.

El templo quedó pronto convertido en una inmensa columna de humo i fuego, que se levantaba ruijendo desde la tierra hasta el cielo, i que iluminaba con sus reflejos el valle, los montes, todos los puntos a que alcanzaba la vista.

Los espectadores del uno i del otro bando retenían el aliento, esperando algun portento.

Algunos cristianos pretendieron que habian visto u oído escaparse bramando por entre el humo i la llama a un monstruo horroroso.

Los idólatras solo percibieron: primero, el voraz incendio; i despues, el templo de la piedra blanca, tan santo a sus ojos, reducido a escombros i a cenizas.

El Dios de los peruanos se habia dejado vencer sin resistencia i en silencio por el Dios de los conquistadores.

Frai Márcos García i frai Diego Ortiz regresaron victoriosos a su iglesia.

Pasado el primer momento de asombro, aquel resultado, en vez de amilanar, exasperó a los indijenas que permanecian constantes en la relijion de sus padres.

Se levantó entre ellos una furiosa tempestad de odio i de rabia contra los misioneros.

Todos clamaban venganza i castigo ejemplares.

Titu Cusi participó de estos mismos sentimientos.

En consecuencia, determinó desde luego matar por lo ménos a frai Márcos Garcia, a quien se reputaba el mas culpable de los dos frailes.

Pero con la reflexion no tardó en volverle la prudencia.

Temió que si hacía morir a uno de los dos misioneros, los españoles le pidiesen estrecha i rigurosa cuenta de la sangre derramada.

Titu Cusi temia sobre manera el entrar en contiendas con los invencibles usurpadores de su imperio.

Lo que anhelaba sobre todo era mantenerse tranquilo en las montañas de Vilcabamba.

Despues de mucho meditar i vacilar, se fijó en un arbitrio, propio segun él, para conciliarlo todo, que puso en ejecucion sin tardanza.

Espulsó violentamente de su reino a frai Márcos García; i retuvo a su lado con las mayores distinciones a frai Diego Ortiz, que quedó a cargo de la iglesia de Puquiura.

Titu Cusi se lisonjeó con la idea de que el destierro de frai Márcos aplacaria la indignacion de sus dioses i de sus súbditos, e intimidaría al otro fraile; i de que la retencion de éste evitaria el enojo i la agresion de los españoles.

Esperaba que frai Diego, el cual se habia mostrado siempre mas humilde i benigno que su compañero, sería tambien mas fácil de gobernar, i mas apto para realizar el plan primitivo que el inca habia concebido.

V.

Titu Cusi no tardó en convencerse de que todas sus presunciones habian salido equivocadas.

Frai Diego Ortiz, por respetuoso, por tímido que uera, no se resignó a autorizar siquiera con su si-

lencio los excesos de embriaguez i de lujuria a que servia de teatro el palacio del inca.

Así levantó la voz para reprenderlos con la mayor entereza i severidad.

Esta conducta austera le hizo pronto en extremo odioso a todos los habitantes del palacio.

La coya favorita doña Anjelina Polanquilaco concibió contra él una aversion particular.

I por cierto, el motivo de aquella aversion puede parecer por demas extraño, si hemos de apreciarlo segun nuestras ideas i costumbres.

Doña Anjelina aborrecia mortalmente a frai Diego, porque él no cesaba de amonestar al inca para que, en vez de vivir amancebado con varias mujeres, se casara conforme a los preceptos de la iglesia con una sola, que sin duda habria sido la predilecta, la misma que se ofendia por tales consejos.

El hecho puede asombrar, pero fué efectivo.

Se hallaban las cosas en este estado cuando penetró en Puquiura un tercer español llamado Juan Romero.

Era un cateador esperto, a quien llevaba la esperanza de descubrir minas en aquellas montañas.

Titu Cusi, estimulado por la codicia, le dió permiso para que practicara las exploraciones que tuviera a bien.

Efectivamente, Romero halló, a lo que aseguró, una veta riquísima.

Cuando el inca se hubo cerciorado bien del lugar

donde estaba el tesoro, ordenó que se diera muerte al cateador.

Si le habia tolerado que escudriñara los cerros de sus dominios, habia sido con la esperanza de aprovecharse de los descubrimientos que pudiera hacer; pero no queria esponerse por nada a que Romero atrajera a otros de sus compatriotas con el cebo de las abundantísimas riquezas minerales que afirmaba haber en Vilcabamba.

Tan luego como frai Diego supo la cruel sentencia que Titu Cusi habia pronunciado contra un español inocente, el cual habia obtenido un salvo-conducto, manifestó enérgicamente al inca lo injustificable de un procedimiento semejante.

—Soy el señor absoluto de esta comarca, contestó Titu Cusi con voz airada, i a nadie es lícito contradecir mis mandatos.

El misionero reiteró sus observaciones, recurrió a los ruegos, se echó de rodillas a las plantas del inca.

Todo fué inútil.

—He dispuesto que muera, i morirá, replicaba Tuti Cusi.

El fraile rogó entónces que a lo ménos le dejaran confesar i ausiliar al prisionero.

—Nó, dijo el inca; quiero que muera como un animal.

Frai Diego insistió una i otra vez; pero el soberano enfadado le hizo retirarse de su presencia.

Romero fué ejecutado.

El padre Ortíz se presentó entónces pidiendo que se le diera licencia para sepultar cristianamente su cadáver.

El inca, que ya de antemano estaba mal dispuesto contra el fraile por los motivos mencionados, se irritó todavía mas con aquella serie de pretensiones, que juzgaba agraviantes a su alta dignidad.

—He determinado, contestó a frai Diego, que la sepultura de Romero sea el vientre de las aves i de las bestias.

I junto con decirle esto, le mandó que se retirase.

El cadáver de Romero, por órden del inca, fué botado a un rio.

Creyendo frai Diego que la corriente podia arrojarlo a la ribera, empleó tres noches consecutivas en buscarlo por entre las malezas i pantanos, sumerjiéndose a cada momento en el agua i en el barro.

Titu Cusi lo supo, i se enfureció hasta el extremo por semejante desobediencia.

La coya doña Anjelina se aprovechó de esta ocasion propicia para representar al inca que no podia sin desdoro de su autoridad dejar impunes por mas largo tiempo los desacatos de frai Diego.

Fué apoyada calorosamente en esta indicacion por un mestizo llamado Martin Pando, que hacía las veces de secretario o ministro, el cual, aunque bautizado, detestaba al agustino.

Titu Cusi, dejándose convencer, resolvió matar al aborrecido i molesto misionero.

Sin embargo, como la prudencia le advertia que aquel acto podia ocasionarle disgustos serios, quiso ir a buscar inspiraciones a la tumba de su padre Manco.

Muchas horas estuvo llorando recostado sobre ella.

Cuando hubo terminado aquella penosa oracion, deseó reanimar con movimientos violentos sus miembros embotados.

Para ello se puso a ejercitarse con Martin Pando en el uso de varias armas nacionales i españolas.

Titu Cusi, que era obeso i sanguíneo, se ajitó mucho.

Cuando ya no pudo mas, se sentó a la mesa, donde comió i bebió con mayor exceso, que el de costumbre.

Repentinamente, se le revolvió el estómago, se le puso gruesa la lengua i se le clavó un agudísimo dolor en el costado.

Fué trasportado a su cama.

Pasó la mas horrible noche, arrojando golpes de sangre por la nariz i por la boca.

Sus quejidos resonaban en todo el palacio.

Frai Diego Ortiz acudió presuroso para exhortarle a que se preparase como cristiano para la solemne jornada.

—No quiero pensar en la muerte, dijo el enfermo; quiero vivir.

El fraile reiteró sus amonestaciones i sus súplicas.

—Atended solo a quitarme este dolor que no me deja respirar, tornó a decir el inca.

Pando mezcló entónces en una escudilla azufre i clara de huevo.

Era un remedio usado en casos análogos por los indígenas del Perú.

Pando ofreció aquella pócima al enfermo.

Titu Cusi rehusó beberla.

—No quiero nada que pueda hacerme morir, exclamó.

—Pero esta bebida, observó Pando, es, no la muerte, sino la salud.

Titu Cusi miró detenidamente a Pando, e hizo el mayor esfuerzo para leer hasta en el fondo de su alma.

Al cabo de un rato, le dijo:

—Tengo en vos, Martin Pando, una confianza ilimitada; i estoi cierto que no habeis de darme nada que pueda dañarme.

El enfermo bebió la escudilla hasta las heces.

Casi incontinenti, perdió el habla i los sentidos.

Quedó inerte, como un tronco, conociéndose que aun vivia solo por una respiracion fatigosa, que salia de poco mas abajo de la garganta.

El sacerdote permanecia orando junto a la cama

del moribundo, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Doña Anjelina estaba tambien allí. Presentaba todos los indicios de una afliccion desesperada. Abundantes lágrimas surcaban su rostro. El dolor le habia embargado la voz.

De repente, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, i señalando al sacerdote, dijo furiosa, como si buscara a quien hacer responsable de su infortunio:

—¿Qué hace aquí ese hombre?

—Ruego a Dios que tenga misericordia de sus pecados, respondió frai Diego sin alterarse.

Esta respuesta exacerbó a doña Anjelina.

Precisamente, ella atribuia la inesperada muerte del inca a castigo de los dioses nacionales por haber tolerado que una divinidad extranjera hubiera venido a usurpar sus altares.

—¡Hagan salir pronto de este cuarto a ese insolente! exclamó fuera de sí.

El sacerdote fué obligado a retirarse.

Titu Casi falleció a las pocas horas sin haber recobrado el conocimiento.

VI.

Doña Anjelina, el mestizo Pando, i otros ocho magnates estaban velando el cadáver del inca.

La oscuridad de la noche aumentaba la tristeza de la escena.

El silencio era solo interrumpido de cuando en cuando por los sollozos i las lamentaciones de la coya.

—¡Martin Pando! dijo doña Anjelina, ¿dejareis impune a ese fraile que ha quitado la vida a Titu Cusi con sus hechicerías?

Se sabe que los indíjenas americanos atribuyen el fallecimiento de sus deudos a la maléfica influencia de alguna persona.

Doña Anjelina habia sido asaltada en medio de su dolor por la idea de que frai Diego Ortiz, a quien ella aborrecia, era el asesino.

La pregunta de la coya hizo estremecer de rabia a los próceres que la acompañaban.

—Aun cuando el fraile no sea quien haya muerto al inca, respondió Pando, debe conseguir que se le restituya la existencia. ¿No le habeis oído repetir amenudo que su Dios es omnipotente, i que resucita a los muertos?

—¡Sí! ¡sí! yo se lo he oído, i muchas veces, dijo doña Anjelina, que necesitaba a toda costa saciar la sed de venganza i procurar suavizar su dolor con sangre.

—¡Sí! ¡sí! nosotros tambien se lo hemos oído, exclamaron en coro los señores peruanos, que participaban de idénticos sentimientos, i que estaban persuadidos de que su Dios de Chuquipalpa no se habia de aplacar hasta que se espiara dignamente el incendio del templo, i que por lo mismo temian que

miéntras esto no sucediera, habian de continuar cayendo desgracias tras desgracias sobre el imperio, i aun sobre ellos mismos.

Así eran muchos i mui poderosos los motivos que en su concepto exijian que el misionero recibiera un castigo ejemplarísimo.

Pocas palabras les bastaron para entenderse.

Martin Pando i los ocho magnates empuñaron sus lanzas, i salieron camino de la iglesia de Puquiura.

Hallaron a frai Diego en oracion.

Aquellos barbaros se precipitaron sobre el indenso sacerdote, sin notificarle siquiera la causa de asalto tan inhumano.

—¡Toma, traidor!

—¡Toma, embustero!

—¡Toma, asesino!

—¡Toma, enemigo de los dioses!

Cada uno le decia una injuria atroz, i le aplicaba un golpe cruel.

Le abofetearon, le patearon, le estropearon, le maltrataron de todos modos con las manos, o con los cabos i las puntas de las lanzas.

I miéntras tanto, en medio de aquella terrible tempestad de malas palabras i de malas obras, no advertian el espresarle claramente cuál era su pretension.

Estaban ebrios, no solo de licor, sino principalmente de rabia.

Aquellos cortesanos transformados en verdugos desnudaron al misionero, a quien ya habian demostrado tanta zaña.

Cuando le hubieron despojado de todas sus vestiduras, le ataron las manos detras de las espaldas por la garganta i los molledos con sogas cortadoras fabricadas de un jénero de ramas que tenian filos parecidos a los de las navajas.

En este estado, le espusieron al frio, que era mui intenso, en el patio de la casa.

Los sufrimientos que padecia aquella víctima eran verdaderamente insoportables.

—Asesino, le dijo entónces Martin Pando haciéndose órgano de los demas, confiésanos con franqueza la parte que has tenido en la muerte de nuestro rei, i quiénes son tus cómplices.

—Lo único que yo he hecho, respondió el martirizado sacerdote, ha sido rogar a Dios que si su santa voluntad era que Titu Cusi viviera, aliviara sus dolores; pero que si habia dispuesto que muriera, tuviese misericordia de su alma.

—Embustero, replicó Pando, tú has predicado que tu Dios Jesucristo es poderoso para resucitar a los muertos. Consigue que resucite al inca, pues de otro modo perecerás en medio de los mas espantosos tormentos para que no andes esparciendo mentiras.

—Dios Nuestro Señor, repuso el pobre misionero, es omnipotente, i puede sin duda ninguna resucitar

a los muertos; pero como yo soi un gran pecador, ignero si querrá hacerme la merced de restituir la existencia a Titu Cusi.

—¡Ah! dijeron los atormentadores; te niegas a confesar, i a resucitar. ¡Está mui bien! asesino! embustero!

I hablando así, tornaron a golpearle i a pisotearle.

No contentos con esto, tocaron para acrecentar su martirio el arbitrio de echar de rato en rato agua en las sogas para que se apretasen, i las llagas se profundizasen.

—Ahora vas a pagarnos las reprensiones que nos dirijias, i las injurias que inferias a nuestros venerables dioses, i el sacrilejio del templo de Chuquipalpa. Llama a tu Jesucristo para que resucite, si puede, a Titu Cusi, pues lo que llevas sufrido hasta ahora es miseria en comparacion de lo que tendrás todavía que padecer.

—¡Sea por el amor de Dios! murmuraba el mártir.

Los indios bautizados que residian en las cercanías de la iglesia habian huido a esconderse tan pronto como habian tenido noticia de que su padre espiritual habia sido asaltado, i se hallaba en peligro de muerte.

El único de ellos que se aproximó al lugar del tormento fué Juan Quispe, paje de la corte del inca; pero en vez de esforzarse por defender a su atribu-

lado maestro, pareció que se proponia hacerse perdonar el haber consentido en recibir el bautismo, i el haber practicado la religion cristiana, distinguiéndose entre todos por la ferocidad de las palabras i de los golpes que dirijia al misionero.

—¿Cuáles son las malas obras que es he hecho, que así me tratais? preguntó frai Diego a sus verdugos.

—Haz que Titu Cusi resucite, puesto que persistes en sostener que tu Dios es poderoso para volver la existencia a los difuntos.

—¡Sí! ¡sí! Dios Nuestro Señor es poderoso para esto i para todo; pero yo soi un grandísimo pecador para que él acceda a mis oraciones.

—¡Ah! ¡rehusas obtener que Titu Cusi resucite? pues estremécete, porque no puedes imaginarte lo que se te aguarda.

I correspondiendo los hechos a las palabras, recurrian a los mas crueles refinamientos de barbarie para hacerle soportar agudísimos doleres.

—Ya comienza a clarear, dijo el padre Ortiz con voz dolorida. Dejadme decir misa para pedir a Nuestro Señor Jesucristo que resucite al inca si esto conviene a su servicio, i si quiere admitir la intercesion de un pecador tan indigno como yo.

—¡Está bien! Di misa i ruega a tu Jesucristo que resucite a nuestro soberano, porque de otro modo mas te valdria no haber nacido. Estamos resueltos a aplicarte los suplicios mas espantosos. ¡Vamos!

¡Pronto! Es preciso que Titu Cusi resucite luego.

—Desatadme para ponerme en pié.

Martin Pando cortó las ligaduras que aprisionaban a frai Diego.

--No puedo moverme, dijo el sacerdote, cuyos miembros estaban enterpecidos, i cuyos huesos habian sido dislocados.

—Yo te enseñaré a moverte, le respondió Pando, i principió a darle bofetadas i puntapiés.

El fraile consiguió al fin levantarse.

Habiéndose revestido, como pudo, los ornamentos sacerdotales, comenzó la misa.

Los indios estaban a sus espaldas con las lanzas en las manos, i en la actitud mas amenazante.

—Negocia empeñosamente con tu Jesucristo la resurreccion del inca, le dijeron, porque si no la obtienes, en bajando del altar, morirás con sufrimientos que han de escarmentar a los embusteros.

Puede asegurarse que jamas sacerdote rezó una misa en medio de congojas mas angustiosas i con mayor fervor.

Clavaba los ojos en la imájen de María i en el crucifijo para suplicarles que le socorriesen en aquella tribulacion.

Torrentes de lágrimas inundaban su rostro.

El padre Ortiz lloró tanto, que empapó la casulla, el corporal, el paño del altar.

Las lágrimas le impedían distinguir las letras del misal. Esto le obligó a poner los ojos sobre las páji-

nas mismas del libro, i esto le hizo humedecerlas hasta el extremo de que quedaron tan unidas, que mas tarde fué imposible despegarlas sin que se rompiesen.

Cada vez que se volvía al pueblo para desearle la paz o bendecirle, los indios que formaban toda la concurrencia le respondían amenazándole con las lanzas:

—Acaba pronto, porque estamos ansiosos de despedazarte.

En el momento solemne de la consagración de la hostia, frai Diego suplicó a Dios con el mayor encarecimiento que se sirviera ampararle en aquel trance tan sumamente amargo.

El oficiante no se resignaba a poner término a su fervorosa oración hasta ser socorrido por algun auxilio celestial.

La misa iba concluyéndose; i frai Diego temía con sobrado fundamento que la terminación de ella marcara el fin de su existencia.

Aquella tardanza impacientó a los indíjenas que exigían a punta de lanza la resurrección del inca.

—Deja de llorar, i acaba, que ya estamos fatigados de aguardar.

Sin embargo, el sacerdote proseguía i proseguía su desesperada oración, como un náufrago, juguete de las olas borrascosas, se aferra a una tabla, su última esperanza.

El bautizado Juan Quispe ¡trepó hasta el altar, i

se abalanzó sobre el sacerdote, a quien sacudió fuertemente con mano insolente.

—¿Por qué procedes con tanta pausa, embustero?

I junto con hablarle así, le dió una tremenda bofetada, que casi le hizo caer en tierra.

Fraí Diego tuvo que continuar la misa.

Cuando hubo terminado, los indios le bajaron del altar a remezones i pescozones.

—¿Cómo, malvado, no has resucitado al inca?

—El Dios que yo predico, el hacedor del cielo i de la tierra, lo puede todo, respondió con fe viva el sacerdote; pero no es su voluntad que Tita Cusi resucite, porque así debe convenir a su servicio.

—¡Mentiroso! ya ha llegado el momento del ajuste de cuentas; vas a pagarnos todas las que nos has hecho ahora i ántes de ahora.

Aquellas fieras mas bien que hombres ataron al desventurado fraile en la cruz que él mismo habia erijido en el cementerio, sujetándole por la garganta, los piés i las manos con sogas cortadoras, que se le internaban en la carne.

Cuando le hubieron acomodado de tan bárbara manera, destrozaron en su presencia los hábitos que le habian quitado, i se repartieron sus pedazos.

Destruyeron el altar.

Rasparon, en el lugar que el altar habia ocupado, la tierra, que arrojaron ál rio.

Profanaron los paramentos sagrados.

Bebieron chicha en el cáliz.

—Es menester que nuestros dioses sean satisfechos de los agravios que las has inferido, infame extranjero.

Cuando hubieron ejecutado todas aquellas locuras incalificables, bajaron de la cruz al sacerdote.

—Ahora vamos compasivos a saciar tu sed i tu hambre.

Le ofrecieron un brevaje amargo i asqueroso, i un bizcocho durísimo.

Despues, agujereándole las mejillas por debajo de la lengua, le pusieron a guisa de freno una de las zogas que les habian servido para atormentarle.

Así, le pasearon desnudo por toda la poblacion, i le ofrecieron al escarnio público.

En seguida, le llevaron a la presencia de doña Anjelina, que manifestó una complacencia inhumana al contemplar a su enemigo estropeado i ensangrentado.

—Conducid a este asesino, dijo la coya, a Marcanai para que Tupac Amaru le imponga el castigo que merece.

Tupac Amaru era un hermano de Titu Cusi que, por la muerte de éste, acababa de ser ascendido a la dignidad soberana.

El padre Ortiz levantó los ojos al cielo para buscar allá arriba el consuelo que no hallaba en la tierra.

—No mires al cielo, le dijeron con mofa. ¿Crees

que ha de salvarte el que no ha podido resucitar al muerto?

De Puquiura a Marcanai, habia doce leguas.

Martin Pando i sus compañeros arrastraron consigo a frai Diego, sin escusarle fatiga, ni tormento.

Cuando vino la noche, al fin de la primera jornada, le ataron a un palo, i le espusieron desnudo a los rigores de la intemperie.

El mártir fijó, segun su costumbre, la mirada en el cielo.

—¡Jesucristo, Señor mio! murmuró con voz doliente.

Los indios se habian burlado de la confianza que frai Diego manifestaba en el socorro divino.

Sin embargo, tenian miedo de que aquella esperanza del prisionero pudiera llegar a realizarse.

Martin Pando dijo a los otros:

—No le consintamos que llame a Jesucristo; no sea que venga.

Entónces, para impedir que mirase al cielo, le azotaron hasta privarle casi del aliento.

Continuaron el viaje en medio de la mas deshecha tempestad, como si la naturaleza hubiera querido venir en ayuda de la crueldad de los hombres.

Los indios, sin compasion para un individuo cuyo cuerpo era una gran llaga viva, i cuyos dolores eran agravados por la lluvia i el frio, aguzaban el ingenio para inventar medios de hacerle sufrir.

—¿Por qué me tratais tan mal cuando yo os le

amado tanto, i me he desvivido por haceros bien?

—¡Calla, mentiroso, que nos predicabas que tu Jesucristo resucitaba a los muertos!

Cuando llegaron a Marcanai, Tapac Amaru, sin querer ver al prisionero, declaró que podian darle la muerte que mejor les pareciese.

Pando i sus sayones arrastraron a frai Diego Ortiz por una ladera hasta junto a un rio, donde se acostumbraba ajusticiar a los grandes facinerosos.

Principiaron por asaetearle.

Como observasen que todavía respiraba, uno de ellos le partió la cabeza de un hachazo.

No les bastó aquello.

Le ensartaron en un palo, que fijaron en la tierra, cuidando que la cabeza del cadáver quedara para abajo.

—¡Mira ahora al cielo!

Todavía no estuvieron satisfechos con aquel refinamiento de crueldad.

Separaron la cabeza del tronco del cuerpo.

Colocaron la primera en lo alto de una roca.

Arrojaron el segundo para que las aves i las fieras lo devorasen.

El misionero estaba muerto, i bien muerto; su cadáver habia sido destrozado; pero los asesinos no podian desechar el miedo.

—Nunca habia visto a un hombre a quien costara mas hacer morir, dijo uno de ellos.

—Mirad, exclamó entónces otro, mostrando la

cabeza puesta encima de la roca; mirad como están los ojos de aquel embustero dirigidos hacia el cielo; no sea que consiga venganza o resurreccion.

Todos juzgaron mui fundado el recelo.

Determinaron entónces tomar precauciones convenientes para evitar que los ojos del mártir mirasen al cielo.

Sin pérdida de tiempo, cavaron un hoyo profundísimo.

Echaron en el fondo la cabeza.

Despues, la cubrieron con una gruesa capa de piedras i de tierra, que apretaron cuanto les fué posible.

Sobre esta capa, arrojaron el tronco del cadáver.

Por último, llenaron todo el hoyo con piedras i con tierra bien pisada.

—¡Ahora, embustero, mira al cielo!

VII.

La autoridad elesiástica hizo levantar una prolíja informacion de aquel martirio para solicitar la canonizacion de frai Diego Ortiz.

Varios testigos declararon que Juan Quispe habia vivido muchos años con el brazo derecho paralizado.

Algunos aun afirmaron que aquel brazo habia sido privado de vida tan pronto como Quispe habia aplicado un bofeton al mártir en el altar, miéntras estaba consagrando la nostia.

Las reliquias del padre Ortiz fueron desde luego trasladadas con mucha pompa al pueblo de San Francisco de la Victoria.

Allí se atribuyó a su influjo la realizacion de portentosos milagros.

Aquella veneracion hizo que uno de los agustinos del Cuzco se las robase para conducir las a la iglesia que la órden de Hermitaños tenia en esta última ciudad, junto a cuyo altar mayor fueron depositadas con extraordinaria solemnidad el 28 de agosto de 1598.

LA MUJER DE HERNAN CORTES.

I.

A fines del siglo XV, moraban en Medellin, ciudad de Estremadura, un veterano llamado Martin Cortes de Monroi, i su mujer llamada Catalina Pizarro Altamirano.

Los dos eran vecinos mui cristianos i mui estimados, a quienes una estremada escasez de recursos hacia arrastrar una existencia bastante angustiosa, i que buscaban el consuelo de las amarguras de la vida, dedicando a la oracion i a otros actos de piedad todas sus horas disponibles.

Aquellos esposos ejemplares tenian un hijo unico, cuyo nombre era Hernando o Fernando.

Don Martin i doña Catalina se halagaban con la esperanza de que este mancebo fuera el sosten de su arruinado hogar.

La experiencia, por desgracia, debia frustrar tan alegre ilusion.

El jóven Hernando perturbó desagradablemente la monótona tranquilidad de la casa paterna, en vez de llevar a ella el alivio que los autores de sus dias habian aguardado.

Fué, no el amparo, sino la inquietud de sus viejos padres.

La existencia de Hernando era una serie interminable de disipaciones, de riñas, de amoríos.

A la verdad, no se concebía fácilmente cómo un disoluto semejante habia sido enjendrado por un par de seres tan virtuosos como aquel hidalgo i aquella dama.

El buen Cortes de Monroi se habia empeñado por que su hijo aprendiera en Salamanca la profesion de abogado; pero Hernando malgastó miserablemente dos años completos sin adquirir siquiera las nociones mas rudimentales de la jurisprudencia.

En compensacion, practicó como maestro consumado todas las maldades de los mozos disipados de una época que no sobresalió por la regularidad i pureza de las costumbres.

Hernan Cortes regresó a Medellin tan inhábil para ganar honestamente la vida, como habia ido a Salamanca.

Pero si no habia conseguido ser el estudiantazo que el honrado e iluso don Martin se habia complacido en figurarse, manifestó pronto que mere-

cia el título del primer calavera de la eidad.

Los pecados capitales a que rendia culto eran la codicia i la lujuria.

Era un jugador desenfrenado; pero todavía mas mujeriego que jugador.

Sus ojos vivos i apasionados, que daban una animacion espresiva a un rostro agradable, constituian el iman de las damas, i el espanto de los padres i de los maridos.

Esta aficion incontenible de Hernan Cortes a las aventuras galantes fué orijen de contendias sangrientas en que asestó i recibió muchas cuchilladas.

La relacion i el comentario de los numerosos lances de esta especie en que intervino formaban el escándalo de Medellin i la aficcion de su familia.

El padre i la madre de Hernando vivian atribulados con la conducta tan vituperable de su hijo.

Pero ni las severas amonestaciones del uno lograbán correjirle; ni los fervorosos rezos de la otra alcanzaban que Dios tocara el corazon de semejante disoluto.

Así Hernando se habia convertido en la pesadilla de don Martin i de doña Catalina, que a todas horas estaban temiendo oír la noticia de algun nuevo atentado cometido por su hijo contra las buenas costumbres, o verle traer estropeado, i quizá moribundo.

Aquel muchacho era para ellos un pecado vivo.

Lo espuesto fué causa de que en 1504 recibieran sin pesar la despedida de Hernan Cortes, quien, a

la temprana edad de diezinueve años, aburrido de la vida airada que llevaba, habia resuelto venir a buscar fortuna en América, donde tantos se habian enriquecido, pero tambien donde tantos habian sucumbido miserablemente.

—Pórtate como hidalgo, le dijo don Martin.

—I como cristiano, agregó doña Catalina.

—Me propongo hallar en las Indias el oro suficiente para remediar cumplidamente todas vuestras necesidades, respondió el viajero con acento afectuoso i algo conmovido.

III.

Hernan Cortes, como muchos de sus contemporáneos, se habia formado una idea inexacta i exajerada de la riqueza de la América. Venia persuadido de que se tropezaba en las nuevas comarcas con el oro, i de que bastaba agacharse para recojerlo.

La esperiencia le mostró pronto que estaba mui equivocado.

Habiéndose avvicinado en la Española, vivió seis años sin mejorar mucho de fortuna a pesar de la protección que le dispensó el gobernador don Nicolas de Ovando.

Al fin de ese tiempo, Cortes formó parte de la expedicion que fué a la conquista de Cuba bajo las órdenes de Diego Velásquez.

La coman'dad de los trabajos i de los gustos fo-

mentó una amistad bastante íntima entre Velásquez i Cortes.

Los dos fijaron su residencia en la ciudad de Santiago.

Cortes tuvo una buena estancia i una numerosa encomienda.

Se dedicó a la crianza de vacas, de ovejas i de yeguas; i empleó sus indios en la estraccion de oro.

Destinó ademas una porcion de sus ganancias a especulaciones comerciales.

Todos estos negocios le salieron bien.

Hernan Cortes no tardó en ser uno de los españoles mas acaudalados de Cuba.

Esta prosperidad le proporcionó medios de entregarse a sus pasiones predilectas del juego i del amor.

Velásquez, que era tan aficionado a las mujeres como Cortes, se acompañaba con él para sus galanteos.

Al principio, se vieron forzados a dirigirse esclusivamente a las indias, entre las cuales habia algunas bien parecidas, que los atraian por la novedad, tanto de la figura, como del trato; pero luego tuvieron oportunidad de ofrecer sus homenajes a damas de su misma raza.

Una vizeaína, cuyo nombre era María de Marcaida, viuda de Diego Juárez Pacheco, vino a residir en la isla con un hijo i tres hijas.

El jóven, llamado Juan, se proponia buscar fortuna por medio de los arbitrios que muchos otros ha-

bian empleado en las Indias, i las hijas, por medio de matrimonios ventajosos.

El primero contaba para lograr su designio con el valor i la calidad de español; i las segundas, con la escasez de mujeres europeas que habia en Cuba, i mui especialmente con una hermosura sobresaliente, que ellas reputaban con razon la mejor de las dotes.

Entre aquellas tres niñas, se llevaba la palma de la belleza una llamada Catalina, en quien se aunaban lo bella i lo soberbia.

La gentil i donosa Catalina no tenia reparo en aseverar con la mayor seguridad que estaba predeterminada a ser una gran señora.

¿Se lo habia predicho algun astrólogo?

¿Se le habia revelado en sueños?

Velásquez i Cortes visitaron a las Juárez, i no tardaron en enamorarse perdidamente: Cortes, de Catalina; Velásquez, de una de sus hermanas.

El gobernador triunfó pronto de su amada, probablemente a causa del prestigio del mando, i tambien porque ella no se preciaba de recatada.

No sucedió otro tanto a Hernan Cortes con Catalina, que era tan hermosa i tan ambiciosa, como honesta; i que ademas aspiraba a ser una gran señora mediante un buen matrimonio.

Aquella resistencia inesperada, a que no estaba acostumbrado, irritó su pasion.

A fin de no salir desairado, hizo a Catalina las promesas mas seductoras.

I por último, como nada consiguiese, le dió palabra de casamiento.

Los dos amantes vivieron tranquilos i dichosos por algunos meses.

Sin embargo, tanta felicidad no fué duradera.

No hai deuda cuyo plazo no se cumpla, por remoto que haya sido.

Catalina exigió a Hernan Cortes que ejecutara lo que le habia prometido.

El galan contestó con evasivas; i cuando fué estrechado a dar contestacion categórica, salió pidiendo prórrogas.

Probablemente la esplicacion de la conducta de Cortes respecto de Catalina estaba en que si ella habia soñado ser la esposa de un gran señor, él habia soñado ser el esposo de una gran señora.

Cuando se concluyeron los nuevos plazos, Cortes perseveró en diferir el matrimonio con pretextos que no satisfacian a nadie, i mucho ménos a los interesados.

Semejante procedimiento, tan indigno de un caballero, introdujo la conmocion en la familia de Maria de Marcaida i en el círculo de sus allegados.

La infortunada Catalina lloró i se desesperó.

La viuda i sus otras hijas execraron al seductor.

Juan Juárez se deshizo en amenazas, i meditó planes de venganza.

Los amigos de la casa, que eran muchos e influen-

tes, proclamaron a Hernando un infame burlador de las mujeres.

Velásquez mismo, a quien sus relaciones con una de las Juárez decidieron en favor de los ofendidos, dirigió a su camarada palabras duras, haciéndole las mas severas acriminaciones; i como Cortes le replicara en el mismo tono, rompió con él estrepitosamente.

El acusado protestó, una i otra vez, que profesaba a Catalina el mas tierno afecto; pero rehusó casarse con ella.

Como era de presumirse, Velásquez i Cortes cesaron de hablarse i de verse; i subiendo de punto en punto las hostilidades, el segundo se rodeó de los enemigos mas implacables del gobernador, los cuales murmuraban abominaciones en contra de éste, sin que Hernando los contradijese.

Los tertulios de las Juárez, que estaban furiosos, se hacian informar de todas estas maledicencias; las comunicaban a Velásquez, ponderándolas i comentándolas; i se apoyaban en ellas para atizar el resentimiento del gobernador contra Cortes.

La gravedad de estos denuncios fué aumentando por dias.

Se acusó a Cortes, ya no solo de consentir murmuraciones, sino tambien de fraguar planes contra el gobernador.

A lo que se aseguraba, su odio era tanto, que estaba resuelto a afrontar las olas del mar en una em-

barcacion lijera para ir a llevar a la Española la quejas de los descontentos, i a ejecutar otras cosas por este estilo.

Parece que todo aquello era una calumnia; pero Velásquez, que se hallaba mui mal dispuesto contra Hernando, prestó crédito a cuanto le dijeron.

—No he de parar hasta hacer ahorcar a este pícaro, exclamó en un arrebato de indignacion.

I junto con espresarse así, le mandó prender i asegurar en la cárcel, donde le puso en el cepo, como al último de los malhechores.

Hernan Cortes concibió temor de pérdida de la vida, i quizá con fundamento.

Pero, como no era hombre de amilanarse, se dió trazas para romper el pestillo del candado del cepo, arrebató la espada i la rodela del alcaide, saltó por una ventana i corrió a asilarse en la iglesia.

Velásquez se encendió en ira, cuando supo esta evasion.

Sin tardanza, impartió las órdenes mas rigorosas para que sus esbirros atrapasen otra vez al prófugo.

Cortes supo por lo pronto burlar todos los esfuerzos de sus enemigos.

Mas, lo que no habia podido contra él ni la astucia, ni la violencia, lo pudo el amor.

Hernando, que, segun se colije, estaba siempre mui enamorado de Catalina, salió de la iglesia por la noche para ir a rondar por la casa de su querida.

Quizá acudía a alguna cita; o estaba simplemente ansioso de verla.

Esta fantasía le fué funesta.

Una cuadrilla de alguaciles que estaban apostados para espiar ocultamente todos sus movimientos, le siguieron de cerca; i cuando ménos lo pensaba, le cogieron de sorpresa, i le impidieron toda resistencia abrazándole por detras.

Habiendo sido sometido a los alcaldes, éstos le condenaron a una pena rigorosa; pero el reo apeló ante el gobernador, quien, algun tanto apaciguado, la revocó por la intercesion de algunos amigos, aunque determinó hacerle salir de Cuba.

En cumplimiento de esta decision, Hernan Cortes fué llevado a bordo de un bareo pronto a dar la vela para la Española.

Nuestro protagonista no se resignaba a apartarse de Cuba, sea por amor a Catalina Juárez, sea por cualquier otro motivo.

Resolvió, por lo tanto, volverse a tierra, costárale lo que le costara.

Habiendo tomado el vestido de uno de los sirvientes, pudo escaparse de la nave, i dirigirse hacia la costa en un mal esquife.

Como fuera arrastrado por una corriente, i se hallara próximo a zozobrar, se echó a nado, pudiendo llegar a la ribera con suma dificultad.

Inmediatamente buscó un asilo en la iglesia.

Su primer cuidado fué llamar a Juan Juárez.

—He deprecado, le dijo, las furias del mar i del gobernador para venir a casarme con tu hermana Catalina.

—Tal procedimiento conviene a un hidalgo como tú, le contestó Juárez, que estaba mui distante de esperar semejante declaracion.

Los dos españoles se abrazaron afectuosamente.

Los preparativos del matrimonio se hicieron con la mayor dilijencia, i todo quedó pronto terminado con plena satisfaccion de los interesados.

Sin embargo, Cortes, que habia infrinjido las órdenes del gobernador, tuvo que permanecer asilado en la iglesia.

A pesar de esto, i como debe presumirse, el negocio estaba en via de arreglo.

Velásquez se habia enemistado con Hernando solo porque éste pretendia burlar a Catalina; pero ya que el mal habia sido reparado, se sentia naturalmente inclinado a restablecer las antiguas cordiales relaciones.

Por lo demas, no es temerario conjeturar que la feliz novia haria valer las influencias de la familia para obtener este resultado.

Efectivamente, Velásquez mandó proponer a Cortes que, olvidando las desavenencias pasadas, se quitara de pleitos, i fuera a acompañarle a someter algunos indijenas recientemente rebelados.

Hernan Cortes, que quizá no podia perdonar al

governador la persecucion anterior, rehusó aceptar la reconciliacion.

Persistió aun varios dias en este propósito.

Pero habiéndole venido con el trascurso del tiempo la reflexion, determinó aceptar la oferta que se le habia hecho.

Velásquez acababa de salir para la espedicion de que he hablado; pero todavía no se habia alejado mucho de la ciudad.

Cortes, en union de Juan Juárez, salió a alcanzar al gobernador.

Se hallaba éste en una quinta o granja arreglando unas cuentas.

Estaba acompañado solo de algunos sirvientes, porque la tropa marchaba adelante.

Era el anochecer.

Velásquez sintió golpear a la puerta.

Inmediatamente despues de haberse anunciado así, se presentó armado delante de él Hernan Cortes.

Juan Juárez venia detras.

Velásquez concibió la idea de que su agraviado amigo proyectaba ejercer algun acto de venganza.

Sin embargo, pudo dominar su emocion.

—¿A qué vienes, Hernan Cortes? preguntó Velásquez.

—A saber las quejas que de mí tienes i a satisfacer, contestó Cortes.

La respuesta del gobernador fué levantarse i dirigirse al recién venido con los brazos abiertos.

Los dos amigos se estrecharon con efusion

Habian vuelto a ser lo que habian sido antes

Despues de reconciliados, entraron en esplicaciones, que no les dejaron nada que desear.

Segun es fácil de comprender, hablaron largo de Catalina.

—Es tan buena como hermosa, dijo Veálsquez; i sobre todo, te adora con pasion.

—Estoi tan contento con que sea mi mujer como si fuera la hija de una duquesa, replicó Cortes.

Los dos interlocutores restablecieron en estas sabrosas pláticas su antigua intimidad.

—Ahora, dijo Cortes, me vuelvo a la ciudad con el corazon contento. Tienes en mí un servidor i un amigo.

—No os vayais todavía, respondió Velásquez, dirijiéndose a Hernando i a su cuñado. Descansad i cenad conmigo.

La comida fué mui alegre.

—¿Por qué no me acompañas a castigar a esos indios insolentes que acaban de alzarse, como te lo habia mandado proponer?

—Por no separarme de Catalina en estas circunstancias.

—La hallarás mas bella a tu vuelta.

—Prestaré este servicio a Su Majestad, ya que me lo ordenas.

Velásquez i Cortes se acostaron a dormir en la misma cama, segun el uso del tiempo.

Mui de madrugada, el aguacil que estaba encargado de vijilar a Cortes para que no se escapara de la iglesia, llegó a anunciar que el reo se habia huido.

Aquel ministril, por peticion suya, fué introducido sin tardanza al aposento en que estaba la cama del gobernador.

La palabra se le atajó en la garganta cuando percibió que el fujitivo dormia tranquilamente al lado de Velásquez, descansando los dos la cabeza en la misma almohada.

Despues de los sucesos que dejo narrados, Cortes permaneció todavía algunos años en Santiago de Cuba.

Su situacion pecuniaria era bastante holgada, pues continuó dedicándose con fruto a las diversas negociaciones que habia emprendido.

Su posicion social era tambien satisfactoria, pues llegó a ser alcalde, cargo mui apetecido de los españoles.

Su amistad con el gobernador Velásquez, léjos de experimentar alguna nueva interrupcion, prosiguió consolidándose.

La luna de miel de Hernando i Catalina tuvo una duracion mayor que la ordinaria.

III.

Diego Velásquez encomendó a su amigo Hernan Cortes la conquista del opulento i poderoso imperio mejicano.

El ilustre estremeño realizó en treinta i dos meses esta ardua i dificultosa empresa.

Solo los mui intonsos pueden ignorar una de las epopeyas históricas mas memorables que rejistran los anales del jénero humano.

Por lo demas, me he propuesto referir en esta ocasion una crónica personal, i no una historia jeneral.

Despues del triunfo definitivo, Cortes habia fijado su residencia en la ciudad de Coyohuacan, mientras se reparaban los espantosos estragos de la guerra en la poco ántes tan soberbia capital de los aztecas.

Heraan Cortes se hallaba en el colmo del contentamiento.

I tenia sobradísimos fundamentos para ello.

Hacia solo algunos meses era un simple colono de Cuba; i a la sazón habia ya ascendido a la categoría de héroe autorizado para tratarse de igual a igual con los mas respetados guerreros del mundo.

El feliz conquistador habia olvidado completamente, en medio de su gloria, a su mujer Catalina Juárez.

¿Como habia de pensar en ella cuando tenia tantos i tan variados asuntos a que atender?

Los ocios que podia proporcionarse le parecian escasos para la satisfaccion de sus vicios dominantes: el juego i la lujuria.

Su casa o palacio de Coyohuacan era el teatro de la mas desenfrenada disolucion.

Habia numerosas mesas preparadas para jugar a los dados i a los naipes, a cuyo alrededor batallaban por desplumarse unos a otros los vencedores de los mejicanos.

Frecuentemente estallaban las disputas i las riñas que una ocupacion semejante suele ocasionar.

Hernan Cortes, no solo jugaba con sus subalternos, sino que los estimulaba a hacerlo, i les prestaba dinero para ello cuando lo necesitaban.

La razon que alegaba para justificar esta conducta era que le convenia tener siempre a su lado un cierto número de hombres prontos para lo que pudiera ocurrir.

Habria sido preferible para su decoro el que hubiera apelado a algun otro medio de obtener este resultado.

Para que el palacio del conquistador de Méjico, que habia de ser luego grande de España, se asemejara todavía mas a una casa vulgar de juego, uno de sus criados cobraba a los concurrentes la propina de garito.

La mansion de Hernan Cortes en Coyohuacan era ademas un verdadero serrallo, en el cual su dueño practicaba descaradamente, a la luz del sol, la poligamia, como si fuera un musulman.

Hai quien hace subir el número de sus concubinas hasta cuarenta.

Habia entre ellas mui pocas españolas, como era natural, i muchas indíjenas de todas condiciones, desde la princesa hasta la labriega.

Las estrechas relaciones de parentesco que habia entre varias de aquellas mujeres aumentaban el escándalo.

Habia tias i sobrinas.

Habia primas.

Habia hermanas.

Habia madres e hijas.

No faltaban por supuesto las mujeres casadas.

El adulterio se ostentaba junto con el incesto.

Hernan Cortes se manifestaba celoso.

Habia castigado, i aun mandado ahorcar a varios individuos acusados de haber cortejado a alguna de sus mancebas.

Los datos que quedan mencionados esplican demasiado por qué Hernan Cortes habia olvidado a Catalina Juárez.

Pero lo que habia sucedido a él, no habia sucedido a ella.

Catalina permanecia tan enamorada de Hernando como ántes.

El prestigio de la gloria fomentó el tierno afecto que ella habia profesado siempre a su marido.

Inmediatamente que llegó a Cuba la noticia de la toma de Méjico, Catalina comenzó a hacer los preparativos de viaje para ir a reunirse con Cortes.

En efecto, aprovechó la primera oportunidad de hacerlo que se ofreció,

Cuando ménos lo esperaba, i sin que lo desease absolutamente, Hernan Cortes supo que su mujer habia arribado a Nueva España, en compañía de otras damas españolas, i conducida por su hermano Juan Juárez.

Esta noticia complació poquísimo a Cortes; pero disimuló su desagrado.

Por el contrario, dictó las órdenes convenientes para recibir a Catalina con la mayor solemnidad posible.

Cuando supo que ella se acercaba, salió a encontrarla montado a caballo, i rodeado de treinta hombres de su guardia a pié.

Los individuos de esta escolta, luego que percibieron a Catalina, desenvainaron las espadas, i las pusieron al hombro.

Era éste un acatamiento que suministró tema a las murmuraciones, porque se acostumbraba tributar solo a los miembros de la familia real.

Cortes dió a Catalina todas las señales exteriores del cariño mas profundo.

En los primeros dias, Catalina creyó que se renovaban los mejores tiempos de su felicidad.

Vivia en medio de la alegría i de las fiestas.

El héroe de Méjico se mostraba tan rendido a sus piés, como el humilde colono de Cuba.

IV.

Catalina Juárez veia realizado su presentimiento

de niña; habia llegado a ser una gran señora; la mujer de un marido mas illustre talvez de lo que ella habia osado figurárselo en sus sueños mas brillantes.

No pasaba otro tanto a Hernan Cortes.

Sus hazañas portentosas le habian elevado a uno de los puestos mas encumbrados que podian ocuparse despues del rei.

Sin embargo, alentado por lo que ya habia obtenido, i confiado en sus fuerzas, aspiraba a subir mas alto todavía.

En uno de los juegos de sortija que por entónces se celebraron en Coyohuacan, habia sacado por divisa la rueda de la fortuna, i junto a ella, un hombre con un martillo en una mano i un clavo en la otra, con este mote:

Clavaré cuando me vea
Do no haya mas que posea.

Esta declaracion emblemática revelaba el fondo del ambicioso pensamiento de Cortes.

Le pesaba sobre manera haberse ligado con vínculos indisolubles a una mujer de baja condicion, a quien los hábitos de la vida disoluta que él llevaba le habian hecho perder el antiguo amor.

Si Catalina habia hallado en Hernando el marido gran señor de sus sueños, éste no hallaba en ella la mujer gran señora de sus nuevas pretensiones.

Cortes habria anhelado tener en su esposa, una

hija de duquesa, no imajinaria, como se habia figurado a la Juárez en el arretrato de su pasion, sino real i verdadera, que hubiera contribuido a justificar su admision en la grandeza de España.

Habia alusiones a este asunto que causaban a Cortes una desazon penosa que no era dueño de disimular.

Precisamente en aquellos dias fué a visitar a Cortes un marino llamado Juan Bono, el cual le habló de la envidiable reputacion que la conquista de Méjico le habia granjeado en España, i concluyó manifestándole la posibilidad de que contrajera matrimonio con una sobrina de don Juan Henríquez de Fonseca, obispo de Búrgos, i presidente del consejo de Indias.

—Este partido podria seros provechoso bajo mas de un aspecto, dijo Bono en conclusion.

—¡Pero soi casado! replicó Cortes.

—¡Es lástima! Susponed que nada he dicho, contestó el marino.

Una proposicion semejante, que le patentizaba el perjuicio de su matrimonio con la Juárez, fué una puñalada feroz para el ambicioso conquistador de Méjico.

¡Pobre Catalina!

Hernan Cortes empezó a tratarla con cierto desvío irritante, particularmente a solas.

La desgraciada mujer perdió de pena la salud.

—¿Parece que el clima de Méjico os sienta mal?

le preguntó un dia María Hernández de Quevedo, a quien conocia desde Cuba, i con quien por lo mismo tenia bantante confianza.

—No es el clima, sino el tratamiento de mi esposo, contestó Catalina llorando.

—Pero todos vemos que el señor gobernador os colma de consideraciones i de honores, observó su interlocutora, asombrada de lo que oia.

—Sí, en público, pero nó en secreto. Sabed que muchas veces en medio de sus cóleras, me ha echado abajo de su cama. ¡Algún dia me van a hallar muerta por la mañana!

La aflijida Catalina se desahogó entónces con su amiga, i le refirió la vida licenciosa de su marido, i todos sus tormentos domésticos.

Pocos dias despues, uno de los últimos del mes de octubre de 1522, hubo en casa de Cortes una gran fiesta, que se prolongó hasta tarde de la noche.

Habian asistido a ella las principales damas españolas que se hallaban en Coyohuacan.

Cortes estaba mui alegre, i tambien mui galan, como de costumbre.

Catalina, que parecia recobrada de sus dolencias, se presentó mui bien vestida, i estraordinariamente jentil.

Ostentaba esa misma belleza que habia cautivado a Cortes en Cuba.

Pero era evidente hasta para los ménos perspicacia-

ces que ella habia perdido el imperioso atractivo que ántes habia ejercido sobre su esposo.

Esto se manifestaba demasiado por el ardor con que Cortes requebraba a algunas de las otras damas que habian concurrido a la fiesta.

En otro tiempo, no habria tenido ojos mas que para su idolatrada Catalina.

La mujer desdeñada ocultaba su pesar; pero de cuando en cuando, no pudiendo dominarse, aparecia en su semblante la espresion de los celos que la martirizaban.

Llegó la hora de la cena.

Todos los convidados se sentaron en torno de la mesa.

La conversacion versó sobre diversas materias.

Entre otros, se trabó el siguiente diálogo:

—Capitan Solis, dijo Catalina a uno de los asistentes, con quien ella estaba agraviada, os permitis ocupar a mis indios en cosas que yo no les mando; pero conviene que tengais entendido que en asuntos de esta clase, no debe procederse sin mi voluntad.

—Señora, contestó el capitan, yo no ocupo a vuestros indios por disposicion mia, pues me limito a cumplir las órdenes del señor gobernador.

—Os prometo, replicó Catalina, que he de hacer que ántes de muchos dias nadie tenga que entender en lo mio.

—¿En lo vuestro? preguntó con sorna Cortes.

I luego, sin aguardar respuesta, agregó en el mismo tono:

—Yo no quiero nada de lo vuestro.

Esta réplica de doble sentido provocó la risa de las damas presentes.

Catalina, toda corrida, sintió que el rostro se le encendía de vergüenza.

Sin embargo, disimuló como pudo su turbacion.

Tan pronto como la conversacion tomó otro jiro, i creyó que podia hacerlo sin llamar mucho la atencion, se levantó de la mesa i se retiró.

La desconsolada Catalina se dirigió a su oratorio para rezar.

Una de sus camareras la percibió llorosa i medio desesperada, orando en alta voz, i suplicando a Dios que la sacase cuanto ántes de este mundo.

La sirvienta, que conocia las quejas i los celos que Catalina tenia de su marido, comprendió perfectamente la causa de tamaña aficcion.

Los convidados no tardaron en despedirse.

Cortes i su mujer se acostaron para dormir en la misma cama, como lo tenían de costumbre.

Los sirvientes apagaron la luz, i se retiraron.

El aposento quedó silencioso i tranquilo.

Habian trascurrido unas dos horas, cuando Cortes llamó con grandes gritos a sus criados.

Las primeras que acudieron fueron dos camareras.

Despues llegaron otros individuos de la servidumbre.

—¡Pronto! una vela! dijo Cortes; Catalina está muy mala; quizá ha muerto!

Cuando se trajo la luz, se presenció un tristísimo espectáculo.

Catalina estaba inmóvil echada de espaldas sobre el brazo de Cortes.

Sus ojos aparecían abiertos, fijos, i salidos hacia afuera, como los de un ahogado.

Sus labios estaban gruesos i negros.

Dos espumarajos colocados a cada lado de la boca contribuían a dar un aspecto espantoso a ese rostro tan bello poco ántes.

En la frente se divisaba una gota de sangre; entre las cejas, un rasguño; i en la garganta, unos cardenales amoratados.

Las cuentas de oro de un collar o rosario que Catalina llevaba al cuello estaban desparramadas por la cama, i algunas de ellas, quebradas.

—¡Catalina! ¡Catalina! gritó Cortes, remeciendo a su mujer para hacerla recuperar el sentido.

Los ojos de Catalina permanecieron fijos e inmóviles; i los espantosos espumarajos de la boca, inalterables.

—¡Está muerta! exclamaron los circunstantes.

Cortes se levantó de la cama, donde quedó el cadáver de Catalina.

Los asistentes miraban aquellos restos, mientras el gobernador recorría el aposento, dando señales de dolor.

Por lo pronto hubo el silencio del asombro i del espanto; pero luego fué interrumpido por las preguntas i los comentarios que se hacian en voz baja.

Alguno de los asistentes llamó la atencion a los cardenales de la garganta.

Habiendo oído Cortes esta observacion, respondió a ella como sigue:

—Yo mismo he sido quien le he causado esos cardenales, porque habiendo notado que habia perdido el sentido, la tomé fuertemente de la garganta para procurar volverla en sí.

Hernan Cortes se trasladó a una pieza vecina.

El cadáver de Catalina fué amortajado inmediatamente.

Apénas hubo amanecido, se le encerró en un ataúd.

Miéntas tanto, se habia difundido, primero entre los sirvientes i moradores de la casa, i despues, entre los vecinos de la ciudad, el rumor de que Catalina habia muerto ahogada por su marido.

¿Era aquello cierto?

¿O la muerte de la jóven habia sido producida por un accidente repentino, aunque natural?

Aquella catástrofe ¿fué el efecto de un crimen?

¿Fué el efecto de una desgracia?

Solo Dios lo sabe.

Hernan Cortes hizo llamar a un fraile de la Merced llamado frai Bartolomé para que le consolase en su afliccion.

Aquel sacerdote acudió cuando ya habia amanecido.

Ántes de presentarse a Cortes, entró en el cuarto mortuorio, donde vió que el cadáver de Catalina estaba ya encerrado en el ataúd.

El fraile, que habia oído lo que se murmuraba en la ciudad, creyó que esta circunstancia podia suministrar pretesto para confirmar la acusacion.

Así creyó de su deber advertirlo al gobernador.

Aquellos dos personajes hablaron entre sí como sigue:

—Señor, permitidme que os someta una indicacion inspirada por el respeto que os profeso.

—Decid, padre, lo que estimeis conveniente.

—Se asegura públicamente en la ciudad que sois vos quien habeis dado la muerte a vuestra mujer. Conviene a vuestra honra que desvanezcais esta acusacion. Para esto me parece indispensable que mandeis que saquen del ataúd delante de un alcaide, de un escribano i de testigos, el cadáver de doña Catalina; i que todos puedan verlo i examinarlo ántes del entierro.

Hernan Cortes recibió este consejo con el mayor enojo.

—¿Quien osaria poner en duda mi honra? Si lo hubiera, yo sabria mui bien castigarle. Ni tengo que disculparme con nadie, ni puedo consentir que el cadáver de mi mujer sea objeto de curiosidad.

Hernan Cortes ordenó que el ataúd fuese inme-

diatamente sepultado en una capilla u oratorio que habia en la misma casa.

Esto se ejecutó como lo habia ordenado.

V.

Hernan Cortes no habia seguido el consejo de portarse como hidalgo, que le habia dado su padre al partir para el nuevo mundo; ni el de portarse como cristiano que le habia dado su madre; pero habia cumplido la palabra de hacerse inmensamente rico i de atender a las necesidades de su familia.

Habiendo regresado a España en 1528, el mozo calavera de Medellin i de Salamanca obtuvo en premio de sus insignes hazañas i de sus eminentísimos servicios el título de marques del valle de Oajaca.

Vió realizarse tambien su vanidad de tener por esposa a una duquesa verdadera, pues se casó en segundas nupcias con doña Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar e hija del conde de Aguilar.

Hernan Cortes regaló a su novia las cinco esmeraldas mas ricas por el tamaño i la brillantez que habia en el mundo.

Habian sido primorosamente labradas por los artistas aztecas.

Eran unas de las principales preciosidades del tesoro de Montezuma.

Unos comerciantes jenoveses le instaron mucho para que les vendiese en un precio enorme una sola

de ellas, que se proponian revender al gran turco .

La emperatriz esposa de Cárlos V deseó ardientemente poseer aquellas magníficas piedras; i cuentan que guardó resentimiento a Cortes porque no se las dió.

Doña Juana de Zúñiga fué tan dichosa como Catalina Juárez habia sido desgraciada.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LOS HIJOS DE HERNAN CORTES.

I.

No habia aun llegado a su término la primera mitad del siglo XVI, cuando ya se habian organizado dos facciones rivales entre los españoles que habian venido a avencindarse en el nuevo mundo.

Componian la una los descendientes de los conquistadores i sus allegados.

Formaban la otra los funcionarios enviados de la Península, que no habian contribuido ni a descubrir, ni a sujetar estas comarcas, i sus favorecidos.

El fundamento de semejante desunion es facilísimo de comprender.

Los hijos de los conquistadores invocaban continuamente los valiosos servicios que sus padres habian prestado a la corona; i exijian como recompensa las mas honrosas distinciones i las mas espléndidas remuneraciones.

Todo les parecia poco; i justo es confesar que les sobraba la razon en sus pretensiones.

Sus padres habian obsequiado al rei de España, frecuentemente, sin que éste hubiera tenido que gastar un solo maravedí, los mas vastos i opulentos imperios.

El soberano no tenia cómo corresponder dignamente a un presente de aquella especie.

Los españoles que habian venido a organizar la conquista, o a aprovecharse de ella, recibian con un disgusto mui esplicable las exigencias de los que recordaban para obtener el favor real, títulos poderosos de que ellos carecian.

Para compensar las desventajas de su posicion, se complacian en asumir el papel de defensores de los derechos e intereses del monarca.

Si los padres de sus adversarios habian descubierto i conquistado para el rei las estensas i ricas regiones de la América, ellos eran los que se las conservaban.

Sus servicios actuales eran tan benéficos para la corona, como los servicios ya pasados que alegaban sus competidores.

Bien considerado, eran todavía mas útiles; pues, a lo que murmuraban, miéntras ellos se esforzaban por mantener la integridad absoluta de las prerrogativas reales, los descendientes de los conquistadores con su sed inestinguible de poder i de riqueza, tendian manifiestamente a menoscabar la autoridad soberana.

Este estado de cosas habia establecido las rela-

ciones mas desagradables entre los unos i los otros.

La faccion de los conquistadores, o mejor dicho, de sus sucesores, representaba la aspiracion insaciable; la de los empleados, la suspicacia constante.

Aquellos estaban siempre abominando la ingratitude con que se les pagaban los esclarecidos méritos de sus antecesores.

Éstos estaban siempre por su parte suscitando dudas contra la lealtad de los que se daban por tan agraviados.

Escusado parece advertir que, como suele suceder en casos análogos, no todos los que por sus circunstancias respectivas podian pertenecer a una de las dos categorías mencionadas, se mostraban igualmente obcecados e intransijentes.

Habia aun descendientes de conquistadores que seguian las inspiraciones de los empleados, i no faltaban entre éstos quienes se mostraban simpáticos a los hijos de los conquistadores.

El año de 1562, pasó de España a fijar su residencia en la ciudad de Méjico, don Martin Cortes Ramírez de Arellano, primer vástago del matrimonio que contrajo el justamente famoso Hernan Cortes con doña Juana Ramírez de Arellano i Zúñiga, la cual reunia en sus venas la sangre de los condes de Aguilar i de Bañáres.

Don Martin habia heredado el marquesado del Valle e inmensas riquezas.

Aquel caballero, insigne ya por la gloria de su

padre i la prosapia de su madre, lo era tambien por méritos propios, pues se habia mostrado digno de su nombre en la tremenda guerra de Flándes.

Llevaba por mujer a una jóven, próxima parienta suya, doña Ana Ramírez de Arellano, dama tan sobresaliente por la belleza i la discrecion, como por todo linaje de virtudes.

Traia consigo la escojida i aparatosa comitiva de que los grandes de España acostumbraban rodearse.

El primojénito de Hernan Cortes era, como puede conjeturarse, el propietario mas acaudalado, i el encomendero mas opulento de Nueva España.

La abundancia de sus recursos pecuniarios le permitió tratarse con un boato verdaderamente rejio.

En una palabra, don Martin Cortes Ramírez de Arellano era indisputablemente el primer personaje del país, tanto por el prestijio que le daba el recuerdo de las hazañas de su ilustre padre, como por el fausto deslumbrador que sus inmensas riquezas le permitian ostentar.

Contribuian eficazmente a aumentar este encumbramiento las consideraciones de que por su parte gozaban sus dos hermanos naturales, don Martin i don Luis.

Era el primero, hijo de la afamada i simpática doña Marina, cuyo nombre ha quedado asociado para siempre a la gloria de su amante; i el segundo, de una señora española, cuyo apellido era Hermosilla, a quien Hernan Cortes conservó tan duradero afec-

to, que en su testamento ordenó que los huesos de ella fueran sepultados en la misma iglesia en que debian serlo los suyos propios.

Aquellos dos caballeros manifestaron siempre la mayor deferencia, i aun veneracion al jefe de la familia.

I al obrar así, obedecian, no solo a sus impulsos personales, sino tambien a las recomendaciones categóricas de Hernan Cortes, quien les habia mandado por cláusula espresa de su testamento que sirviesen i acatasen a don Martin Cortes Ramírez de Arellano, «no siendo contra Dios Nuestro Señor, o contra su santa relijion i fe católica, o contra su lei natural» so pena de que fuesen privados de los legados que les dejaba, i de que fuesen tenidos por estraños de su casa i projenie.

El hijo de doña Marina i el de la señora Hermosilla no habian experimentado la menor repugnancia para prestar al hijo de la marquesa aquel sumiso homenaje.

Por la fuerza de las cosas, don Martin Cortes Ramírez de Arellano llegó a ser en Méjico el caudillo de la faccion que habian formado los descendientes de los conquistadores.

Era aquel un puesto que le correspondia de derecho.

Entre las muchas personas distinguidas e influyentes que se habian colocado a su lado, se hacian notar el dean de la catedral de Méjico don Juan Chico de Molina, i Alonso de Avila.

Se sabe demasiado la importancia de que un dignatario eclesiástico gozaba en la época colonial.

Un dean era una categoría de primera clase.

Por desgracia, don Juan Chico de Molina no descollaba ni por la sensatez de las opiniones, ni por la regularidad de las costumbres.

Alonso de Avila era todavía mucho mas atolondrado que el canónigo.

Tenia el cetro de la moda en Méjico.

Nadie le superaba en la gallardía del porte, en la elegancia del traje, en la destreza para el manejo del caballo, en la maestría para correr cañas i sortijas, i para ejecutar otros juegos de esta especie.

Aunque casado, era mui dado a galanteos, en los cuales obtenia las mas buenas fortunas.

Los principales secuaces de don Martin Cortes Ramírez de Arellano pasaban la vida en una serie no interrumpida de variadas i suntuosas fiestas.

Parecian comprender que el tiempo huye demasiado fugaz; i por lo mismo se apresuraban a saborear la hora presente.

Jamas el poeta Horacio, a quien sin embargo los mas instruidos de ellos apenas conocian de nombre, habia tenido discipulos mas aprovechados.

Habrian debido tomar por divisa: *Carpe diem*.

En medio de aquella existencia de placeres i de disipaciones, trataban a don Martin Cortes Ramírez de Arellano, como si fuera un soberano, o a lo menos como si estuviera destinado a serlo.

Don Martin recibia estos homenajes sin protestas, ni reservas de ninguna especie.

Poco a poco se fueron acostumbrando a insinuar que tenia títulos para ser rei de Méjico.

Don Martin, en vez de contradecirlo, lo oia con marcada complacencia.

Nuestro protago nista habia aprendido en Flándes la costumbre de los bríndis, i la habia introducido en la capital de Nueva España.

Los banquetes con que obsequiaba a sus amigos eran en extremo frecuentes.

Los comensales correspondían el favor con numerosos i encomiásticos bríndis en que agotaban el diccionario de las lisonjas.

Cuando el líquido jeneroso circulaba por las venas, e inflamaba la sangre, las lenguas, demasiado sueltas por sí solas de aquellos mozos impetuosos e imprudentes, soltaban todos los frenos.

En tales momentos, el tema sobre que mas se disertaba, i aquel que mas se aplaudia, era el de los derechos de don Martin a la corona de Méjico.

Entónces se pronunciaban palabras que habrian sonado mui mal en los oídos de los ministros suspicaces i de los súbditos sumisos de Felipe II.

Sin embargo, todos aquellos discursos eran simples fanfarronadas de jente beoda, frases huecas en las cuales se empleaba la sedicion como flor de retórica.

No se tramaba ninguna maquinacion formal.

Aquelllos jóvenes desavisados no reparaban que,

copa en mano, se estaban haciendo reos de lesa majestad, cuando no pensaban en realizar lo que se limitaban a desenvolver como asunto de agasajo.

Dada esta esplicacion, preciso es confesar que las tales alusiones contrarias a la soberanía del rei de España envolvian una verdadera herejía política, que debia causar el mayor escándalo a los vasallos buenos i leales.

I así sucedia en efecto, aun a algunos de los mismos que solian concurrir a semejantes banquetes, a quienes les temblaban las carnes cuando oían proferrir, i en seguida aplaudir, ciertas espresiones poco edificantes para un súbdito fiel.

Habiendo caído enfermo de muerte uno de los afiliados en el bando de don Martin, se confesó con un fraile dominico, a quien reveló los horrores que habia oído acerca de los títulos del hijo de Hernan Cortes a la dominacion de la tierra; i le agregó que en su concepto se conspiraba contra el rei, autorizándole para que lo pusiera en conocimiento de quien juzgase conveniente.

El fraile quedó aterrado con la noticia.

Sin tardanza, fué a contarlo todo al licenciado Valderrama, quien a la sazón practicaba la visita del reino.

Este majistrado oyó el denunció con la atencion que merecia, i recojió informes: pero como era esperto en la política, juzgó con claridad i exactitud lo que efectivamente habia, i consideró que se pro-

cedería con acierto no dando importancia a meros discursos desatinados, que se pronunciaban en medio de los desvaríos de una fiesta.

El fraile, que no se resignaba a que se le privase del mérito de haber descubierto una conjuración horrorosa, i a quien, por lo tanto, ofendió infinito el desden del visitador Valderrama, comunicó a varios otros personajes lo que sabía.

Sin embargo, tuvo la desgracia de no ser atendido, probablemente por razones análogas a las que habian influido en el ánimo del licenciado Valderrama.

Lo único que consiguió el fraile, fué que muchos se pusieran a observar i comentar los procedimientos de don Martin Cortes i de sus secuaces, i a murmurar contra su lealtad.

No todos se mostraron tan incrédulos como el licenciado Valderrama.

Un gran número de personas formó un convencimiento enteramente opuesto.

—Ese mal súbdito, arrastrado por una ambición injustificable, dijeron, pretende ser rei de Méjico, i conspira contra su soberano lejítimo i su señor natural. ¡Digno hijo, al cabo, de su padre, que osó en cierta ocasion tomar esta insolente divisa: *Aut Cesar, aut Nihil!*

II.

Hallábase el negocio en el estado que he descri-

to, cuando allá por el año de 1564, falleció el virrey de Nueva España don Luis de Velasco.

Por el mismo tiempo, regresó a la Península el prudente visitador licenciado Valderrama.

A consecuencia de todo esto, pasó el gobierno del país a la real audiencia, que se componía de los oidores Francisco de Ceinos, Pedro de Villalobos, i Jerónimo de Orozco.

Estos tres togados creían mas o ménos en la seriedad de los proyectos de trastorno imputados a don Martin Cortes Ramírez de Arellano.

Nuestro protagonista tenía ya entónces de su esposa doña Ana un hijo, a quien en recuerdo de su padre había llamado Fernando.

En la fecha a que ha llegado esta relacion, doña Ana dió a luz dos gemelos, un hombre i una mujer.

El bautismo de estos dos niños, que tuvo lugar el 30 de junio de 1566, fué solemnizado con pompa extraordinaria.

Desde la casa del marques don Martin, situada frente a la catedral, hasta una de las puertas de dicha iglesia, se construyó un pasadizo de cuatro varas de alto i seis de ancho, lujosamente aderezado.

Por aquí fueron trasportados los dos niños, acompañados de una lucidísima comitiva.

Llevaba en brazos al uno, don Carlos de Zúñiga, i al otro, don Pedro de Luna.

Sirvieron de padrinos a los dos don Luis de Castilla, i su mujer doña Juana de Sosa.

El dean don Juan Chico de Molina fué quien les administró el sacramento, dando al niño el nombre de Pedro i a la niña el de Juana.

A la ida i a la vuelta, se dispararon salvas de artillería.

Despues del bautismo, siguieron las fiestas, que fueron verdaderamente reales.

La techumbre del pasadizo a que ántes me he referido era un tablado.

Encima ejecutaron un torneo de a pié doce caballeros armados de punta en blanco, que se combatieron bizarramente en medio de estrepitosos aplausos de centenares de espectadores.

En seguida, hubo juegos de cañas.

Por la noche, se representó sobre el tablado una encamizada o mojiganga, alumbrada por hachas, en la cual tomaron parte muchos máscaras, algunos disfrazados de animales.

En el medio de la plaza, se dieron de comer al pueblo un toro asado i gran número de aves, así domésticas, como montaraces.

Pero lo que puso el colmo al lujo de la festividad, fueron dos grandes toneles, uno de vino blanco, i otro de vino tinto, que se distribuyeron a la puerta de la casa del marques don Martin.

Debe tenerse presente que el vino era entónces sumamente caro en Nueva España.

Los espectáculos de toda especie se sucedieron por el término de ocho días.

Una de las fiestas que se celebraron fué a la usanza de la tierra.

Se improvisó una enramada que figuraba un bosque, en el cual se soltaron aves i animales de varias clases, tales como codornices, adives, venados, liebres, conejos, que, segun las precauciones que se habian tomado, no podian escaparse del recinto cerrado.

Oportunamente aparecieron cuadrillas de flecheros indígenas, que dieron a conocer su destreza en el manejo de las flechas, lanzándolas contra todos aquellos animales, que huian veloces por el aire o por la tierra.

Toda la poblacion mejicana no hablaba mas que del marques Cortes i de sus fiestas.

El coro de admiracion que se entonaba en su loor estaba mezclado con notas discordantes de censura.

En rigor de verdad, no podia hacérsele ningun cargo fundado.

Era millonario, i gastaba lo suyo para conseguir que los demas participasen del contento que habia producido en su ánimo el nacimiento de los gemelos.

¡Todo estaba mui bueno!

Pero aquellas fiestas demasiado espléndidas, como nunca se habian visto, como jamas quizá se volverian a ver, eran mas propias de un rei, que de un marques.

¡Hasta dónde iban las aspiraciones de aquel soberbio?

¿No era claro que pretendia enseñorearse de ánimo del pueblo, i menoscabar la autoridad del rei con torneos, con mascaradas, con espectáculos, con prodigalidades inauditas?

Los miembros de la audiencia gobernadora se contaban entre los que raciocinaban como queda mencionado.

Los cortesanos de don Martin Cortes, sumamente aficionados a las representaciones ostentosas, hacian esfuerzos de imaginacion para inventarlas.

Alonso de Avila, con su imprudencia i petulancia características, fué quien ideó e hizo ejecutar una de las mas significativas, i juntamente una de las mas comprometentes.

En celebracion del bautismo de los gemelos, invitó al marques i a la marquesa, i a los numerosos amigos de ellos, a un espléndido sarao, que fué algo de lo que ahora llamaríamos un baile de fantasía.

Se reprodujo en él a lo vivo el recibimiento que Montezuma habia hecho a Hernan Cortes.

Avila se disfrazó de emperador azteca.

El marques, como era natural, hizo el papel de su padre.

Los demas convidados, segun su capricho, tomaron los trajes de los conquistadores o de los mejicanos.

Avila echó al cuello de don Martin un magnífico collar de piedras preciosas i de flores.

Toda aquella escena fué presenciada con el mayor entusiasmo.

Pero la exhibicion no se limitó a la reproduccion del suceso histórico.

Fué el agregado lo que hubo de realmente grave.

Despues de la representacion, adornaron las cabezas del marques i de la marquesa con coronas de laurel.

¿Cuál era el propósito de semejante novedad?

Los asistentes saludaron respetuosamente a don Martin i a su esposa, prorrumpiendo en estrepitosa vocería.

— ¡Cuán bien sientan las coronas a Vuestras Señorías! les decian.

Hablando así, los condujeron como en triunfo, a ver una costosa encamizada de hombres a caballo, que simularon un combate, acometiéndose con alcancías.

Esta fiesta, i muy especialmente la incidencia de las coronas, dieron materia, como puede presumirse, para toda especie de murmuraciones.

Los maldicientes sostenian que ya no era posible poner en duda los designios ambiciosos i criminales del marques del Valle.

Los oidores i los individuos del bando que denominaré ultra-realista se manifestaban indignados contra unas demostraciones que, en su concepto, envolvian un atentado contra la veneracion debida al soberano.

Mientras tanto, los allegados de don Martin Cortes Ramirez de Arellano, sin fijarse en las consecuencias funestas que podian resultarles de sus locuras, perseveraban impertérritos en su conducta desatinada.

Al sarao de Avila, siguió un opíparo banquete, en que se dijeron los bríndis mas temerarios.

El dean don Juan Chico de Molina se hizo notar por la audacia de sus alusiones a la coronacion de don Martin.

Los vapores del vino habian ofuscado la mente de aquellos calaveras de alto tono.

Caminaban al borde de un abismo, coronados de flores, i copa en mano.

No se daban cuenta cabal del sentido de sus imprudentes procedimientos.

No reparaban que convertian en rebelion de palabras, aunque no de hechos, el carnaval perpetuo en que vivian.

Excitado por los atronadores aplausos que provocó su bríndis, el dean don Juan Chico de Molina se precipitó hacia el marques; i arrebatando una ancha copa de oro, primorosamente fabricada, que éste tenia delante de sí para beber, se la colocó en la cabeza a guisa de corona.

Los aplausos, i los palmoteos redoblaron.

—Vuestra Señoría parece haber nacido para llevar corona en la cabeza, dijo el dean, contemplando el efecto del adorno estravagante con que habia dechado al marques.

El entusiasmo de los concurrentes fué entonces imponderable.

Ya podrá conjeturarse cuál sería la impresion que la noticia de este acto produjo en el ánimo de los oidores i de sus secuaces.

La escena de la coronación del marques con la copa de oro asumia para ellos el carácter, no de un delirio de la embriaguez, sino de un desacato horroroso contra el soberano.

A la verdad, don Martin Cortes i sus amigos se portaban como locos de atar.

No advertian que podian ensayar cuantas mascaradas quisieran, ménos la de la rebelion.

Esta es cosa mui seria en todos los tiempos; pero lo era particularmente mucho én el reinado de Felipe II.

Entre tanto, aquellos hombres impremeditados jugaban a la mudanza de dinastías, con la misma lijereza de ánimo con que jugaban a las cañas o a las alcancías.

Aquel era para ellos un simple pasatiempo, como cualquiera otro.

Su conducta, que habria sido un exceso incalificable de imprudencia, si efectivamente hubieran maquinado algo, era el colmo de la necedad, cuando nada proyectaban.

El marques, por la satisfaccion de una ridícula vanidad, arriesgaba su hacienda i su vida. Sus amigos, por el deseo de halagarle, se esponian aturdidamente a toda especie de castigos.

Aquella era una rebelion de brándis i de farsas.

III.

Como se sabe, la antigua ciudad de Méjico fué tomada por Hernan Cortes el 13 de agosto de 1521, dia de San Hipólito.

El aniversario de este acontecimiento era celebrado todos los años en la capital de Nueva España.

En 1566, el marques del Valle don Martin Cortes Ramirez de Arellano i sus parciales, que estaban devorados por el deseo de ostentarse, resolvieron convertir aquella fiesta patriótica en una nueva apo-teósis del primero, i exhibirse en ella con el fausto i la pompa que causaban la admiracion de los unos i la envidia de los otros.

El dia 12 de agosto, empezaba la funcion por el paseo del estandante real, que era llevado desde la plaza principal hasta la ermita de San Hipólito, situada entónces afuera de la ciudad.

Uno de los rejidores cargaba el estandarte, i le servian de cortejo el virrei (cuando lo habia), los miembros de la audiencia, los del cabildo, i los caballeros mas distinguidos.

La procesion iba por la calle de San Francisco, volvia por la de Tacuba.

A la entrada de esta última calle, se levantaba la casa de don Martin Cortes.

Junto a dicha casa, habia un claro, que se deno-

minaba por un motivo fácil de comprenderse, la Plazuela del Marques

En este sitio, se elevaba una torrecilla llamada la Torrecilla del Reloj, porque en ella estaba el primero que hubo en Méjico.

Los amigos de don Martin imaginaron construir en medio de esta plazuela un navío, que debia ser armado con artillería, i defendido por la correspondiente tripulacion.

Don Martin, en el momento de desembocar la procesion en la plazuela, debia salir de la Torrecilla del Reloj, al frente de un escuadron de guerreros para atacar el navío.

Con este motivo, habria un simulacro de combate, en el cual, por supuesto, el marques habia de obtener la mas completa victoria.

Los inventores de esta fiesta se lisonjaban con que ella habia de ser una digna continuacion de las fiestas anteriores, i habia de producir igual contentamiento en los espectadores.

Los individuos de la faccion realista pretendieron, por su parte, que aquella no era una mojiganga inocente.

A lo que murmuraban, el asunto iba a ser grave i mui grave.

Segun los informes fidedignos que decian haber recojido, tanto el navío, como la Torrecilla del Reloj, iban a tener mui buenos cañones, i excelentes guarniciones de verdaderos soldados debi-

damente aperebidos para una lucha mui efectiva.

El marques debia arrebatarse el estandarte.

Tan luego como lo tuviese en su mano, seria proclamado rei nuevo.

Al mismo tiempo, se dispararian los cañones del navío i de la torrecilla.

La jente armada que estaria escondida en el uno i en la otra daria una carga.

Los oidores i todos los leales serian degollados.

La rebelion quedaria consumada.

Esta trama que se denunciaba ¿era una realidad?

¿Era una patraña?

Yo creo que era lo segundo.

Los oidores pensaron que era lo primero.

Cuando hubieron adquirido tal convencimiento, se ocuparon en arbitrar i combinar los medios de prender a todos los sospechosos en el mismo dia, sin estrépito de ninguna especie, para evitar cualquiera tentativa de resistencia.

El golpe de estado se dió el 16 de julio.

Ese dia, el marques fué llamado a la audiencia so pretexto de que habia venido un pliego que Su Majestad ordenaba abrir estando él presente, i de otro modo, nó

Don Martin acudió inmediatamente a la citacion.

Cuando llegó al edificio en que estaba la sala de acuerdos, notó que habia algun movimiento, i que habia guardias.

Sin prestar mucha atencion a estas novedades, pasó adelante.

Los oidores, que estaban bajo el dosel, le recibieron con afectada frialdad.

Contra lo que siempre se habia acostumbrado, le señalaron para que se sentase, no una silla de honor, sino una silla baja.

Don Martin, aunque bastante sorprendido, obedeció.

Se trabó entónces entre el oidor que presidia i Cortes un brevísimo diálogo.

OIDOR—Marques, sed preso por el rei.

CORTES—¿Por qué tengo de ser preso?

OIDOR—Por traidor a Su Majestad.

CORTES—¡Mentís! que yo ni soi traidor a mi rei, ni los ha habido en mi linaje!

I junto con decir esto, echó la mano a la daga.

OIDOR—Entregad vuestras armas.

Un alguacil se avanzó para dar cumplimiento a la órden.

El marques vaciló un instante; pero habiéndose dominado, entregó sus armas.

Inmediatamente fué conducido a un aposento de las casas reales, que se le tenia preparado.

A la misma hora, fueron presos sus hermanos don Martin i don Luis; Alonso de Avila i un hermano de éste llamado Jil González de Avila, que acababa de llegar, i que no habia tenido la menor participacion en los sucesos anteriores; i el dean don Juan Chico de Molina.

Don Luis de Castilla i muchos otros vecinos nobles recibieron la intimacion de no moverse de sus habitaciones.

La justicia hizo un registro jeneral en los cofres i escritorios de los sospechosos.

No descubrió nada que justificase la acusacion.

En una caja de Alonso de Avila, se halló un gran número de billetes amorosos, firmados por algunas de las principales damas de la ciudad, los cuales probaron que el reo habia atentado, no contra la majestad del monarca, sino contra el honor de los maridos.

Este descubrimiento aumentó el enojo de los oidores contra Alonso de Avila, i en tanto grado que lo hicieron estensivo a Jil González de Avila, cuyo único crimen era el parentesco.

En pocas horas, los rigurosos togados condenaron a muerte a los dos hermanos Avilas, mandando que sin tardanza se ejecutara la sentencia.

A las siete de la noche, los dos desventurados caballeros salieron de la prision montados en sendas mulas, i custodiados por una numerosa guardia.

No se les habia concedido tiempo ni siquiera para mudar de traje.

Alonso de Avila cubria su cabeza con una gorra de terciopelo, en la cual se movia al viento una airosa pluma negra. Su ropa era del mismo color. Iba envuelto en una capa de damasco pardo.

Su hermano llevaba el traje de viaje con que habia entrado ese dia mismo en la ciudad.

Los dos fueron decapitados en un cadalso, levantado frente a la casa de cabildo.

No pudieron salvarlos ni los recursos de apelación, ni las súplicas de muchas personas, ni las protestas de inocencia.

Era tan jeneral, como arraigado el convencimiento de que por lo ménos a Jil González de Avila no habia nada que imputarle.

Por lo que tocaba a Alonso, la decapitacion parecia un castigo excesivo para la insolencia de sus espresiones.

Toda aquella noche estuvo la tropa sobre las armas.

Se colocaron guardias a la entrada de los caminos.

Los oidores i sus amigos aguardaban por momentos que estallara la revuelta.

Sin embargo, todo permaneció en la mayor tranquilidad.

Al dia siguiente, las cabezas de los dos ajusticiados amanecieron colocadas en la azotea de la casa de cabildo para escarmiento público.

Los cabildantes se dieron por agraviados con esta determinacion de los oidores.

Inmediatamente protestaron contra la exhibicion de aquellas dos cabezas en lo alto de la casa de sesiones, puesto que la fidelidad de la ciudad continuaba siendo inmaculada; i amenazaron con que si no se atendia a su reclamacion, las echarian al suelo, puesto que nunca consentirian en su deshonra.

Como no podia ponerse en duda siquiera que el

vecindario permanecia completamente quieto, sin que se percibiera el menor indicio de alboroto, los oidores tuvieron que estimar fundada la exigencia del cabildo; i se vieron forzados a ordenar que las cabezas de los Avilas fueran trasladadas a la picota, donde quedaron espuestas durante algunos dias.

Despues de esto, el proceso contra los pretendidos conspiradores entró en las interminables lentitudes de las tramitaciones forenses.

Por mas empeño que desplegaron los oidores, no descubrieron nada que revelase un plan serio de traicion.

Los hechos manifestaban que la suspicacia de los togados habia sido excesiva.

Esto esplica por qué no se procedió contra los demas acusados con la misma precipitacion que se habia empleado contra los Avilas.

IV.

El 17 de setiembre de 1566, entró en el puerto de San Juan de Ulúa la flota de Sevilla, en la cual venia el nuevo virrei de Nueva España don Gaston de Peralta, marques de Fálces.

Era este un personaje dotado de sagacidad i discrecion, mui capaz de apreciar las cosas tales como eran, i de obrar con acierto.

Apénas desembarcado, recibió los informes mas contradictorios.

Los unos le aseguraban que estaba próximo a estallar el mas formidable de los alzamientos.

Los otros se esforzaban por demostrale que todo habia sido una alarma inmotivada, i que se habia dado una importancia desmesurada a hechos que tenian mui poca, o que no tenian ninguna.

Como puede colejirse, los oidores i sus amigos apoyaban la primera de estas versiones, que era la que justificaba su conducta violenta.

El virrei Peralta los oyó a todos; pero resolvió practicar por sí mismo las investigaciones del caso, i formar juicio por sí propio.

El resultado de sus indagaciones fué que el proyecto de rebelion habia sido una pura invencion.

Tan luego como hubo adquirido este convencimiento, mandó quitar los cañones que se habian colocado en las puertas de las casas reales, i retirar las guardias que se habian apostado en diversos parajes de la ciudad.

Creia con razon que todo a quel aparato bélico solo servia para fomentar en el pueblo una inquietud perjudicial.

El prudente virrei atendió a alejar los pretestos de ajitacion, no solo en el país cuyo gobierno se le habia confiado, sino tambien en las otras comarcas de la América Española.

Presumiendo que la noticia de que en Méjico se estaba temiendo un alzamiento contra la soberanía del rei habia de producir mala impresion en el Pe-

rú i en las demas provincias, se apresuró a escribir a todas partes, dando a los sucesos el verdadero carácter que habian tenido, a fin de desvanecer el error en que podia haberse incurrido.

Los oidores, que consideraron estas medidas como una reprobacion de sus actos, se ofendieron sobre manera con ellas.

I como eran soberbios e imperiosos, trataron de contradecir, indirecta, pero solemnemente, las apreciaciones del virrei.

Habiendo logrado comprobar algunos dichos i algunos hechos de don Luis Cortes Hermosilla, que olian a desacato contra la majestad real, decidieron fallar su causa.

Don Gaston de Peralta, que comprendió a dónde se encaminaba el golpe, temió que pretendieran hacer decapitar a don Luis, como lo habian ejecutado con los Avilas.

El virrei determinó impedir a toda costa la perpetracion de tal iniquidad.

Efectivamente, Cortes Hermosilla fué condenado a muerte en primera instancia; pero en la revista de la causa, la pena se redujo a confiscacion de bienes i a diez años de servicio en Oran.

Todo hace presumir que el virrei debió influir para obtener esta modificacion sustancial de la sentencia.

Don Gaston de Peralta comprendió que el mejor medio de poner punto a un negocio tan desagrada-

ble era enviar a España al marques del Valle i a sus correos con los respectivos procesos para que el consejo de Indias resolviera lo que juzgara mas conveniente.

Habia llegado el tiempo en que la flota debia volver a la Península.

El virrei propuso a los oidores aprovechar aquella ocasion de hacer salir del país a un personaje en quien ellos suponian planes de traicion; i que, caso de tenerlos, podia ser en extremo peligroso, permaneciendo en Nueva España, a causa de su prestijio i de sus recursos.

Los oidores, deseosos sin duda de evitar responsabilidades, aceptaron la idea.

Don Martin Cortes reclamó contra esta resolucion, alegando que se le agraviaba remitiéndole a España sin haberse fenecido su proceso.

La audiencia decidió que habia de ejecutarse lo mandado, sin embargo de cualquiera apelacion o recursos.

El auto determinaba que don Martin Cortes Ramirez de Arellano fuese llevado preso hasta el puerto de San Juan de Ulúa, i entregado allí al jeneral de la flota don Juan de Velasco para que éste le pusiera a disposicion del consejo de Indias.

El virrei espresó que alguno de los oidores debia encargarse de conducir al reo hasta la costa.

Cada uno de ellos se escusó por diversos motivos que calificaron de justos.

Peralta insistió, una i otra vez en que el marques debia salir bajo la guardia de uno de los oidores: pero éstos, una i otra vez, persistieron en rehusar.

—¿Qué hacemos entónces? preguntó el virrei.

—Que le conduzca el alguacil de corte, dijo uno de los togados.

—No puede ser, porque la mujer de ese alguacil es próxima parienta de la mujer de don Luis Cortes Hermosilla, observó otro de los togados.

—El excelentísimo señor virrei, como capitán jeneral, es quien debe proveer los medios de trasportar al marques con seguridad hasta el puerto, agregó un tercer togado.

—Pero si don Martin, como lo presumís, tiene planes de rebelion, una escolta de cincuenta arcabuceros sería impotente para contenerle en el camino a San Juan de Ulúa, i una fuerza mayor dejaria indefensa la ciudad, dijo don Gaston de Peralta.

—La resolucion de esta dificultad os toca a vos, i no a nosotros, replicaron los oidores, a quenes no desagradaba ver en embarazos al virrei.

Al dia siguiente, don Gaston convocó a la audiencia.

—Ya está arreglada la custodia que debe conducir al marques, dijo.

—Estoi cierto que será bien segura, contestó uno de los oidores.

—Mucho.

—¿Cuál es?

—La palabra del marques.

Los oidores se miraron asombrados, como si no creyeran lo mismo que estaban oyendo.

—Perded cuidado, señores. La palabra de honor de un caballero es mas fuerte que todas las sogas i guardias del mundo.

—Nosotros ponemos a salvo nuestra responsabilidad.

—Podeis llamar al secretario para estender por escrito vuestra protesta, si lo quereis.

Los oidores guardaron silencio.

Don Martin Cortes Ramírez de Arellano cumplió relijiosamente su palabra, i se puso en San Juan de Ulúa a disposicion del jeneral de la flota.

Antes de que ésta diera la vela, el fiscal de la audiencia pidió que se estendiera auto para que los jueces reales de Sevilla secuestrasen los bienes que llevaba el marques.

El virrei se opuso enérgicamente a que se dictara semejante providencia.

—Importa mucho, dijo, que el marques vaya a España con quietud i sosiego; i una resolucion como la que se propone podria exasperarle e incitarle a dar algun paso desacordado.

Sin embargo, los oidores dictaron el auto solicitado por el fiscal.

Cuando lo llevaron al virrei para que lo firmase, lo leyó, i lo releyó.

—No lo firmo, dijo. Si los oidores insisten, pueden venir a discutir el asunto conmigo.

Los oidores no acudieron a la invitacion.

El auto quedó sin espedirse.

Algunos dias ántes de la partida de la flota, don Martin Cortes escribió a don Gaston de Peralta, una carta, cuyo resúmen era como sigue:

—Conoceis cuántos son lo peligros del mar. Tengo todavía en mantillas dos hijos gemelos, un niño i una niña. Desearia que quedaran en vuestra casa para que si yo sucumbo en la navegacion, todos entiendan que se crian en casa de ministro real para que cuando tengan la edad, puedan servir a Su Majestad, como lo han hecho sus antepasados, i como ya lo está haciendo en España mi hijo mayor. Os suplico igualmente que acepteis mi poder para que administreis mis tierras, i cuideis de la salvacion de mis indios.

El virrei se alegró infinito de que el marques le confiara sus hijos, porque aunque no creia en la conspiracion, no le desagradaba para cualquier evento tener rehenes tan preciosos.

Así, contestó a don Martin que criaria a los niños lo mejor que pudiese.

En cuanto al poder, lo rehusó.

Esta negativa fué causa de que el marques pretendiese i obtuviese que su hermano el hijo de doña Marina quedara en Méjico para velar por sus cuantiosos bienes.

Don Martin Cortes Ramírez de Arellano partió en compañía de su hermano don Luis i del dean don Juan Chico de Molina.

Para colmo de precaucion, el virrei Peralta hizo que fueran en la flota dos ajentes secretos que vijilasen a don Martin.

V.

Don Gaston de Peralta, marques de Fálces, habia remitido a la corte, minuciosas comunicaciones en que esplicaba i justificaba sus procedimientos.

Pero el factor Ortuño de Ibarra, que pertenecia a la faccion de los oidores, las habia retenido, impidiendo que llegaran a su destino.

A causa de este pérfido manejo, los miembros de la audiencia dirijieron a la corte sin contradiccion, sus acusaciones contra el marques de Fálces, a quien pintaban como poco perspicaz, i contra cuya lealtad se atrevian a arrojar sombras.

Mal informado Felipe II, nombró una comision compuesta de los licenciados Jataba, Muñoz i Carrillo para que viniesen a Méjico a averiguar lo que habia de cierto en los planes de alzamiento atribuidos al marques del Valle; i para que el primero de ellos por órden de nombramiento ejerciese el gobierno que debia entregarles don Gaston de Peralta.

En la navegacion, falleció Jataba.

El virrei Peralta entregó sin tardanza el mando a Muñoz, el segundo de los designados.

Era este un verdadero tirano de melodrama.

Descortes, arbitrario, duro, cruel.

Apénas se dignaba saludar aun a los mas encopetados

Su primer cuidado fué la construccion de una cárcel, cuyos calabozos tuvo pronto bien ocupados.

Sin muchas fórmulas, condenó al presidio de Oran, o a la decapitacion a varios de los pretendidos cómplices de la fantástica conjuracion del marques.

Lastimó mucho los corazones particularmente la suerte de Gonzalo Núñez i de Juan de Victoria, criados de Alonso de Avila, a quienes hizo ajusticiar sin motivo lejítimo.

Por último mandó aplicar tormento a don Martin Cortes, el hijo de doña Marina, sin lograr arrancarle ninguna confesion comprometente.

La conducta despótica de aquel mandon exacerbó a los habitantes de Nueva España.

Las noticias de sus torpezas i atrocidades llegaron al fin a los oídos de Felipe II.

El monarca resolvió destituirle.

Dos oidores llamados Villanueva i Vasco de Puga, que debian ir a sentarse en la audiencia de Méjico, fueron los encargados de llevar la correspondiente real cédula.

Estos majistrados llegaron a la ciudad un mártes santo.

Inmediatamente, comunicaron a sus colegas la destitucion de Muñoz.

Todos esperimentaron el mayor gozo, porque estaban hartos de su tiranía; pero ninguno osaba ir a notificarle la voluntad del rei, porque el miedo que les habia infundido era estremado.

Después de una larga deliberación, convinieron en que los dos oidores recién venidos practicasen la diligencia en compañía de un escribano.

Muñoz se había retirado al convento de Santo Domingo, donde estaba preparándose para confesarse.

El miércoles santo, muy de madrugada, los dos oidores y el escribano se presentaron en el convento.

El oidor Villanueva llevaba la cédula en el pecho. Salió a recibirlos un paje.

—Necesitamos con urgencia hablar al excelentísimo señor visitador.

—Es imposible. No permite que se le despierte antes de la hora de costumbre.

Los oidores se resignaron a aguardar

Como las horas trascurriesen sin que despertara, se introdujeron en sus aposentos.

—Poned en conocimiento de Su Excelencia, dijeron al paje, que los oidores Villanueva y Vasco de Puga vienen a besarle las manos.

Trascurrió media hora larga sin que hubiera respuesta.

El paje volvió al fin, y dijo:

—Su Excelencia ha pasado mala noche, y por esto no se ha levantado; pero luego recibirá a Vuestras Señorías.

Los dos oidores estaban molestos y hartos de esperar.

Muñoz los acogió con una frialdad glacial.

No movió para saludarlos la gorra que llevaba en la cabeza.

Se contentó con hacer solo el ademan de quererla quitar.

—Traemos una cédula de Su Majestad.

Muñoz se puso de pié.

Villanueva, con la mas profunda complacencia, le leyó la órden en que el soberano le intimaba que en el término de tres horas saliese de Méjico so pena de perdimiento de bienes i de la cabeza, dejada a la disposicion de la audiencia.

Muñoz obedeció sin replicar.

Si álguien no se hubiera apiadado de él, habria tenido que partir a pié.

Cuando sus súbditos pensaban que estaba oyendo misa, iba ya a dos leguas de la ciudad.

Cayó la casualidad de que hiciera el viaje con el marques de Fálces, que se habia retardado en Nueva España por motivos personales.

El último suministró a Felipe II datos fidedignos que le hicieron formar cabal concepto de lo que habia sucedido en Méjico.

El licenciado Muñoz fué admitido a la presencia real pocos momentos despues.

—Nos os envié a las Indias a destruir el reino.

Esta fué la única frase que le dirijió el tremendo monarca.

No le permitió decir una sola en su defensa.

El licenciado Muñoz murió repentinamente de pesadumbre aquella noche misma, sentado en una silla, puesta la mano en la mejilla.

Tal fué el término del ruidoso asunto del alzamiento imputado al marques del Valle don Martin Cortés Ramírez de Arellano.

Felipe II perdonó a este personaje atolondrado sus imprudencias i sus lijerezas.

Aquel suspicaz monarca comprendió perfectamente que eran solo pecados veniales los que se habian querido convertir en mortales.

Don Martin conservó su título i sus bienes.

No se volvió a molestarle por su pretendida traicion.

A su fallecimiento, sus tres hijos heredaron sucesivamente el marquesado.

Don Fernando, el primojénito, solo tuvo un hijo, que murió niño.

Por este motivo, el marquesado del Valle pasó a don Pedro, uno de los gemelos, que no tuvo descendencia.

Así se estinguió la línea masculina de Hernan Cortes.

Doña Juana, la otra gemela, que casó con don Pedro Carrillo de Mendoza, conde de Priego, conservó la familia, pero no el apellido.

LA INUNDACION DE SANTIAGO DE GUATEMALA.

I.

Pedro de Alvarado fué uno de los mas arrogantes conquistadores de la América, el cual figuró en los sucesos de Méjico, de Guatemala i del Perú.

Su osadía para intentar todo lo que reputaba conveniente a sus intereses, su constancia para soportar las penalidades de las esploraciones i de los viajes en comarcas ásperas i desconocidas, su valor para arrostrar los riesgos de los combates, le granjearon uno de los primeros puestos entre los contemporáneos.

Fué tanta la reputacion de esforzado adquirida por él, que casi todos los historiadores, incluso el investigador Prescott, han narrado como hecho verdadero la invencion de aquel salto prodijioso que, segun se pretende, dió en la *noche triste* para pasar uno

de los anchos canales de que se hallaba cruzada la antigua ciudad de Méjico.

Bernal Diaz del Castillo, a quien (sea dicho entre paréntesis) repugna mucho admitir la posibilidad de un salto semejante, insinúa claramente que el autor de esta estupenda fanfarronada fué el mismo Alvarado.

I con efecto, el cronista, capellan de Hernan Cortes, Francisco López de Gómara, que conoció a Pedro de Alvarado tanto como Bernal Diaz, le tacha de «hombre mui hablador, vicio de mentirosos.»

De un proceso levantado el año de 1529 contra el personaje de que voi tratando, resulta que esa buclada hazaña consistió solo en haber él atravesado uno de los canales de la calzada por un madero, que habia quedado en pié, de un puente recién destruido.

El primer hecho conocido de Pedro de Alvarado es, desgraciadamente para él, un acto de farsante.

Cuando vino mui mozo a las Indias, sin mas hacienda que su capa i su espada, como tantos otros, un tio suyo, que era comendador de Santiago, le obsequió un hábito de esta órden con la correspondiente cruz.

Alvarado, discurriendo el medio de hacerse guardar consideraciones i respetos, aun por títulos de que carecia, no tuvo reparo en usar esta insignia.

La única cautela a que apeló fué la de traer este distintivo, no públicamente, sino a escondidas debajo del sayo.

Sin embargo, se complacia en que le denominasen, i se denominaba él mismo, comendador.

El gobernador de la Española don Diego Colon, a quien llegó la noticia de aquella manera vergonzante de cargar la cruz de Santiago, lo tuvo muy a mal, i creyó de su obligacion reprender por ello a Pedro de Alvarado.

—Si teneis derecho, le dijo, para llevar la cruz de Santiago, ¿por qué la ocultais?; i si no lo teneis, ¿cómo osais arrogároslo?

—Me cabe la honra de ser comendador de la órden, contestó el aventurero con extraordinaria desfachatez; pero como he venido a países donde no se me estima en lo que se debiera, me he visto forzado a no ostentar mi condecoracion. Puesto que el señor gobernador reprueba este procedimiento, emplearé en lo sucesivo otro diferente.

Desde entónces lució la cruz de Santiago, como si realmente estuviera autorizado para hacerlo.

Miéntas tanto, Pedro de Alvarado solo consiguió ser comendador de la órden muchos años mas tarde, cuando volvió a España despues de la conquista de Méjico.

Esta desvergüenza cínica no era, con todo, el vicio mas dañino de su carácter.

Pedro de Alvarado presentaba en su naturaleza algo del lobo i algo del tigre. Era tan rapaz como el primero, i tan feroz como el segundo.

Se distinguió por la codicia i la crueldad entre

los conquistadores del nuevo mundo, quienes, como se sabe demasiado, estuvieron mui léjos de sobresa-
lir por el desprendimiento i la mansedumbre.

Alyarado cometió todo linaje de atrocidades contra los indíjenas para arrancarles sus riquezas.

Los maltrató de todos modos, sin motivo justo. ni pretesto razonable; los redujo a la esclavitud marcándolos en el rostro con hierro candente; los hizo morir a azotes, a espadadas, a tiro de arcabuz o de cañon, a fuego lento, en una palabra, los martirizó con cuantos suplicios se le ocurrieron, o se le indicaron

Aplicó aquellas afrentas i aquellos tormentos, no solo a individuos aislados mas o ménos numerosos, sino a poblaciones enteras; no solo a los que le habian hostilizado, sino tambien a los que habian salido a su encuentro en son de amigos i de suplicantes, barriendo el polvo de los caminos por donde debia transitar, i suministrándole víveres i todos los recursos de que habia menester.

Los españoles han abominado mucho los sacrificios humanos de los aztecas, sin advertir que ellos los practicaron en Europa i los introdujeron en América bajo la forma de los autos de fe.

No era esto solo.

Ejecutaban todavía otros actos igualmente bárbaros, que a la verdad no estaban autorizados por la lei, pero sí por la costumbre.

Me refiero al suplicio de los perros.

Se ataba en un poste al indio a quien se quería atormentar; i cuando se hallaba en esta situacion, i completamente desnudo, se azuzaban contra él uno o mas perros bravíos, que le iban arrancando la carne pedazo a pedazo.

Pedro de Alvarado hacía preparar amenudo espectáculos de este jénero, que presenciaba con la mayor complacencia.

Nadie ignora la serenidad portentosa con que los indíjenas americanos soportaban los martirios mas refinados; pero el suplicio de los perros los hacía temblar como niños, o como mujeres.

La amenaza de ser *aperreados* era para ellos irresistible.

Apénas se les intimaba esta conminacion, cuando el mayor número de ellos lo prometia todo para escapar a un tormento semejante.

Alvarado los eximia de los perros, pero con una condicion. La víctima debia comprometerse a dar para cada uno de estos terribles animales una cadena de oro, cuyo peso llegara a dos arrobas.

I en ocasiones, el rescate debia ser todavía mayor.

Si el indio no podia pagarlo, tenia que resignarse a morir comido de perros.

La ferocidad de Alvarado inspiraba horror a aquellos mismos de sus camaradas que tenian el corazon ménos tierno.

Era voz comun la de que el comendador, como le denominaban, habia de tener en castigo de su con-

ducta con los indíjenas una muerte desastrosa.

II.

El comendador Pedro de Alvarado habia adquirido en todas las comarcas septentrionales i meridionales de la América una gran reputacion de capitán valiente i afortunado, que nadie osaba contradecir.

El año de 1541, Alvarado era gobernador de Guatemala.

Sin embargo, descontento con esta posicion, anhelaba por mayor encumbramiento.

Para satisfacer estas aspiraciones de su insaciable ambicion, habia obtenido del emperador Cárlos V el permiso de ir al descubrimiento de comarcas todavía ignoradas.

Habiendo entrado para proveerse de agua i víveres en uno de los puertos de Nueva España con los barcos que habia equipado, i la jente que habia alistado para esta empresa, supo que los indios de Nueva Galicia habian operado un alzamiento formidable, el cual causaba serias inquietudes aun entre los españoles de las provincias vecinas.

Tanto el gobernador de Nueva Galicia, Cristóbal de Oñate, como el virrei de Nueva España don Antonio de Mendoza, pidieron al comendador que fuera a sosegar i castigar esta rebelion.

Pedro de Alvarado, que se sintió en extremo lisonjeado con semejante solicitud, determinó suspen-

der su viaje para escarmentar a los insurrectos.

Como despreciaba a los indios mas de lo que merecian, se halagó con la idea de que la represion del alzamiento habia de exijirle la tardanza de solo poquísimos dias.

En Guadalajara, capital de Nueva Galicia, tuvo una conferencia con el gobernador Oñate para imponerse acerca del estado de las cosas.

Trabóse entre ellos el siguiente diálogo:

ALVARADO.—¿Con que estos malditos indijenas os están incomodando?

OÑATE.—Así es la verdad, señor comendador; i como la insurreccion ha tomado las mayores proporciones, he considerado vuestra llegada, una señal manifiesta de la proteccion que la Providencia Divina dispensa a las armas de Su Majestad.

ALVARADO.—Lo que puedo prometeros, señor gobernador, es que no saldré vivo de este reino, sin haber escarmentado como corresponde a los rebeldes.

OÑATE.—Entre otros, hai diez mil de ellos perfectamente fortificados en el peñon de Nochiztlan, desde donde amenazan a toda la provincia.

ALVARADO.—Es vergüenza que esos cuatros gatillos encaramados en un cerro hayan producido un alboroto suficiente para perturbar toda la comarca.

OÑATE.—Esos que llamais gatillos se asemejan mucho a fieras de presa.

ALVARADO.—Sé por esperiencia propia aquello de que son capaces estos miserables indijenas.

OÑATE.—Estoi mui distante de ignorarlo; pero vos conoceis a los naturales de otras rejiones, miéntras que yo conozco a los de ésta, por una práctica de diez años. Los de Méjico i Guatemala tienen bienes, casas i ciudades que defender, miéntras que los de Nueva Galicia solo poseen riscos i quebradas donde se atrincheran, pero que abandonan, si es preciso, para trasladarse a otras posiciones, cuando se ven abrumados. Es dificil atraparlos en estas ásperas guaridas.

ALVARADO.—Manifestaré que mi jente basta para subyugarlos en cuatro dias.

OÑATE.—No merecemos que nos agravieis. Todos sabemos cumplir con nuestro deber en lo que es de nuestro cargo; pero estos indios son mas agueridos que otros, i tienen ventajas de situacion que otros no tienen. Celebraria en el alma que pudierais salir airoso con la brevedad que decis. Sin embargo, i temo que no suceda así. Las lluvias tienen los llanos tan cenagosos, que la caballería no es de provecho en ellos. Quizá logreis desalojar de alguna de sus sierras a los rebeldes; pero irán a desafiarnos desde otra, a donde tendreis que perseguirlos. Todo esto exige tiempo i recursos. Mi opinion es que aguarde-mos a la defensiva la estacion favorable, i el refuerza de tropa que debe enviar el virrei Mendoza.

ALVARADO.—No pienso hacer correr peligros a nadie, pues iré con solo mis soldados, sin permitir que me acompañe ninguno de los vuestros. Me con-

viene terminar pronto esta jornada para embarcarme en prosecucion de mi viaje.

OÑATE.—En nombre de Su Majestad, os hago responsable de las desgracias que puede ocasionar tan temeraria imprudencia.

ALVARADO.—La suerte está echada!

I sin aguardar mas, dió a sus soldados la órden de partida.

—¡Ea! adelante amigos! en marcha contra los bárbaros rebeldes! Cada uno de vosotros cumpla con su deber, puesto que hemos venido para esto.

Cristóbal de Oñate, aunque profundamente ofendido por los reproches que le habia dirijido Alvarado, vió con tristeza alejarse aquella tropa, camino del peñon de Nochiztlan, que reputaba el de su ruina.

Cuando dejó de percibirla, dijo conmovido a algunos oficiales que le rodeaban:

—Dispongámonos para el socorro que presumo han de necesitar los que nos lo habian venido a traer.

Habiendo dictado las medidas que su prevision le hizo juzgar oportunas, montó a caballo; i escoltado de solo cuatro jinetes, tomó la misma direccion que Alvarado, aunque procurando mantenerse a cierta distancia para no ser visto.

Como llevaba el íntimo convencimiento de que iba a suceder algun desastre, queria estar pronto para suministrar a sus compatriotas cuantos auxilios pudiese.

El gobernador de Guatemala i los suyos llegaron frente al peñon de Nochiztlan.

Los indíjenas, convenientemente distribuidos, ocupaban la cumbre i las laderas de aquella eminencia, que estaba defendida con siete albarradas o fortificaciones sin puertas ni portillos.

Alvarado no se intimidó por el aspecto de tan bien escojida i resguardada posicion.

Habiendo echado pié a tierra, ordenó que sus soldados le imitaran.

Confió la custodia de los caballos a un cierto número de españoles i a un cuerpo de indios amigos que le acompañaba.

Ejecutado esto, los españoles avanzaron hacia el peñon, espada i rodela en mano.

Alvarado se halagaba con la esperanza de obtener una fácil i espléndida victoria.

No tardó en conocer que se habia equivocado.

Apénas estuvo a tiro de flecha, los indios descargaron contra los asaltantes una gran cantidad de dardos, i especialmente de piedras, que les impidieron proseguir.

Las piedras que lanzaban los indios eran tantas, que con ellas destruyeron la primera de las albarradas, i formaron algo mas adelante otra de acervos de los proyectiles mencionados.

Esto puede hacer concebir cuántos serian los destrozos que causarían en los españoles.

Juntamente se observó que dos cuerpos numero-

sos de guerreros descendian a proporcionadas distancias por los costados del peñon con el designio de acorrallar a los cristianos.

Alvarado comprendió el peligro de su situacion.

— ¡En retirada! gritó, ¡a montar a caballo!!

Pudo efectuarse sin dificultad este movimiento.

Alvarado ardia en deseos de vengar su descalabro.

Habiendo visto que los indios habian descendido al llano, mandó una carga de caballería contra ellos.

Recordaba que varias veces habia roto i desbaratado a cuerpos harto mas considerables de los que allí se presentaban.

Aquel llano estaba cubierto de cardones i magüeyes.

A poco de haber comenzado la carrera, muchos de los jinetes sintieron que sus caballos se hundian, i que no se mostraban ya dóciles ni a la rienda, ni a la espuela.

Era el caso que los caballos se habian atollado en las ciénagas ocultas bajo las engañosas plantas.

Miéntras los españoles se esforzaban por salir de los pantanos en que se sumerjian, los indios los acometieron, haciendo perecer a un gran número, sin que pudieran defenderse.

En trance tan duro, Pedro de Alvarado desplegó una serenidad i un valor de héroe para auxiliar a sus soldados i salvarlos de la situacion en que se hallaban.

Al fin lo consiguió, pero con pérdida de muchos.

El mismo caudillo, que pocas horas ántes aguardaba un triunfo espléndido, se contentaba ya entonces con la posibilidad de una retirada.

Los indios, ensoberbecidos con la victoria, persiguieron a los españoles por largo trecho.

Pedro de Alvarado se apeó del caballo, i se colocó el último de todos para ir cerrando el paso a los enemigos, i dar a los suyos tiempo de ganar terreno.

Llegó el caso de trepar por una cuesta.

Alvarado iba siempre el postrero.

A cada instante, miraba atrás para observar si se acercaba algun destacamento de indios a fin de detenerlos.

Algo mas adelante caminaba el escribano Baltazar de Montoya, quien ocupaba aquel puesto, no por un motivo análogo al de Alvarado, sino por el cansancio del caballo que montaba.

Montoya, que habia visto sucumbir a muchos españoles, llevaba un miedo cerval.

Así espoleaba sin tregua a su caballo exhausto de fatiga.

Alvarado miró a sus espaldas, i no divisó a nadie.

Después del resultado satisfactorio de este examen, se fijó en el escribano, que hacía los movimientos mas grotescos para apresurar el paso de su estenuada bestia.

—Sosegaos, Montoya, le dijo, pues parece que los indios ya no nos siguen.

A pesar de esta advertencia, el miedoso ministril

continuó aguijoneando el caballo con toda la fuerza de sus talones.

Tanto apuró al pobre animal, que se fueron a éste los piés i las manos, i cayó rodando por la cuesta.

Montoya escapó sin otra desgracia, que el dolor de un fuerte golpe.

No sucedió otro tanto a Pedro de Alvarado.

Habiéndole aplastado el caballo, le dejó sin habla ni movimiento.

Todos los soldados retrocedieron para socorrer a su jeneral.

Este accidente produjo naturalmente la mayor confusion en la columna de los fujitivos.

Habiéndolo notado los indios, presumieron con razon que algo malo habia ocurrido a los conquistadores; i deseosos de aprovechar esta ventaja, tornaron a perseguirlos.

Junto con recobrar el sentido, Alvarado supo que el enemigo se aproximaba para atacar.

—No conviene, dijo, que esos perros indios conozcan el miserable estado en que me hallo.

I hablando así, i sobreponiéndose a los agudísimos dolores que experimentaba, se quitó, como pudo, las armas i las insignias que le distinguian de los demas capitanes.

—Tomad todo esto, i mi baston de mando, dijo a aquel de los suyos que reputaba mas alentado, i poneos sin tardanza en sitio donde los indios puedan veros; e imitad mi porte para que se imaginen que

sois yo. Confío en que os empeñareis por ejecutar bien lo que os encargo.

—I vosotros, agregó dirijiéndose a los demas españoles, resistid esta embestida, que probablemente será la última. No hai que desconsolarse, porque lo acontecido no tiene remedio, i porque bien lo merece quien admite en su tropa a hombres como Montoya.

Los conquistadores rechazaron con admirable denuedo a los indíjenas.

Entre tanto, Pedro de Alvarado sufría horriblemente.

—¿Qué os duele? le preguntó uno de sus capitanes.

—El alma, contestó el moribundo. Llévenme a donde pueda curarla con la resina de la penitencia.

¿Se agolparian por acaso en aquel momento supremo al espíritu de Alvarado los recuerdos de sus rapiñas i de sus crueldades?

Los soldados trasportaron en hombros a su jefe, primero a una aldea vecina, i despues a Guadalajara, capital de Nueva Galicia.

Cristóbal de Oñate habia presenciado desde un montecillo todo el desbarato.

Estuvo mui vacilante sobre la resolucion que tomaria, porque, despues de lo que habia sucedido, dudaba si Alvarado tendria a bien o a mal el que acudiese en su amparo.

Al fin, se decidió por ir a reunire con los derrotados; pero la dificultad de los caminos no le per-

mitió hacerlo tan pronto como lo habria deseado.

Encontró a Alvarado i a los suyos cuando ya iban en marcha para Guadalajara.

La entrevista de los dos caudillos fué mui triste.

Ni el uno ni el otro de aquellos dos hombres sin entrañas pudo contener las lágrimas.

Sin hablar palabra, Oñate echó los brazos al cuello de Alvarado.

Los dos permanecieron abrazados largo espacio de tiempo.

Alvarado rompió el silencio.

—¿Qué remedio hai, amigo mio? Curar el alma es lo que ahora conviene. Quien no quiso creer a buena madre, crea a mala madrastra. Yo tuve la culpa de no escuchar el consejo de quien conocia la tierra i la jente. ¡Sea Dios loado! Me siento mui malo i mortal. ¡Por Dios, condúzcanme pronto a Guadalajara para arreglar los negocios de mi conciencia!

Critóbal de Oñate procuró que los deseos del moribundo fuesen completamente satisfechos.

Se adelantó aun con el objeto de enviarle a la mayor brevedad un sacerdote.

Efectivamente, por encargo de Oñate, el presbítero don Bartolomé Estrada salió al encuentro de Alvarado.

Apénas le percibió, el enfermo exclamó:

—¡Sed bienvenido, señor, para el remedio de una alma tan pecadora, que, con el favor de la Divina Providencia, ya no se perderá!

Inmediatamente exigió que se pusiera bajo de unos árboles del camino la camilla en que era transportado, i allí mismo se confesó.

Alvarado tenia un miedo espantoso de irse al infierno.

Quiso que el sacerdote fuese a su lado todo el resto del viaje.

A cada rato, se acordaba de algun nuevo i enorme pecado, i se confesaba sin tardanza, derramando un torrente de lágrimas.

Alvarado llegó a Guadalajara, donde se le prodigaron inútilmente cuantos ausilios se pudieron.

Cuando conoció que se acercaba su hora postrera, dijo a Oñate:

—Os he cumplido la palabra que os empeñé de que ántes me faltaria la vida que abandonar a la Nueva Galicia en su afliccion. Ya se aproxima mi partida de este mundo.

Paseó entónces ansiosamente sus miradas por las personas que le rodeaban, como buscando en particular a alguna; i cuando percibió al presbítero Estrada, exclamó:

—Ahora es tiempo de que no me dejeis.

En seguida, pidió a todos perdon de los malos ejemplos que les habia dado.

Por último, se abrazó con un crucifijo.

El célebre conquistador sobrevivió poquísimos dias al asalto de Nochiztlan, en el cual se habia lisonjeado de salir tan fácilmente airoso.

El asalto ocurrió el 24 de junio de 1541; el fallecimiento, el 4 de julio.

La mala fama de Alvarado era tan arraigada, que el pueblo, a pesar de la muerte edificante de aquel conquistador, no quiso persuadirse que el Dios de la justicia le hubiera perdonado fácilmente sus numerosos i enormes pecados.

El día ántes de su fallecimiento, segun el padre Tello, que se apoya en varios testimonios, llovió sangre en Toluca.

Bien pudo suceder que cayera realmente una lluvia de agua colorada, fenómeno natural que se ha observado en repetidas ocasiones.

O bien aquello fué una invencion de las imagines exaltadas.

Pero ya se acepte lo uno, o ya lo otro, la conexion que se estableció entre el caso raro de la sangre caída en forma de lluvia i el fallecimiento de Pedro de Alvarado hace comprender la profunda impresion que habia producido en los ánimos la conducta por demas cruel de tan feroz conquistador.

El pueblo quedó aguardando que la condenacion divina de tamaños crímenes se hiciera patente por algun acontecimiento extraordinario.

III.

Las crónicas no mencionan que Alvarado en su lecho de muerte hubiera consagrado algun tierno recuerdo a una mujer a quien lo debía.

Pero tal silencio debe ser simplemente una omision, porque parece imposible que el moribundo no hubiera enviado a esa dama su despedida suprema.

Habia estado estrechamente ligado con ella en la vida, i por una rara coincidencia debia estarlo tambien hasta cierto punto en la muerte.

Pedro de Alvarado, cuando servia en Méjico a las órdenes de Hernan Cortes, se habia comprometido a casarse con una parienta de éste llamada Cecilia Vásquez, la cual residia en la Península.

El titulado comendador de Santiago contaba entre sus perversas cualidades la ingratitud i la informalidad.

Tuvo que emprender un viaje a España para sincerarse de varias acusaciones que se le hacian, i para obtener autorizacion de intentar nuevos descubrimientos i conquistas.

A fin de salir airoso en este doble propósito, se esforzó por congraciarse con Francisco de los Cóbos, secretario de Carlos V, i miembro del consejo de Indias.

I para conseguirlo, no trepidó en olvidarse de todos los importantes servicios de que era deudor a Hernan Cortes, i en burlarse del compromiso que habia contraído de casarse con Cecilia Vásquez.

En efecto, se dedicó a cortejar a doña Francisca de la Cueva de Ubeda, hija de la casa de los señores de Bedmar, i sobrina de Cóbos.

El prestigio de los principales capitanes que ha-

bian llevado a cabo la conquista de la América era inmenso, por manchados de faltas i de crímenes que ellos estuvieran.

Alvarado se hizo aceptar, no solo de doña Francisca sino tambien de los encopetados deudos de tan altiva señora

El afamado adalid se unió pronto en matrimonio con ella.

Por este medio, alcanzó la decidida proteccion de Cóbos, quien le aseguró la impunidad de todos sus delitos anteriores, i la concesion de todas sus pretensiones.

Pedro de Alvarado regresó a la América en compañía de su mujer.

Doña Francisca falleció poco despues.

Alvarado obtuvo entónces una dispensa pontificia para casarse con su jóven cuñada doña Beatriz de la Cueva de Ubeda, a quien habia traído igualmente consigo.

Esta dama, tan hermosa como soberbia, habia quedado en Santiago de Guatemala, miéntras su marido habia realizado la funestísima jornada de Nueva Galicia.

Doña Beatriz amaba apasionadamente a don Pedro.

Ademas, sus aspiraciones, como las de su marido, eran sin límites; i confiaba en la buena suerte de Alvarado para llegar hasta la mayor elevacion que se pudiera imajinar.

Seria dificultoso decidir el encumbramiento a que en sus sueños pensaba alcanzar.

Cuando se complacia en tan doradas ilusiones, le llegó la noticia del desastroso fin de su marido.

Su amor i su ambicion recibieron el mas tremendo de los golpes.

La desesperacion de la infeliz mujer fué indescriptible.

Ella prorrumpió en espresiones de dolor, que escandalizaron a los que las oyeron, i a los que las supieron.

Entre otras, horrorizó sobre manera la que sigue:

—Dios no puede causarme un mal mayor, que el de haberme quitado mi marido.

La piedad de la jente timorata quedó ofendida con esta falta de resignacion a la voluntad divina.

—Dios, que ha inflijido una muerte desastrosa al marido, verdugo inhumano de los desventurados indíjenas, murmuraban, ha de reservar un castigo igualmente tremendo para la esposa blasfema.

Doña Beatriz hizo celebrar en honor de don Pedro las exequias mas largas i suntuosas que jamas ha habido.

La casa o palacio del gobernador fué tapizada con cortinas i decoraciones negras.

Otro tanto se hizo con la catedral.

Hubo una serie que parecia interminable de misas, de responsos, de preces de difuntos.

Se habian visto empezar aquellas funciones mor-

tuorías; pero no se previa cuándo concluirían.

La única interrupcion que tuvo aquella sucesion de fiestas fúnebres fué el acto por el cual doña Beatriz se hizo jurar por gobernadora, «desvarió i presuncion de mujer, i cosa nueva entre los españoles de Indias,» dice un antiguo cronista.

Perseveraban en el mas riguroso luto la desolada esposa i todã la poblacion de Santiago de Guatemala, cuando, el 8, 9 i 10 de setiembre de 1541 cayó una lluvia torrenciosa i continuada.

Todo aquel invierno habia sido abundantísimo en aguas; pero nunca habia llovido con mayor fuerza, i con ménos intermitencia.

Aquello se asemejaba al diluvio.

La ciudad de Santiago de Guatemala habia sido fundada por Pedro de Alvarado en la falda de un volcan apagado, en cuya cima habia una grande i estensa laguna.

La casa del gobernador habia sido fabricada en la plaza, que ocupaba la parte mas alta del declive, i dominaba por lo tanto el resto de la ciudad.

Eran las primeras horas de la noche del sábado 10 de setiembre.

Doña Beatriz, que ya se habia recojido a su dormitorio, escuchó que venia acercándose un ruido estrepitoso i extraño.

Puso el oído atento; pero no comprendió lo que podia ser.

No era vocería de hombres.

No era bramido de fieras.

¿Qué podía ser aquello tan atronador i tan imponente?

Parecia estruendo de terremoto.

Doña Beatriz llamó a sus camareras i sirvientas.

Muchas de ellas, a quienes habia asustado el mismo ruido siniestro, acudieron todas trémulas.

Apénas habian penetrado en el aposento de la gobernadora, cuando notaron que torrentes de agua penetraban por todas partes.

Doña Beatriz, que habia salido de la cama en camisa, se echó encima una colcha delgada; tomó en brazos a una hijita de Alvarado; i clamando misericordia, i pidiendo socorro, corrió a refugiarse en su oratorio.

Sus criadas la siguieron.

Casi inmediatamente se precipitó sobre aquella parte del edificio un torrente de agua que se habia salido de la laguna, i que habia arrastrado consigo todos los árboles i todos los peñascos colocados a su paso.

El oratorio fué mui luego inundado.

Las paredes comenzaron a bambolear, i la techumbre a crujir.

Las fujitivas se hallaron sumerjidas en el agua hasta la cintura.

En vano imploraban el amparo de los hombres i de los santos.

— ¡Virjen Santísima, piedad!

— ¡Dios mio, misericordia!

El agua subia, subia, subia.

Los pedazos de pared i de techumbre principia-
ban a caer.

Doña Beatriz, con la niñita en los brazos, se tre-
pó al altar, donde se estrechó con la imájen de María.

A los pocos minutos, el agua la alcanzó hasta
aquel refujio.

Doña Beatriz lanzó los últimos gritos de angustia.

Despues, solo se oyó el fragor del torrente, que
derribaba las paredes i los tejados para lanzarlos
a considerable distancia.

Varias niñas de la familia de Alvarado i algunas
sirvientas que acudian al llamamiento de doña Bea-
triz fueron arrebatadas por el agua en el camino,
ántes de llegar al oratorio, i arrojadas vivas mui
léjos, junto con las paredes i los naranjos del jar-
din.

Su salvacion se tuvo por milagrosa.

Los principales vecinos de la ciudad estuvieron
espuestos a grandes riesgos de perder la vida.

Don Francisco de la Cueva, hermano de doña
Beatriz, estaba en su casa preparándose para acos-
tarse a dormir, cuando oyó el estruendo de la inun-
dacion.

Creyó por lo pronto que aquello seria vocería de
jonte enemiga que se acercaba.

Su primer pensamiento fué correr en auxilio de
su hermana.

Con este propósito, asió una lanza, i salió apresuradamente de su cuarto.

El patio de la casa estaba ya lleno de agua.

Don Francisco atravesó por medio de aquel rio que se precipitaba produciendo el ruido extraño que habia llamado su atencion.

Por mas esfuerzos que hizo, no pudo abrir la puerta de calle, que se habia pegado con el lodo, i contra la cual habian ido a estrellarse muchos palos i piedras.

Quiso saltar por una ventana; pero no se atrevió, porque el agua subia ya hasta ella.

Volvió atras para buscar salida por el corral interior

Apénas entró en él, se sumió en el cieno hasta mas arriba de la cintura.

Estuvo atascado largo rato.

Al fin, pudo treparse a un paño de pared que habia quedado enhiesto, donde fué descubierto al dia siguiente,

El obispo don frai Francisco de Marroquin, en compañía de algunos vecinos i de algunos sirvientes, acudió en amparo de doña Beatriz.

Aunque la casa del gobernador se hallaba inmediata a la del prelado, les costó mucho trabajo llegar hasta ella.

Iban a entrar ya en la morada de doña Beatriz, cuando precisamente en ese momento, se vinieron abajo con espantoso estrépito casi todas las paredes, i poco faltó para que los aplastasen.

Al mismo tiempo, impetuosos borbotones de agua los arrastraron hacia disíntos lados, i aun llevaron a algunos de ellos hacia el rio, donde estuvieron al ahogarse.

Otros varios españoles intentaron salvar a doña Beatriz, pero no lograron entrar hasta la casa.

El mas afortunado bajo este aspecto, fué uno cuyo nombre era Francisco Cava.

Este montó a caballo para poder abrirse paso.

La escena era de las mas aterradoras.

Habia una oscuridad profunda.

Soplaba un viento fortísimo.

Caía del cielo un diluvio de agua.

Corria por la tierra un rio caudaloso.

Se oían de todas partes clamores de angustia, gritos de misericordia, voces de auxilio.

Francisco Cava no se dejó intimidar por nada.

Siguió adelante a pesar de la oscuridad, a pesar del viento, a pesar de la lluvia, a pesar de la inundacion.

Despues de muchas fatigas, llegó a la casa de doña Beatriz.

Casi toda ella era un monton de escombros.

Francisco Cava se apeó del caballo.

En seguida saltó por sobre los montones de las paredes derrumbadas.

Así penetró hasta el patio.

Allí se encontró frente a frente con una vaca que tenia uno de sus cuernos roto por la mitad, i que llevaba en el otro el cabo de una soga.

Aquel animal estaba furioso.

Dos veces embistió contra Cava, i dos veces le sumerjió en el lodo.

Pero la vaca no osaba permanecer en el mismo lugar.

Se disparó desatentada por el primer pasaje, i fué a recorrer en todas direcciones la plaza, acometiendo a cuantos se presentaban.

Los vecinos de Santiago de Guatemala supusieron, como ya debe presumirse, que aquella vaca era el Diablo, que habia venido a estorbar el que doña Beatriz fuese socorrida.

Aseguraron que habian visto esa vaca volar por los aires con estrépito infernal.

Sin embargo, hai un cronista contemporáneo que ha insinuado una esplicacion natural de esta diabólica aparicion.

«Otras muchas vacas i ganados, dice, con temor de la tempestad, vinieron con grandes bramidos a la ciudad; e de esas me parece a mí que debiera ser esa vaca que les pareció demonio.»

Tal debió ser tambien la opinion del alentado Francisco Cava.

Ello fué que cuando aquel animal enfurecido de espanto se hubo escapado a otro lado, el español se libertó del barro para proseguir sus investigaciones.

El dormitorio de doña Beatriz habia quedado en pie

Cava entró en aquel aposento desierto.

Habia bastante agua en él, pero no tanta como en otros puntos.

La cama de doña Beatriz estaba todavía caliente.

Era indudable que si ella i sus criadas hubieran permanecido en aquel sitio, se habrían salvado.

Toda la serenidad i toda la entereza de Francisco Cava resultaron infructuosas.

El aspecto que ofreció la ciudad al dia siguiente era tristísimo.

Aunque, pasada la casa del gobernador, el torrente asolador se habia dividido en distintos raudales, i por lo mismo perdido mucho de su impetuosidad i fuerza, sin embargo habia causado tambien mas adelante destrozos considerables.

Las calles i los solares de la poblacion estaban atestados de arena mezclada de grandes palos i piedras hasta la altura de una lanza.

Por muchas partes era materialmente imposible andar ni a pié, ni a caballo.

Los escombros de muchas habitaciones ocupaban los sitios mismos donde ántes se habian levantado.

Los de otras habian sido arrastrados por la corriente a largas distancias.

El mayor número de las que habian quedado enhiestas amenazaban ruina.

Todo aquel teatro de desolacion parecia sembrado de cadáveres de animales i de hombres.

Perecieron seiscientos indios.

Hubo casa en que se ahogaron hasta cuarenta personas.

Hubo familias que se extinguieron, sin que sobreviviera alguno para recojer la herencia.

Los heridos i los maltratados habian sido sumamente numerosos.

Para que la tribulacion fuese mayor, todos temian que sobreviniera alguna invasion de indios, o alguno de los temblores que eran mui frecuentes en la comarca.

El obispo don frai Francisco de Marroquin fué en aquellas afflictivas circunstancias el consolador i el protector de los abatidos habitantes.

Congregó al pueblo por medio de la campana de la catedral.

Cuando estuvo reunido, lo formó en una procesion, que se paseó rezando por las desoladas calles.

Despues, hizo cantar las letanías delante del altar mayor.

Subió entónces al púlpito con sus vestiduras episcopales.

Su discurso fué breve, pero espresivo.

Hé aquí el resúmen:

—Dios ha llamado a sí a los buenos; i ha querido dar a los demas este aviso para que estén bien preparados a comparecer ante su divina presencia.

Los acongojados habitantes recobraron algunos brios.

El señor Marroquin dictó sin pérdida de tiempo

las medidas que la prudencia aconsejaba en aquella calamidad.

Uno de sus primeros cuidados fué buscar el cadáver de doña Beatriz de la Cueva para darle digna sepultura.

Lo descubrieron en el oratorio, junto con los de otras once mujeres.

El obispo determinó que el pueblo distribuyese las horas de los dias siguientes entre los trabajos que la situacion exigia i los actos relijiosos.

Ordenó tres dias consecutivos de ayuno.

Habiendo reparado en las colgaduras de luto que todavía decoraban la catedral, donde se estaban celebrando exequias por el reposo del alma de Pedro de Alvarado, mandó que se quitaran.

—No es tiempo de llorar por los muertos, dijo, sino de orar a Dios para que no sucumbamos.

Recomendó a todos que se serenasen.

—En esta inmensa desgracia, dijo, es menester manifestar ánimo inquebrantable; porque debemos convencernos de que toda tristeza seria pequeña para pérdida tan grande.

—Sobre todo, agregaba, si nos mostramos acobardados, los indios se envalentonarán para atacarnos. Tened aliento, i confiad en el Señor.

Estas i otras exhortaciones produjeron el mas benéfico efecto.

Todos los habitantes se empeñaron en remediar los males de la tempestad i de la inundacion.

Por fortuna, los indijenas desperdiciaron una ocasión tan favorable para atacar a los conquistadores. Sin embargo, la antigua Santiago de Guatemala no se levantó de sus ruinas, pues los españoles la trasladaron al sitio donde actualmente existe.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

UN PACTO CON EL DIABLO.



I.

Creo que mui pocos de mis lectores sabrán, o recordarán inmediatamente sin esfuerzos de memoria, quién era Rumiñahui.

Sin embargo, en la primera mitad del siglo XVI, Rumiñahui fué uno de los personajes mas conspicuos del imperio de los incas, cuyo nombre se pronunciaba con acatamiento desde mas allá de la línea equinoccial hasta las riberas del Maule, o quizá hasta mas adelante todavía.

¡Tal es esa reputacion humana por que tanto nos afanamos!

¡Vanidad de vanidades!

No podian designarse los diez o doce hombres mas notables de Tavantisuyo, incluso los individuos de la familia reinante, sin mencionar a Rumiñahui.

Era un jeneral quiteño, veterano en las campañas i en las intrigas, que habia sobresaído en la guerra por el valor i la pericia, i en la paz, por la habilidad i la esperiencia para el manejo de los negocios mas arduos.

Empleaba sin escrúpulos todo linaje de medios, cualesquiera que ellos fuesen, siempre que convenian a sus fines.

Era tan pérfido, como cruel.

Se hallaba en compañía de Atahualpa cuando Francisco Pizarro invitó a este príncipe para la entrevista de Cajamalca.

Los magnates peruanos miraban a los barbones recién venidos como jente curiosa, pero no temible.

Rumiñahui, que no participaba de semejante opinion, creía, por el contrario, que lo que se aguardaba a los peruanos era, no un espectáculo, sino un peligro.

Atahualpa, al ir a verse con los extranjeros, en vez de llevar consigo a Rumiñahui, le encargó el mando de un numeroso cuerpo de tropas, que estaba acampado en las inmediaciones.

Aunque los indígenas americanos se honraban de manifestarse insensibles hasta en las circunstancias mas críticas o conmovedoras, Rumiñahui lloró al despedirse de su soberano.

Tenia el presentimiento de que iba a caer sobre Atahualpa alguna tremenda desgracia.

El estruendo inusitado de los arcabuces i de los

cañones anunció desde léjos a Rumiñahui la realizacion de la catástrofe que habia previsto.

En lugar de ir al socorro de su rei, tomó sin tardanza con su ejército el camino de Quito.

La causa de esta resolucion no fué el miedo.

Rumiñahui era un bravo en toda la significacion de la palabra.

Pero, considerando indubitable la perdicion del inca, habia determinado convertirla en provecho propio.

Por todas partes, aseguró que Atahualpa le habia confiado el gobierno del reino durante su cautividad; i si sucumbia, durante la menor edad de sus hijos.

Junto con ir publicando estas instrucciones falsas, agregaba tristemente, como por via de comentario:

—Pero ya no debemos contar con el inca. Los barbones le harán morir. Esto no tiene remedio.

Gracias a estos pretendidos poderes que se habia otorgado de propia autoridad con descarada audacia, i al ejército que obedecía sus órdenes, el ambicioso Rumiñahui logró, a principios del año de 1533, que Cozopanga, gobernador de Quito, le entregase la ciudad.

I con ella, a varios hijos de Atahualpa; a Mama-Oello-Cori-Duchicela, mujer del mismo monarca; a Illéscas, su hermano; a muchas de sus concubinas; a muchos de sus parientes, los cuales residian en aquel punto, que se reputaba el mas seguro.

I con la ciudad, i con la familia real, un cuantio-

sísimo tesoro, que habian acopiado Huaina-Cápac en cuarenta años de reinado, i Atahualpa en todo lo que llevaba del suyo.

Aquella aglomeracion de riquezas contenia un gran número de tejos i de barras sin labrar, i ademas otro no ménor de alhajas, de utensilios de todas formas i tamaños, de adornos de palacios o de templos, de figuras de animales, de estensas láminas de oro o de plata.

Aquel erario del inca era la realizacion completa de uno de esos tesoros portentosos con que en los cuentos árabes los jenios suelen favorecer a sus protejidos.

Era el cumplimiento del sueño de un avaro.

El soberano lo guardaba, junto con sus mujeres, i sus hijos, i sus principales deudos, en Quito, donde habia dispuesto los medios mas eficaces de defensa que se habian podido inventar.

Si embargo, todas las precauciones resultaron vanas.

La ciudad, la familia real i el tesoro cayeron en manos del astuto Rumiñahui.

No tardó en llegar un mensaje del inca prisionero en Cajamalca, por el cual mandaba que se le remitiesen cuanto oro i cuanta plata pudiesen reunirse, porque habia menester de la mayor parte de sus riquezas para pagar a los españoles su rescate, i recuperar su libertad.

Aquella órden iba dirijida a Cozopanga.

—¿No habeis dicho que nuestro soberano os habia encomendado el gobierno del reino? ¿Como entonces habla con Cozopanga, i no con vos? preguntaron a Rumiñahui los magnates de Quito.

El usurpador no se halló embarazado con la interrogacion.

—Atahualpa, dijo, no podia tener ninguna certidumbre de que a esta fecha yo hubiera entrado ya en Quito.

La esplicacion era satisfactoria, i fué aceptada como tal.

—Está bien, replicaron los magnates. Poco importa que la órden del inca sea ejecutada por Cozopanga, o por vos. Lo que urje es enviar el tesoro para que nuestro señor salga pronto de la cautividad.

—No permitiré jamas que se efectúe semejante desatino, respondió Rumiñahui.

—¿Por qué? ¿Osariais desobedecer?

—Procedamos como procedamos, esos estranjeros barbones harán morir a Atahualpa. Entregarles el tesoro seria proporcionarles neciamente recursos para prolongar su permanencia en el país.

Ni las reflexiones, ni las amenazas, ni las súplicas hicieron mudar a Rumiñahui de resolucion.

Como se hallaba sostenido por el ejército, los súbditos leales del inca tuvieron que resignarse.

Illéscas, aunque era individuo de carácter apocado, tuvo que ir de ciudad en ciudad, i de lugar en lugar, invocando la autoridad sacrosanta de su her-

mano prisionero, a fin de reunir algunos depósitos de oro o plata, relativamente pequeños, que poder enviar a Cajamalca para la satisfacción del rescate ofrecido.

El gran tesoro de Quito quedó intacto bajo la custodia de Rumiñahui.

Poco tiempo despues, llegó la funesta noticia del suplicio de Atahualpa.

—¡No os lo habia pronosticado yo! exclamó triunfante Rumiñahui.

I como efectivamente habia previsto bien lo que habia de suceder, adquirió el mayor prestigio entre sus compatriotas.

Fué admirado por perspicaz, fué acatado por poderoso.

La fortuna le concedia todos sus favores.

El desventurado Atahualpa habia pedido que su cadáver fuese sepultado en Quito, su patria.

Los indios ejecutaron secretamente esta última disposicion del difunto rei.

Rumiñahui salió a recibir pomposamente a la cabeza del ejército los restos de Atahualpa, i le hizo en la capital del reino los funerales mas solemnes.

No tenia ningun inconveniente en manifestar veneracion a la memoria de un muerto.

La conducta que observó en aquella ocasion desvaneció las sospechas i temores que los miembros de la familia real habian concebido a causa de sus procedimientos anteriores.

Cuando concluyeron las ceremonias fúnebres, Illéscas se presentó delante del usurpador con los hijos de Atahualpa.

—Estos huérfanos, le dijo con voz conmovida, no tienen mas amparo que el vuestro.

—Sabré corresponder a la confianza de su padre, contestó Rumiñahui.

—Por mi parte, exclamó la viuda Mama-Oello-Cori-Duchicela, que tambien habia acudido, lo único que os ruego es que a mi muerte me hagais colocar en la sepultura de mi marido.

—Podeis estar cierta de que así lo haré, respondió el gobernador de Quito.

Inmediatamente, la reina, conforme a la costumbre de los antiguos peruanos, se retiró a su aposento, donde se quitó la vida por su propia mano.

Todos estos trágicos sucesos habian llevado la consternacion a la familia real.

—Es preciso que recuperemos el contentamiento del ánimo para que estemos bien dispuestos a recibir a los españoles, que no han de tardar en venir, dijo Rumiñahui.

Con este pretesto, mandó preparar un opíparo banquete, a que invitó a todos los miembros de la familia real, i a todos los grandes señores del país.

Se distribuyó a los convidados licor en abundancia.

Illéscas fué el único que, a pesar de las solicitudes de Rumiñahui, no bebió hasta embriagarse,

sea porque se lo impidiera la tristeza de las recientes desgracias, sea porque le hubiera asaltado algun recelo.

Esta prudencia encendió a Rumiñahui en ira contra el príncipe.

En el momento oportuno, cuando casi todos los asistentes se hallaban embargados por la embriaguez, Rumiñahui hizo una señal, i apareció una tropa de sicarios armados.

El gobernador empezó por hacer amarrar fuertemente a Illéscas.

En seguida, hizo acuchillar con la mayor ferocidad a todos los hijos de Atahualpa, a todas sus concubinas, a todos aquellos señores que podian serle hostiles.

Rumiñahui se habia complacido en que Illéscas presenciara atado aquella bárbara matanza.

Cuando ella hubo terminado, le mandó desollar vivo a fin de sacarle entera la piel, que hizo soplar, i en cuya abertura superior ordenó coser la cabeza de la víctima.

Por este arbitrio, formó la mas horrible efígie del infeliz Illéscas, la cual conservó como un trofeo de su crimen.

Rumiñahui se proclamó entónces soberano del reino de Quito.

El primer pensamiento del nuevo monarca fué apercibirse para resistir a los españoles, cuya invasion esperaba en breve tiempo.

I a la verdad, que su prevision fué en esta vez tan acertada, como en otras.

La usurpacion de Rumiñahui no habia hallado resistencia, ni en Quito, ni en las comarcas vecinas.

¿Quién habria osado oponérsela?

No habia sucedido otro tanto en las provincia, mas lejanas.

Los jefes indijenas que las rejian no se habian conformado con la dominacion de Rumiñahui, un traidor, un insolente, que pretendia ejercer imperio sobre sus iguales.

No considerándose bastante poderosos para derrocar por sí solos al tirano, solicitaron el auxilio de los españoles; i como conocian ya perfectamente la insaciable codicia de éstos, a fin de estimularlos a poner en ejecucion el proyecto, les hablaron del portentoso tesoro que Huaina-Capac i Atahualpa habian acopiado en Quito, i aun se lo exajeraron.

Los españoles no eran hombres de permanecer quietos, sin intentar nada para apropiarse un botin semejante.

La invitacion de los jefes enemigos de Rumiñahui no tardó en ser aceptada.

El gobernador de San Miguel de Piura, Sebastian de Belalcázar, uno de los capitanes mas alentados de Pizarro, emprendió en el mes de octubre de 1533 la conquista del reino de Quito, al frente de doscientos infantes i ochenta jinetes.

Los indijenas de varias provincias le prestaron la mas eficaz cooperación.

Sin embargo, la empresa fué mucho mas difícil de lo que se habia pensado.

Rumiñahui, que estaba dotado de algunas de las cualidades mas eminentes de un gran caudillo, opuso a sus contrarios una resistencia tan hábil, como esforzada.

Presentó a los invasores tres batallas campales en las que les dió mucho que hacer.

La última, particularmente, quedó mui indecisa.

Belalcázar estuvo aun inclinado a replegarse a San Miguel de Piura para no tornar a emprender la campaña sin haberse proporcionado mas jente, i mas elementos de guerra.

Probablemente lo hubiera practicado así, si la naturaleza no hubiera venido en su ayuda.

Sobrevino entónces la segunda de las dos grandes erupciones del volcan Cotopaxi que ocurrieron en aquel tiempo.

La primera habia acontecido la víspera de la prision de Atahualpa.

Muchos de los guerreros de Rumiñahui interpretaron este fenómeno natural como un indicio de que habia de cumplirse pronto una antigua prediccion, segun la cual vendria tiempo en que un pueblo extranjero habia de establecer su dominacion en el país.

Aterrorizados por ello, se desbandaron en todas direcciones.

Rumiñahui, que estaba resuelto a oponer una re-

sistencia heroica, i que ya habia experimentado ser cosa posible, se vió repentinamente reducido a la triste condicion de un jeneral sin ejército, puede decirse.

Habia sido vencido por la supersticion de los suyos, mas bien que por el esfuerzo de los enemigos.

Hallándose en la impotencia de combatir, trató de incendiar i destrozarse todo lo que estuviera a sus alcances para que los invasores conquistasen únicamente escombros i ruinas.

De este modo, retrocedió hasta la ciudad de Quito.

Era poquísima la jente que le obedecia todavía, porque la mayor parte le habia abandonado.

Sin embargo, capitaneaba aun la suficiente para ejecutar su plan de destruccion.

Puso sin pérdida de tiempo manos a la obra devastadora, porque sabia que Sebastian de Belalcázar, instruido de la dispersion a que se habian entregado las tropas indíjenas, le seguia mui cerca.

Pero, ántes de todo, el primer cuidado de Rumiñahui fué sacar la parte del tesoro del inca que sus secuaces podian trasportar consigo.

Ocultó el resto, que era la cantidad mayor, en sitio tan recóndito, i con tanto misterio, que jamas ha logrado descubrirse, por mas que se ha buscado i rebuscado.

Practicado esto, pegó fuego a la ciudad, i huyó a guarecerse con las reliquias de su ejército en una montaña, donde era dificultosísimo que los invaso-

res le atacasen a causa de las quebraduras i asperezas del terreno.

Por lo demas, tenia tiempo sobrado para fortificarse.

Los españoles marchaban presurosos en persecucion, no de Rumiñahui, sino del tesoro del inca.

Iban impacientes por repartírselo.

En los últimos dias del mes de diciembre de 1533, entraron en la ciudad de Quito.

La decepcion que sufrieron fué en extremo dolorosa.

Hallaron montones de paredes i de piedras, pero no los montones de oro i de plata que tanto se les habian ponderado, i por que tanto anhelaban.

La esperanza frustrada produjo en los codiciosos españoles una rebelion, que Sebastian de Belalcázar tuvo trabajo en evitar.

Habian caído lluvias copiosas que habian servido para apagar el incendio; pero, que habian empantanado el suelo hasta el punto de que era difícil, i aun riesgoso, andar por él.

A despecho de todo, los españoles hicieron los esfuerzos mas extraordinarios para descubrir el tesoro del inca.

No hubo sitio que no registrasen; piedra que no levantasen; escombros que no removiesen.

Todo fué infructuoso.

Rumiñahui habia sabido ocultarlo mui bien.

Como la ciudad, primero incendiada, i despues

anegada, no ofrecia la menor comodidad para alojarse; i como los españoles principiaban a padecer enfermedades, Belalcázar decidió trasladar el campamento a Riobamba, miéntras su teniente Juan de Ampudia quedaba en Quito con una porcion de la tropa para dirijir los trabajos mas urgentes de reparacion.

Ampudia recibió este encargo con el mayor gusto, porque se lisonjeaba con la idea de descubrir el tesoro.

Efectivamente, practicó toda especie de diligencias para lograrlo.

Cuando observó que todas sus investigaciones resultaban estériles, intimó a los indíjenas ausiliares que revelasen dónde estaba el tesoro, si no querian ser sometidos a los mas horribles tormentos.

Aquellos desventurados habian prestado a los españoles los mas valiosos servicios en la campaña.

I miéntras tanto, el modo como se les recompensaba era amenazarlos con la tortura, si no publicaban un secreto que tenian tantos motivos para saber como sus aliados los extranjeros.

Todas sus protestas fueron desatendidas.

El cruel e inhumano Ampudia les aplicó los tormentos mas bárbaros i refinados para obligarlos a revelar lo que ignoraban.

Escusado es declarar que no consiguió su objeto.

Indudablemente Rumiñahui no se imaginó jamas que su destreza en la ocultacion del tesoro era el

mejor medio de castigar a los naturales que se habian ligado con los invasores.

No se sabe a punto fijo cuál fué la suerte definitiva que cupo a este caudillo.

Unos cuentan que murió oscuramente en la montaña donde se habia asilado; otros, que, habiendo caído prisionero, fué ajusticiado en la plaza mayor de Quito.

Sin embargo, todos se manifiestan acordes en que no comunicó a nadie el lugar en que habia escondido el tesoro del inca.

Sebastian de Belalcázar regresó de Riobamba a Quito en los principios de enero de 1534.

Juan de Ampudia habia saneado la ciudad, i refaccionado a la lijera algunos de sus edificios; pero no habia podido descubrir el tesoro.

Posteriormente, otros volvieron a buscarlo tan empeñosamente como él; pero fueron tan desgraciados en la empresa como el mismo Ampudia.

II.

Cuando los españoles, a las pocas horas de haber entrado en Quito, buscaban por todas partes el depósito de las riquezas de Atahualpa, removiendo para esto los escombros de los edificios derribados, hallaron aplastado por unas paredes i unas vigas el cuerpo de un muchacho indiano, a quien las llamas del incendio habian convertido en una llaga desde

la corona de la cabeza hasta las plantas de los piés.

Aquello era una masa inerte, hinchada i sanguinolenta, de carne humana.

Mas bien que compasion, podia inspirar repugnancia.

Evidentemente eran los restos de un infeliz a quien habia sorprendido la ruina de la casa.

Los soldados españoles que habian hallado aquel cadáver fijaron apénas sus miradas sobre él.

Habian visto un gran número de otros semejantes bajo los montones de tierra i de piedras que habian ido rejistrando; i por lo mismo, uno nuevo, agregado a tantos de igual clase, no podia llamarles mucho la atencion.

Por lo demas, temerosos de que algunos de sus compañeros descubriesen primero que ellos el tesoro, vagaban apresurados buscándolo de acá para allá.

Solo se detenian en cada lugar lo suficiente para cerciorarse si lo que anhelaban estaba allí o nó.

La banda a que me refiero iba a continuar en otra parte sus investigaciones, cuando se ocurrió a uno de los individuos que la componian pegar un puntapié al deforme tronco humano que estaba botado delante de ellos.

Se oyó entónces algo que se asemejaba a un lijérísimo lamento, apénas perceptible.

—¿Esto se queja? preguntó con indiferencia el soldado que habia aplicado el golpe.

—¿Qué importa? respondió otro.

—¡Vamos adelante! La noche se nos viene encima, agregó un tercero.

Todos se disponían a proseguir su camino, interesándoles poquísimo que el muchacho indiano estuviera vivo o muerto, cuando uno de los soldados, por una curiosidad cuya causa sería difícil explicar, se agachó para observarle mas de cerca.

—Creo que respira todavía, dijo.

Algunos de aquellos hombres sin entrañas experimentaron un movimiento de caridad.

Impulsados por él, hicieron que algunos indios de servicio tomaran aquello que no se sabía bien aun si era un vivo o un muerto; i le colocaran al aire libre con la cara vuelta hacia el cielo.

—¡Quiera Dios que recobre el sentido para que, haciéndose cristiano, su pobre alma se salve del infierno! exclamó uno que era algun tanto piadoso.

Aquellos soldados prosiguieron inútilmente sus exploraciones.

Por mas que registraron, no descubrieron rastros del tesoro.

Como ya hubiera anochecido, se vieron forzados a suspender sus trabajos por aquel día.

Sin embargo, estaban mui distantes de haber perdido la esperanza.

Quizá despues serian mas dichosos.

¿Cómo el apóstol Santiago i la Virgen María no habían de favorecer con el hallazgo del tesoro a tan

buenos cristianos que se habian espuesto a tantos riegos para propagar le fe católica entre las naciones jentiles del nuevo mundo?

Cada uno de ellos hacía votos a alguna ánima bendita del purgatorio, o al santo de su devocion, para merecer la gracia de ser el descubridor de las riquezas que habian acopiado Huaina-Cápac i Atahualpa.

Probablemente, o mas bien seguramente, no se les vino a las mientes el invocar como mérito delante de Dios el ausilio bien poco solícito que se habia prestado al muchacho indiano.

Aquel desventurado ¿habia muerto? ¿estaba vivo?

Nuestros españoles pensaban, no en esto, sino en el tesoro del inca.

Sin embargo, es preciso hacerles una justicia.

Cuando de regreso al alojamiento, llegaron al lugar donde habian dejado tendido sobre las espaldas, i con la cara vuelta hacia el cielo, a aquel que se ignoraba si era un moribundo o un difunto, tuvieron a bien examinar lo que era efectivamente.

No habia asidero para la menor duda.

Aquella masa humana amoratada respiraba.

Era evidente.

El aire fresco i puro habia fomentado el soplo de vida próximo a estinguirse que habia subsistido en aquel cuerpo estropeado tan miserablemente.

Aquellos soldados españoles tuvieron entónces la ocurrencia de ordenar que algunos indios de carga

condujesen en hombros a aquel muchacho, a quien talvez solo quedaban horas de existencia.

¿Por qué los mismos que hacian perecer, sin compasion i sin remordimiento, a veces en medio de los mas espantosos suplicios, a tantos indíjenas llenos de robustez, concibieron el capricho de conceder un amparo, por lijero que fuese, a un indio espirante?

¡Dios lo sabe!

Los españoles continuaron escudriñando las ruinas de Quito para hallar el tesoro del inca; i cuando se fatigaron de esta tarea infructuosa, pretendieron arrancar con torturas horribles a los auxiliares que les habian prestado la cooperacion mas eficaz, la comunicacion de un secreto que ignoraban completamente.

En el intervalo, el muchacho quemado por el fuego del incendio hasta haber sido casi derretido, i aplastado por los escombros de una casa hasta haber sido casi deshecho, habia ido recuperando poco a poco las fuerzas, a pesar de que habian sido cortísimas las atenciones que se habian dado a un ente de su casta entre los conquistadores, que no abundaban en recursos medicinales para sí mismos, i mucho ménos para los vencidos.

Al cabo de algunos dias, aquel moribundo a quien el trastorno violento de su organizacion habia arrebatado la razon i la palabra, tornó a trasformarse de tronco en hombre.

De nuevo pensó, i de nuevo habló.

Sin embargo, lo que dijo era mui poco curioso de saberse.

Tenia por nombre Cantuña.

Era hijo de Hualca, uno de los jefes de confianza de Rumiñahui.

A la fecha de la evacuacion de Quito, se hallaba con su padre cuando habian caído sobre él la techumbre i las paredes de una de las casas incendiadas.

Los suyos le habian abandonado por muerto en medio de la espantosa catástrofe.

I menester es confesar que habian tenido sobradísima razon para ello.

El peso abrumador de los escombros i la accion devoradora de las llamas habian despachurrado, por decirlo así, el cuerpo de Cantuña.

Habia sobrevivido al terrible accidente solo porque la fuerza vital de ciertos individuos es prodijiosamente resistente. Pareceria que nada hubiera de ser capaz de destruirla.

No obstante, el muchacho indiano no escapó ileso de las garras de la muerte.

Quedó jorobado.

Sus facciones deformadas eran tan monstruosas, que causaban horror.

Su modo estravagante de andar correspondia a la fealdad de su aspecto.

Aquel cuerpo quebrado por el aplastamiento de la ruina, i aquella cara derretida por el fuego del

incendio, daban a Cantuña las apariencias de un demonio que anduviera estraviado por el mundo.

Sin embargo, aquella figura repugnante servia de morada a una alma noble.

Cantuña era inteligente, i era bueno.

Habia procurado pagar a los españoles al precio de servicios constantes i abnegados el favor casual que le habian dispensado de volverle a la vida, aunque sin propósito mui deliberado de serle útil.

El obsequioso rendimiento del corcovado le granjeó la buena voluntad de los conquistadores.

Con especialidad, hubo entre éstos uno que concibió por él un afecto verdaderamente paternal.

Era el capitan Hernan Suárez, hombre que sobresalia entre los individuos de la misma clase por los sentimientos cristianos.

Este sujeto caritativo, lastimado de la triste situacion del desvalido corcovado Cantuña, le recojió en su casa, donde le trató, no como a sirviente, sino como a hijo.

El indio correspondió con otro igual el tierno afecto del español.

El capitan Suárez, que era mui devoto i bastante instruido para el tiempo i el lugar, enseñó a Cantuña, primero a rezar, i en seguida (lo que todavía era mas raro entónces) a leer i a escribir.

El corcovado se aprovechó perfectamente de las lecciones de su amo.

Edificó a todos por la fiel i rigurosa observancia

de sus deberes religiosos; i se conquistó la estimación jeneral por la sensatez que manifestaba en sus discursos i en sus acciones.

El contrahecho Cántuña, que parecia haber sido condenado al desprecio público, alcanzó, gracias a su mérito propio i a la protección del capitán, una posición social bastante lisonjera.

Sin embargo, aquella felicidad se enturbió al fin.

El capitán Hernán Suárez se dedicaba a las prácticas piadosas mas que a las especulaciones lucrativas.

Su corazón jeneroso le prohibia abusar de los indígenas, imponiéndoles tareas demasiado abrumadoras, i escatimándoles el alimento; pero esta conducta caritativa le habia obligado a contentarse con una pequeña renta, impidiéndole acumular las pingües entradas que otros ménos escrupulosos sabian proporcionarse.

Por desgracia, el capitán no pudo conservar ni siquiera una posición modesta.

Sufrió pérdidas pecuniarias.

Además, le cayeron encima los achaques propios de una existencia aporreada i de la vejez.

Suárez, para satisfacer sus gastos, tuvo, no solo que ir enajenando sus bienes unos en pos de otros, sino tambien que contraer deudas.

Algunos de sus acreedores se mostraron exigentes por el pago.

Hernan Suárez determinó entónces vender lo último que le quedaba: la casa en que residia.

La consideracion de la estreinidad a que se veia reducido le sumerjió en la mas profunda tristeza.

Se contemplaba viejo, enfermo i pobre.

—Cobrad brios, señor capitan, le dijo cierto dia Cantuña; no tendreis que deshaceros de vuestra casa.

—Bien lo querria, contestó Suárez; pero, por mas que cavilo, no acierto con el arbitrio de lograrlo.

—Os voi a suministrar uno que os sacará del apuro presente, i pondrá a vuestra disposicion los mas abundantes recursos para vivir con holganza en lo sucesivo.

—¿Cuál?

—Antes de comunicároslo, necesito que me jureis por lo mas sagrado, que no revelareis jamas a nadie que he sido yo quien os ha hecho rico.

—Os lo prometo, empeñandoos mi palabra de hidalgo i mi fe de cristiano.

—Es cuanto he menester.

—Pero de ¿dónde sacareis vos mismo esa riqueza?

—Ese es un secreto que no puedo comunicaros.

El capitan Hernan Suárez, en el colmo de la alegría, llegó a temer allá en sus adentros que el corcovado hubiera perdido el juicio.

No se tranquilizó hasta que su sirviente le presentó una porcion bastante considerable de piezas.

de oro que representaban adornos o utensilios de los indíjenas.

—¡Alabado sea Dios! exclamó el capitán.

—¡Ahora i siempre! respondió devotamente Cantuña.

—Gracias a vos, continuó diciendo el capitán, tengo ya con qué rescatar la casa, i con qué remediar nuestras miserias.

—Aguardad, señor, observó Cantuña. No podeis disponer todavía de este oro, porque ántes es indispensable refundirlo para darle una forma distinta de la que tiene.

—¿Por qué?

—De otro modo, se harán acerca de su oríjen conjeturas que yo quiero evitar a toda costa.

—Pero ¿cómo obrar entónces?

—Conviene que los dos solos trabajemos secretamente en el interior de la casa un subterráneo; i que del mismo modo preparemos los instrumentos de fundicion precisos para convertir estos objetos de formas ya raras en tejos tales como los que se usan en el día.

Naturalmente, las cosas se ejecutaron como Cantuña lo habia determinado.

A la primera donacion del indio, se siguieron otras, a medida que las necesidades lo iban reclamando.

El capitán Hernán Suárez pagó todas sus deudas.

Se trató en lo sucesivo con bastante largueza.

Distribuyó frecuentemente a los pobres cuantiosas limosnas.

Hizo a las iglesias para el lustre del culto divino dádivas de la mayor importancia.

Todos se preguntaban: ¿de dónde ha sacado tanto dinero el capitan Hernan Suárez, cuya conocida escasez parecia destinarle a morir en un hospital?

Nadie podia dar una respuesta satisfactoria.

Suárez no se entregaba a especulaciones de ninguna especie.

No habia tenido ninguna herencia.

No habia recibido ninguna merced del soberano.

No jugaba.

¿De dónde provenia entónces su incontestable riqueza?

Como el hecho era evidente, i no se le descubria causa, i sin embargo, debia tener una, se concluyó por atribuirle una mui poco honesta.

Se susurró por lo bajo que el caudal de Suárez debia ser obsequio del Diablo.

¿Por qué?

Lo que infundió semejante sospecha fué la intimidad que el capitan cultivaba con un monstruo tan espantoso como el indio Cantuña.

Aquel jorobado horrible, de facciones deformadas por el fuego, debia ser un agente del Demonio.

Esta presuncion se apoyaba en la idea mui jeneral entónces de que los indíjenas habian mante ido

siempre, i mantenian aun, las mas estrechas relaciones con el monarca del infierno, i con sus ministros, i cortesanos.

La única objecion seria que se hacía contra la tal hipótesis, objecion a la cual no se hallaba réplica, por mas que se la buscaba, era que el capitán Suárez i el indio Cantuña observaban la conducta mas religiosa e irreprochable.

Los dos eran modelos de buenos cristianos.

Oian misa todas las mañanas.

Rezaban el rosario todas las noches.

Ayunaban todos los viérnes del año, todos los dias de la cuaresma, las cuatro témporas, todas las vijilias.

Comparecian amenudo en el tribunal de la penitencia.

Comulgaban con un recojimiento ejemplar.

Eran limosneros.

No se entregaban a ningun vicio.

Su mayor i continuo solaz era la conversacion provechosa de los franciscanos que habitaban en un convento vecino a su casa.

¿Cómo dos sujetos tan cumplidos, podian estar recibiendo los favores del Diablo?

Todo este razonamiento parecia mui fundado.

Pero ¿i el dinero de que disponian a manos llenas, sin que nadie pudiera imajinar el oríjen de donde lo sacaban? ¿i la fealdad sobrehumana del indio Cantuña, que se habia ligado al capitán Suárez, como la sombra al cuerpo?

Era este un círculo vicioso a que no se encontraba salida.

El capitán Hernán Suárez falleció en 1550, dejando por su único i universal heredero al corcovado.

Cantuña sobrevivió muchos años a su amo.

Continuó el mismo jénero de vida arreglada i religiosa.

Se manifestó especialmente devoto de la Virgen de Dolores, a que se tributaba culto en la iglesia de San Francisco.

Su jenerosidad i su munificencia fueron acrecentándose de año en año.

Las limonas i los regalos que hacía habrían sido dignos de un rei.

La prodigalidad de Cantuña llegó a ser tan excesiva, que la justicia real se consideró obligada a tomar conocimiento de la fuente ignorada i misteriosa de donde provenia.

Cantuña fué citado ante uno de los oidores.

El majistrado exijió del jorobado que le revelase categóricamente el oríjen de su cuantiosa riqueza.

—La herencia de mi benefactor el capitán Hernán Suárez, contestó el indio.

—Esa esplicacion no me satisface, objetó el oidor. Nadie ha podido darse cuenta de cómo el capitán Suárez pudo reunir un injente caudal de la noche a la mañana, cuando se hallaba en la mas estremada penuria. Vos sois el único que debeis saberlo, i os

lo pregunto. Pero prescindamos de este punto. Es manifiesto que vos, sin emprender especulaciones de ningun jénero, habeis aumentado extraordinariamente el caudal del capitan Suárez. ¿Cómo habeis podido realizar un prodijio semejante? Decid la verdad.

El indio alegó causas que el oidor le rebatió facilmente.

Viéndose estrechado, Cantuña se turbó i balbució.

Evidentemente habia un secreto que se empeñaba en ocultar.

—Hablad con franqueza, le dijo el oidor. El camino recto es el único que conduce a buen término.

Cantuña hacia esfuerzos extraordinarios para dominarse.

—Tened piedad de mí, señor, exclamó sin ser ya dueño de sí mismo. He cometido un gran crimen, un crimen horrendo, no solo contra el rei, sino principalmente contra Dios.

—Confesad cuál es ese crimen para ver si tiene enmienda.

—Viendo que la miseria agobiaba al capitan Suárez, a quien yo era deudor de tantos beneficios, llamé al Demonio, i le vendí mi alma, al precio de la riqueza que yo habia menester para socorrerle.

—¡Desventurado!

—Nadie comprende mi degradacion mejor que yo mismo.

—Pero es preciso que rompais ese pacto fatal.

—Como debeis saberlo, llevo hace años una vida de devocion i de buenas obras para que Dios se apiade de mí. Me he colocado particularmente bajo el patrocinio de Nuestra Señora de Dolores. Sin embargo, temo mucho que no he de poder salvarme.

—No desesperéis. La misericordia del Señor es infinita.

—Mi pacto con el Demonio no fué simplemente verbal. Nuestro comun i eterno enemigo puede presentar contra mí un documento en el cual me comprometo bajo mi firma escrita con mi sangre a entregarle mi alma. El ha cumplido exactamente hasta ahora todos sus compromisos. Vendrá dia en que me exija la ejecucion del mio.

—Pero es menester que no continúeis admitiendo sus riquezas.

—Eso nó. Yo empleo esas riquezas en hacer el bien. Talvez Dios me lo tenga en cuenta para descargo de un pecado tan enorme. Si yo no lo hiciese así, el Demonio exigiria siempre mi alma; i yo me privaria de los medios de adquirir méritos para obtener mi perdon. Lo que me indicais no me conviene de ninguna manera. El pacto llegaria a ser en extremo desigual.

El oidor quedó aterrado.

Aquella investigacion produjo el resultado de que el público conociese el oríjen infernal del dinero de Cantuña.

Al principio, muchos rehusaban recibirlo, aun

cuando el indio lo diese para obras de piedad o de beneficencia.

Pero al fin i al cabo, todos siguieron solicitándolo i aceptándolo como ántes

Cantuña fué, entre tanto, el objeto de toda especie de exhortaciones i de exorcismos.

No habia sacerdote que no se creyese obligado a tratar de espeler al Demonio a quien suponian rondando en torno de aquel hombre para llevarse su alma en el momento oportuno.

La muerte de Cantuña acaeció el año de 1574 en medio de toda clase de conjuros.

La cama del moribundo estaba atestada de reliquias.

Nadie percibió la figura de Satanas.

Habiendo entrado varios a la casa de Cantuña despues de su fallecimiento, descubrieron el subterráneo de la fundicion; i dentro de él, algunas alhajas de forma indijena, que el corcovado no habia alcanzado a convertir en tejos modernos.

Este descubrimiento fué el primer indicio para presumir que la historia del pacto con el Diablo habia sido una invencion del astuto Cantuña para ocultar la verdadera fuente de sus riquezas.

Un fraile franciscano que habia sido su confesor confirmó esta suposicion.

Las riquezas de Cantuña provenian del tesoro del inca, cuyo escondite conocia por haber acompañado a su padre Hualca, cuando éste ayudó a esconderlo por órden de Rumiñahui.

Cantuña se llevó a la sepultura el secreto de ese escondite.

La mayor parte de los bienes que dejó se destinó a la construcción de una iglesia dedicada a la Virgen de Dolores.

Esta iglesia era denominada vulgarmente la *Iglesia de Cantuña*.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LA REBELION

DE LAS ALCABALAS EN QUITO.

I.

El que estudia la época colonial encuentra, de intervalo en intervalo, en las crónicas ya de una, ya de otra de las comarcas hispano-americanas, la mención de acontecimientos extraordinarios, que forman un marcado contraste con el carácter jeneral de ese largo período histórico, tres veces secular.

Esos acontecimientos recuerdan por la naturaleza antitética que los singulariza, los oasis del desierto, o las islas del mar.

Uno de los rasgos dominantes de nuestros mayores fué indudablemente la veneracion ciega i profunda que tributaban al monarca.

Sin embargo, de cuando en cuando, solian rebelarse contra los mandatos reales tan estrepitosa i enérgicamente, como habria podido hacerlo la nacion mas indócil.

Me propongo esta vez recordar uno de esos raros ejemplos de desobediencia varonil, el cual es ahora conocido solo de un cortísimo número de eruditos.

Por real cédula fecha 1.º de noviembre de 1591, dirigida al virrei del Perú don García Hurtado de Mendoza, marques de Cañete, se encargó a este alto funcionario que hiciera pagar en el vasto territorio de su jurisdiccion, el impuesto de la alcabala, que se cobraba ya desde el año de 1574 en el de Nueva España.

La tasa de este impuesto se fijaba por entónces en un dos por ciento sobre el valor de todo lo que se vendia i compraba.

Por lo mismo que el virrei marques de Cañete comprendió perfectamente que esta órden era dificultísima de ser ejecutada, se esmeró en hacerla cumplir a fin de agregar a tantas otras una nueva prueba de su celo en favor de los intereses de la corona.

Para conseguir su propósito, recurrió de preferencia a los arbitrios mañosos e insinuantes.

Al efecto, hizo discursos a los presentes, i escribió cartas a los ausentes.

El tema que aquel encumbrado magnate desenvolvía de palabra i por escrito era uno mismo con solo variaciones accidentales.

—Si Su Majestad se ve obligado a apelar a la generosidad de sus súbditos, decia, es para invertir en beneficio de ellos mismos el dinero que le den.

La respuesta de las corporaciones i de los principales vecinos, era tambien mas o ménos parecida en todas las ciudades.

—Estamos mui persuadidos del paternal afecto que nos profesa Su Majestad; pero permitásenos hacer observar que estas tierras fueron conquistadas por nuestros abuelos sin gravámen ninguno de la corona, i que los reinos fundados en ellas son todavía demasiado nuevos, i están todavía demasiado atrasados, para que puedan producir rentas. Es indispensable darles tiempo para que crezcan i prosperen; i entónces, ellos mismos, sin necesidad de que se les exija, se apresurarán a proporcionar al soberano cuantos recursos puedan.

Estas reflexiones no convencieron por supuesto al virrei marques de Cañete, quien insistió en que la real cédula habia de ser ejecutada.

Al fin, despues de mucha fatiga, logró que los vecinos de Lima, del Cuzco, de Chuquisaca i de otras grandes ciudades consintieran en pagar la alcabala.

No sucedió otro tanto en Quito.

Era una ciudad de importancia, que estaba mui lejana del asiento de la autoridad superior.

Se hallaba gobernada por majistrados que, ni disponian de fuerza armada, ni poseian la entereza del virrei marques de Cañete.

Los funcionarios a que aludo, eran el presidente de la audiencia doctor don Miguel Bárros de San Millan; los oidores don Pedro Zorrilla, don Luis Mesa, i el licenciado Cabézas; i el fiscal Orozco.

Para remate, habia en el vecindario algunos individuos soberbios i arrojos, a quienes no era fácil imponer susto.

Cuando se les notificó que pagaran la alcabala, protestaron, i se negaron a hacerlo, miéntras se elevaba al rei la correspondiente súplica para que revocase la órden.

El presidente i los oidores no pudieron hacer mudar esta resolucion, que los jefes de la resistencia declararon inquebrantable.

Los quiteños perseveraron en su propósito tanto mas firmemente, cuanto que los eclesiáticos los estimulaban a ello desde el púlpito.

Los sacerdotes, por regla jeneral, fueron en la América Española los mas poderosos apoyos de la autoridad real.

Sin embargo, en aquella vez, fomentaron la oposicion.

Las escepciones fueron rarísimas.

Debe contarse entre ellas a los jesuitas, los cuales estaban por la sumision, aunque al principio adoptaron una actitud espectante i circunspecta.

La plebe se adhirió resueltamente a los que rechazaban la alcabala,

Aunque el descontento se espresara solo por me-

dio de palabras i de pasquines, manifestaba una tendencia amenazante.

Algunos vecinos apocados, temerosos de los alborotos que se anunciaban, abandonaron la ciudad.

El presidente i los oidores no acertaban a tomar ninguna medida que ahogara en su cuna la naciente revuelta.

Como no se hallaban sostenidos por ninguna fuerza militar, mostraban mui a las claras que tenian miedo al furor del pueblo.

Se concibe que una conducta semejante, en lugar de intimidar, infundiera brios a los agitadores.

En tal situacion, los miembros de la audiencia escribieron al virrei marques de Cañete, informándole sobre lo que ocurría, i pidiéndole instrucciones.

Miéntas tanto, la ciudad quedó entregada a la mayor conmocion.

¿Se haría justicia a las reclamaciones del pueblo contra la alcabala?

¿Se insistiría en imponerle el pago de tan odiosa contribucion?

II.

Residia por entónces en Quito un caballero cuya personalidad era notable.

Se llamaba Alonso Bellido.

Estaba dominado por una inclinacion irresistible a los placeres, i por una ambicion desmedida.

Su osadía no reconocía límites.

Se sentía digno de aspirar a todo, i capaz tambien de llegar a todo.

Contaba entre sus amigos al capitan don Diego de Arcos, ya a la sazón mui cargado de años, pero animado todavía por una vigorosa impetuosidad, el cual habia seguido la bandera de Gonzalo Pizarro en la rebelion de este famoso caudillo contra la autoridad real.

Bellido se complacia en conversar con Arcos acerca de los diversos incidentes de un alzamiento en que el soberano habia estado a punto de perder el recién conquistado Perú.

Por peligroso que fuera hacerlo así aun en el seno de la intimidad, no podia ocultar sus simpatías a la causa de la insurrección, i aun en especial a los audaces planes de independencia del feroz Francisco de Carbajal.

Si Alonso Bellido hubiera podido tomar parte en aquella sangrienta reyerta, habria sin vacilar apoyado esos planes.

Ya se comprenderá por esto que no se preciaba de ser vasallo mui leal.

Bellido era sagaz, i al propio tiempo imperioso.

Estas dos cualidades características le habian granjeado mucho predominio sobre los quiteños.

I como era festivo i amigo de proporcionar diversiones i pasatiempos, habia alcanzado una popularidad efectiva.

Así se habia formado un séquito numeroso i escogido.

Alonso Bellido era un caudillo que anhelaba por que se le ofreciera ocasion de buscar la realizacion de sus sueños de ambicion i de gloria.

Estaba hastiado de ser un hombre oscuro, cuando se sentia con ánimos de ser un hombre distinguido.

El enojo i el alboroto producidos en Quito por la amenaza de la imposicion de la alcabala le persuadieron que habia venido la oportunidad de conquistarse la alta posicion que apetecia.

Eran tantas i tan amargas las murmuraciones a que se entregaban los quiteños contra el soberano, que Bellido concibió la esperanza de impulsarlos a negarle toda obediencia.

Se lisonjeó con el pensamiento de llevar a cabo en Quito lo que Gonzalo Pizarro no habia sabido ejecutar en el Perú.

Para tomar una resolucion definitiva, determinó someter a prueba la disposicion hostil a la soberanía del monarca que él creia haber percibido en el ánimo de muchos quiteños.

—¿No os parece que en estas circunstancias, deberíamos celebrar cortes? dijo a sus compañeros de fiestas.

—¿Qué quereis dar a entender con esto? le respondieron.

--Que celebremos cortes en torno de una mesa, i con el vaso en la mano,

—¡Ah! es una idea felicísima.

Alonso Bellido los comprometió a dar una serie de banquetes.

Como era de esperarse, fué él quien empezó.

El conspirador procuró que los convidados no fueran mui numerosos, pero sí jente de posicion i de confianza.

Cuando las abundantes i repetidas libaciones hubieron causado efecto, Bellido exclamó:

—Nos hallamos reunidos en cortes; pero el rei ¿quién es?

Uno de los asistentes, a quien Bellido habia enseñado de antemano la leccion, contestó:

—Es menester que procedamos a elejirle.

Los demas aceptaron la indicacion con el mayor alborozo.

—¡Sí! ¡sí! es preciso que elijamos un rei.

Todo aquello parecia mui divertido a los convidados.

Era una farsa que ofrecia el poderoso atractivo de la novedad.

Sin tardanza se practicó la eleccion.

El favorecido fué, como debe suponerse, el dueño de casa.

Se acojió el resultado de la eleccion con los mas estrepitosos aplausos.

—Me toca ahora nombrar los altos dignatarios de mi reino de Quito, dijo Alonso Bellido con una seriedad imperturbable.

Nuevas aclamaciones i nuevos aplausos.

Bellido continuó gravemente como sigue, señalando con la mano, a cada uno de los asistentes a medida que los condecoraba.

—A vos, os nombro príncipe del Cuzco; a vos, duque de los Chárças; a vos, conde de Popayan; a vos, duque de Chuquisaca; a vos, duque de Cuenca.

Por este estilo, asignó un título pomposo a cada uno de los presentes.

Alonso Bellido observó con complacencia suma que esta distribucion de dignidades habia colmado de satisfaccion a los agraciados.

Ya se figuraban que aquel juego era una realidad

A la primera comida, se siguieron una segunda, una tercera, una cuarta, ofrecidas sucesivamente por distintos individuos de la faccion.

El astuto Bellido continuó excitando la vanidad, la codicia i aun la concupiscencia de los asistentes.

Ya no se concretó a conferirles simples títulos honoríficos, sino que les repartió ademas empleos lucrativos.

Fué hasta adjudicarles las mujeres que sobresalian por su belleza en la ciudad.

Alentado Alonso Bellido por los resultados que habia ido obteniendo, creyó llegado el momento de ensayar la prueba decisiva.

Se celebraba la quinta sesion de cortes, o lo que es lo mismo, se daba la quinta comida.

Bellido tenia un confidente, cuyo nombre era Sa-

yago, a quien habia enterado de todos sus proyectos.

Este personaje se puso de pié con la copa en mano; i habló como sigue:

—Amigos, basta de palabras; vamos a las obras.

Esta introduccion arrogante fué recibida con salvas de aplausos.

Todos aguardaron alguna nueva invencion que sirviera para variar el juego al gobierno en que andaban tan divertidos.

Sayago cobró alientos con esta lisonjera acojida,

—Voi a proponeros un pensamiento que, llevado a cabo, puede convertir en realidad la farsa que estamos representando.

—¿Cuál es?

—Me dirigiré por la via de Buenos Aires a Inglaterra.....

Este principio de frase sonó mal a los asistentes, que, interrumpiendo al orador, le preguntaron con recelo:

—¿Para qué?

—Para solicitar de Isabel, la gran reina de Inglaterra, armas, municiones i naves que nos ayuden a hacer independiente de España el reino de Quito.

Solo trayendo a la memoria el odio que los españoles del siglo XVI profesaban a Isabel de Inglaterra, la hija del cismático rei de las siete mujeres, podrá comprenderse el pésimo efecto que una proposicion semejante hizo en el ánimo de los oyentes.

La blasfemia de Sayago causó tanto espanto, como el estallido de un rayo.

La conmocion de los asistentes fué tan estremada, que disipó en un instante los vapores del vino que turbaban sus cerebros.

Todas las bocas profirieron gritos de reprobacion.

—¡Esa seria una traicion! ¡Ese seria un sacrilejio!

Alonso Bellido conoció que se habia equivocado.

Las cosas no estaban tan adelantadas, como él se lo habia imaginado.

Sin embargo, no perdió la serenidad.

— Señores, dijo, no hai razon para escandalizarse.

La indicacion de Sayago es una mera burla, como todo lo demas que hemos estado diciendo i haciendo.

—¡Cierto! le observó uno; pero es una burla que puede llevarnos a la horca.

—Somos personas discretas i honradas, que no hemos de ir a revelar a estraños lo que hemos hablado confidencialmente entre nosotros. ¿Qué podemos entónces temer?

—Pero como el negocio es demasiado grave i comprometente, dijo uno de los convidados, es indispensable que nos demos la mas completa seguridad de que guardaremos un estricto silencio.

—Comprometámonos a ello por un juramento solemne, propuso Alonso Bellido.

Todos los asistentes se pusieron de pié.

—¡Sí! lo juramos, lo juramos por lo mas sagrado.

—Creo que con esto se habrán disipado todos

vuestros cuidados, dijo Alonso Bellido, que deseaba tranquilizar a sus camaradas, porque abrigaba la esperanza de hallarlos mas dóciles en otra ocasion en que el proyecto de independendia, perdida la novedad, les asustara ménos.

—Nó, replicó uno; seria preciso todavía tomar mayor precaucion.

—Pero, ¿cuál?

—Ratijiquemos, teniendo a Nuestro Señor Jesucristo en los labios, el juramento que acabamos de hacer.

—Aceptado.

Con efecto, al dia siguiente, practicaron una ceremonia que era mui usada en aquella época.

Todos ellos oyeron una misa, en la cual el sacerdote oficiante les dió la comunion con pedazos de la misma hostia.

Aquellos hidalgos se consideraron de este modo suficientemente garantidos.

—Tened paciencia, Sayago, dijo Bellido a su confidente; la imposicion de la alcabala hará pronto entender razon a estos caballeros, que no se atreven a negar acatamiento a un soberano que reside en otro mundo mas allá del mar, i que se acuerda de los habitantes de estas comarcas solo para esquilmarlos.

III.

Hacia poco que habia ocurrido el suceso anterior,

el cual permaneció ignorado, cuando el 4 de diciembre de 1592, se difundió por Quito la noticia de que habia desembarcado en Guayaquil el jeneral gobernador del Callao, don Pedro de Arana, a la cabeza de una tropa de cincuenta soldados.

El virrei marques de Cañete habria por cierto deseado mandar una mas numerosa; pero, fuera de que no le habria sido fácil reunir la con la prontitud necesaria, habia procedido con mucho sigilo para evitar que el conocimiento de las turbulencias de Quito alterase a otras ciudades; i esto de seguro no lo habria conseguido si la fuerza enviada hubiera sido mas considerable.

Sin embargo, aquel cuerpo, aunque diminuto, era mui selecto.

Venian alistados en él varios veteranos de la guerra de Arauco.

El virrei marques de Cañete creia que habia de ser suficiente para que los gobernantes de Quito se hicieran respetar i obedecer.

No presumia cuánta era la altivez que habian tomado los quiteños.

La noticia del desembarco produjo en la ciudad una agitacion imponderable.

A nadie se ocultó que aquella tropa iba para obligar al pago de la alcabala.

Alonso Bellido aprovechó con dilijencia i destreza una coyuntura tan propicia para el cumplimiento de sus designios.

Aleccionado con la experiencia de la quinta comi-
da, se empeñó por persuadir que la imposición de la
alcabala era la obra, no del monarca, que amaba a
sus súbditos, sino del virrei del Perú, que habia tras-
mitido falsos datos, porque, a trueque de contraer
méritos para sus ascensos, no reparaba en que se
abrumase con cargas de toda especie a los infelices i
desvalidos habitantes de estas rejiones. Lo que debia
hacerse, segun él, era ilustrar al soberano para que
derogase la órden que le habia sido sujerida por un
cortesano sin escrúpulos.

Estos hábiles razonamientos estimularon la resis-
tencia de los quiteños.

Muchos a quienes repugnaba negar la debida
sumision a la majestad real, no esperimentaban el
menor reparo en atacar la autoridad del virrei.

Habiéndose congregado el vecindario en cabil-
do abierto, nombró procurador jeneral a Alonso Be-
llido.

Este, que veia aproximarse la realizacion de sus
sueños, desplegó una enerjía i una actividad estra-
ordinarias.

Empezó a tratar a la audiencia de poder a poder.

Lo primero que hizo fué pedirle esplicaciones so-
bre el objeto a que iba la jente armada que habia
entrado por Guayaquil.

La audiencia dejó la pregunta sin contestacion.

El tribuno dirijió sin tardanza al presidente i los
oidores un segundo memorial en que daba por ave-

riguado el propósito con que habian llegado los soldados del virrei marques de Cañete.

—Esa tropa, decia en sustancia Bellido, viene a imponernos la alcabala. A nombre de la ciudad, protesto contra esta determinacion del virrei; apelo de ella para ante el consejo de Indias; i ofrezco rendir segura fianza de que, caso que Su Majestad no se digne atender nuestras representaciones, satisfaceremos el impuesto desde el dia señalado, segun lo que reedituare el primer año que se cobrare.

La audiencia, que habia contestado con el silencio al primer memorial de Bellido, contestó a este segundo con un auto de prision.

El presidente i los oidores se habian entonado con el auxilio de los soldados del virrei, los cuales, segun sabian, habian emprendido la marcha a Quito.

Efectivamente, el procurador jeneral fué aprisionado en una de las salas de las casas reales.

Apénas el vecindario supo esta violencia, se amotinó, i obligó a que se restituyera la libertad a su representante.

Así el presidente i los oidores, que se habian lisonjeado de imponer miedo, fueron impunemente atropellados.

Alonso Bellido aprovechó el entusiasmo del triunfo para excitar al pueblo a que se organizara en ejército.

Todos se apresuraron a acudir al llamamiento.

No tardaron en reunirse mas de dos mil hombres, distribuidos en distintos cuerpos.

Los que poseian armas, i no se hallaban en situacion de alistarse, las entregaron gustosos a los que podian hacerlo.

Las mujeres donaron sus joyas para los gastos de la resistencia.

Se procedió con gran solemnidad a la designacion de los jefes del ejército nacional.

He aquí la nómina de los que resultaron elegidos:

Alonso Bellido, maestro de campo;

El alcalde Martin Jimeno, capitan de la caballería;

Juan de la Vega, Francisco de Olmos i el contador mayor de las cajas reales Pedro de Lerena, capitanes de la infantería;

El capitan Calderon, que habia militado en Flándes con opinion de gran soldado, sarjento mayor.

Me parece escusado advertir que todos los nombrados pertenecian al gremio de los camaradas de Bellido,

Aunque el ajitador, como se sabe, aspiraba a la separacion de la metrópoli, queria obrar con la mayor cautela, i sin revelar sus verdaderos planes hasta el tiempo mas oportuno.

Aguardaba que el curso natural de los acontecimientos hiciera madurar el jérmen revolucionario.

Ajustándose a estos propósitos, procuró dar desde luego a la revuelta apariencias de legalidad.

Con este fin, quiso que la audiencia designara los jefes superiores del nuevo ejército.

Alonso Bellido habia tomado sus precauciones para que aquellos cargos fueran puramente nominales.

Mientras tanto, si la audiencia aceptaba esta invitacion insidiosa, se hacia hasta cierto punto cómplice de la insurreccion, i la autorizaba.

El presidente i los oidores, halagados por el deseo de conservar una sombra de poder, cayeron en la red; i nombraron jeneral en jefe a su colega don Pedro Zorrilla, i lugar teniente al licenciado don Diego Zorrilla, hijo del primero.

El ejército quedaba, sin embargo, en realidad esclusivamente a las órdenes de Alonso Bellido i de sus secuaces.

Por seguir el mismo sistema, el caudillo de los insurrectos determinó apoderarse del estandarte real, que los miembros de la audiencia habian quitado al cabildo, i colocado como un paladion en la sala de despacho.

Con este intento, mandó tocar jenerala.

Cuado la tropa estuvo sobre las armas, se encaminó con ella en actitud tumultuosa hacia las casas reales, donde residian i funciónaban los oidores.

Exigió con imperio que se le entregara el estandarte.

Logró aun apoderarse de él.

Iba ya a retirarse triunfante a los cuarteles.

En ese momento, el oidor Cabézas, no pudiendo resignarse a que la audiencia soportara un nuevo ultraje, se abrazó del estandarte.

Algunos de los sublevados trataron de arrebatárselo; pero no lo consiguieron.

—¡Aquí del rei! gritó el oidor Cabézas.

Era tanto el prestigio del nombre real entre los españoles de América, que la invocacion del oidor fué suficiente para que muchos se precipitaran en su auxilio.

Se trabó entónces en torno del estandarte una larga i porfiada lucha.

El resultado fué que el oidor consiguió llevarse a su habitacion la insignia real.

Entre tanto, los partidarios de Alonso Bellido se manifestaban furiosos i amenazantes.

Temiendo por sus personas los miembros de la audiencia, se refugiaron con el estandarte en el convento de San Francisco.

El pueblo armado les puso allí un sitio en forma, hasta que los obligó a restituirse a las casas reales, pero sin lograr apoderarse del estandarte.

Desde entónces pudo decirse que la audiencia estaba prisionera en Quito.

Alonso Bellido exijió en nombre del pueblo que se impartiese a don Pedro de Arana la órden de suspender su marcha, i de reembarcase para el Callao.

Los majistrados se vieron forzados a ejecutar lo que se les mandaba, porque no podia decirse que se les pedia.

Se comisionó al viejo capitan Diego de Arcos para que fuese a notificar esta providencia al jeneral

Arana, que ya habia avanzado hasta Catacunga.

Don Pedro de Arana recibió esta intimacion con mal disimulado despecho; pero como consideraba su tropa mui escasa para enseñorearse de Quito, i temia esponerse a un fracaso de funestísimas consecuencias, aparentó conformarse, i se retiró algunas leguas atras.

Habiéndose detenido en un sitio que estimó conveniente, envió a pedir prontos refuerzos, tanto al virrei marques de Cañete, como a los gobernantes de las provincias vecinas.

Miétras tanto, el capitan Arcos habia establecido en Catacunga una fábrica de pólvora.

El jeneral Arana montó en cólera cuando lo supo.

Inmediatamente ordenó a Arcos que suspendiese, so pena de traidor, la obra que habia emprendido.

La crónica ha conservado la altanera contestacion del capitan Arcos; i menester es aplaudirlo, porque esa contestacion es característica.

—Pedro de Arana, bien sabeis que fuisteis mi criado, i que se dicen en todo el Perú mis grandes servicios a nuestro rei; i mis hazañas os constan, que he igualado con los mejores capitanes i soldados de estos reinos. Noventa i tres años tengo, i vos no teneis completos sesenta. Os desafío i reto. Venid si os parece; vereis quién es el capitan Arcos; i si no venís, no hago caso de cobardes; vos sois el traidor.

Esta carta voló al jeneral Arana.

—Es indispensable, dijo para sí, aplicar luego un escarmiento a estos insolentes revoltosos.

I al pensar de este modo, se fijaba, no en el capitán Diego de Arcos, a quien resolvió castigar con el desprecio, sino en Alonso Bellido, que era el principal causante de tamaños escándalos.

Poco tiempo despues, cierta noche, pasando Bellido por una de las calles de Quito, le dispararon desde una ventana un arcabuzazo, que le dejó muerto en el sitio.

Se supo que el tiro habia sido lanzado por el capitán Pedro de Olmos, ajente del jeneral Arana, a quien éste habia ofrecido en nombre del soberano, no solo el indulto de su crimen, sino ademas una cuantiosa recompensa.

Don Pedro de Arana se habia halagado con la idea de que la muerte del caudillo pondria término a la rebelion.

El resultado le manifestó que habia experimentado la mayor de las equivocaciones.

Los jefes de la insurreccion, en vez de amilanarse con el asesinato de Bellido, se exasperaron.

Martin Jimeno, Juan de la Vega, Pedro de Lereña, el capitán Diego de Arcos i el capitán Calderon prosiguieron la empresa con un ardor desenfrenado.

Tomaron severas represalias por la muerte de Bellido.

Redujeron a prision en un lugar estrecho e in-

mundo, al presidente don Miguel Bárros de San Millan.

Obligaron a los oidores a que permaneciesen encerrados en las casas reales, lanzando con frecuencia a las ventanas balazos, que costaron la vida a algunos imprudentes que se asomaron a ellas.

Se realizó aun lo que Alonso Bellido habia previsto, pues trataron de proclamar un rei.

Ofrecieron esta dignidad suprema a un caballero criollo, de prendas mui sobresalientes, llamado don Diego Carrera.

Este rehusó con indignacion.

Los jefes revolucionarios insistieron una i otra vez.

Carrera tornó a negarse, echándoles en cara la deslealtad de su conducta.

De contestacion en contestacion, i de réplica en réplica, los ánimos se fueron agriando hasta el punto de que la discusion dejeneró en violenta riña.

Los jefes de la insurreccion, no considerando suficientes las palabras injuriosas para vengar los agravios que pretendian haber recibido de Carrera, recurrieron a los actos mas atentatorios.

Desnudaren al leal criollo hasta medio cuerpo, le montaron sobre un asno, i le pasearon por las calles de la ciudad, azotándole con pencas de magüei.

IV.

Tal era la situacion de la alborotada ciudad, cuan-

do llegó al país el padre jesuita Diego de Tórres, que iba a desempeñar el cargo de rector del colejo de Quito.

Este padre Tórres es el mismo que figuró en Chile. Los jefes de los insurrectos se disgustaron sobre manera con la aparicion de aquel personaje.

Para alentar a los quiteños, habian esparcido la noticia de que las ciudades del Cuzco i de Lima se habian tambien sublevado para no pagar la alcabala, de que los habitantes de la última habian dado muerte al virrei marques de Cañete.

Temian que el padre Tórres rectificara aquel engaño.

Sabian ademas que era mui adicto a los intereses de la corona; i como tenia fama de hombre enérgico, temian su influencia.

Para impedirle la entrada, o a lo ménos para hacerle odioso, echaron a correr la voz de que el jesuita era portador de un auto de la audiencia de Lima por el cual se mandaba dar garrote a setenta de los principales vecinos de Quito, cuyos nombres se cuidó de no especificar para tener motivo de insinuar a cada uno que se hallaba incluido en la fatal lista.

Ya podrá presumirse cuál sería la alarma causada por este rumor.

Los conjurados urdieron entónces los medios de impedir que el padre Diego de Tórres entrase en la ciudad.

Habiéndolo sabido el jesuita, dobló las jornadas; i burlando la vijilancia de los espías, penetró oculto en ella, a media noche, el 15 de enero de 1593.

Sin pérdida de tiempo, empezó a trabajar activamente en compañía de los demas jesuitas, para sofocar el alzamiento.

Aconsejó a los acobardados partidarios de la audiencia que cobraran ánimo, i no se dejaran sobajar por los sediciosos.

Les demostró, de un modo auténtico, que el virrei marques de Cañete, léjos de haber perecido a manos de los supuestos insurrectos de Lima, estaba empeñadísimo juntando tropas para enviarlas a reprimir el movimiento de Quito.

Los jefes de los insurrectos conocieron por la reaccion que principió a operarse, el haber Diego de Tórres entrado en la ciudad.

Aunque ya no podian seguir sosteniendo que don García Hurtado de Mendoza habia sido muerto, persistieron, sin embargo, en asegurar que era efectiva la órden de dar garrote a setenta vecinos, la cual habia sido espedida, no por la audiencia de Lima, como equivocadamente se habia dicho al principio, sino por el cruel e implacable virrei marques de Cañete.

Esta patraña atizaba la irritacion de algunos contra el padre.

Se habló aun de darle muerte.

A causa de esto, el padre Diego de Tórres se vió

obligado a proceder con cierta prudencia, i a tomar algunas precauciones de seguridad personal; pero procuró organizar el partido de la audiencia, i ayudarla con sus consejos, que eran aceptados con gratitud.

Gracias a sus trabajos, el bando de los majistrados, aunque siempre inferior, iba patentemente cobrando fuerzas.

Visto el estado de las cosas, Jimeno, Vega, Lerena, Calderon, Arcos i los demas caudillos de la insurreccion, determinaron intentar un golpe decisivo deponiendo a la audiencia.

No faltaron quiénes los acusasen de que habian querido tambien matar a los oidores.

Cierto dia, se tocó jenerala.

Se reunió en son de guerra toda la milicia.

Se agrupó igualmente una numerosa porcion de plebe.

En seguida, aquella muchedumbre se precipitó a las casas reales, por todas las calles que conducian a ellas, vociferando que los oidores se entregasen a discrecion.

La tribulacion de los togados fué estremada.

Temian que aquel fuese el último dia de su vida.

Aunque habian tenido alguna noticia anticipada del golpe que se preparaba, solo habian logrado reunir adentro de las casas reales un reducidísimo número de defensores.

Cerraron todas las puertas i ventanas.

El ejército i el pueblo se colocaron en todas las inmediaciones.

Los tambores redoblaban.

Las campanas de la ciudad tocaban a rebato.

A estos ruidos, se agregaba el de la vocería de la multitud.

La lucha no podía ser ni larga ni dudosa.

El rector de los jesuitas envió a proponer a los prelados de las otras comunidades que, tomando cada uno un crucifijo, saliesen a oponerse a la furia popular i a defender a los oidores.

Los prelados le respondieron que el plan era impracticable, porque todas las calles estaban ocupadas por los amotinados que les negarian el paso. Era esponerse a vejámenes i riesgos infructuosos.

El padre Tórres quedó sumamente lastimado de compasion, sin atinar con el medio de prestar auxilio a los oidores en tan angustiado trance.

Miéntras tanto, el licenciado Pedro Ordóñez de Cebállos i Juan de Aldaz, que formaban parte de la diminuta guarnicion de las casas reales, previo permiso de los oidores, habian salido por un postigo escusado, ántes de que los insurrectos hubieran establecido un cerco perfecto.

Aquellos dos hidalgos, a quienes no se ocultaba que cualquiera resistencia armada sería infructuosa, iban en busca de socorros de otra especie.

Se dirijieron, tan apresuradamente como les fué posible, a casa del arcediano i provisor don Francisco de Galavis.

Apénas se hallaron en su presencia, don Pedro Ordóñez de Cebállos le habló como sigue:

—¡Ea, señor provisor! por Dios, por su rei i por su ciudad, acuda Vuestra Merced con la custodia del Santísimo Sacramento en amparo de los señores oidores, cuyas vidas peligran.

El arcediano Galavis, como la mayoría de los eclesiásticos, simpatizaba con la causa de los insurrectos; pero era caritativo i humano, i por lo tanto no aprobaba las violencias estremas.

Habria deseado de todo corazon favorecer a los oidores; mas no se le ocurrió la manera de hacerlo.

Así, contestó a la invitacion de don Pedro Ordóñez de Cebállos con una pregunta.

—¿Cómo lo harémos? Es imposible llegar hasta la catedral. Todas las demas iglesias están cerradas. ¿Dónde tomar entónces una custodia?

—En el templo de los jesuitas, replicó Ordóñez sin vacilar.

Sucedió como el caballero lo habia previsto.

Los jesuitas proporcionaron la custodia, que el provisor ocultó en el pecho.

El rector Diego de Tórres quiso acompañarlos.

Afortunadamente para él, no era conocido de la multitud.

Miéntras que con mucho trabajo se abrian paso por entre los grupos de insurrectos, algunos decian:

—Hoi hemos de castigar como corresponde a esos oidores que quieren hacernos pagar la alcabala,

i a ese jesuita que ha traído la órden de dar garrote a setenta quiteños.

Los dos sacerdotes i los dos caballeros lograron, no solo llegar a las casas reales, sino tambien penetrar adentro por el postigo.

Era tiempo de que lo hiciesen.

El capitan Calderon pedia vigas que emplear, como arietes contra las puertas.

El asalto iba a empezar.

En ese instante, se abrió una gran ventana, que habia sobre la puerta principal.

Apareció el provisor teniendo reverente con las dos manos la custodia.

Instantáneamente todos se postraron de rodillas.

Se operó un silencio solemne.

El motin se habia aplacado.

Los oidores se aprovecharon de ello para entablar negociaciones.

Convinieron en devolver al cabildo, el estandarte real como desde tanto tiempo lo exijian los insurrectos.

Despues, los asaltantes i los asaltados se formaron en procesion para llevar la custodia a la catedral.

El provisor hizo una fervorosa plática sobre la veneracion que se debia al Santísimo Sacramento.

En seguida, todos acompañaron con la misma pompa a los oidores hasta las casas reales.

Por último, se llevó el real estandarte a la sala del cabildo, donde los insurrectos habian estable-

cido el lugar principal de sus deliberaciones.

Así el suceso que al principio se habia temido fuese a parar en tragedia tuvo un desenlace pacífico.

El padre Tórres se aprovechó del apaciguamiento que sobrevino para predicar con abundante fruto la concordia i la sumision.

Sin embargo, la rebelion estaba mui distante de hallarse terminada.

Habiéndose sabido que el jeneral don Pedro de Arana habia recibido refuerzos de las provincias vecinas, i que el virrei marques de Cañete le habia anunciado tambien la llegada de otros mui numerosos, todos temieron que la ciudad fuese pronto atacada.

Este recelo renovó los alborotos.

Los miembros de la audiencia volvieron a considerar sus vidas en peligro.

En esta situacion, el padre Tórres les aconsejó que dos de ellos se fueran al ejército de Arana, porque su presencia sola en él protejeria a los que se guardasen en la ciudad.

—La idea es excelente, dijeron los oidores, pero imposible de realizar.

—Permitid que yo intente llevarla a cabo, respondió el jesuita.

Con efecto, el padre Tórres representó al cabildo la conveniencia de que dos oidores saliesen a conseguir del jeneral Arana que suspendiese la marcha que habia emprendido contra Quito.

Los cabildantes, que se consideraban perdidos por su complicidad en los alborotos, aceptaron gustosos la indicacion.

El oidor Mesa i el fiscal Orozco fueron comisionados para el objeto.

El padre Tórres los acompañó.

Cuando llegaron a Riobamba, donde se hallaba el jeneral Arana, Mesa i Orozco publicaron un bando en que hacian un llamamiento a todos los leales para que acudiesen a defender la causa del rei, i prometian que el cobro de las alcabalas se haria con excesiva templanza.

Muchos de los insurrectos, ya sea atemorizados, ya sea ganados por los jesuitas, desertaron de su bandera.

El padre Tórres consiguió que, entre otros, el capitán Juan de la Vega se pasara al ejército real.

El asunto se manejó de tal modo, que no hubo siquiera que trabar batalla.

El jeneral Arava entró en Quito sin resistencia el sábado santo 10 de abril de 1593.

Después de haber fortificado i guarnecido los puntos mas importantes de la ciudad, puso presos a los veinte vecinos que se consideraron mas culpables.

El domingo de ramos, no se celebraron los oficios divinos.

Por la noche, se ahorcó al viejo capitán Diego de Arcos i al jóven alcalde Martín Jimeno.

El miércoles santo, sufrieron igual suerte el con-

tador Pedro de Lerena, el sarjento mayor Calderón i otros cinco.

Las habitaciones de los ajusticiados fueron derribadas; i los sitios donde ellas se habian levantado, sembrados de sal.

Otros cinco o seis de los mas comprometidos fueron condenados a destierro en España; pero habiéndose caído el techo de la cárcel, perecieron bajo sus escombros.

El virrei perdonó a todos los demas.

Habia empeño de borrar los rastros de tan desagradables sucesos.

Parece escusado manifestar que el vecindario de Quito tuvo que someterse al pago de la alcabala.

El rei Felipe II mandó recompensar magníficamente a los jesuitas por los eminentes servicios que le habian prestado.

El rei concedió a don Diego Carrera, en recompensa de su lealtad, un escudo de armas, en el cual se ostentaba la penca de magüei con que habia sido azotado.

Solo me resta decir que el presidente don Miguel Bárros de San Millan fué separado de su cargo.

UNA FIESTA DE CORPUS CHRISTI.

I.

Allá por el año de 1529, a la víspera de la conquista española, los dos famosos hermanos Huáscar i Atahualpa gobernaban el dilatado imperio de Tawantisuyo, que su padre Huaina Cápac habia dividido entre ellos.

Aquellos dos monarcas se observaban con recelo, desconfiando recíprocamente cada uno de los proyectos ambiciosos e invasores que suponía en el otro.

Las pretensiones opuestas a la soberanía de la provincia de Cañar, intermedia entre los reinos del Cuzco i de Quito, hicieron estallar la tremenda lucha fratricida que se habia estado preparando sor-damente.

La comarca disputada era importante, así por su población, como por su riqueza.

Tumbamba, su ciudad principal, era la tercera del imperio.

Los templos, los palacios, los almacenes destinados al depósito de armas, vestidos i víveres, que los incas habian levantado en aquel sitio, eran tan vastos, como suntuosos.

Las portadas de algunos de estos edificios habian sido primorosamente pintadas, i se hallaban adornadas con piedras raras i aun preciosas.

Las paredes interiores de los templos i palacios estaban decoradas con figuras de animales i de aves, i con gavillas de paja, fabricadas con oro.

En los almacenes, habia acopiados pertrechos de guerra suficientes para proveer con exceso al ejército mas formidable, i tesoros de toda especie, capaces de saciar la codicia mas desenfrenada.

La provincia de Cañar i la ciudad de Tumbamba eran mui dignas de tentar la ambicion de un soberano.

Atahualpa, deseoso de consolidar su dominacion sobre esta opulenta comarca, fijó su residencia en la capital de ella, i mandó que a su vista se empezara la construccion de un nuevo i espléndido palacio.

Huáscar no sobrellevó con paciencia esta determinacion de su hermano i competidor.

Así, sin tardanza, envió como embajador a uno de los magnates mas hábiles i audaces de su corte para que hiciera valer los títulos que, segun su concepto, tenia a la provincia en litijio.

El representante de Huáscar habló a Atahualpa como sigue:

—El gran Huaina Cápac tuvo a bien dejar a su hijo Huáscar el reino del Cuzco i todas sus dependencias; i a su hijo Atahualpa el reino de Quito i todas sus dependencias. La provincia de Cañar, de que tomó posesion el inca Tupac Yupanqui, corresponde al Cuzco. Mi señor espera que reconocereis el indisputable derecho que tiene a ella.

Atahualpa respondió al embajador de su hermano como sigue:

—Los soberanos del Cuzco ocuparon la provincia de Cañar, como mas tarde debian ocupar todo el reino de Quito; pero mucho tiempo ántes, el sciri Duchicela habia incorporado la provincia de Cañar al reino de Quito. Conforme a las últimas disposiciones de nuestro ilustre padre Huaina Cápac, esa provincia me pertenece.

El enviado de Huáscar inclinó la cabeza, como si hubiera quedado convencido, sin osar replicar.

El encargo que habia llevado aquel personaje habia sido doble, por decirlo así, pues iba autorizado para entenderse, no solo con Atahualpa, sino tambien con los caudillos de los cañares.

No se asombró de haber fracasado con el monarca, porque habia ido en la persuasion de que así habia de resultar.

Se dedicó entónces con prudencia i disimulo, pero con activo empeño, a la segunda negociacion, que

constituía el verdadero objeto de su viaje, i cuyo éxito confiaba habia de ser favorable.

Los cañares eran mui altivos e idólatras de su independencia. Tenian a orgullo el distinguirse de los individuos de las otras naciones hasta por un signo exterior. Con este propósito, hombres i mujeres usaban los cabellos largos i envueltos de una manera particular en torno de la cabeza. Los hombres se ponian ademas encima una especie de corona de madera.

Los cañares soportaban con marcada impaciencia el yugo de los quiteños.

En odio a sus dominadores, manifestaban simpatías a los cuzqueños.

Por el deseo de decir: ¡Muera Atahualpa! estaban dispuestos a decir: ¡Viva Huáscar!

Si en vez del soberano de Quito, su opresor hubiera sido el del Cuzco, los objetos de su aversion i de su afecto habrian variado por este solo hecho.

Lo que los cañares aborrecian era la tiranía extranjera.

Lo que amaban era el ausilio para libertarse de ella.

El embajador de Huáscar entró en maquinaciones con los jefes de los cañares, a quienes indujo a que se rebelasen, prometiéndoles el socorro de dos mil cuzqueños.

Todo esto se combinó con el mayor secreto; i con él mismo, llegó el ejército prometido.

Cuando ménos lo aguardaban Atahualpa i sus cortesanos, estalló una insurreccion jeneral.

Atahualpa, aunque no supo por lo pronto toda la importancia i ramificaciones de aquel levantamiento, salió en persona a sofocarlo.

La suerte de las armas le fué adversa.

Sus tropas experimentaron una completa derrota, i él mismo tuvo que huir para buscar un asilo en Tumebamba.

Habiendo sido perseguido de cerca, fué alcanzado, aprisionado, i encerrado en una cámara de su propio palacio.

Por fortuna del abatido soberano, una mujer pudo proporcionarle una barreta de plata mezclada con bronce, instrumento propio para mover i sacar piedras.

Con este utensilio, Atahualpa consiguió abrir en la pared del aposento que le servia de calabozo un agujero, por donde escapó, encaminándose a Quito.

Sus partidarios esparcieron la voz de que el sol le habia convertido en culebra para ponerle en salvo.

Aquel prodijio, a que los crédulos indíjenas dieron fe, acrecentó en alto grado el prestigio de Atahualpa.

Así organizó prontamente un poderosísimo ejército, dirigido por afamados jenerales, poniéndose en disposicion, no solo de castigar a los cañares, sino tambien de quitar a su hermano el reino del Cuzco.

Atahualpa obtuvo luego los triunfos mas espléndidos i decisivos.

Era cruel i sanguinario, como lo son ordinariamente los caudillos bárbaros.

Baste saber que, a lo que cuentan las crónicas, bebia en el cráneo de un hermano suyo, que habia salido a combatirle en esta guerra, i que se habia vanagloriado por fanfarronada de cortarle la cabeza. Aquella espantosa copa de Caín estaba hueca por adentro, pero por afuera conservaba el pelo i la piel.

Despues de esto, no asombrará el que hiciera empalar al embajador de Huáscar, a quien tomó prisionero; ni que redujera a escombros la ciudad de Tumbamba para borrar el recuerdo de la ignominia que allí habia soportado.

Su plan era extinguir a la nacion entera de los cañares.

Estos, cuando se vieron vencidos, hacian salir en procesion al encuentro del iracundo monarca a las mujeres i a los niños, con ramos verdes en las manos para implorar compasion.

Aquel hombre sin entrañas no se dignaba mirar siquiera a los suplicantes, i mucho ménos oírlos; i ordenaba que fueran esterminados en el acto.

I si esto ejecutaba con las mujeres i los niños, ya podrá imaginarse lo que haria con los varones.

Aquella fué una de las matanzas humanas mas horribles que se hayan practicado jamas.

Cuando, al poco tiempo despues, llegaron los españoles, tuvieron oportunidad de observar que en

aquella desolada provincia, la proporción de los hombres i de las mujeres era de uno a quince.

El inexorable Atahualpa habia proyectado no dejar con vida a un solo cañar, pero no es fácil llevar al suplicio a toda una nacion; i ademas, el sañudo soberano tenia necesidad de proseguir la campaña contra su hermano Huáscar.

Por esto, difirió para algo mas tarde el resto del castigo.

Nadie ignora cuál fué el fin de la lucha entre aquellos Eteócles i Polinice americanos.

En medio de las satisfacciones de una victoria tan decisiva i espléndida, el vengativo Atahualpa no perdonó a los cañares; pero como se habia hartado de derramar sangre, inclusa la de casi todos los miembros de su real familia, tuvo a bien limitarles el castigo a que vinieran a servir en la ciudad del Cuzco, cuya poblacion habia disminuido con la guerra.

—No quede en Cañar uno solo de sus antiguos habitantes, los cuales serán reemplazados por jentes de otras provincias.

Tal era la órden a que se estaba dando el mas estricto cumplimiento, cuando entraron en el Perú los conquistadores españoles, que quitaron a Atahualpa el imperio i la vida.

II.

El mas distinguido de los cañares trasladados al

Cuzco era Chilchi, guerrero de formas atléticas, de una fuerza prodijiosa i de una osadía jamas desmentida.

Aquel hombre poseia todas las dotes necesarias para mandar a un pueblo belicoso.

Los cañares del Cuzco le reconocian por su caudillo.

Cuando niño, habia sido paje de Huaina Cápac, honor que solo se concedia a los vástagos de las familias mas esclarecidas de la nobleza.

Ignoro por qué motivo habia escapado de la matanza mandada ejecutar por Atahualpa.

Lo cierto era que a la llegada de los españoles, Chilchi estaba entre los proscritos de su nacion, confinados en el Cuzco, i era el primero de ellos.

Aquel jefe cañar aborrecia de muerte al inca i a todos sus secuaces.

No podia perdonarles la devastacion de su país, la ruina de sus ciudades, el suplicio de sus compatriotas.

Esperimentaba un odio feroz contra el déspota que habia ordenado la supresion de un pueblo entero, entregando a extranjeros la tierra que él, Chilchi, habia defendido i cultivado, la tierra en que habian nacido sus hijos, i que guardaba los sepulcros de sus padres.

Sin embargo, con la resignacion propia del indio, disimulaba la amargura de sus sentimientos.

Hizo mas todavía.

Consecuente con la lei de la fidelidad que, segun los naturales del Perú, el vencido debia al vencedor, contribuyó en lo que pudo a la resistencia contra la invasion española.

No obstante, allá en su interior, se inclinaba a considerar todos los acontecimientos portentosos de la conquista, i todas las desgracias sobrevenidas a Atahualpa como el castigo mui merecido de las crueldades que habia ejercido contra los cañares.

Sin poderlo evitar, admiraba a los españoles, i simpatizaba con ellos.

Cierta ocasion, en uno de los encarnizados combates que precedieron a la toma del Cuzco, Chilchi fué cojido prisionero, i llevado a la presencia de Francisco Pizarro.

— Vos sois mi inca, señor, dijo el indio al español.

I aquella frase, tan sencilla como significativa, revelaba exactamente lo que pasaba en su alma.

Chilchi experimentaba la mayor i mas sincera satisfaccion al ver que la lei de la victoria, santa para los indígenas del Perú, le apartaba del esterminador de su pueblo para ligarlo al que habia venido a humillar la soberbia del tirano.

Los españoles habian hallado en aquel prisionero al mas decidido i leal de los servidores.

Chilchi, que por odio a sus antiguos señores se entregó en cuerpo i alma a los nuevos, consintió pronto en ser bautizado, tomando el nombre de Francisco para honrar a Pizarro.

No tardó mucho en presentársele ocasion de mostrar a los castellanos el afecto que les profesaba.

El año de 1536, el inca Manco, hermano i sucesor de Huáscar i Atahualpa, sitió a la cabeza de innumerables guerreros la ciudad del Cuzco, que estaba defendida por Hernando, Juan i Gonzalo Pizarro.

La causa de los conquistadores del Perú llegó a parecer desesperada.

Por mas esfuerzos que hacían, los españoles no podían romper el cerco de hombres que cada dia iba estrechándolos mas i mas.

Los reñidísimos combates que hubieron de sostener, hicieron que muchos de ellos, o murieran, o salieran heridos.

La ciudad habia sido incendiada.

Los conquistadores, poco ántes tan altivos, no poseían ya mas que el terreno que materialmente ocupaban.

En trance tan afflictivo, Francisco Chilchi i los cañares sobresalieron, entre los indios amigos, por la fidelidad i acierto con que socorrieron a los atribulados castellanos.

Se introducían disfrazados en el campo del inca para averiguar los planes de los sitiadores.

Hacían el oficio de atalayas i de centinelas.

Buscaban provisiones, corriendo riesgos de esclavitud o de muerte.

Cuidaban de los caballos.

Medicinaban a los enfermos con yerbas cuya virtud curativa conocian.

Los españoles atribuian a patente proteccion del cielo el auxilio tan eficaz, como inesperado, que les prestaban aquellos indíjenas.

No vacilaban en titularlos sus ánjeles salvadores.

Hacia ya cinco meses que duraba el cerco del Cuzco.

Los conquistadores se sostenian con denuedo i constancia inquebrantables; pero no lograban alejar al enemigo, que siempre los amagaba de cerca, i con propósito resuelto de obligarlos a rendirse.

Cierto dia, se introdujo hasta la plaza mayor un capitan peruano, mui fornido i arrogante, que llevaba por todas armas una lanza empuñada en la mano, i un hacha colgada a la cintura.

Este guerrero se detuvo en actitud marcial, a corta distancia de una guardia que allí habia.

—Vengo a pelear hasta la muerte, de hombre a hombre, con el cristiano que quiera medirse conmigo, usando de armas iguales.

Los europeos escucharon con profunda indignacion aquel osado reto; pero ninguno se decidió a aceptarlo, juzgando indigno de su rango el trabar combate sigulnar con un peruano.

—¡Perro indio! murmuraron, disimulando mal su despecho.

—Aquí estoi, repitió el guerrero. ¿Hai alguno que se atreva a luchar conmigo?

Todos se miraban; pero nadie respondia.

Entónces, Chilchi, desprendiéndose de la multitud de los espectadores, se puso delante de Hernando, Juan i Gonzalo Pizarro, que estaban allí presentes.

—Permitid a este vuestro criado que salga a escarmentar a ese insolente que ha venido a provocaros.

—Obrais, Francisco, como servidor bueno i leal que sois, le respondió Hernando. Id con el amparo de Dios.

—Espero, contestó Chilehi, que combatiendo en vuestro nombre, he de merecer vuestra aprobacion.

—Mi hermano el gobernador, dijo Juan, os lo premiará aquí en la tierra, i Dios allá en el cielo.

Chilchi salió al encuentro del adalid peruano.

Miéntras se encaminaba con la lanza en la mano, i el hacha en la cintura, al sitio donde le aguardaba su adversario, creia ver pasar delante de sus ojos, con la rapidez de un encantamiento, las horrorosas escenas de las matanzas de Cañar.

Así sentia una satisfaccion inespresable de que se le ofreciera aquella solemne oportunidad de vengar el agravio sangriento inferido por uno de los incas a su desventurada patria.

Los dos combatientes empezaron la pelea con las lanzas; pero, como ambos poseian una destreza asombrosa en el manejo de aquella arma, ni el uno ni el otro pudo hacerse el mas ligero rasguño.

Habiendo observado que, léjos de matarse, ni siquiera conseguían herirse, arrojaron de comun acuerdo las lanzas al suelo, i ensayaron luchar cuerpo a cuerpo, con la idea cada uno de derribar al otro para ultimarle con el hacha.

Pero se manifestaron tan iguales en la fuerza, como en la destreza.

Tornaron entónces a pelear con las lanzas.

Tres o cuatro veces, estuvieron alternando sin resultado la una i la otra táctica.

Al fin, Chilchi acertó en el pecho a su contrario una lanzada, que le quitó la vida.

El cañar arrojó el mas estrepitoso grito de triunfo, a que los españoles i los indios sus amigos, respondieron con otro no ménos retumbante.

Por su parte, los peruanos, que estaban presenciando el desafío quedaron consternados.

Chilchi cortó entónces con su hacha la cabeza del guerrero muerto; i asiéndola por los cabellos, regresó a la plaza del Cuzco, dejando en pos de sí un rastro de sangre.

El cañar experimentaba el contentamiento infernal del que ha conseguido satisfacer con una venganza solemne i cruel un odio profundo, que se ha devorado por largo tiempo en silencio.

Cuentan las crónicas que el resultado de aquel combate singular, interpretado como una revelacion de la voluntad divina, fué uno de los sucesos que desalentaron mas a las huestes del inca Manco.

III.

Imaginémonos corridos unos veinte años despues del acontecimiento que dejo narrado.

La fiesta de *Corpus Christi* se celebraba en la ciudad del Cuzco con un aparato peculiar i extraordinario.

La autoridad civil i la eclesiástica hacian construir en el atrio de la catedral un lujoso tablado, cuyo frente daba a la plaza, en la cual se agrupaba el pueblo.

Por detras, servia de decoracion a este tablado la fachada del templo en que aparecia pintado con vistosos colores el apóstol Santiago, montado en un caballo blanco con la adarga embrazada, i una espada culebreada en la mano, i muchos indios, muertos o heridos, derribados a sus piés.

En la parte principal del tablado, se erijia un pequeño altar, espléndidamente engalonado con joyas i colgaduras i flores, tanto naturales como artificiales, i profusamente alumbrado con gran número de cirios.

Sobre aquel altar, estaba una magnífica custodia de oro i plata, primorosamente cincelada, i excesivamente recargada de diamantes, perlas, esmeraldas i otras piedras preciosas.

En aquella custodia, se esponia a la adoracion pública la hostia consagrada.

Al lado derecho, se colocaba el cabildo eclesiásti-

co teniendo a la cabeza al obispo, que en la ocasion de que voi hablando, era don frai Juan Solano; i al lado izquierdo, el cabildo secular, teniendo a la cabeza al correjidor, que en la misma ocasion era Garcilaso de la Vega, el padre del famoso autor de *Los Comentarios Reales*.

El cabildo secular permitia que se mezclasen con sus miembros los de la familia de los incas que sobrevivian. Era esta una de las pocas señales de distincion que aun se les concedian.

A los lados del tablado, habia dos anchas escaleras.

Por la que estaba a la izquierda, subian en procesion todas las encomiendas de los vecinos del Cuzco, dirigidas por sus respectivos caciques; i luego que habian adorado el Santísimo Sacramento, bajaban por la escalera de la derecha.

Los indios de cada encomienda llevaban en andas lujosamente adornadas las imájenes del Señor, de la Virgen o de su santo patrono.

Marchaban al son de tambores, flautas, caracoles, i otros instrumentos rústicos, entonando cánticos en que alababan a Dios, o daban las gracias a los españoles, a quienes eran deudores del beneficio de haber recibido el bautismo.

Algunas de estas cuadrillas se componian de hombres i mujeres; i otras, de solo hombres.

Todos aquellos indios se esmeraban en ponerse para esta fiesta trajes tan lujosos como raros.

Los unos se presentaban cubiertos con pieles de

fieras, i con las cabezas metidas en las propias cabezas de aquellas fieras, las cuales habian preparado artificialmente para el efecto.

Los otros aparecian teniendo pegadas a las espaldas las alas de grandes aves.

Habia quienes traian guirnaldas de oro i plata; i quienes, vestidos chapados del mismo metal.

Unos se disfrazaban de monstruos; i otros ostentaban sus aderezos de guerra.

Estos adoptaban una actitud imponente i seria; aquellos se esforzaban por hacer reír.

Los payasos se exhibian inmediatamente despues que los magnates mas encopetados.

Era aquella una mascarada estraña, en que andaban mezclados lo grave i lo ridículo.

Los restos de la antigua familia de los incas se hacian representar tambien en la solemnidad; pero ¡oh derision de la suerte! sus andas eran las mas pobres; i su tropa, la mas zaparrastrosa.

Las cuadrillas de la procesion iban separadas unas de otras diez o doce pasos para distinguirse bien, i lucirse como correspondia.

Era aquella una funcion mui curiosa i divertida, i que por lo mismo atraia una multitud inmensa de espectadores.

La vez de que estoi hablando, llegó a los cañares el turno de ir a adorar la sagrada hostia.

Aparecieron en lo alto del tablado, ostentando unas andas mui suntuosas, en cuyos cuatro costados

se habian pintado cuatro de los combates que los españoles sitiados en el Cuzco habian tenido que sostener contra las huestes de Manco.

Esta circunstancia empezó a fijar la atencion de los asistentes.

Al frente de los cañares, caminaba Francisco Chilchi, cubierto con una larga manta que le llegaba casi hasta los piés, i con las manos metidas debajo de ella.

Su porte, naturalmente altivo, parecia aun mas soberbio que de costumbre.

Cuando estuvo delante del altar en que estaba colocada la custodia, uno de los suyos le quitó la manta.

Chilchi quedó en cuerpo, i vestido segun el uso de los de su nacion cuando iban a entrar en pelea, o cuando se hallaban en alguna ocasion de importancia.

Tenia asida por los cabellos con la mano derecha una cabeza de indio apergaminada.

Aquel trozo humano contrahecho causaba horror.

Los espectadores sintieron un estremecimiento de espanto.

Tres o cuatro de los incas que se hallaban entre los cabildantes se abalanzaron contra Chilchi; i afeerrándose de él, porfiaron por derribarle para apoderarse del bárbaro trofeo, que el agredido habia levantado en señal de triunfo.

Esta escena produjo el mayor alboroto en toda la plaza.

Era de temerse que los indios divididos en bandos enemigos, arremetieran unos contra otros, empuñando una sangrienta lucha.

El licenciado Monjaraz, que sevia de asesor a Garcilaso de la Vega, se precipitó en medio de los principales actores, exclamando con voz imperiosa e iracunda:

—¿Qué escándalo es este que cometeis delante del Santísimo Sacramento?

—Este perro traidor, respondió el mas anciano de los incas, mostrando a Chilchi, en vez de solemnizar la fiesta como buen cristiano, viene con esta cabeza a recordar cosas pasadas, que estaban olvidadas, i pretende afrentarnos.

—¿Qué es lo que habeis hecho? preguntó entonces Monjaraz al cañar.

—Voi a esplicároslo en las ménos palabras que pueda, dijo Francisco Chilchi. Yo corté esta cabeza a un guerrero del inca Manco que vino a desafiar a los españoles cuando estaban cercados en esta plaza, con Hernando Pizarro i sus hermanos Juan i Gonzalo. Habia entónces en esta ciudad doscientos soldados castellanos. Ninguno de ellos aceptó el reto por parecerles infamia mas bien que honra el medirse en combate singular con un indijena. Entónces yo, que era cañar, i que estaba al servicio de los españoles, pedí licencia a mis señores para salir a pelear con el capitan del inca; i como me la otorgasen, combatí con él, le vencí i le corté ésta cabeza en esta misma plaza, allí, en aquel sitio.

Chilchi señaló al mismo tiempo cierto lugar de la plaza, en el cual se fijaron las miradas.

Muchos se imaginaban ver reproducirse aquel combate en que el cañar había vengado la ruina de su patria.

I juntamente sospechaban que lo que estaba sucediendo era el complemento de la venganza.

A lo que se veía, el drama constaba de dos actos, entre cuyas representaciones se había puesto un intervalo de veinte años.

Hai odios implacables.

Tal era el que Francisco Chilchi, el cañar, alimentaba contra los incas i sus descendientes.

Aquel odio era tan encarnizado, que el acongojador espectáculo del miserable estado en que se hallaban los antiguos i poderosos señores de Tavanti-suyo, no había sido suficiente para apaciguarlo.

Chilchi se aprovechó de la curiosidad que había despertado en sus oyentes, para proseguir su razonamiento como sigue:

—Estas cuatro pinturas de mis andas representan cuatro batallas de indios i españoles en las cuales combatí al lado de estos últimos, ayudándolos a vencer a los guerreros de Manco.

—¡Malvado indigno! le interrumpió el mas anciano de los incas, ¿era esta ocasion de recordar sucesos desagradables?

—¿Por qué nó? respondió Chilchi sin inmutarse. Me parece que ningun dia era mas oportuno que

este para hacerme, delante del Santísimo Sacramento, un honor de las hazañas que he ejecutado en servicio de los cristianos.

—¡Perro traidor! replicó el inca, ¿habriais podido ejecutar esos hechos de que os vanagloriais, sin la protección de este Dios Omnipotente, que queria favorecer en vos a los españoles?

—Mi gloria, repuso el cañar, es que ese Dios me hubiera escogido por instrumento para sustentar su santa causa, abatiendo la soberbia de los idólatras que imperaban en este pais.

—¡Vos i todos los vuestros erais unos miserables esclavos, a quienes habíamos impuesto la lei en la guerra! gritó enfurecido el viejo inca. No continueis alabándoos de proezas que no os pertenecen. Volveos a poner en esta plaza con vuestras armas; i os enviaremos un criado, el último de los nuestros, i estoi segurísimo que os hará pedazos, i junto con vós, a todos los vuestros.

Chilchi blandió en lo alto la cabeza que tenia asida de los cabellos.

—¡Viva Cañar!

No pudo decir mas, porque Monjaraz logró interrumpirle, i se apresuró a poner término a un altercado que podia tener las mas funestas consecuencias.

—¡Haya concordia entre vosotros! Tened presente que todos sois ahora cristianos, i que todos servís al mismo Dios i al mismo rei. Guardaos de traer a la memoria vuestras antiguas rivalidades.

Espresándose así, quitó a Chilchi la cabeza.

—Os ordeno, prosiguió, que en lo sucesivo no torneis a hablar de cosas semejantes, ni en público, ni en privado.

Chilchi había, miéntras tanto, conseguido su objeto de humillar a los deudos del verdugo de Cañar delante de la hostia consagrada, en presencia de los conquistadores, a la vista del pueblo peruano congregado en la plaza mayor del Cuzco.

EL CACIQUE MICHIMALONCO.

I.

Allá cuando iba corriendo a su término el siglo XVI, se contaba entre los caciques mas reputados del valle de Aconcagua o Chile uno que tenia por nombre Michimalonco.

Era aquel un bárbaro verdaderamente conspicuo, tanto por las calidades del cuerpo, como por las del alma.

Mui pocos le igualaban en el vigor de los miembros, i ménos todavía en la gracia del rostro.

Era lo que podia llamarse un hombre hermoso.

Sin embargo, estas ventajas físicas, por sobresalientes que fueran, quedaban mui atras de las prendas morales que constituian su mérito principal.

Tenia el don de hacerse respetar.

I junto con esto, sabia recompensar a los que le obedecian i servian.

En la pelea, su formidable brazo era uno de los que daban golpes mas certeros i terribles.

En el consejo, su elocuente voz era una de las que proponian los planes mas sabios.

Poseia el valor del leon i la astucia del zorro.

El afecto que dominaba en su ánimo era el patriotismo.

Si por una parte aspiraba a ser el primero entre los suyos, soportaba por otra con repugnancia i con vergüenza que su pueblo estuviera subyugado, o pudiera serlo.

Pertenecia a la clase de los caudillos heroicos que son incansables para defender la independenciam de las naciones.

Habia en él la tela de un Vercinjetórix.

Era digno de formar pareja con Caupolican, que a la sazón vivia en la estremidad meridional del país, sin que ninguno de ellos supiera, a causa de la distancia i de la comunicacion, que tenia un hermano destinado a igual empresa i a igual suerte.

I miéntras tanto, aquel Michimalonco de carácter tan soberbio, tuvo la desgracia de crecer bajo el imperio de los incas, a la víspera de la invasion española.

Seria bien dificultoso comprender toda la amargura que el indócil i altivo cacique experimentó viéndose tributario de los peruanos.

Era aquella una mengua con que no podia conformarse.

Año a año tenia que contribuir, como los demas, con su cuota para reunir el tributo que se llevaba con la mayor solemnidad al Cuzco en unas andas, escoltadas por un cuerpo de guerreros, para ponerlo humildemente a los piés del inca, en testimonio de que los naturales de este suelo eran sus vencidos i sus súbditos; i año a año se renovaba tambien con este motivo la dolorosa herida que lastimaba su alma.

Lo que él sentia profundamente no era el oro, sino la ignominia.

Pocos años ántes de la entrada de los españoles, ocurrió un suceso que aumentó el rencor de Michimalonco contra los peruanos.

Habian éstos encomendado la direccion de los chilenos a varios gobernadores, uno de los cuales habia fijado su residencia en Colina, donde los peruanos habian levantado un gran templo de paja, dedicado a sus dioses.

Uno de los magnates que ejercieron el cargo mencionado, quiso llevar por el lugar denominado hoy Salto, un canal o acequia para regar sus sementeras.

I en efecto, ordenó que ejecutaran este trabajo un número considerable de indios, tanto peruanos, como chilenos.

Siendo la obra dificultosa de realizar, iba con mayor lentitud de la que agradaba a aquel personaje.

El gobernador señaló entónces a los trabajadores cierto término, amenazándolos con que si la acequia no estaba concluida para entónces, pagarian con la vida la tardanza.

I aquel bárbaro lo hizo como lo habia dicho.

No habiendo estado la acequia terminada el dia designado, mandó matar a todos los trabajadores, que alcanzaban a cinco mil, a lo que se afirma, de modo que corrió por ella sangre, ya que no habia corrido agua.

Este acto de espantosa crueldad irritó hasta el último grado a Michimalonco, que dia i noche estuvo pensando cómo castigarlo.

Sin embargo, como no se le ofreciese ocasion propicia, se mantuvo quieto, aparentando sumision, aunque con una rabia devoradora en el corazon.

Michimalonco estaba mui léjos de ser un temerario que se mostrara inclinado a esponerse a riesgos inútiles, sin probabilidad de venganza.

Nó, no era un insensato de esa especie.

Cuando se determinaba a herir, era porque esperaba herir bien.

De otro modo, disimulaba, i aguardaba la oportunidad.

Su situacion respecto a los conquistadores peruanos era desventajosa.

La poblacion de Chile estaba distribuida en tribus distintas, que no constituian una verdadera unidad nacional, i que aun con frecuencia estaban en abierta hostilidad las unas contra las otras.

El estado actual de los indíjenas de Arauco es una representacion exacta de la organizacion política de todo el país en el siglo XVI, ántes de la invasion española.

Muchas de aquellas parcialidades, rivales unas de otras, se habian resignado a soportar la soberanía de los incas, porque no la consideraban demasiado onerosa; o no se atrevian a combatirla, porque habia en el país fuerzas peruanas preparadas para reprimir a los que se levantasen.

Michimalonco, que habia tenido que proceder con la mayor cautela, no habia logrado, por las razones mencionadas, a pesar de sus patrióticos esfuerzos, reunir los elementos indispensables para espulsar a los extranjeros.

Entónces habia recurrido a disimular la aversion que les tenia.

Habia aun emprendido un viaje al Cuzco para ir a ofrecer sus homenajes al inca, quien, noticioso del mérito personal que enaltecia al cacique chileno, i del prestigio que se habia adquirido, le habia colmado de distinciones i honores.

A pesar de todo, Michimalonco devoraba en silencio el odio mortal que profesaba a los dominadores estraños.

Tal era la disposicion de ánimo en que se hallaba, cuando el año de 1536 apareció Diego de Almagro al frente de un cuerpo de españoles i de un ejército de peruanos.

El cacique consideró inútil cualquiera resistencia contra aquella invasion que se presentaba como el resultado combinado de los recursos del inca i de los conquistadores europeos.

Ademas, el asombro natural que le produjo el espectáculo de aquellos *barbudos*, armados del rayo, i montados en bestias espantosas, le privó por lo pronto de toda serenidad.

Michimalonco se sometió, como los demas.

Aun acojió con agasajos a los nuevos extranjeros.

La permanencia de Almagro en Chile duró, como se sabe, solo algunos meses. Su retirada fué tan rápida como su entrada.

No tardaron en saberse los gravísimos acontecimientos ocurridos en el Perú: la ruina definitiva del imperio de los incas, i la lucha fratricida en que se destrozaban los españoles.

Los habitantes de Chile pudieron halagarse por algun tiempo con la esperanza de haberse libertado de los unos i de los otros.

Michimalonco veia al fin realizado en el momento ménos pensado, el anhelo de toda su vida.

Era entre los suyos un señor absoluto e independiente.

II.

Habian trascurrido cerca de cuatro años cuando allá a fines de 1540, volvió a entrar en el territorio chileno una tropa de españoles, capitaneada esta vez por Pedro de Valdivia.

Era manifiesto que traian la intencion de establecerse en el país.

Michimalonco comprendió que sus habitantes es-

taban espuestos a soportar un yugo harto mas pesado que el de los incas.

Sin acobardarse, i desplegando la actividad que lo crítico de las circunstancias exijia, procuró que los principales caciques se apercibiesen para la resistencia.

Esta ocasion, sus esfuerzos obtuvieron el resultado mas brillante.

Como habian estado gozando de los beneficios de la independenciam durante muchos meses, todos convinieron en que era menester hacer los mayores sacrificios para rechazar al invasor extranjero, i se mostraron decididos a soportarlos.

El plan de defensa que adoptaron, siguiendo las insinuaciones de Michimalonco, era tan eficaz como natural.

Fué el mismo a que los indijenas de distintos puntos de América recurrieron diversas veces en situaciones análogas.

Los caciques chilenos resolvieron retirarse con sus familias a los parajes mas fragosos e inaccesibles de la cordillera, i esconder cuidadosamente el oro tras el cual venian afanosos los conquistadores, i el alimento sin el cual no podian conservar la vida.

Ló hicieron como lo habian pensado.

Pedro de Valdivia i sus compañeros se vieron obligados a abrir campaña contra la soledad i el hambre, los dos enemigos mas formidables que podian oponérseles.

Por lo jeneral, las rancherías que hallaban a su paso estaban inhabitadas.

Habria podido suponerse que una peste mortífera hubiera arrebatado en un momento a todos los moradores.

Los españoles, juzgando por las apariencias, hubieran tenido razones para imaginarse que aquella era una comarca solitaria, si los destacamentos que salían a esplorarla en todas direcciones no hubieran sido atacados de cuando en cuando en lugares desventajosos para ellos por tropas de indios que estaban emboscados, o que asaltaban de repente.

Los invasores, despues de peleas mas o ménos reñidas, obtuvieron siempre el triunfo en aquellos encuentros; pero en cierta ocasion, experimentaron la pérdida de un hombre i de dos caballos, que se apresuraron a enterrar en secreto para no dar a los indios la certidumbre de que eran mortales.

Solían tambien hacer algunos prisioneros a quienes tomaban en estos combates, o sorprendían por los campos; pero sacaban poco provecho de ellos, porque, o aparentaban que no entendían lo que se les preguntaba; o cuando se les estrechaba con tormentos, se limitaban a dar contestaciones vagas.

—¿A dónde se han ido los habitantes?

—Al monte, o bien, a la cordillera.

—¿Dónde han dejado sus provisiones?

—Se las han llevado.

Cierto dia, uno de sus capitanes condujo a la pre-

sencia de Valdivia a veinte de estos prisioneros.

Este, después de haberlos mirado con desprecio, dijo:

—Estos salvajes no nos sirven para nada. Mucho mejor habría sido que hubierais traído veinte costales de maíz o de papas.

Y así era la verdad, porque el hambre acosaba a los conquistadores.

Valdivia, seriamente inquieto por su situación, enviaba a buscar víveres por todos lados.

Uno de sus capitanes le llevó cinco perros flacos que había descubierto en una ranchería abandonada.

Aquellos animales debían haber venido en la expedición de Almagro, o ser hijos de los perros que habían venido en ella.

Los compañeros de Pedro de Valdivia acogieron la llegada de aquel inesperado bocado con estrepitosos vítores y las mayores demostraciones de regocijo.

Hacia varios días que no probaban carne.

La conquista de América fué mucho más penosa de lo que algunos se imaginan.

Al fin, los compañeros de Valdivia, estimulados por la necesidad más imperiosa, registraron tanto por todas partes, que tuvieron la buena fortuna de hallar acá un poco de maíz, allá un depósito de papas.

Valdivia reunió todas aquellas provisiones en un

almacen bien custodiado para que con órden i economía fuesen distribuidas en raciones.

De esta manera, quedó asegurada por algun tiempo la manutencion de la tropa.

Salvada una dificultad de tamaña magnitud, Valdivia se dedicó con ahinco a granjearse la amistad de los indíjenas, esforzándose por desvanecer sus desconfianzas i temores, i haciéndoles toda especie de promesas.

Si la situacion de los castellanos era angustiosa, la de los indios no era halagüeña.

Los chilenos vagaban fujitivos por entre malezas i rocas, espuestos a la intemperie, mal comidos, privados de sus comodidades, viendo sufrir a sus mujeres i a sus hijos.

Muchos de ellos no vacilaron entre las penalidades de aquella vida errante que les aconsejaba Michimalonco para defender su independenciam, i las dulzuras del hogar a que los invitaba el conquistador.

Si todos hubieran perseverado en el plan que se habia empezado a poner en ejecucion, Valdivia habria tenido, o que vencer obstáculos casi insuperables, o que desistir de la empresa.

Gran número de sus soldados, abrumados por los rigores de una espedicion semejante, murmuraban ya contra los proyectos de su jefe, i hablaban de dar la vuelta al Perú.

Pero, como todos los individuos de una nacion no

son héroes, muchos indios, como acabo de manifestarlo, entraron en relaciones con los europeos, i principiaron a servirlos i a suministrarles los víveres de que tenían necesidad.

Esto mejoró sobre manera la situacion de Valdivia.

Sin embargo, estaba mui léjos de sentirse satisfecho miéntras Michimalonco, que, segun sabia, era el inspirador principal de la resistencia, se mantuviera en actitud hostil i amenazante.

Hizo, pues, el mayor empeño para conseguir su amistad.

Con este objeto, le envió un mensaje con aquel de los indios sometidos que le pareció mas idóneo para ejecutar bien el encargo.

Este se presentó a Michimalonco.

—Os traigo, le dijo, la palabra del jefe de los españoles. Lamenta que hayais abandonado vuestras casas, i que andeis como bestias por los montes i las sierras. En vez de querer causaros mal, solo anhela vuestro bien. Viene en nombre del papa a daros a conocer al verdadero Dios i al verdadero rei para vuestra felicidad. Vosotros, con una inútil i perjudicial resistencia, que os espone a las mayores molestias i desgracias, os habeis convertido en vuestros mas crueles enemigos. El jefe de los españoles os invita a que restablezcáis una paz que él desea conservar a toda costa.

Michimalonco, que habia escuchado con mucha atencion este razonamiento, habló como sigue:

—Llebad mi contestacion al que os envia. El jefe de los españoles dice con sus palabras una cosa distinta que con sus obras. En vez de procurar nuestra tranquilidad, nos ha traído la perturbacion, sin que le háyamos dado motivo para ello. Nosotros no hemos ido a ofender ni a su rei, ni a su papa, ni a su Dios. No hemos menester tampoco de ellos para nada. Con nuestras divinidades, i nuestras leyes, hemos vivido felices en esta comarcá, donde nos hemos multiplicado, i donde seguiremos multiplicándonos. Nuestros brazos i nuestros recursos nos sobran para castigar la osadía que Valdivia ha tenido de penetrar hasta aquí. Si no huyen pronto, los comerémos a él i a los que le acompañan. Sabrémos tambien hacer el mas ejemplar escarmiento en los traideres que se le han reunido. Id, i repetidle lo que os acabo de decir. No volvais a presentaros delante de mí si no quereis que os mande despedazar.

Tal respuesta dejaba pocas esperanzas de llegar a un avenimiento.

No obstante, Valdivia determinó ensayar una última tentativa.

Fué él mismo en persona a conferenciar con Michimalonco; pero por mas que le buscó, no pudo hallarle.

El jefe indiano, que no queria tratar con Valdivia, habia mudado de residencia, tan luego como habia sabido que éste habia determinado ir a verle.

Michimalonco pensó solo en hacer los preparativos para decidir la cuestion por las armas.

—Es preciso que nos apresuremos a arrojar de esta tierra a los extranjeros, decia a los demas caciques, si no queremos que la tiranía de los españoles eche aquí raíces, como echó la de los incas. Ya Valdivia está acampado con su tropa en las márgenes del Mapocho. Sabeis que tenia el proyecto de fundar allí una poblacion entre los dos cerros que se levantan en la ribera del norte; pero que Loncomilla, el infame i servil cacique de Maipo (pagará caro su traicion), le ha persuadido que la trace en la isla que forma el rio al pié del cerrito llamado Huellen, donde en otro tiempo los incas habian establecido una. Si no ponemos pronto remedio al mal, todo está perdido.

Estos varoniles discursos del animoso Michimalonco hallaban eco en los corazones de sus compatriotas.

Todos se apercibian para la batalla.

Entre tanto, surgió un inconveniente imprevisto que estuvo al derrotarlos, sin que hubieran venido a las manos con el enemigo.

—¿I qué nos proponemos yendo a pelear contra los extranjeros? preguntó un cacique.

—Está claro, contestó otro: castigarlos i espulsarlos.

—Pero los españoles, observó el primero, son seres superiores, a quienes es imposible quitar la vida. Por lo tanto, cualquiera lucha con ellos es desigual; cualquiera resistencia, inútil.

—Los españoles, replicó el otro, son tan mortales como nosotros.

—¿Quién ha visto correr su sangre? ¿Quién los ha visto morir?

—Los guerreros de los incas en el Perú han herido o muerto a muchos de ellos.

—Son cuentos. Si fueran vulnerables, en tantos como son los combates que ya hemos tenido con ellos, nuestras armas habrían rasgado siquiera la piel de alguno. ¿Conoceis un caso en que así haya sucedido? Si fueran mortales, habríamos muerto siquiera a uno solo. ¿Nuestros brazos son por acaso ménos vigorosos que los de los guerreros peruanos? ¿Nuestras armas son inferiores a las que éstos usan?

Las opiniones se dividieron acerca de punto tan importante.

Por mas que Michimalonco procuró convencer a todos de que los invasores eran hombres tan de carne i hueso como los indíjenas, no lo consiguió.

Se determinó que debía hacerse una esperiencia para salir de la duda, ántes de tomar una resolucion definitiva.

En vista del resultado, procederian como mejor conviniera.

Escojieron a algunas jóvenes de buen parecer, a quienes ordenaron que fueran a solicitar a los españoles, recomendándoles que observasen con el mayor cuidado si eran hombres como los demas, i

dándoles cuantas instrucciones estimaron oportunas para el mejor acierto de la investigacion.

Aquellas indias regresaron al cabo de algunos dias, i les dijeron:

—Los españoles son tan hombres como vosotros.

Muchos de los incrédulos se dieron por convencidos con esta primera esperiencia; pero no faltaron quiénes creyeran necesaria una comprobacion: i como el asunto era grave, i podia ser de consecuencias, hubo que acceder a sus instancias.

Entre las indias que habian ido al campamento español, se contaba la hija de un cacique, la cual habia entrado en amoríos con un tal Roque Sánchez, mayordomo de Valdivia.

El padre de esta jóven le mandó que volviera a ver a su amante, i que cuando él estuviera durmiendo, ella pusiera el oído sobre su boca para conocer si resollaba, i la mano sobre su corazon para conocer si palpitaba.

La jóven cumplió al pié de la letra lo que se le encargaba.

Cuando estuvo de vuelta, dijo al cacique su padre:

—Sánchez respira como vos; su corazon bate las alas como el vuestro.

El resultado de este segundo experimento casi no dejó duda de que los españoles fuesen mortales, ni aún a los indios que se habian manifestado mas escépticos en esta materia.

—Si resuellan, dijeron, deben morir, cortándoles el resuello.

I sentado este antecedente, se pusieron a discutir bajo todos sus aspectos un punto tan importante.

Cuando se hubieron desenvuelto diversos dictámenes, el padre de la jóven que estaba en relaciones con Roque Sánchez, se espresó en esta forma:

—Creo que debemos proceder con completa seguridad, i que tenemos arbitrio de hacerlo, sin esponernos a ningun riesgo. Procuremos matar a Roque Sánchez, i verémos si muere o nó.

La proposicion pareció a todos tan prudente, como realizable.

En consecuencia, fué adoptada por unanimidad.

Por medio de la jóven india, atrajeron a Sánchez a una celada.

Estando desprevenido, le asestaron un feroz golpe de macana, que le partió el cráneo, haciéndole saltar los sesos.

El español cayó en tierra sin pronunciar un ¡ai!

Los asesinos se mantuvieron largo rato quietos i escondidos, temiendo que Sánchez se levantara.

Sin embargo, el tiempo trascurria, i aquel hombre no se mencaba.

Un ancho charco de sangre se habia formado en torno suyo.

—Está muerto, dijo a media voz uno de los caiques.

—Sí, i bien muerto, respondió otro con voz mas fuerte,

El hombre tendido i ensangrentado no pronunció una sola palabra, ni hizo un solo movimiento para protestar contra semejante aseveracion.

Los jefes indianos se convencieron entónces de que realmente estaba muerto, i perdieron el miedo de que habian estado sobrecojidos.

Se precipitaron todos en tropel sobre el cadáver de Roque Sánchez.

Le abrieron el pecho, i le arrancaron el corazon en medio de vociferaciones atronadoras.

Los indios estaban ébrios de gusto.

¡Los españoles eran mortales como todos los hombres!

¿Qué mas podian desear los que tenian ofensas que vengar?

Se celebró en el sitio mismo una fiesta espléndida en que el licor se desbordó de los vasos, i el entusiasmo, de las almas.

Dividieron el corazon de Roque Sánchez en nueve pedazos, que distribuyeron a otros tantos caciques, los cuales eran los jefes de la liga contra el invasor.

Michimalonco era el Agamenon de ella.

Los pedazos del corazon de Roque Sánchez fueron paseados solemnemente de lugar en lugar, de ranchería en ranchería, estimulando por todas partes el odio contra los conquistadores.

Los indíjenas compusieron una cancion cuyo estribillo era: *El españoles mortal.*

La cantaron a todas horas i por todas partes.

Fué el llamamiento a las armas contra el extranjero.

Pedro de Valdivia experimentó un pesar profundo cuando tuvo noticia de la tragedia en que habia tocado a su mayordomo un papel tan triste, no solo porque sintió sinceramente aquella muerte desastrosa de un compatriota i de un servidor, sino tambien porque conjeturó el aliento que aquel suceso iba a infundir a los secuaces de Michimalonco.

Sin tardanza, despachó al capitan Francisco de Aguirre para que fuese a inflijir a los asesinos el castigo mas rigoroso.

El capitan mencionado dió muerte cruel, tanto a los culpables que pudo descubrir, como a muchos indios que no lo eran.

Lo que trató fué de aterrorizar, haciendo ostencion inhumana de severidad.

Pero el mal causado no tenia remedio.

Los indios se habian cerciorado de que los españoles eran tan mortales como los demas hombres.

I con esto, ya habian cesado de considerar inoficioso el hacerles guerra, i el atacarlos.

Con efecto, no tardaron en caer en número mui considerable sobre los españoles, trabando con ellos reñidísima batalla en el valle del Mapocho.

Pero a pesar de la impetuosidad manifestada por las huestes de Michimalonco, estas quedaron al fin completamente rotas i vencidas.

Los conquistadores atribuyeron su victoria a la intervencion milagrosa del apóstol Santiago, que habia acudido a ampararlos montado en un caballo blanco.

Michimalonco, aunque hubiera sido deshecho, no perdió los bríos.

Por el contrario, la derrota que acababa de soportar, pareció encender su odio contra el invasor.

Habéndose retirado al valle de Aconcagua, levantó en él un campo fortificado con agudas estacas de espino i algarrobo, donde colocó una numerosa guarnicion de indios de pelea, i encerró a sus mujeres i a sus hijos, a las mujeres i a los hijos de otros caciques principales, i tambien sus riquezas.

Valdivia fundó en febrero de 1541 en la isla formada por las aguas del Mapocho, al pié del Huelén, hoi Santa Lucía, la ciudad que denominó Santiago.

Era aquel el sitio que le habia recomendado Loncomilla, a quien los naturales, poniendo en ejecucion las amenazas de Michimalonco, dieron la muerte en castigo de haber hecho semejante indicacion.

Apénas Pedro de Valdivia hubo dejado delineada la nueva ciudad, salió a la cabeza de ochenta hombres para destruir la fortaleza tras la cual se habia parapetado el cacique de Aconcagua.

La enerjía de la defensa correspondió a la impetuosidad del ataque.

Impaciente Valdivia al ver la prolongacion de la lucha, se precipitó solo en la fortaleza, por la prime-

ra brecha que se abrió, espada en mano i adarga en brazo.

Quería estimular con el ejemplo a los suyos para que le siguiesen.

Efectivamente, trataron de hacerlo; pero los indios les cerraron denodadamente el paso.

Valdivia se halló solo en medio de una multitud de enemigos.

Hirió i mató a muchos hasta formar a su lado montones de cuerpos humanos; pero él también fué acosado de cerca, i recibió varias heridas, aunque no de gravedad.

Cuando sus soldados le percibieron en aquel apurado trance con el rostro bañado de sangre, i con el brazo fatigado de manejar la espada, hicieron prodijios de valor para abrirse camino, hasta que lo consiguieron.

Fué aquella la señal del completo desbarato de los indios, a quienes los españoles mataron sin piedad.

Michimalonco cayó prisionero.

Pedro de Valdivia, no solo prohibió que se le infiriera el menor mal, sino que se esmeró en prodigarle toda especie de consideraciones.

Como conocía el inmenso prestigio del caudillo indiano, deseaba ganarse su voluntad para que le ayudase a enseñorearse del país.

Michimalonco, vencido i humillado, tenía la desesperacion en el alma; pero conforme al uso de los indíjenas americanos, aparentaba una indiferencia i una serenidad realmente asombrosas.

Como hubieran llegado delante de las mujeres i de los niños, el cacique dijo con tono calmado al jefe español:

—Ahí teneis a vuestros esclavos.

—No, Michimalonco, contestó Valdivia con benevolencia; he venido a procurar vuestra felicidad, i no a quitaros vuestras familias.

El cacique hizo traer dos grandes talegos que contenian media fanega de polvo de oro.

—Ahí teneis mi riqueza, que ahora ha pasado a ser vuestra, dijo a Valdivia.

—Lo que yo deseo, respondió Valdivia, es, no vuestro oro, sino vuestra cooperacion para trabajar en la prosperidad de esta bella comarca.

Sin embargo, a pesar de la negativa que parecian envolver aquellas palabras, el jefe español ordenó que aquel oro fuese colocado en un lugar bien seguro.

III.

Michimalonco no habia ciertamente abandonado el proyecto de espulsar a los españoles. Se mostraba sumiso i humilde, porque la esquividad de la fortuna le obligaba a ello; pero en el interior, estaba ansiosísimo de vengarse.

Lo único que aguardaba era una ocasion propicia, o mas bien meditaba noche i dia en los medios de prepararla.

Todo lo demas que finjia hacer era puro disimulo.

El odio contra los españoles habia llegado a ser la pasion dominante de su alma, particularmente despues de la humillacion de la derrota.

Pedro de Valdivia buscó ocasion de trabar conversacion con el cacique.

—El primer oro, Michimalonco, que he visto en este país, es el encerrado en los dos talegos que me disteis. Sin embargo, he oído en el Perú ponderar mucho la riqueza de esta rejion. ¿Esta fama seria acaso inmerecida?

—Chile está cuajado de oro. Contiene lavaderos de los cuales pueden sacarse cantidades inmensas.

—Hariais un gran servicio a nuestro Dios i a nuestro rei, si me hicierais conocer algunos de esos preciosos veneros, de donde pudieran estraerse los recursos que he menester para realizar la grandiosa obra que se me ha encomendado.

—Me es mui fácil el complaceros.

Michimalonco habia comprendido que la peticion de Valdivia le proporcionaba un arbitrio para descuidar a los españoles.

Con este objeto, le dió a conocer el lavadero de Malga-Malga, del cual los indíjenas habian sacado el oro para reunir el tributo que se pagaba al inca.

El júbilo de los españoles fué imponderable cuando se vieron poseedores de un tesoro semejante.

Michimalonco no se limitó a manifestar dónde estaba el precioso lavadero.

Se mostró todavía mas solícito con sus nuevos amigos.

Puso a disposicion de Valdivia mil doscientos jóvenes i quinientas jóvenes, contándose las edades de los unos i de las otras entre veinte i veinticinco años.

—Aquí teneis trabajadores suficientes para extraer el oro, dijo el cacique a Valdivia.

—Pero ¿estas jóvenes qué vienen a hacer? preguntó el español.

—Vienen a trabajar como los hombres.

—¿Mezcladas con ellos?

—Así se ha acostumbrado siempre.

—¡No lo toleraré por nada! ¡vive Dios! No estoy dispuesto a echar sobre mí el sinnúmero de pecados de que tal mezclanza seria causa.

Valdivia retuvo a los jóvenes, i despidió a las jóvenes.

En lo sucesivo, los conquistadores no fueron tan escrupulosos para hacer trabajar a las mujeres juntas con los hombres.

El laboreo iba a las mil maravillas.

Valdivia consideró llegado el momento de enviar al Perú en solicitud de socorros, los cuales no dudaba habian de venirle con el aliciente del oro que se proponia remitir como muestra de la riqueza del país.

Al efecto, mandó construir una embarcacion en

el puerto de Concon, que estaba cercano al lavadero de Malga-Malga.

Teniendo que hacer en Santiago, se fué allá, dejando once españoles al cuidado de las dos obras.

—¡Gracias a Dios! exclamó; la empresa está acertada; ya concluyeron las fatigas, i voi a principiar a cosechar los frutos.

Apénas habia vuelto las espaldas, cuando Michimalonco, aprovechándose de lo poco precavidos que andaban los españoles, ocupados en la explotación del lavadero, i en la construcción de la barca, cayó de improviso sobre ellos, i los mató a todos, excepto a uno, que escapó a uña de caballo, i llevó la triste noticia a la ciudad.

Aquel suceso perturbó a los conquistadores, e infundió brios a los indígenas.

Miéntas los primeros se convencian de que no habian llegado al término de las penalidades, los segundos acogian con entusiasmo la invitación de Michimalonco para un levantamiento jeneral.

Pedro de Valdivia, que percibió las alteraciones de los naturales, desplegó para reprimirlas su energía característica.

Una de las medidas mas importantes que tomó para ello fué la prisión de siete caciques principales, entre los que se contaba nada ménos que Quilacanta, el gobernador peruano, que bajo el imperio del último inca habia tenido a su cargo el distrito cuya cabecera era Colina.

El diligente Michimalonco sacó partido de esta misma contrariedad, pues se aprovechó de ella para apelar al afecto de los indios que estaban sometidos a los prisioneros, a fin de excitarlos a que fuesen en su amparo.

De este modo, la prision de los siete caciques, léjos de contener, fomentó la insurreccion.

Aunque Quilacanta i sus compañeros estaban bien asegurados en el fuerte de Santiago, sin embargo, como se les permitia tener relaciones con sus mujeres i sirvientes, que iban i venian, mantenian por este medio una comunicacion constante con Michimalonco, a cuyos propósitos cooperaban.

El cacique de Aconcagua se puso de acuerdo con el del valle de Cachapoal, que era tan influente, como esforzado.

Entre los dos, combinaron un plan para dividir a los españoles, a fin de abrumarlos mas fácilmente.

El cacique de Cachapoal empezó el levantamiento con grande estrépito i aparato al frente de una multitud mui considerable de guerreros.

Pedro de Valdivia, tan luego como lo supo, salió a desbaratarle a la cabeza de un cuerpo selecto de noventa hombres.

Confió la ciudad a la vijilancia de su teniente Alonso de Monroi, a cuyas órdenes quedó una guarnicion bastante reducida.

Era esto lo que Michimalonco habia previsto, i lo que esperaba.

Así convocó a los jefes indianos para arreglar los últimos preparativos del combate.

Cuando todo estuvo convenido i dispuesto, les habló en esta forma:

—Vamos a atacar la guarida de nuestros opresores. La libertad será el premio de la victoria. Si vencemos, podeis apoderaros de todas las preciosidades que han traído esos extranjeros. Sus espadas que parten a un hombre en dos, sus arcabuces que lanzan el rayo, sus adargas i corazas que hacen invulnerable a quien las lleva, sus relucientes cascos, sus rápidos i briosos caballos, sus bellos trajes, sus vistosos penachos, todo eso os pertenecerá. Yo no reclamo para mí otra parte de botin, sino esa española, esa conquistadora, que vive entre ellos.

La dama a quien aludia Michimalonco era Ines de Suárez, la primera europea que entró en Chile.

Lo único que cuentan las antiguas crónicas sobre su oríjen es que era natural de Placencia, i que se habia casado en Málaga.

¿Quién fué su marido?

¿Por qué habia ella venido a América?

Se ignora.

Pedro de Valdivia la trajo del Perú a Chile en clase de sirvienta, previo permiso del marques don Francisco Pizarro; pero en realidad, ya entónces era, o fué pronto, su manceba.

Vivia en la mayor intimidad con ella, i le mani-

festaba, no solo cariño, sino tambien consideracion.

Pedro de Valdivia, que se distinguia por lo imperioso i por lo poco accesible a las insinuaciones ajenas, solia aceptar las recomendaciones de doña Ines, complaciéndose en darle gusto.

El ascendiente que ella ejercia sobre él era tal, que mas de una vez ocurrió que, terminada una expedicion, Valdivia dejaba atras a sus compañeros para darse el placer de verla mas luego.

Doña Ines era mujer propia para andar entre aventureros.

El cansancio de las marchas no la abrumaba.

La presencia del peligro no le imponia susto.

El sonido de la pelea la atraia, en vez de alejarla.

En medio de la refriega, sabia manifestar la serenidad de un soldado valeroso.

I junto con todo esto, era bondadosa i servicial.

Suplia la falta de médico, siendo ella la que asistia a los castellanos en las enfermedades, i la que les curaba las heridas.

Era la alegría i el consuelo de la naciente colonia.

Apesar de las relaciones ilícitas en que vivia con Valdivia, edificaba a todos con su devocion.

Las calidades i circunstancias enumeradas la habian hecho jeneralmente estimada, i aun acatada.

A aquellos guerreros groseros tenian por ella una especie de veneracion.

Referian que una ocasion, en el tránsito del desier-

to de Atacama, iban desesperados con los tormentos de la sed. Por mas que registraban, no podian descubrir ningun manantial donde saciarla. Doña Ines dirijió una fervorosa oracion a Dios. En seguida, como si hubiera tenido una inspiracion, se puso de pié, i llamando a un indio, le mandó cavar en el lugar donde ella habia estado sentada. Con admiracion i regocijo de todos, habia aparecido un depósito de agua excelente, en que todos habian satisfecho la sed. Los conquistadores dieron el nombre de doña Ines de Suárez a aquel pozo, que, segun pretendian, era el mas abundante i el mejor de todo el despoblado.

Los españoles creian que el cielo habia favorecido a doña Ines con aquel oportuno hallazgo en premio de su cristiandad.

Esta historieta manifiesta la afectuosa estimacion que se profesaba a doña Ines.

El presbítero don Rodrigo González Marmolejo, que fué el primer párroco i el primer obispo de Chile, se complacia en enseñarla a leer.

El famoso Jerónimo de Alderete, que, andando el tiempo, habia de ser el primero, a quien el monarca hiciera merced del título de gobernador de este país, tenia a mucha honra el sacarla a pasear de la mano, segun la costumbre de la época.

Tal era la mujer cuya adjudicacion solicitaba Michimalonco, como única parte de botin.

Tal era la que iba a representar un papel principal en aquella lucha.

Michimalonco habia sido mui bien informado por los mensajeros de Quilacanta acerca de la situacion de la ciudad.

Cuando llegó la noche del 10 de setiembre de 1541, el cacique condujo secretamente su ejército hasta el Salto, donde procuró mantenerlo oculto i emboscado.

Alonso de Monroi sabia que los indíjenas de la vecindad se disponian para un alzamiento; pero ignoraba completamente que pensarán llevarlo a cabo tan luego.

Ya bien entrada aquella noche, se le despertó apresuradamente.

Acababa de llegar uno de los indios que estaban al servicio de los españoles, con la noticia de que Michimalonco se proponia asaltar inmediatamente la ciudad para destruirla.

Monroi lo puso en duda; pero el indio lo aseguró tanto, i suministró tantos pormenores, que fué menester darle crédito.

Monroi hizo que los españoles se apercibiesen para el combate.

Encargó a los mas inválidos la defensa de la poblacion, i la custodia del fuerte en que estaban presos Quilacanta i los otros seis caciques.

Distribuyó a los restantes en cuatro cuerpos,

confiando el mando de tres de ellos a Francisco de Villagra, Francisco de Aguirre i Pedro Gómez de Don Benito, i reservándose el del cuarto para sí mismo.

Estos cuerpos de tropa debian procurar tomar la ofensiva contra los asaltantes.

Un antiguo manuscrito asevera que Alonso de Monroi disponia en aquella ocasion solo de cuarenta infantes, i de treinta i dos jinetes

Sus armas eran blancas, i tenian ademas seis arcabuces i dos ballestas.

Contaban tambien con un cierto número de yanacunas, o indios de servicio.

Cuando Monroi hubo concluido todos estos aprestos, i comunicado sus instrucciones a los jefes, trepó al cerro de Huelen o Santa Lucía para explorar el campo.

La noche estaba oscura i silenciosa.

El valle presentaba su aspecto ordinario.

El Mapocho se deslizaba tranquilo por entre los árboles que sombreaban su ribera.

No se percibia ningun movimiento sospechoso.

Mucho ménos se oia algun ruido que pudiera ser orijen de inquietud.

La habitaciones pajizas que los españoles habian levantado provisionalmente en torno del Santa Lucía aparecian envueltas en la sombra.

Un poco mas léjos, se estendian, como si fueran

fortificaciones exteriores, las calles i los solares de la futura ciudad, marcados con troncos de árboles i algunos paredones.

En medio, se divisaba un espacioso claro, donde debia delinearse la plaza principal, que entónces era mucho mas estensa de lo que habia de ser, porque las manzanas inmediatas estaban sin edificios, i algunas abiertas.

Monroi contempló por largo rato aquella apacible escena, en la cual lo único que anunciaba la proximidad de una matanza eran las figuras de los españoles que discurrían por entre las habitaciones, aprestándose para la pelea.

Trascurrieron algunas horas sin que ninguna novedad turbara el sosiego de la noche.

Entre tanto, los indios habian ido acercándose con toda especie de precauciones para no ser vistos, i a medida que iban llegando, se iban tendiendo en el suelo con el mismo objeto.

Cuando estuvieron todos reunidos a eso de las tres de la mañana, acometieron la ciudad con una vocería aturdidora.

Muchos de ellos llevaban en las manos tizones encendidos.

Los españoles estaban prontos para recibirlos.

Se trabó el combate mas encarnizado.

Pero como los conquistadores eran pocos, no pudieron prohibir a los asaltantes, los cuales los abru-

maban con el número, el que pegaran fuego a las casas de madera i paja.

Cuando amaneció el 11 de setiembre de 1541, la poblacion se habia convertido en una negra i colossal columna de humo i llama, que envolvía el cerro de Santa Lucía, i se elevaba mui alta hacia el cielo.

La casa de Valdivia, donde habitaba doña Ines de Suárez, empezó a arder como las demas.

Habiendo la española huido del incendio, los indios se apoderaron de ella, i la arrastraban ya léjos, cuando los defensores de la ciudad lo notaron.

Hicieron entónces esfuerzos extraordinarios para libertarla, i al fin lo consiguieron.

Para ponerla en seguridad, la condujeron al fuerte, en que estaban presos los siete caciques.

El estruendo del combate resonaba hasta allí.

Los presos estaban custodiados solo por dos soldados.

Un numeroso cuerpo de indios se dirijió hacia el fuerte, con el designio manifiesto de salvar a los caciques.

Quilacanta, que lo comprendió por los gritos que iban dando, animó a sus compañeros para que rompiesen las cadenas que los sujetaban.

I en efecto, trataron de hacerlo así.

Los dos guardianes, que talvez no eran de los mas alentados, se mostraban atemorizados.

Doña Ines tomó una espada, i les dijo con voz imperiosa:

—Matad a los presos, ántes de que entren los indios que se aproximan a socorrerlos.

—Señora ¿cómo los hemos de matar? contestó uno de los guardianes, que estaba confuso i miedoso.

—De esta manera, dijo doña Ines, que desenvainó la espada, i fué cortando la cabeza a los siete caciques.

—I ahora, continuó diciendo a los dos soldados atónitos, ya que no habeis sido capaces de hacer lo que yo, arrojad estos cadáveres al campo para que su vista inspire terror a los indios.

Los dos soldados ejecutaron lo que aquella mujer varonil les ordenaba.

—Id pronto a ausiliar a nuestros compatriotas que están estrechados por los indios.

La misma doña Ines salió a tomar parte en el combate, donde se ocupó en animar a los unos con sus palabras, i en curar las heridas a los otros.

En medio de la refriega, ella percibió a Jil González de Avila, a quien tenían estenuado la fatiga i el derramamiento de sangre.

Doña Ines le dió de beber i le vendó las heridas.

—¡Ánimo valiente caballero! le dijo; ahora volved a matar a cuantos mas podais de esos indios malvados.

González de Avila procuró montar a caballo; pero la debilidad se lo impidió.

—No desmayeis, esforzado caballero, le dijo doña Ines. Yo os ayudaré a montar.

I echándose en el suelo, hizo que se apoyara sobre su cuerpo, como si fuera un banco.

Todo aquello lo ejecutaba doña Ines en medio de la refriega mas encarnizada, cuando los proyectiles pasaban por su cabeza, o iban a caer a su lado, dando quizá la muerte a alguno.

Hasta entónces los españoles no habian conseguido llevar a sus contrarios a un lugar donde fuera posible sacar ventaja de la caballería.

Al fin lograron empujarlos hasta la plaza mayor.

Allí pudieron manejar los caballos, i lanzarlos contra los indios.

De este modo, adquirieron una superioridad marcada.

La batalla se prolongó todavía algun tiempo; pero al fin terminó con una espantosa matanza de indios, i con la fuga de los que sobrevivieron.

El dia tocaba a su fin.

Las habitaciones de los españoles estaban reducidas a escombros humeantes.

Algunos de ellos habian muerto.

Ninguno estaba sin heridas.

Pero al cabo, habian quedado dueños del campo.

Todos, con voz unánime, proclamaron que doña

Ines de Suárez habia sido la heroína de la jornada.

Los indios aseveraron otro tanto.

Dijeron que el valor de aquella mujer los habia espantado.

Los españoles, tan amigos de los milagros, tan aficionados a explicarlo todo por causas sobrenaturales, tomaron pretesto de la impresion que doña Ines habia producido en los ánimos, tambien mui supersticiosos, de los indíjenas, para suponer que, como se decia que habia sucedido en Méjico i en el Perú, la Vírjen María se habia dignado descender del cielo para ahuyentar con puñados de polvo a los guerreros indianos.

Así la mujer que Michimalonco pedia como su sola parte de botin, vino a ser una de las causas principales de su derrota.

La vuelta de Valdivia victorioso de la espedicion al Cachapoal permitió a los conquistadores reedificar sus habitaciones, i conservar su posicion al pié del Santa Lucía, en las márjenes del Mapocho, aunque tuvieron que soportar grandes trabajos i penidades, que no es esta la ocasion de narrar.

IV.

Michimalonco buscó un asilo allende los Andes, donde sufrió todas las amarguras de la proscripcion.

Tuvo en aquellas comarcas que resignarse a ser súbdito, cuando estaba habituado a ser señor.

Regresó a Chile al fin de siete u ocho años de ausencia.

Aprovechándose de la ida de Pedro de Valdivia al Perú, promovió bajo la administracion de Villagra en 1549 el levantamiento de los indíjenas del norte, que ocasionó la muerte de mas de cuarenta españoles, i la ruina de la ciudad de la Serena.

Villagra ahogó con torrentes de sangre indígena esta insurreccion.

Habiendo regresado Valdivia al poco tiempo, Michimalonco, que se veia otra vez vencido, ajustó la paz, i se sometió.

El gobernador, que conocia, i habia experimentado la importancia del cacique, le recibió con las mayores muestras de estimacion.

Doña Ines de Suárez le regaló, en la audiencia solemne, un peine, unas tijeras, un espejo, unas chaquiras i algunas otras de esas baratijas que tanto apreciaban los indíjenas.

Michimalonco le correspondió con una curiosidad natural hallada en la cordillera, que tenia el aspecto de una pluma, pero que era incombustible.

El cacique acompañó a Valdivia en su espedicion al sur, de donde dió la vuelta a su tierra de Aconcagua.

Los españoles le acusaron mas tarde de haber combinado con los caudillos araucanos el plan de una

insurreccion jeneral, en que habrian tomado parte los indíjenas del norte i los del sur.

Esto fué causa de que le condenaran a muerte.

Michimalonco pereció ajusticiado en un cadalso, como Caupolican; pero no tuvo como éste la gloria de ser cantado por Ercilla.



LA SORPRESA DE CURALAVA.

I.

Don Martin García Oñez de Loyola era un hidalgo español, natural de la provincia de Guipúzcoa.

Contaba entre sus deudos mas inmediatos al famoso fundador de la Compañía de Jesus, Ignacio de Loyola.

Ignoro cuál fué el motivo que le hizo dejar su patria para venir a establecerse en el Perú.

Las antiguas crónicas aseguran que aquel caballero prestó importantes servicios a Su Majestad.

Sin embargo, solo mencionan en especial el haber hecho prisionero a Tupac Amaru, el último de los incas, cuyo único crimen consistia en haber rehusado salir del interior de la fragosa comarca de Vilcabamba, donde residia, i cuya resistencia se redujo a andar a salto de mata por sierras i quebradas, hasta que se vió forzado a rendirse.

El virrei don Francisco de Toledo hizo ajusticiar,

contra toda lei i razon en la plaza mayor del Cuzco, al infortunado príncipe, a quien sacaron a la muerte montado en una mula, con una sogá al cuello, i las manos atadas a las espaldas.

Los españoles residentes en el Perú protestaron contra aquella ejecucion, que consideraron un atentado inicuo.

Los indíjenas la presenciaron con un sollozo desgarrador, que resonó desde un extremo del país hasta el otro.

Felipe II estimó el suplicio del último inca, no como un servicio, sino como un agravio.

A lo ménos, tal fué lo que declaró (algunos años despues del acontecimiento, es verdad), cuando él de Toledo, concluido su gobierno, se presentó en la corte a besar las manos al soberano.

—Retiraos a vuestra casa, dijo Felipe II al exvirrei. Os habia enviado al Perú, no para que mataseis reyes, sino para que los sirvieseis.

Aquella frase produjo un efecto mortífero sobre don Francisco de Toledo, quien murió al poco tiempo de melancolía por haber incurrido en el desagrado del monarca.

A pesar de que el hecho habia sido desaprobado con tanta severidad por el tremendo Felipe II, sin embargo, la participacion que don Martin García Oñez de Loyola habia tenido en él valió a éste la cruz de Calatrava, que decoraba su pecho, la mano de la infanta doña Beatriz Clara, princesa

del Oro, hija del inca Sairi Tupac i sobrina del inca Tupac Amaru; i una productiva encomienda, que formaba la dote de la novia.

Andando los años, Oñez de Loyola recibió todavía en recompensa de aquel servicio, que el soberano no reputaba tal, el gobierno del reino de Chile.

Sin embargo, es preciso convenir en que este cargo se hallaba mui distante de ser una canonjía militar.

No faltan aun cronistas piadosos que sostienen haber determinado Dios que aquel empleo se diera a Oñez de Loyola para que recibiese el merecido castigo de su participacion, aunque remota, en la muerte del último inca.

Escusado es advertir que los cronistas aludidos escribieron despues de los sucesos.

Naturalmente, Oñez de Loyola recibió el nombramiento como una distincion, no como una pena.

Conocia demasiado por la fama lo que era Chile; pero lo que ambicionaba como vasallo bueno i leal, era la ocasion de señalarse en servicio de su rei; i comprendia que el dicho país se la habia de proporcionar sobrada.

El 23 de setiembre de 1592, desembarcó en Valparaiso con su mujer, una hija todavía pequeña, cuatrocientos soldados i una buena provision de elementos de boca i de guerra.

El nuevo gobernador habia estado siempre convencido de que se habia echado sobre los hombros

una tarea harto pesada; pero la experiencia le manifestó pronto que era mucho mas gravosa de lo que se habia imaginado.

El largo territorio de lo que podia llamarse propiamente Chile contenia entónces en toda su estension solo diez poblaciones de españoles, a saber: la Serena, Santiago, San Bartolomé de Chillan, Concepcion, los Infantes de Angol, la Imperial, Villarrica, Osorno, Valdivia i San Antonio de Castro.

Muchas de estas poblaciones merecian apénas el nombre de aldeas.

Santiago, que era la principal, tenia poco mas de ciento sesenta casas.

La Serena, cuarenta i seis, de las cuales, once cubiertas de teja, i las demas de paja.

La de San Bartolomé de Chillan, cuarenta i siete, de las cuales, ocho cubiertas de teja, i treinta i nueve de paja.

Concepcion, setenta i seis, de las cuales, treinta i seis eran empalizadas, cubiertas de paja.

San Antonio de Castro, doce, todas ellas cubiertas de paja, o lo que tanto importa, ranchos.

Estos datos pueden hacer presumir lo que serian Angol, la Imperial, Villarrica, Osorno i Valdivia.

Los vecinos de todas estas poblaciones estaban obligados a prestar una atencion preferente a los cuidados de la guerra, so pena de ver sus estancias taladas, sus ganados robados, sus habitaciones incendiadas, sus familias cautivas, i de ser ellos mis-

mos reducidos a la esclavitud, o condenados a una muerte atroz.

Las ciudades de la Serena i Santiago estaban rodeadas de indios sometidos, pero que atisbaban una ocasion de rebelarse.

Las poblaciones del sur estaban todavía mas espuestas.

Así los españoles establecidos en Chile tenían que contribuir para la defensa comun con un abundante contingente de oro i de sangre.

Al fin de cincuenta años, habian prestado para la guerra dos millones de pesos.

El real erario habia desembolsado una suma igual.

La sangre derramada, que no estaba sujeta a medida, habria formado, si se hubiera reunido, un raudal espantoso.

La gran calamidad del reino de Chile era la guerra de Arauco.

La necesidad de sustentarla causaba la pobreza i la despoblacion.

Los belicosos e indomables indíjenas de la rejion austral estaban siempre, o rebelados, o próximos a rebelarse.

Los gobernadores, so pena de esponer la dominacion española a una ruina cierta, se veian obligados a dedicar atencion preferente a la direccion de aquella campaña tan fatigosa, como interminable.

Los recursos de que disponian eran reducidos.

Los cuerpos de operaciones no pasaban jeneralmente de quinientos hombres, no siempre bien armados, i siempre mal disciplinados.

Los indijenas solo aceptaban combate cuando lo hallaban por conveniente.

Su táctica predilecta eran las sorpresas i las emboscadas.

Desde que poseian caballos, i habian aprendido a manejarlos, podian practicar este sistema con la mayor facilidad.

Asaltaban de improviso a los soldados, o destacamentos que andaban aislados.

Se dejaban caer como bandadas de animales de presa sobre las casas o estancias desguarnecidas para robar, incendiar i matar.

Siempre que podian, arreaban a las guaridas que tenian entre los árboles de los espesos bosques, o entre las rocas de la cordillera, los ganados i las familias.

No habia con ellos camino seguro, ni noche tranquila.

Rara vez, se sublevaban a un tiempo todas las tribus o poblaciones de Arauco.

Las que sufrían algunas pérdidas de importancia, o tenian que atender a sus cosechas, o estaban interesadas por cualquier motivo en contemplar a los españoles, hacian la paz, i se sometian al yugo extranjero.

Las que no se hallaban en este caso proseguian las hostilidades.

El gobernador, al frente de lo que se llamaba el, ejército, se encaminaba al territorio de los rebeldes, que talaba hasta no dejar ni una mazorca de maíz ni un solo rancho; i del cual estraia como botin todos los animales i todas las mujeres i niños que podia haber a las manos. A veces lograba tambien hacer prisioneros o matar a algunos hombres de guerra.

Por lo comun, levantaba un fuerte en algun sitio que parecia propio para ello.

Los indijenas se afanaban por destruirlo.

En ocasiones, lo conseguian; i en ocasiones, nó.

Esta tremenda e inhumana lucha se prolongaba hasta que la miseria i el exceso de los sufrimientos de todo jénero obligaban a los indios a solicitar su perdon.

Casi simultáneamente con esto, se sublevaban las tribus que hasta entónces habian estado en paz.

I con este motivo, se repetian en otros puntos de Arauco las mismas mismísimas escenas.

Era aquella una guerra a que no se divisaba término.

Don Martin García Oñez de Loyola tuvo que gastar, como sus antecesores, el tiempo i la paciencia en aquel batallar sin fin i sin resultado bien positivo; i que emplear los seis años de su gobierno en correrías de acá para allá, i en devastar los sembrados, tanto como las casas, i en perseguir los animales, tanto como los hombres.

¡Tristísima guerra!

II.

Los españoles que acompañaban al gobernador Oñez de Loyola en sus expediciones por Arauco, le hablaban de continuo sobre la perfidia de los araucanos, i comprobaban sus aserciones con numerosos ejemplos prácticos que mencionaban.

Oñez de Loyola, aunque empezaba a experimentar que los indios amigos se convertian fácilmente en enemigos, i vice-versa, se resistia a creer en tanta doblez, como se le ponderaba.

Allá al año de su llegada a Chile, en cierta ocasion que se hallaba alojado con su tropa en un lugar de Arauco, un jóven indíjena solicitó con instancia que se le permitiese hablar al gobernador.

Informado éste de la pretension, ordenó que se dejase llegar al indio hasta su presencia.

Aquel jóven se espresó como sigue:

—Señor gobernador, mi padre es un cacique ya muy anciano, que ha sido enemigo implacable de los españoles. No resignándose a prestarles obediencia, buscó conmigo, a pesar de los años i de las enfermedades, un asilo en un espeso bosque, que existe cerca de aquí. Se halla en este momento moribundo. Anoche me llamó a su lado; i haciendo un esfuerzo extraordinario para hablar, me pidió estas cuatro cosas: que me sometiera a los españoles; que me corrigiera de mis vicios; que reverenciara a mi madre; i que saliera a buscar quién pudiera bautizar-

le, porque deseaba ardientemente morir como cristiano.

—Aplaudo de todas veras la determinacion de vuestro padre, contestó el gobernador; debe ser una inspiracion del cielo.

—Es lo que asegura mi padre, dijo el jóven indio; pues me ha contado que tres noches consecutivas, ha soñado que recibia en el bautismo el nombre de Juan; i agrega que experimenta un desasosiego insoportable, el cual, a lo que cree, no se le calmará hasta que logre el objeto de su vehemente anhelo.

—Irá el padre capellan a bautizarle, replicó enternecido el piadoso gobernador.

—¡Medita Vuestra Señoría lo que hace! i perdone la advertencia, observó uno de los capitanes que se hallaban presentes.

—¡Cómo! dijo don Martin García; ¿qué quiere significar con esto Vuestra Merced?

—Algo que saben todos los que tienen experiencia de esta guerra tan caribe, repuso el capitan. La relacion de este indio puede mui bien ser solo una celada para matar al padre capellan i a los que vayan en su compañía.

—Me parece exceso de suspicacia.

—Nó, señor gobernador. Estos perros indios son capaces de todo.

Permítame Vuestra Señoría darle a conocer lo que sucedió hace poco en Chiloé.

Gobernaba aquella provincia Francisco Jil Negrete.

Uno de los principales caciques de aquella comarca, llamado Alcapaje, envió a pedir un confesor, so pretexto de que estaba muriéndose.

Negrete, que conocia la perfidia de los indios, le respondió que si queria prepararse cristianamente para la muerte, se hiciera trasportar a cierto lugar, donde estaria aguardándole en una barca el hijo mismo del gobernador para conducirle al pueblo.

Alcapaje aceptó la proposicion.

El jóven Negrete llevó especialísima recomendacion de estar mui apercebido para todo lo que pudiera sobrevenir, i de no consentir que ninguno de los suyos bajara a tierra.

El cacique se presentó trasportado como un fardo a las ancas de un caballo.

Los indios que le acompañaban le bajaron con mucha dificultad.

Alcapaje no podia sostenerse en pié.

Parecia realmente un moribundo.

No daba un paso sin bambolear i caer.

Algunos de los españoles de la barca, compadecidos de su miserable estado, saltaron en tierra para prestarle auxilio.

Apénas hubieron cometido la imprudencia de hacerlo así, cuando se vieron rodeados por los guerreros de una emboscada que el finjido enfermo tenia preparada, i unos fueron muertos i otros llevados cautivos.

Todos estos indios son unos traidores.

¿Quién podría garantir, señor gobernador, que no se trata de una celada como la de Alcapaje? —

—Talvez es temerario, dijo el gobernador, juzgar mal de todos los indijenas solo por los delitos de algunos de ellos. Yo no puedo conformarme con que se condene un alma. Ya que hai desconfianza, irémos con toda la tropa, i ésta dispuesta a entrar en pelea. Si se intenta un ataque, combatirémos, i nada se habrá perdido, pues para eso andamos por estos lugares.

Efectivamente se hizo como Oñez de Loyola lo habia querido.

Las minuciosas precauciones que se tomaron manifestaban mui a las claras el temor que infundian los araucanos.

Sin embargo, aquella vez, no hubo ni engaño, ni traicion.

Era cierto que el viejo cacique se hallaba enfermo de muerte, i que deseaba recibir el bautismo.

El ejército de Oñez de Loyola se acampó militarmente en torno de la guarida del indio.

Se colocaron puestos avanzados, i algo mas léjos, centinelas.

Todo estaba prevenido para rechazar al enemigo, si hubiera atacado.

El capellan administró el bautismo al enfermo, que falleció media hora despues.

—¡Gracias a Dios, dijo Oñez de Loyola, que hemos contribuido a la salvacion de un alma!

I luego dirijiéndose a sus oficiales, agregó:

—Ya os convencereis de que los araucanos no siempre son pérfidos.

—Ya lo conoceréis por vos mismo, observó con tono respetuoso uno de los capitanes.

Efectivamente sucedió como lo temia aquel que salió a contradecir al gobernador.

Entre todos los indíjenas de Arauco, los de Puren eran en aquel tiempo los que se manifestaban mas porfiados en la resistencia.

Habiéndose atrincherado en el interior de una ciénaga, enviaban desde allí cuerpos volantes que se dejaban caer sobre el lugar donde ménos se les aguardaba, causando los mayores perjuicios.

Oñez de Loyola se aproximó con su tropa a aquel centro de hostilidades.

Sabia demasiado que habria sido insensatez el intentar tomarlo a viva fuerza; pero alimentaba la esperanza de llegar a un avenimiento.

Sus capitanes persistian en la idea de que era imposible obtener nada bueno de los araucanos en jeneral, i mui en particular de los habitantes de Puren.

—Todos son unos soberbios i unos traidores, decian. Aceptan la paz, cuando se ven postrados, i miétras se les ofrece oportunidad de renovar la guerra. Es indispensable esterminarlos hasta el último.

—Eso es mas fácil de decirse, que de ejecutarse,

respondia Oñez de Loyola. Advertid que los elementos de que disponemos son en extremo escasos. Además, nuestro deber de cristianos i de vasallos es atraerlos a la fe del verdadero Dios i del verdadero rei.

A costa de repetidas instancias, logró que unos cuantos salieran de la ciénaga i comparecieran delante de él.

Aquellos indios aparentaban la mayor timidez.

—Mi mas ardiente anhelo, les dijo el gobernador, es que torneis a vivir tranquilos en vuestras tierras, donde os dispensaré toda la proteccion de que necesitéis. Hagamos la paz.

—Nosotros tambien lo deseamos así, pero tenemos miedo a esos soldados, i no nos atrevemos a seguir hablando en su presencia, respondió en nombre de todos uno de los indios.

—¿Qué pretendéis entónces?

—Quedar solos con vos.

Esta pretension pareció mui estraña.

Los oficiales del ejército rogaron a Oñez de Loyola que no accediera por nada a ella, si no queria ser arrebatado o muerto por aquellos bárbaros sin fe ni lei.

El gobernador se puso a reflexionar.

—Retiraos a alguna distancia, dijo al fin, i permaneced vijilantes. Que no quede a mi lado mas que el intérprete.

Los oficiales obedecieron murmurando i protestando.

Oñez de Loyola hizo a sus interlocutores un largo i esforzado razonamiento para estimularlos a la obediencia.

—Estamos prontos a someternos, dijo el indio que llevaba la palabra, cuando las otras parcialidades de Arauco hagan otro tanto.

—Todas esas parcialidades están ya de paz, o lo estarán pronto, replicó el gobernador.

—Pues entónces obrarémos como ellas, dijo el orador indijena.

Miéntras hablaba Oñez de Loyola, los indios estaban ocupados, mas bien que en oír sus palabras, en devorar con los ojos las cintas de su colete.

Cuando el gobernador, fatigado de tanto discursar, los despidió recomendándoles que comunicaran a sus compatriotas lo que acababa de esponerles, los indios no se pudieron contener; i todos a la vez pidieron aquellas cintas, que los tenian maravillados.

El gobernador se las ditribuyó riéndose; i como quedara uno a quien no alcanzara a tocar parte, le hizo la distincion de obsequiarle su pañuelo de narices.

Los indios se mostraron sumamente complacidos.

Oñez de Loyola fué a juntarse con los suyos, que le estaban aguardando con la mayor ansiedad.

—Ya veis, les dijo, que no he corrido ningun riesgo, i que he entablado preliminares de paz con esperanzas de buen éxito. Estos naturales son una especie de niños, a quienes se contenta fácilmente con poco.

—Sí, ciertamente, dijo uno de los españoles presentes, son niños, pero niños terribles.

La conversacion habia llegado a este punto, cuando se oyeron afuera gritos de espanto.

—¿Qué hai? preguntó Oñez de Loyola a un soldado que precisamente venia a traer una noticia.

—El cacique de los indios amigos de Angol, que han venido con el ejército como auxiliares, se aproximó a los de Puren para felicitarlos por las buenas disposiciones que acababan de manifestar para la paz; pero éstos, diciéndole: ¡traidor! tú eres la causa de que los españoles hayan penetrado hasta aquí, han arremetido furiosos contra él, i le han dado la muerte.

El gobernador, sin tardanza, puso la tropa en movimiento, i salió en persecucion de los que habian osado cometer aquel sangriento atentado en su propio campamento.

Pero todos sus esfuerzos quedaron frustrados.

Los agresores se refujaron en la ciénaga, a la vista de los españoles, llevando como trofeo la cabeza que habian cortado al cacique de Angol, i denostando con gritos de triunfo a sus impotentes perseguidores.

El gobernador don Martin García Oñez de Loyola no pudo perdonar este agravio a los indíjenas.

Desde entónces, hizo asolar sus territorios a sangre i fuego, i los trató con excesiva severidad.

Oñez de Loyola debe contarse entre los goberna-

dores de Chile mas rigurosos contra los indios.

Sin embargo, obtuvo mui pocos resultados satisfactorios.

Cuando conseguia imponer la lei por una parte a los naturales de una parcialidad, se le alzaban por otra los de una parcialidad diferente.

Su administracion entera trascurrió en estos trabajos continuos sin consecuencia definitiva.

Los indíjenas de Puren fueron entre todos los mas obstinados para fomentar i sostener tan larga i tremenda lucha.

Los tres caudillos de estos indios, Paillamacu, Pelantaro i Ancanamon, eran enemigos verdaderamente formidables por la audacia i la tenacidad.

Don Martin García Oñez de Loyola no pudo saborear la satisfaccion de doblegarlos.

III.

A fines del año de 1598, el gobernador se hallaba en la Imperial.

Teniendo que arreglar ciertos negocios en Angol, determinó pasar a esta ciudad.

Estaba haciendo los preparativos del viaje, cuando le llegaron cartas de Angol, en que el correjidor i otras personas respetables de aquella poblacion le anunciaban haber averiguado de unos prisioneros de guerra, que los indios de Puren estaban promoviendo un alzamiento jeneral.

Estas noticias desagradables fueron confirmadas por las revelaciones misteriosas de dos caciques amigos, que residian en las inmediaciones de la Imperial.

A pesar de todo, don Martin García Oñez de Loyola, que siempre se habia preciado de ser hombre firme en sus resoluciones, persistió en ir a Angol, a donde le llamaban asuntos urgentes.

Lo único que determinó, en vista de los temores de una sublevacion, fué dirigirse a esta ciudad con un acompañamiento poco numeroso.

Creia que de este modo haria el viaje con mayor rapidez, corriendo por lo mismo ménos riesgo de ser asaltado; i se proponia ademas no debilitar la guarnicion de la Imperial.

Como era mui natural, todos discutian la probabilidad i la importancia de la insurreccion.

Era aquel el tema de las conversaciones.

El gobernador andaba tambien mui impresionado con aquella novedad, cuyos resultados podian ser mui desastrosos.

Una de aquellas noches se acostó inquieto i afebrado a causa de este pensamiento en que se llevaba cavilando.

Fué entónces acometido de una pesadilla, que le molestó en gran manera.

Se vió en sueños despedazado por unos toros feroces.

Esta alucinacion le hizo experimentar una tortura horrible en el cuerpo i en el alma.

Cuando, por el exceso mismo del sufrimiento, recobró los sentidos, percibió con asombro que un perrito predilecto, que siempre estaba a su lado, lanzaba ahullidos lastimeros, ocultándose debajo de la cama, como si fuera perseguido por una vision espantosa.

Talvez los ahullidos del animalito, provocados por un motivo cualquiera, habian contribuido mucho a la pesadilla de su amo.

A pesar de su entereza de ánimo, aquel suceso turbó bastante a Oñez de Loyola.

Al dia siguiente, muy de madrugada, se fué a confesar, i comulgó con mucha devocion.

Sin embargo, no tuvo la menor vacilacion acerca del viaje a Angol que tenia decidido.

Sucedió una coincidencia estraña.

Aquella misma mañana, el chantre don Alonso de Aguilera fué a visitar a don Martin García.

—Señor gobernador, le dijo, anoche he tenido un sueño relativo a Vuestra Señoría, que me ha parecido oportuno poner en su conocimiento.

Este preludio desazonó a Oñez de Loyola, pero pudo ocultar su emocion.

—Señor prebendado, agradecería a Vuestra Merced que me lo comunicase.

—He soñado que Vuestra Señoría entraba en combate con un cuerpo de indios rebeldes, i que moria en la pelea.

El semblante del gobernador se demudó; pero

haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, consiguió que su conmoción no se trasluciese en el sonido de su voz.

—Si creyera en prodijios, tendría motivo para alarmarme. Recuerdo que estando en Madrid, un astrólogo extranjero me pronosticó que en este año de 1598, me hallaría yo en un grande aprieto; pero que si escapaba de él, sería hombre de gran fortuna. Me entregó aun un pergamino en el cual había redactado en latin este horóscopo.

—Ya quedan mui pocos días de ese año fatal de 1598. ¿Por qué no permanecería Vuestra Señoría en la Imperial hasta que trascurriesen?

—Sería indigno de un militar, señor prebendado, aplazar la realizacion de un viaje necesario i urgente, solo por prestar crédito a sueños i pronósticos.

—Es verdad que los sueños son sueños i los pronósticos, pronósticos; i que no debe creerse fácilmente en ellos; pero en ocasiones, son advertencias del cielo.

Cualesquiera que fuesen las inquietudes que don Martin García experimentaba allá en sus adentros, i quizá a causa de ellas mismas, temeroso de ceder a las flaquezas del ánimo, perseveró inquebrantable en su resolucion primitiva.

Partió de la Imperial el 21 de diciembre de 1598.

Acompañábanle cincuenta i tantos oficiales i soldados reformados o veteranos, entre quienes se contaban algunos de importancia: el capitán Gallegui-

llos, que iba a ser nombrado maestro de campo jeneral del reino; el capitán Gabriel Lucero, que iba a ser nombrado sarjento mayor; i el capitán Juan Guirao, «persona de mucho valor i esperiencia, a cuyo cargo marchaba toda la jente de guerra,» a lo que refiere un antiguo cronista.

Caminaban tambien con ellos el provincial de San Francisco frai Juan de Tovar, el relijioso de la misma órden frai Miguel Rosillo, el hermano lego frai Melchor de Arteaga i un presbítero Bartolomé Pérez o Valléjos.

Un cuerpo de ochenta indios amigos o yanacunas los seguia para prestarles sus servicios en el camino.

Como se habian sabido los presajios funestos que habian ocurrido, los españoles de la Imperial contemplaban aquella partida con profunda tristeza.

Todos temian que fuera a sobrevenir alguna gran desgracia.

Esta mala disposicion de los ánimos i la marcada inclinacion de los hombres de entónces a ver por todas partes hechos portentosos, hicieron que muchos percibieran nuevos signos de calamidad.

Al tiempo que el gobernador i sus compañeros salian de la ciudad, cruzó con mucho ruido por el cielo una numerosa bandada de aves nocturnas.

En aquel momento, no habia nubes.

De repente principió a levantarse en el horizonte una mui grande i negra.

Cuando hubo alcanzado a cierta altura, se dividió en dos.

Muchos espectadores sostuvieron que habian visto convertirse una de aquellas nubes, en un escuadron de guerreros monstruosos, i la otra, en una nave tripulada de seres parecidos a los anteriores.

Lo que aquellas buenas jentes aseguraron haber visto no se limitó a esto solo, pues contaron ademas que los hombres horribles, tanto del escuadron, como de la nave, trabaron encarnizada contienda.

El cielo se cubrió de manchas coloradas, que representaban la sangre derramada.

Un golpe de viento disipó aquella espantosa vision.

Esto fué lo que vieron los vecinos de la Imperial; o mas exactamente, lo que creyeron haber visto.

Miéntas tanto, sucedieron a don Martin García Oñez de Loyola incidentes ménos épicos, pero que fueron interpretados como fúnebres augurios.

Los recelos supersticiosos de un desastre se habian apoderado de sus mismos acompañantes.

El trompeta que llevaba el gobernador para anunciar sus órdenes era un flamenco llamado Abrahan.

No habian aun recorrido gran trecho de camino, cuando éste se presentó con aire turbado a don Martin García.

—Señor gobernador, sírvase Vuestra Señoría darme licencia para volver a la Imperial.

—¿Por qué?

—Porque mi corazón me va repitiendo: ¿A dónde vas, Abrahan?; i mi corazón me ha dicho siempre la verdad.

—Es vergonzoso para un soldado tener miedo a fantasmas.

—Así será; pero si Vuestra Señoría no tiene a bien concederme la licencia que solicito, yo...

—¿Qué?

—Me la tomaré.

—I yo te haré entónces aplicar el castigo que habras merecido.

El trompeta se hizo a un lado.

No se tardó en avisar al gobernador que el flamenco Abrahan se habia aprovechado de la primera oportunidad para fugarse.

Esta noticia aumentó la zozobra interior de don Martin García, aunque lo disimuló.

La serenidad que se esforzaba por conservar sufrió todavía un golpe mas récio.

Su perrito predilecto se puso a hacerle fiestas i demostraciones extraordinarias de afecto.

El gobernador se distrajo acariciándole.

Pasado algun rato, don Martin García notó que el perrito habia desaparecido, i preguntó por él.

En vano se le buscó, porque no se pudo hallarle.

Un yanacona comunicó entónces que le habia visto tomar el camino de la Imperial.

Como puede presumirse, esta conducta tan estra-

ña en un animal fiel, que estaba acostumbrado a no separarse de su amo, fomentó el presentimiento de alguna desgracia.

¿Cuál podría ser?

IV.

Los españoles hicieron la primera jornada sin accidente notable.

Uno de ellos pretendió haber divisado allá a lo lejos, en la cima de un cerro, medio oculto en el follaje de un bosque, a un indio a caballo, que parecía estar espionando.

Se envió a la descubierta a algunos jinetes, que, despues de practicadas las exploraciones del caso, volvieron a decir que todo estaba silencioso i solitario.

La vista del supuesto indio debia haber sido un engaño de los sentidos.

Como se aproximara la noche, el gobernador determinó alojarse en un sitio que unos cronistas de nominan Curalava; i otros, Curazava.

Era una angostura fragosa, formada por una loma, que se levantaba a la derecha, i el barranco de un rio, que se abria a la izquierda.

El terreno estaba cubierto de árboles en cuyos troncos se enredaban plantas parasitas, i entre los cuales crecian matas i yerbas de toda clase.

Todo aquello componia una enmarañada espesu-

ra, en la cual habia el claro donde los españoles levantaron sus tiendas para alojarse.

La noche aparecia mui lóbrega, no solo porque el cielo estaba medio encapotado, sino tambien a causa de las sombras que producía el denso follaje.

Los viajeros encendieron numerosas fogatas para calentarse i para alumbrarse.

Habiéndose colocado en torno de ellas, se entretuvieron en comer i en conversar.

El ruido que se hacia en el campamento contrastaba con el profundo silencio que habia en todas las inmediaciones.

Solo de cuando en cuando, se mezclaban a las voces i a las risas de los españoles los gritos lúgubres de algunas aves nocturnas, en que ellos no fijaban la atencion.

En uno de los principales grupos, se habria podido ver, junto con el provincial Tovar, el presbítero Valléjos i los capitanes Galleguillos, Lucero i Guirao, al goberndor don Martin García Oñez de Loyola, dignado a las miradas, tanto por las respetuosas consideraciones de que era objeto, como por el hábito i la cruz de Calatrava que llevaba bajo un capotillo de camino color pardo. Como buen majistrado español, ostentaba aun en el reposo del alojamiento, el baston de puño de oro, insignia del mando superior.

Como al dia siguiente debian entrar en Angol, i las horas habian ido trascurriendo sin que hubiera

novedad, tanto don Martin García, como todos los demas, habian ido desechando los temores que los habian traído inquietos.

Sin embargo, determinaron pasar en vela la mayor parte de la noche para estar apercebidos contra cualquiera sorpresa.

Allá al último cuarto, el cansancio i el sueño principiaron a hacerse sentir.

El capitán Guirao, que observó la molestia que estaban soportando, les dijo:

—Caballeros, me parece inútil que os incomodeis por mas largo tiempo. La noche va a concluir, i ya veis que no ha sucedido nada. Tomad algun descanso ántes de que prosigamos el viaje. Yo permaneceré despierto por lo que pueda ocurrir.

Habiéndose aceptado la idea, todos se retiraron a sus tiendas.

Al fin de algun rato, jefes i soldados, agobiados de fatiga, estaban sumerjidos en el sueño mas profundo.

Miéntas tanto, algunos centenares de indios de Puren, acaudillados por Ancanamon i Pelantaro, permanecian emboscados en la espesura vecina, aguardando la ocasion mas propicia para el asalto.

Los jefes mencionados habian tenido noticia del viaje que Oñez de Loyola iba a emprender desde la Imperial hasta Angol, i habian decidido atacarle.

Aquel indio a caballo que uno de los españoles creyó percibir en la cima de un cerro no habia sido una ilusion.

Era uno de los espías que Ancanamón i Pelantaro tenían apostados de trecho en trecho para ir conociendo a punto fijo los movimientos de la comitiva del gobernador.

Aquellos gritos de aves nocturnas que se habían mezclado a las voces de los españoles alojados en Curalava, i en los cuales éstos no habían fijado la atención, habían sido señales convenidas, dadas por los indios que, ocultos en el follaje, observaban cuánto pasaba en el campamento.

Pelantaro, mas impaciente que Ancanamón, había propuesto ejecutar el asalto mucho ántes.

—Aprovechemos pronto la ocasión, había dicho; no sea que la perdamos.

—Aguardemos todavía, le había contestado el prudente Ancanamón. La hora mas propicia es el amanecer. No habrá entónces bastante claridad para que podamos ser bien percibidos, ni bastante oscuridad para que corramos el riesgo de no distinguir bien lo que nos conviene hacer. Esa será tambien la hora en que los españoles se hallarán mas descuidados i mas dormidos.

Pelantaro se rindió a las razones de Ancanamón, i aceptó el plan que éste proponía.

Los indios principiaron por apoderarse, sin ser sentidos, de los caballos de los españoles.

Después asaltaron el campamento, divididos en tres cuerpos.

El capitán Guirao alcanzó a dar un solo grito de alerta, i fué muerto en el acto.

Muchos no percibieron ese grito, siendo ultimados sin que hubieran despertado.

Algunos pudieron levantarse, i aun medio armarse; pero no tardaron en sucumbir abrumados por el número, i desatentados por la sorpresa.

El padre Juan Tovar se arrodilló i dirigió a Dios una fervorosa oracion. En esta actitud, recibió la muerte.

El gobernador, que oyó la alerta, salió de su tienda desnudo, con la espada en una mano i el escudo en la otra.

Se esforzó por convocar a los suyos para ensayar una resistencia desesperada.

Però no tardó en sucumbir.

Los indios de Puren mataron a todos los del campamento.

Solo hicieron dos prisioneros: el capitan Escalante, a quien asesinaron algun tiempo despues; i el presbítero Pérez o Valléjos, que tuvo la buena fortuna de ser canjeado mas tarde por un cacique.

Escaparon tres indios ausiliares, que llevaron a los españoles aquella infausta noticia.

Ancanamon i Pelantaro cuidaron de cortar al gobernador la cabeza, cuyo cráneo trasformaron en copa para beber en las fiestas solemnes.

Habia tomado parte en aquella fatal jornada, un tal Bernardo Pereda, buen soldado, el cual habia ido talvez mas pesaroso que otros, porque se habia casado recientemente en la Imperial.

Recibió en el asalto veintitres heridas, i quedó por muerto entre otros cadáveres.

Al fin de algunas horas, volvió en sí, i se halló sangriento i completamente desnudo.

Las numerosas heridas le hacian soportar agudísimos dolores; pero no osaba quejarse, temeroso de que si los indios le veian, le quitaran el soplo de vida que le restaba.

Tenia miedo hasta de hacer el mas leve movimiento.

Al fin, no percibiendo el mas lijero ruido, se animó a levantar la cabeza, i a mirar.

El espectáculo que se ofreció a su vista era horroroso.

El campo se hallaba cubierto de cadáveres espantosamente mutilados.

Pero habia el mas triste silencio i la mas lúgubre soledad.

Pereda se levantó entónces como pudo.

Presumiendo que los indios habian de volver a deleitarse en el teatro de su triunfo, creyó que no podia permanecer en aquel sitio con seguridad.

Arrastrándose como un reptil, descendió hasta el rio que corria por el barranco.

Sació allí la sed que le devoraba.

Despues se agazapó en el tronco hueco de un árbol, acomodando las ramas de un arbusto para que ocultasen mejor su escondite.

Esperimentaba un hambre insoportable, i no hallaba cómo satisfacerla.

A fuerza de mirar i de pensar, descubrió que dos culebras tenian vecina su guarida, i que se ocupaban en perseguir a las lagartijas.

Se injenió entónces para dar caza a estos animalitos, que le parecieron de un sabor esquisito.

Por varios dias, se alimentó solo con lagartijas.

Sin embargo, se consideraba mui feliz.

Esta satisfaccion no tardó en ser enturbiada.

Pereda percibió que los indios volvian a contemplar los cadáveres de los españoles.

Como los bárbaros habian tenido tiempo de observar mui detenidamente a todos los que habian ido acompañando al infortunado gobernador, sabian a punto fijo cuántos eran.

En la ocasion de que estoi hablando, se complacieron en contar los cadáveres, i conocieron que faltaba uno, el de Pereda.

Sin tardanza, se pusieron a buscarlo.

El pobre soldado, que lo estaba viendo todo desde el hueco del árbol, se creyó perdido.

Los indios anduvieron rondando por las inmediaciones.

Pereda, en medio de la mayor angustia, se ayudaba mentalmente a bien morir.

Por fortuna suya, se cansaron de buscar, i se fueron.

Todavía no fué esto lo peor.

Una fiebre violenta puso a Pereda delirante.

Por la noche particularmente, oia que sus com-

pañeros muertos le llamaban en su auxilio, i se lamentaban con una amargura que partía el corazón.

Pereda no tuvo fuerzas para soportar por mas tiempo este martirio.

Así resolvió esponerse a todos los riesgos por huir de aquel infierno.

Salió del hueco del árbol i se dirijió a la Imperial.

Estaba tan debilitado, i ademas andaba con tantas precauciones, que empleó setenta dias para recorrer diez leguas.

Cuando llegó a la Imperial, llevaba la cara tan hinchada i horrible, que desde luego no le conocieron ni su suegro, ni su misma mujer.

Tuvo que presentarse él mismo, por decirlo así.

—¡Bienaventurado San Antonio! exclamó el suegro. ¿No aseguraba yo que el glorioso santo me habia de devolver este hijo? ¡Era imposible que hubiera muerto un hombre colocado bajo su amparo!

I era la verdad que así lo habia estado sosteniendo i repitiendo todo aquel tiempo hasta el punto de hacer pensar que el sentimiento le habia trastornado el juicio.

EL TEJOJE.

I.

La historia de la conquista de América contiene alguna de las atrocidades mas espantosas que recuerda la memoria humana.

Es preciso leer en las crónicas i documentos contemporáneos los excesos de crueldad a que se entregaban, tanto los españoles, como los indíjenas, para comprender hasta qué punto llegaron esos excesos.

Los españoles se preciaban de ser mui buenos i mui devotos católicos; i sin embargo, se hacian habitualmente reos de horrores en nada diferentes de aquellos que nos complacemos en censurar a los antiguos paganos.

Los indios han solido ser pintados por ciertos escritores como modelos de dulzura; i sin embargo, practicaban constantemente actos que solo habrian parecido propios de los mas feroces animales de presa.

Los conquistadores i los conquistados eran en este orden verdaderamente dignos los unos de los otros.

Cualquiera que se instruya en los pormenores de sus hechos testificará la exactitud de esta imputacion, si hai álguien que la calificara de severa.

La consideracion de lo que entónces se ejecutaba como lícito i ordinario hace estremecer.

No podríamos creerlo si no fuera referido por los autores mas serios i fidedignos.

Sin embargo, el conocimiento de las iniquidades que se realizaban en este continente apénas tres siglos i medio atras, produce en el ánimo una impresion consoladora, porque nos permite estimar los progresos inmensos que la moralidad humana ha alcanzado en un tiempo relativamente corto, i confiar en que cada vez han de ir siendo mayores.

II.

Trasladémonos a la provincia de Nicaragua, allá por el año de 1524, en que Francisco Hernández de Córdoba estaba llevando a cabo la conquista de esta comarca por encargo del gobernador del Darien Pedrarias Dávila.

Los naturales de dicha comarca habrian podido clasificarse entre las bestias por la ferocidad de los gustos i de las costumbres.

No tenian ningun respeto a sus semejantes.

Baste saber que, como sucedia a la mayor parte de los indíjenas de la América, lo que constituia sus delicias era la comida de la carne humana.

Entre ellos, los niños bien alimentados eran tan apetecidos i tan saboreados, como, entre nosotros, los terneros gordos.

I habia padres que no tenian reparo en empeñar o vender a sus pequeños hijos a ciencia cierta de que los esponian al riesgo de ser devorados en repugnantes banquetes.

Esta predileccion a la carne de niños no significaba que la de los adultos, i aun la de los viejos, fuese despreciada.

El paladar de aquellos salvajes encontraba sus méritos especiales a la carne de los unos, i a la carne de los otros.

Los nicaragüenses, en materia de consumo, procedian con los hombres, ni mas ni ménos como nosotros con el ganado.

Entre estos bárbaros, habia algunos habilísimos para disfrazarse, cubriéndose con las pieles de diferentes animales, e imitando el modo que éstos tenian de andar i de gritar.

Era el mencionado un ardid a que recurrían en sus venganzas, en sus rapiñas, en sus guerras.

No obstante, la mayoría de estos indíjenas era tan brutá, que, sin fijarse en la realidad de las cosas, tomaba a lo serio muchas de las farsas referidas.

Estaba persuadida de que habia brujos i brujas, a quienes denominaba *tejojes*.

Cuando desaparecia cualquier objeto, o algun pobre niño, suponía que habia sido arrebatado por

alguzo de estos seres misteriosos i maléficos.

Atribuía una esplicacion sobrenatural a lo que habria podido tener una mui sencilla.

El vulgo de los nicaragüenses era tan cruel, como necio.

Francisco Hernández de Córdoba, a fin de dominar la comarca, habia fundado: primero las ciudades de Brusélas i de Granada; i en seguida, la de Leon.

Juntamente, habia tratado a los naturales con la dureza que los españoles desplegaben siempre contra los indios.

Los nicaragüenses, aunque animosos, experimentaban un pavor insobrepujable a la vista, i sobre todo a la carga de los caballos.

Aquellos animales, que salvaban el espacio con una rapidez indescriptible, los sobrecojian de terror.

No osaban oponerles la menor resistencia.

Apénas los divisaban, buscaban su salvacion en la fuga.

Sin embargo, pasada la primera sorpresa, los naturales de las inmediaciones de la ciudad de Leon meditaron en los medios mas eficaces de combatir a sus poderosos e implacables enemigos.

Despues de mucho discurrir i de mucho hablar, decidieron que seria conveniente atacar a los caballos, o mas bien dicho, a los españoles montados a caballo, empleando alguno de los disfraces de animales que acostumbraban usar en sus agresiones contra los individuos o contra las tribus.

Pero, aceptado el arbitrio, se hallaron irresolutos acerca del disfraz que debian preferir.

Todos los animales de la comarca, cuyas pieles podian revestir, eran a su juicio evidentemente inferiores a los caballos.

Ni los lagartos, ni los tigres, ni los leones podian, segun pensaban, oponerse a bestias tan formidables.

Era menester inventar algo que fuese todavía mas imponente.

A fuerza de meditar, creyeron haber descubierto lo que necesitaban.

Habiendo llegado a la persuasion de que lo único capaz de intimidar a los caballos era algun monstruo nunca visto, se lisonjearon con la idea de haber hallado el modo de formarlos.

Tan luego como concibieron el proyecto, lo pusieron en ejecucion.

Se apoderaron por sorpresa de todos los indios ancianos i de todas las indias ancianas que habia en el lugar.

Despues los asesinaron impiamente.

Nadie trató de defenderlos.

Tal enormidad parecia enteramente lejitima.

En seguida, estrajeron las entrañas i las carnes, procurando conservar las pieles con las menores lesiones posibles.

Aquellas bestias humanas se regalaron en un sacrilego festin con los restos sangrientos de sus abuelos i de sus padres.

Saborearon hasta el último bocado.

Lo único que conservaron fueron las pieles.

Habiendo vuelto lo de adentro para afuera, los guerreros mas esforzados se vistieron con ellas.

Aquel ropaje espantoso los cubria desde la cabeza hasta los piés.

Solo se percibian vivos unos ojos feroces, los cuales relucian por entre las aberturas que habian servido a los de las víctimas.

Eran las figuras mas repelentes i horribles que la imaginacion puede concebir.

Los indios disfrazados en esta forma causaban pavor a sus mismos compatriotas.

Así, todos celebraron la invencion, confiando en que ella habia de ser suficiente para aterrar a los extranjeros.

No tardó en llegar a noticia de Hernández de Córdoba el alzamiento de los indios.

Sin pérdida de tiempo, se puso a la cabeza de un cuerpo de españoles para subyugar a los insurrectos.

Contra su costumbre, los indios los aguardaron a pié firme.

Una actitud tan inusitada llamó la atencion de Hernández de Córdoba, que mandó hacer alto para examinar lo que pasaba.

Los indios lanzaban gritos, i tocaban sus tambores, despreciando a los castellanos.

Junto con esto, empezaron a disparar sus flechas.

Por extraño que fuera todo aquello, hubo todavía algo que asombró mas a los castellanos.

Las primeras filas de la línea de batalla de los indíjenas estaban formadas por unos monstruos sangrientos, cuya naturaleza los españoles no atinaron a esplicarse desde luego.

Hubieron menester de alguna reflexion para presumir toda la abominacion de la estratajema empleada.

Sintiéndose entónces arrebatados por una justísima cólera, arremetieron contra los indíjenas; i descargaron de preferencia sus golpes sobre los guerreros cubiertos de pieles humanas, hasta no dejar uno solo con vida.

La derrota de los sublevados fué completa.

Los indios se convencieron de que los conquistadores eran invencibles, puesto que aquel arbitrio no habia surtido efecto contra ellos.

III.

El año de 1528, Pedrarias Dávila desempeñaba el puesto de gobernador de Nicaragua.

La ciudad de Leon, que era la capital de la provincia o del reino, contaba ya a la sazón doscientos vecinos.

El gobernador era individuo entrado en años. Confesaba tener unos ochenta; pero la jenté, que le acusaba de rebajarse la edad, le suponía cerca de noventa.

Sin embargo, a pesar de la vejez, se manifestaba siempre enérgico i duro, particularmente con los indios.

Era para ellos un hombre sin entrañas.

La gran mayoría de sus paisanos se le asemejaba en esto.

Cierto dia, Pedrarias Dávila se hallaba en su casa displicente por los achaques de la edad i por los desengaños de la vida, quizá tambien por el remordimiento de la muerte que habia dado al ilustre Balboa.

Un caballero amigo suyo se introdujo a su presencia, trayendo el rostro demudado por la expresion del mas profundo dolor.

—¿Sabe Vuestra Señoría lo que sucede?

—¿Qué cosa?

—Encomiende Vuestra Señoría a Dios el alma del tesorero real don Alonso de Peralta.

—¿Ha muerto?

—Sí, magnifico señor.

—Pero ¿cómo? Hace mui pocos dias se despedia de nosotros sano i robusto para visitar su encomienda.

—Efectivamente así es la verdad, señor gobernador; pero, por desgracia, los indios le tendieron una celada, le sorprendieron, i le han comido a él i a su caballo.

—¡Por la sangre de Cristo! exclamó Pedrarias, levantándose de su asiento, i manifestándose dividido entre el pesar i la indignacion.

—El rei ha perdido al mas leal de los servidores; i nosotros, al mejor de los amigos.

--¡Por el apóstol Santiago! haré un escarmiento ejemplar de que esos indios abominables se acordarán hasta la quinta jeneracion.

El viejo gobernador estaba impartiendo las órdenes mas premiosas para que se aprehendiera a los asesinos del tesorero Peralta, o a cualesquiera otros indijenas que pagasen por ellos, cuando fué interrumpido por un nuevo visitante, cuyo rostro estaba tan trastornado como el del primero.

El gobernador conoció que era portador de malas noticias.

Así, se apresuró a romper el silencio.

—¿Qué otra desgracia ocurre?

—Los indios se han comido a don Juan Zúñiga.

—¡Pero esto es horrible!

—Han devorado igualmente a su caballo.

—Estos idólatras detestables no pueden tener almas capaces de recibir la gracia del bautismo.

Pedrarias, como era natural, reagravó entónces, si era posible, las órdenes que estaba dictando contra los delincuentes reales o presuntos.

Todo inclina a creer que los indijenas de Nicaragua habian tramado en aquellos dias el plan formal de alimentarse con la carne de los españoles i de sus caballos.

Despues de la ineficacia de la estratajema de los disfraces con pieles humanas, los naturales habian

adquirido la convicción de que no era posible atacar con ventaja a los invasores europeos en batalla campal.

Sin embargo, su apetito de antropófagos los impulsaba a probar la carne i la sangre de los conquistadores.

Se imaginaban que la una i la otra habian de ser sabrosas.

Era la aspiracion de una gastronomía repugnante.

Se habia visto a los sibaristas refinados del antiguo mundo rebuscar los deleites de la gula en la variedad artificial de las especies animales.

Los bárbaros de Nicaragua presumian tambien que habia de haber diferencias entre las carnes humanas.

En consecuencia, no habian podido resistir al deseo de dar toda clase de satisfacciones a sus gustos abominables.

Los que no vacilaban en comerse a su abuelos a sus padres, a sus abuelas i a sus madres, ¿por qué no habian de saborear los miembros de sus enemigos?

Los nicaragüenses habian pensado que este razonamiento era mui lejítimo, i habian ajustado a él su manera de obrar.

Aprovechándose de las visitas periódicas que los españoles hacian a sus encomiendas, habian procurado apoderarse por sorpresa de sus personas i de sus caballos, i se habian alimentado con los unos i los otros.

Apénas habia llegado la noticia de que los indios se habian comido al tesorero Peralta i al hidalgo Zúñiga, ni mas ni ménos como los hombres civilizados habrian podido comerse un pescado, un ave o' un buei, se supo que habian ejecutado otro tanto con dos hermanos españoles llamado Baezas.

Inmediatamente se averiguó que igual cosa habia sucedido a tres o cuatro españoles mas.

Todos ellos habian ido a visitar sus encomiendas, o si se quiere dominios para colectar sus rentas, sin recelar por supuesto, ni remotamente, que se esponian al riesgo de servir de pasto a sus propios súbditos.

Los conquistadores mencionados habian sido devorados juntos con sus caballos.

Los indijenas hacian mui poca diferencia, o no hacian ninguna, entre los unos i los otros.

En cuanto a los castellanos, establecian por supuesto una gran distincion entre los jinetes i sus cabalgaduras; pero asignaban un precio subidísimo a las segundas, que se ávaluaban entónces en la América por millares de pesos.

Así, aunque no podian espresar, como los nicara-güenses, el daño causado, diciendo que habian sido devorados siete cristianos, i siete caballos, asimilando los unos a los otros, sin embargo, tenian que convenir en que habian sido privados de siete hombres, lo que constituia una pérdida enorme, i de siete caballos lo que no era tanto, pero sí mucho.

Los agentes de Pedrarias no tardaron en apoderarse de dieziocho indíjenas, que eran realmente culpables de estas fechorías, o a quienes se suponía tales.

Sin entrar en mui prolijas indagaciones, el gobernador los condenó al suplicio de los perros.

El 16 de junio de 1528, fué el dia señalado para la ejecucion.

Todos los vecinos i moradores de la ciudad de Leon concurrieron a la plaza principal, en que habia de representarse la trájica escena.

El gobernador ocupaba un sitio de honor.

¿Por qué el que, oculto entre las plantas de un cañaveral, se habia complacido en presenciar la muerte violenta de Vasco Nuñez de Balboa, el insigne descubridor de la Mar del Sur, no habia de buscar un alivio a los fastidios de la vejez contemplando a la luz del sol el despedazamiento de miserables indios por medio de perros bravíos?

¡Que diversion mas honesta, o mas inocente!

Cada uno de los condenados fué sucesivamente lanzado a la plaza tan desnudo como vino al mundo, i con un palo en la mano.

Un intérprete le hacia saber que se le dejaba aquella arma para que se defendiese contra los enemigos que iban a acometerle.

Despues de esto, se azuzaba contra el condenado a cinco o seis perros cachorros.

Por furiosos que éstos arremetieran; i aunque

arrancasen bocados de carne, el indio lograba protegerse, gracias a su palo, contra la inesperada de los asaltantes.

Aquella lucha, propia del circo romano, se prolongaba algun tiempo.

Este sistema de procedimientos lentos producía los dos importantes resultados de adestrar a los perros desde pequeños en la caza de hombres, i de alargar los tormentos de las víctimas.

Cuando el indio estaba ya bien fatigado, se lanzaba contra él a dos o tres lebreles o alanos experimentados, que, en vez de limitarse, como los perros nuevos, a correr ladrando en torno suyo, i a dirijirle de cuando en cuando, mordiscones, se le iban al cuerpo, le derribaban en tierra, i así postrado le desollaban i destripaban en compañía de los cachorros, los cuales acudían a participar del festín.

Este espectáculo horrendo divertía a los vecinos de Leon mas que una corrida de toros.

La misma nefanda escena se repitió consecutivamente hasta dieziocho veces.

Los perros comieron tanta carne de indios, que se hartaron sin alcanzar a consumir toda la que había.

Pedrarias ordenó que se dejasen abandonados en la plaza aquellos dieziocho cadáveres, o mejor dicho deformes troncos humanos, para que los perros continuasen alimentándose con ellos.

I para asegurar el cumplimiento de esta disposi-

sion, intimó a los indios que si alguno osaba llevar los, seria castigado con la misma pena.

Como la triste suerte de sus compatriotas habia amedrentado sobre manera a los nicaragienses, respetaron con la mayor estrictez la órden del gobernador.

Aunque se procuró tener a los perros hambrientos, la carne humana que se les ofrecia era tan abundante, que, despues de tráscurridos dos o tres dias, quedaba todavía mucha sin consumir.

El temperamento de la ciudad de Leon es caloroso.

Empezó, pues, a levantarse un hedor insoportable, que infestaba la poblacion.

Los españoles temieron que se produjera una peste.

En consecuencia, el gobernador hizo publicar un bando, por el cual mandaba que los indios fuesen a botar al campo aquellos infectos desperdicios humanos.

Apénas los indíjenas conocieron esta nueva disposicion, corrieron a ejecutarla.

Fué asombrosa la rapidez con que limpiaron la plaza.

¿Quiere saberse para qué arrebataron con tanta celeridad los restos de los ajusticiados?

No fué por cierto ni para apartarlos de la vista, ni para tributarles algun piadoso homenaje.

Fué simplemente para comérselos.

Esto seria increíble si no estuviera atestiguado del modo mas fehaciente por la historia.

Los conquistadores i los conquistados se merecian.

La inhumanidad de los unos correspondia a la inhumanidad de los otros.

I no vaya a imaginarse álguien que la matanza de indios a diente de perros, que acabo de referir, fuera una cosa extraordinaria.

Nó, de ningun modo.

Por lo contrario, era una práctica frecuentísima.

Los conquistadores llamaban esto *aperrear* indios.

IV.

Los indijenas de las cercanías de Leon que habian tocado el arbitrio de cubrirse con las pieles de los ancianos de su tribu para atacar a los conquistadores habian recibido desde entónces, i con alusion al caso, la denominacion de *desollados*.

Entre los caciques que los rejian, se contaba Galtomal.

Este habia tenido de una de sus mujeres un hijo, que solo habia llegado a la edad de seis o siete meses, i a quien amaba con el mas tierno afecto.

Los antropófagos tienen corazon, como los demas hombres.

Galtomal vivia temeroso. de que algun tejoje, hombre o mujer, le robara a su hijito para comérselo.

Habiendo sabido que ciertos niños habian desaparecido en la vecindad, esperimentó el mayor sobresalto de que le sucediera igual desgracia.

El *aperramiento* de los indios que habian devorado al tesorero Peralta i a los demas, i otros suplicios análogos, que habia presenciado, le habia infundido la mas alta opinion de los perros.

Estaba persuadido de que estos animales eran los únicos que podian amparar un hogar contra las agresiones de los tejoses.

En consecuencia, deseó adquirir un perro a toda costa.

El amor de padre que profesaba a su hijo le hizo vencer toda timidez, induciéndole a presentarse a su encomendero con la solicitud mencionada.

Este, que se llamaba Luis Farfan, i era un hidalgo bondadoso, recibió al indijena con benevolencia.

—Sírvasse Vuestra Merced dar-me un perro.

—¿Para qué lo quieres?

—Para defenderme de los tejoses, que andan en torno de mi casa.

Los españoles creian en brujos, como los indios.

Así, Farfan estuvo mui distante de juzgar disparatado el temor que el cacique manifestaba.

—Casualmente tengo una perra preñada, contestó el encomendero. Tan luego como pára, tendrás un cachorro que podrás criar para que te guarde la casa.

Galtomal se retiró halagado con la esperanza, pero no tranquilizado por lo pronto.

Dentro de algun tiempo, gracias a la buena voluntad de Farfan, tendria un guardian vijilante i bravo que protejeria a su hijo.

Pero ¿mientras tanto?

Galtomal temia aun que algun tejoje, conocedor del paso que acababa de dar contra los de esa raza maldita, se apresurara a arrebatarse al niño.

El cacique tomó cuantas precauciones se le ocurrieron para apartar tamaña calamidad.

Por la noche, a la hora de dormir, cojió al niño, le cubrió bien con una manta a fin de ocultarle en cuanto fuese posible, i se acostó con él entre los brazos.

Su mujer se acomodó a corta distancia.

Otros cinco o seis indios se tendieron en el mismo rancho.

Al cabo de algunas horas, todos ellos se durmieron profundamente.

A pesar de la inquietud, Galtomal hizo otro tanto.

La madre pagó tambien a la naturaleza el tributo del descanso periódico.

Cuando el cacique despertó al siguiente dia, notó aterrizado que el niño no estaba entre sus brazos.

Se levantó medio loco.

—¿Dónde está mi hijo?

Esta pregunta dió la alarma.

Se buscó al niño por todas partes, i en ninguna se encontró.

Siendo inútiles las exploraciones que hicieron dentro de la casa, las continuaron por el vecino campo.

La madre corria de acá para allá sin darse cuenta de lo que ejecutaba.

De repente lanzó un grito desgarrador.

Todos acudieron a su lado.

La india habia hallado en el suelo una sarta de piedras verdes que el niño llevaba al cuello.

La infeliz aplicaba al collar besos convulsivos.

Galtomal i sus sirvientes se pusieron a examinar con atencion los alrededores del lugar en que se habia hallado la sarta de piedras verdes.

—¡Ah! exclamó el cacique desesperado: aquí están los rastros del tejoje.

I hablando así, mostraba la tierra removida.

—Yo lo sospechaba, prosiguió; pues hace dos dias observé, rondando en torno de la casa, a dos grandes perros que debian ser tejojes. Por eso habia deseado prevenirme contra ellos.

No tardaron en descubrirse entre las yerbas manchas de sangre, i despues pedazos del cráneo del pobre niño.

No podia quedar duda acerca de la suerte que le habia cabido.

El cacique, queriendo desahogar su dolor, fué a referir su desgracia a su amo.

Don Luis Farfan i otros españoles, entre ellos un canónigo llamado don Lorenzo Martin, se trasladaron al sitio de la catástrofe.

Despues de haber oído los diversos testimonios, i de haber examinado por sí mismos los indicios ántes mencionados, declararon que no podia ponerse en duda la existencia del vampiro conocido en la comarca con el nombre de *Tejoje*.

UN FUERTE ESPAÑOL EN EL TERRITORIO ARAUCANO.

La antigua guerra de Arauco fué excesivamente penosa.

Es esta una frase que leemos, o que decimos con frecuencia; pero sin penetrarnos bien de toda la verdad que contiene.

A causa de lo mucho que se ha empleado, se ha gastado, por decirlo así.

Sucede con ella lo que con las cosas mui manoseadas: no fijamos en su significado toda la atención que corresponderia.

Por esto conviene que rectifiquemos con el estudio de los hechos la terrible exactitud de la idea a que esa frase sirve de espresion

El episodio que voi a referir con datos tomados en su mayor parte a testigos presenciales, suministrará al lector el conocimiento de pormenores que

le permitirán formar juicio aproximativo de lo que fué esa interminable campaña.

I.

El año de 1603, el gobernador de Chile Alonso de Rivera habia llegado, talando campos, incendiando habitaciones i matando indíjenas, mas o ménos al sitio en que ahora se levanta la pintoresca poblacion de Nacimiento.

Tenia bajo sus órdenes, entre otras tropas, dos compañías de infantería, recién venidas de España por la via de Buenos Aires, las cuales componian un total de cien hombres.

Aquellos dos cuerpos estaban mandados por los capitanes Alonso González de Nájera i Francisco de Puebla, que, como el gobernador, eran veteranos de Flándes.

Alonso de Rivera examinó con la mayor atencion todos los campos circunvecinos.

—Capitan, dijo cierto día a González de Nájera, he determinado fundar en esta comarca un fuerte para mantener en la obediencia a todos los indíjenas que la habitan.

—¿Dónde, señor gobernador, si place a Vuestra Señoría el comunicármelo? preguntó González de Nájera.

—Allá, en la ribera norte del Biobío. ¿No percibís aquel grupo de árboles?

—Si, señor gobernador.

—Pues precisamente en ese punto. El caudaloso río que corre por allí proporcionará a la guarnición una fácil salida para buscar provisiones, o para pedir auxilios. He resuelto denominarle el fuerte de Santa Fe de la Frontera, i confiaros su custodia.

—Doi las mas rendidas gracias a Vuestra Señoría, porque tiene a bien destinarme a un puesto en el cual, a lo que espero, he de tener ocasion de servir a mi rei i señor.

—Tengo la mas plena seguridad de que sabreis manifestar en este cargo lo que vale un veterano de Flándes.

El capitán Alonso González de Nájera se inclinó cortesmente delante de Rivera.

No tardó en difundirse por todo el campamento la noticia de la distincion que el gobernador acababa de hacer a aquel oficial recién llegado, sin experiencia de las cosas del país.

Este señalado favor despertó la emulacion de los militares que habian empleado la mejor parte de su vida en la atroz guerra de Arauco.

Algunos de ellos espresaren en alta voz su disgusto.

Sin embargo, hubo uno que se esforzó por mostrarse indiferente.

—No envidio, a fe mia, exclamó, el cargo que se ha encomendado al capitán González de Nájera. El veterano de Flándes no presume lo que se le aguarda.

Sus interlocutores se sonrieron con aire significativo i malicioso.

Miéntras tanto, el gobernador Alonso de Rivera trazó en el sitio que habia elejido para construir el fuerte proyectado, un cuadro con algunos traveses.

En seguida, ordenó que los indios amigos o auxiliares cortasen en los bosques inmediatos los palos mas derechos que pudieran hallar, cualquiera que fuese su grueso, procurando que fuviesen mas o ménos catorce o quince piés de largo.

Cuando hubieron reunido los suficientes, hizo que los fueran plantando con la mayor firmeza unos juntos a otros, i enterrados hasta una rodilla, o sean tres palmos, en la línea de circunvalacion que se habia tirado.

Por la parte de adentro, i a distancia de cinco o seis piés, Rivera hizo que se arreglara en igual forma una segunda palizada con troncos la mitad mas bajos que los de la primera.

Los maderos de una i otra palizada se afianzaron por medio de palos mas delgados, que se pusieron atravesados, i fuertemente ligados con látigos o correas de cuero de vaca.

Despues, se terraplenó con fajina i tierra el espacio comprendido entre aquellas dos palizadas.

Se fabricó así una especie de muralla, donde debian apostarse los centinelas, pasarse las rondas i colocarse la guarnicion en caso de asalto.

En torno de aquel circuito, se abrió un foso, que no era, ni mui profundo, ni mui ancho.

Por todos los alrededores del fuerte, se enterraron en hoyos abiertos con tal propósito puntas de quilas endurecidas al fuego, procurando que no fuera fácil descubrirlas, para que los indios, si intentaban atacar, se despedazaran, en aquellos abrojos artificiales, los piés, que siempre llevaban desnudos.

En el interior de aquel cercado, se construyeron con madera i paja cuerpos de guardias i habitaciones para la tropa.

La descripcion que acabo de hacer era aplicable a todos los fuertes que los conquistadores levantaban en Arauco, escepto dos o tres que, en vez de palizadas, tenian tapias.

—Capitan, dijo Alonso de Rivera a González de Nájera, ademas de vuestra compañía, voi a dejaros la de vuestro camarada Francisco de Puebla, en quien me lisonjeo habeis de hallar el mejor de los auxiliares.

—Señor gobernador, respondió el alcaide del fuerte de Santa Fe, esta determinacion de Vuestra Señoría es un nuevo favor, por el cual quedo mui reconocido.

—Os recomiendo una i otra vez con el mayor encarecimiento, capitan, que esteis a todas horas vijilante i apercebido. Estos indios son de una perfidia consumada.

— Señor gobernador, seré todo oídos i todo ojos.

— I tambien, capitan, todo desconfianza.

Tened mui presente lo que acaba de suceder en el fuerte de Jesus a Gonzalo Becerra, que sin embargo, es hombre experimentado en las peculiaridades de esta guerra, peor que la de los moros i la de los herejes.

Hace poco apareció delante del mencionado fuerte el cacique, antiguo señor del valle, seguido de todas sus mujeres i niños.

Aquel cacique es ya bastante entrado en años.

Iba completamente desarmado.

Su actitud era suplicante.

Rogó que se le permitiera hablar con el capitan Becerra.

Habiendo éste observado desde la muralla por todos lados el campo, no notó el menor indicio que le inspirara sospechas.

Salió entónces afuera armado solo de su espada, i acompañado de algunos soldados.

El viejo cacique le colmó de señales de afecto i de respeto.

Aquel perro indio aseguró a Becerra que su mas vehemente anhelo habia sido siempre venir a vivir bajo la lei de los españoles; pero que no se habia atrevido a hacerlo, por temor de ser despedazado por los indios de guerra.

Agregó, que aprovechándose de una borrachera a que éstos se habian entregado, se habia apresurado a buscar un asilo bajo el amparo del fuerte.

Mostró, llorando lágrimas al parecer verdaderas, el lugar donde ántes habia tenido su habitacion, i donde habia pasado muchos años felices.

El capitan Becerra estaba verdaderamente conmovido.

Prometi6 al cacique toda la proteccion posible, i le otorg6 el permiso que solicitaba para reedificar su casa.

Apénas el anciano hubo trasmitido tan grata noticia a las mujeres i a los niños, éstos prorrumpieron en gritos de alegría.

Sin tardanza, cortaren ramas, e hicieron con ellas escobas para barrer el suelo de su recuperada mansion, como si estuvieran impacientes de volver a establecerse en ella.

El cacique se puso a contemplar enternecido aquel espectáculo; i declaró al capitan Becerra que sentia partírsele el corazon con el recuerdo de los dichos años que allí habia vivido, i con la esperanza de morir tranquilo en el mismo sitio, en medio de sus mujeres i de sus hijos.

Anunci6 que ya habia ordenado que se cortara madera para reconstruir sus casas.

Por último, concluy6 impetrando licencia para plantar una cruz junto a su morada.

El pérfido sabia cuánto habia de agradar al español esta peticion.

Durante esta conversacion, el capitan Becerra no habia parado mientes en que el indio habia procurado irle alejando del fuerte.

De improviso, el cacique se quitó el sombrero, sin dar importancia al movimiento.

Era aquella una señal que tenía convenida con los centinelas de una emboscada que había dispuesto.

Apénas la percibieron, mas de cien indios a caballo, seguidos de muchos otros de a pié, se precipitaron en masa sobre Becerra, i le atropellaron.

El capitan trató de defenderse; pero los agresores no le dieron tiempo.

Uno de los indios de a pié le asestó en la cabeza un tremendo macanazo, que le derribó en tierra.

Fué mui raro que los bárbaros no le cortasen inmediatamente la cabeza, segun lo han de costumbre, para enarbolarla como trofeo de victoria.

Quizá se lo estorbó el haber oído que se tocaba la alarma en el fuerte, i el haber visto casi inmediatamente que salía contra ellos una parte de la guarnicion acaudillada por el alférez Arce i el sarjento Francisco Calvo.

Los arcabuceros hicieron destrozos entre los indios.

Habiendo observado el sarjento Calvo que uno de ellos estaba desnudando el cadáver de Becerra, le apuntó un tiro tan certero, que le quitó la vida en el acto.

Este incidente hizo que los atacadores tomasen la fuga.

Así, los nuestros lograron recuperar el cuerpo del

capitan, pero no su sombrero, su espada i sus calzones, que los indios pudieron llevarse.

Por una casualidad, que raya en prodijio, Becerra no habia muerto, aunque tenia la cabeza partida, i el juicio perdido.

Todavía permanece en este estado, pero hai esperanzas de que sane.

Os he relatado, don Alonso, este suceso, que acaba de ocurrir, para que escarmenteis en cabeza ajena, i desconfieis siempre de estos bárbaros araucanos.

—Pierda, Vuestra Señoría, cuidado, pues con el favor de Dios, creo que he de manifestar que Vuestra Señoría no se ha engañado al procurarme esta ocasion de servir a mi rei i señor.

Don Alonso de Rivera partió a continuar su campaña o *campeada*, segun se la llamaba, contra los ranchos i las siembras.

El capitan Alonso González de Nájera quedó en el nuevo fuerte de Santa Fe con las dos compañías i un cuerpo de indios amigos o auxiliares.

II.

No trascurrieron muchos dias sin que el capitan empezara a experimentar las dificultades de su situacion.

La tropa que tenia a su cargo se hallaba pésimamente equipada.

No tenia suficientes municiones para la guerra, ni suficientes vestidos para abrigarse en un clima rigoroso.

Los soldados andaban sin medias i sin zapatos.

Los que montaban a caballo se veian obligados a calzarse las espuelas en los piés desnudos, como los indios.

Muchos soldados usaban las espadas sin vainas.

La escasez de los víveres fué desde el principio estremada.

La racion mensual de cada soldado se redujo, miéntras hubo abundancia, a cuatro almudes de trigo o cebada.

Los mismos interesados tenian que moler estos granos a fuerza de brazos, a la manera de los indios, en una piedra medio cóncava, valiéndose de otra mas pequeña.

Mezclaban con agua simple la harina que resultaba, i formaban así lo que denominaban *ulpo*.

Este era su principal i mas regalado alimento.

No disponian ni de un grano de sal, i mucho ménos de algun otro ingrediente propio para sazonar la comida.

Los soldados del fuerte de Santa Fe se habrian reputado mui felices, si hubieran tenido siempre a su disposicion el poco sabroso *ulpo*.

Pero la provision de trigo i cebada comenzó a escasear; i no habia arbitrio de reemplazarla.

Tan luego como se habia fundado el fuerte, los

indígenas habían abandonado la comarca mas o ménos en dos leguas a la redonda.

El fuerte había quedado en medio de un verdadero desierto.

La altivez de los araucanos era realmente extraordinaria.

Las palabras del canto favorito con que entretenían sus ocios, revelan la entereza indomable de su carácter.

El indio se dirigía cantando a su lanza en esta forma:

—Este es mi amo; éste no me manda que le saque oro, ni que le traiga yerba, ni leña, ni que le guarde el ganado, ni que le siembre ni siegue. I pues este amo me sustenta en libertad, con él me quiero andar.

Se concibe que vecinos de este temple no habían de proporcionar recursos a los españoles.

Léjos de esto, ellos mismos quemaron o destruyeron en los alrededores cuanto habría podido ser útil a los aborrecidos extranjeros.

En seguida, se apostaron en las sierras o bosques con el propósito de impedirles que se comunicaran con las ciudades o los otros fuertes.

Cuando principiaron a faltar los víveres, González de Nájera envió por tierra mensajeros encargados de ir a buscarlos.

Ninguno de ellos volvió, porque todos fueron cogidos, i muertos en suplicios espantosos.

González de Nájera, que averiguó lo que habia sucedido, ensayó proporcionarse socorros, aprovechándose de la corriente del rio inmediato.

Al efecto, hizo construir con haces o atados de carrizos una especie de balsa.

Cuando ésta estuvo arreglada, llamó a su presencia a un buen soldado, cuyo nombre era Francisco Gómez.

—Como conozco que eres un militar valiente, voy a encomendarte una comision tan difícil, como provechosa para todos nosotros.

—Estoi dispuestísimo a ejecutar todo lo que Vuestra Merced se sirva encargarme.

—Así lo aguardaba de ti.

González de Nájera esplicó entónces a Gómez que habia determinado enviarle en la balsa, para que, dejándose llevar rio abajo, fuese a Concepcion a pedir víveres.

El soldado no opuso la menor objecion.

Pero los indios vijilaban el rio, tanto como la tierra.

Gómez cayó en una emboscada, en la cual fué muerto miserablemente.

La situacion del fuerte de Santa Fe llegaba a ser angustiosa.

Las provisiones se habian agotado casi completamente, i los individuos de la guarnicion no tenian ya qué comer.

González de Nájera decidió en tal estremidad que

cada una de las dos compañías se turnase por día para salir en son de guerra a fin de ir a cojer en aquel campo, donde los individuos no se atrevían a andar solos por temor a las emboscadas, ¿sabeis qué?..... cardos.

Lo que sirve de pasto a las bestias, habia pasado a ser alimento de los hombres, buscado a mano armada.

Al mismo tiempo, González de Nájera salia todos los días por el rio en un débil esquife, esponiéndose a riesgos de toda clase, para procurarse pencas de pangue, esa planta cuyas raíces se emplean para beneficiar cueros en las curtidurías.

El cardo i el pangue mismos llegaron a escasear.

A falta de éstos, los soldados trajeron plantas desconocidas, probablemente nocivas, que produjeron enfermedades bastante graves.

El cardo i el pangue se consideraron entónces irremplazables.

Los soldados se disputaban las pencas, i se las arrebataban con violencia.

Fué menester hacer la distribucion espada en mano para evitar actos escandalosos de insubordinacion.

La adquisicion de estos mismos alimentos, propios de las bestias, ofrecia las mayores dificultades.

El capitán González de Nájera habia arreglado una barca que enviaba en busca de estas miserables provisiones al mando de un sarjento, i guarneci-

da, además de los remeros, por ocho o diez arcabuceros.

Para colmo de precaucion, habia dispuesto que cada dia desembarcaran en distintos puntos.

Habiendo notado los indios esta disposicion, colocaron emboscadas en ocho lugares diferentes, los mas frecuentados por los tripulantes de la barca.

Naturalmente, éstos fueron a caer en una de aquellas celadas.

Se siguió un combate mui encarnizado.

El sarjento, i dos de los hombres que le acompañaban, fueron muertos.

Los demas salieron heridos.

Los del fuerte conocieron que las emboscadas habian sido ocho, porque pudieron observar que apenas habia comenzado la refriega, los indios que se hallaban ocultos en los otros sitios corrieron a auxiliar a sus compatriotas.

El resultado de este combate aumentó la angustia de la situacion, revelando los grandes riesgos que habian de correrse para proporcionarse tallos i raíces.

El hambre llegó al extremo de que los soldados comieron las adargas i ojotas de cuero.

A pesar de la vijilancia que habia, los centinelas nocturnos se robaban, para el mismo fin, las correas que ligaban unos con otros los maderos de la palizada.

Para impedir que siguieran haciéndolo, i destru-

yendo la única defensa del fuerte, se prohibió que los centinelas llevasen cuchillos i espadas.

Sin embargo, arbitraban medios de cortar las correas.

Hubo mañana en que la palizada amaneció desatada i abierta en veinte partes.

Lo que suministraba a los individuos de la guarnicion el bocado mas esquisito, eran los perros campestres, de que habia muchos en la tierra, los cuales eran cazados a escopetazos, cuando se acercaban al fuerte.

No debe estrañarse que siendo tantas las privaciones, hubiera frecuentes deserciones.

Habia soldados que preferian esponerse a todo, ántes que seguir soportando una existencia tan miserable.

Algunos fueron aprehendidos i ajusticiados.

Estas ejecuciones contribuian a aumentar la tristeza de la situacion.

Muchos de los individuos de la guarnicion estaban tan enfermos a causa de los sufrimientos, que materialmente no podian mantenerse en pié.

La antigua guerra de Arauco fué todavía mas terrible de lo que nos imaginamos.

III.

Los implacables indíjenas no se contentaban con estorbar a los conquistadores la provision de víve-

res, i con imponerles los tormentos del hambre, pues ademas se esforzaban de todos modos para atraerlos a alguna red, en la cual pudieran hacerlos morir.

Aquella lucha era una serie de ardidés, que se maquinaban bajo las formas mas variadas, i a todas horas.

Era preciso ejercitar una suspicacia excesiva.

En cierta ocasion, los centinelas avisaron que se dirijian hacia el fuerte hasta diez caballos maneados.

La cosa pareció tan estraña, que González de Nájera salió en persona a la muralla a examinar lo que sucedia.

—¿Qué significará esto? preguntó a uno de los españoles, que tenia alguna esperiencia en las peculiaridades de la guerra de Arauco.

—Evidentemente, son caballos de indios que han salido de alguno de los campos en que los hacen pacer.

—¡Está bien! Pero sabemos que no hai en las inmediaciones ninguno de esos campos. Es fuera de duda que esos caballos maneados no han podido venir de mui léjos por sí solos. Son los indios mismos los que los han arreado hacia el fuerte. ¿Qué pueden proponerse, arriesgándose a perder sus caballos, que aprecian tanto?

Nadie pudo responder satisfactoriamente a esta pregunta.

Los caballos, aunque lentamente, continuaban acercándose al fuerte.

González de Nájera hizo tomar armas a un destacamento; i poniéndose él mismo a su cabeza, salió con las mayores precauciones a ver modo de apoderarse de los caballos. Fué bastante feliz para tomar seis, sin alejarse mucho del fuerté.

Habiendo el capitán ordenado que los matasen, aquellos animales proporcionaron carne fresca, con la cual se saborearon los hambrientos individuos de la guarnicion.

Por mas que trataron de descubrirla, González de Nájera i sus compañeros no atinaron con la causa de la venida de aquellos caballos.

Pasado algun tiempo, unos indios se la revelaron.

Los indíjenas, impacientes de la prudencia de que usaban los conquistadores para no apartarse mucho del fuerte, haciéndolo ademas siempre en cuerpos algo numerosos, i con sumo cuidado, habian determinado facilitarles caballos para tentarlos a que se alejaran mas, i tener así oportunidad de matarlos.

Por aquel tiempo, cayó una de esas copiosas lluvias, frecuentes en el sur de Chile, la cual duró dos dias sin interrupcion.

A causa de ella, el Biobio, en cuya ribera se hallaba fundado el fuerte, tuvo un aumento extraordinario de agua, que le hizo salir de cauce.

El fuerte quedó en una especie de isla.

El terreno mismo donde estaba construido se ane-

gó hasta el extremo de obligar a la guarnicion a buscar un refugio en lo alto de la muralla, a la cual condujeron con suma diligencia, envuelto en unas frazadas, el poco trigo que todavía le restaba.

En aquel conflicto, se dejaron ver en la parte de tierra mas distante del fuerte, numerosas turbas de araucanos a pié i a caballo, que lanzaban los gritos mas atronadores, i escaramuzaban en demostracion del contento que les causaba el espectáculo del riesgo a que estaban espuestos los españoles.

Al contrario, la ribera mas cercana al fuerte aparecia solitaria i silenciosa.

No faltó un español que, dominado por el temor de que la palizada fuera derribada i arrastrada por la avenida, propusiera dirigirse en la barca a la márjen que se veia despejada de enemigos.

González de Nájera, que habia adquirido la experiencia de un veterano, llamó la atencion de sus soldados, primero al campo lejano ocupado por la multitud de los indios, i en seguida al campo inmediato, en el cual no se divisaba un ser viviente.

—Allí, dijo señalando el último, están emboscados los indios.

Esta observacion fué un rayo de luz, que permitió a todos apreciar la realidad de la situacion.

Los individuos de la guarnicion prometieron entónces a su capitan permanecer en el fuerte, sucediera lo que sucediera, ántes que precipitarse a una pérdida segura por evitar una incierta.

La lluvia cesó al fin.

Las aguas del Biobio fueron disminuyéndose.

El fuerte se habia salvado.

Cuando esto sucedió, los españoles percibieron que se retiraban mohinos algunos centenares de guerreros que habian permanecido ocultos en la ribera en apariencia solitaria, esperando que los conquistadores se encaminasen a ella cuando se vieran mui amagados por el agua del rio.

Algun tiempo despues, se presentaron a la entrada del fuerte un indio i una india.

La última traia un niño pequeño.

Aquellos tres seres tenian el aspecto mas enfermizo i macilento que imaginarse puede.

La flacura de los tres habia llegado al último estremo.

Eran, en la significacion propia de la palabra, tres esqueletos vivos.

No se podia mirar aquella triple personificacion de la miseria i de la enfermedad, sin sentir la compasion mas profunda.

El indio imploró que se le permitiese hablar con González de Nájera.

Habiéndose accedido a su peticion, se le condujo a la presencia de éste.

—¡Capitan! exclamó el indio, ¡tened lástima de nosotros!

—¿Quiénes sois? ¿A qué venís? contestó González de Nájera, sin ocultar el interes que habian despertado en él aquellos infelices.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas del indio.

La india comenzó a sollozar.

—¡Capitan! esta es mi mujer, i este es mi hijo! tened lástima de nosotros!

—Pero respondedme: ¿Quiénes sois? ¿Qué pretendéis?

—¡Capitan! nos estamos muriendo de hambre! Esta mi mujer ya no tiene fuerzas. Este mi hijo ya sucumbe, como sus hermanos, los cuales han perecido todos, tambien de hambre. ¡Tened lástima de nosotros!

—¿Pero cómo habeis llegado al punto de que os falte completamente el alimento?

—Capitan, el año ha sido estéril. La guerra ha sido devastadora. Los naturales de esta comarca se hallan reducidos a comerse los unos a los otros.

—¿Cómo continúan entónces en la rebelion?

—Señor, los indios piensan ahora en buscar qué comer, i no en pelear. Combaten contra el hambre, i no contra los hombres.

—¿Quién os ha aconsejado que vinieseis a pedirme socorro?

—Nadie. En otro tiempo, pertencí a la encomienda de doña María de Rójas, mujer que fué del maestre de campo Lorenzo Bernal. Acordándome de la buena vida que entónces tuve entre los cristianos, he determinado en mi angustia venir a poner bajo su amparo mi persona, la de mi mujer i la del único hijo que me resta.

—¿Qué dicen de este fuerte los indios?

—Que está mui bien guardado; que se halla defendido por muchos arcabuces; i que todo Arauco junto no se atreveria a embestir contra él.

González de Nájera notó que la india traia a las espaldas un envoltorio formado con una red, especie de mochila que solian cargar los indíjenas.

El precavido capitan quiso examinar lo que venia adentro.

El indio se opuso a ello con una insistencia sospechosa, que aumentó naturalmente la curiosidad de González de Nájera.

A despecho del disgusto marcado del indio, se procedió al inventario del contenido del envoltorio.

Se halló dentro de él un poco de lana para hilar, unos ovillos de lana hilada, i unos palitos que los indíjenas empleaban para sacar fuego.

Ninguno de aquellos objetos causó recelos a González de Nájera i a sus soldados, porque sabian que las indias acostumbraban llevarlos en sus viajes.

Habia ademas en el envoltorio un *quipo*.

Se llamaba así un cordel con nudos, por cuyo medio los indios computaban el tiempo, deshaciendo un nudo cada dia.

El *quipo* de que se trata tenia doce nudos.

El envoltorio no contenia un solo objeto mas.

Sin embargo, aquel *quipo* dió en qué pensar a González de Nájera.

¿Qué podian significar aquellos doce nudos?

¿Por qué el indio se habia opuesto a que se registrase el envoltorio?

Sin embargo, el capitán pensó que, todo bien reflexionado, le convenia evitar un exceso de desconfianza.

Así, admitió en el fuerte a los tres indios flacos, e hizo que les diesen de comer; pero mandó que se les colocara en el cuerpo de guardia, i que se les vijilara con centinela de vista.

Sabia que todas las precauciones eran pocas contra las asechanzas de los pérfidos i mañosos araucanos.

El indio se manifestó sumamente desagradado con esta determinacion.

—Permitidme, dijo al capitán, construir una barraquilla donde poder vivir con mi mujer i mi hijo.

Esta solicitud renovó las sospechas, solo medio disipadas, que la oposicion del indio a que se conociera el contenido del envoltorio, i la presencia del *quipo*, habian despertado en el espíritu de González de Nájera.

Sin tardanza, hizo aplicar tormento al araucano.

Por mas que el paciente procuró resistir el agudo dolor, la debilidad de su cuerpo se lo prohibió.

—¡Piedad! señor capitán, dijo; prometo decir todo lo que sé.

—Haceis bien, le contestó González de Nájera, pues de otro modo estoi resuelto a haceros morir en medio de las mas espantosas torturas. ¡Vamos! Hablad luego. ¿A qué habeis venido?

—Me ha enviado el cacique Nabalburi.

—¿Para qué?

—Para incendiar el fuerte.

—¿De qué manera?

—El cacique Nabalburi buscó a esa india flaca, que no es mi mujer, i a ese niño flaco, que no es hijo ni de ella ni de mí; i me recomendó que me presentara con ellos en el fuerte, refiriendo la historia que os he contado, i procurando mover vuestra compasion para que nos alojaraís dentro del recinto.

—¿Malvados! ¿I despues?

—Me ordenó que tratase de conseguir licencia para construir una barraquilla junto a las mas grandes en que viven los soldados, confiando en que nadie se habia de fijar en personas tan miserables como nosotros. A los doce dias, que yo debia ir contando por los nudos del *quipo*, debia encender fuego con los palitos i los ovillos que vienen en el envoltorio, e incendiar el fuerte por la noche.

—¿I por qué Nabalburi designaba esa noche mas bien que cualquiera otra?

—Porque en esa noche, se propone asaltar el fuerte.

Alonso González de Nájera interrogó por separado a la india, que confesó mas o ménos lo mismo.

En vista de ello, determinó que el agente de Nabalburi fuera alanceado por los indios amigos que se hallaban en el fuerte.

Sin embargo, le concedió dos dias de vida para que se convirtiese al cristianismo.

Los indios de paz aborrecían tanto a los de guerra, que, pareciendo a los primeros semejante plazo demasiado largo, se llevaron importunando al capitán para que lo abreviase.

González de Nájera se mantuvo firme en su determinación, aunque sin fruto, porque el indio rehusó obstinadamente recibir el bautismo.

El día señalado para el suplicio, se sacó el reo a un llano inmediato, donde los auxiliares se entretuvieron con gran contentamiento en darle a lanzadas la mas cruel de las muertes.

González de Nájera perdonó la vida a la mujer i al niño.

Por lo demas, se mantuvo mas vijilante que nunca para rechazar cualquier asalto.

IV.

Precisamente la duodécima noche despues de la llegada de los indios flacos al fuerte de Santa Fe, uno de los centinelas, allá al cuarto del alba, percibió, gracias a un claro de luna, que una multitud de bultos en movimiento formaban una especie de oleaje en todos los alrededores.

Inmediatamente gritó: ¡alerta!

I junto con lanzar este grito, cayó muerto de un flechazo.

Sin pérdida de tiempo, toda la guarnicion, que estaba bien apercebida, corrió a las murallas.

I Gonzalez de Nájera, armado solo de espada i

rodela, fué uno de los primeros que acudieron a su puesto.

En prevision de este suceso, hacía dormir en el cuerpo de guardia un cierto número de soldados con los manojos de cuerdas para disparar los arcabuces en las manos, puede decirse, i con el encargo espreso de llevar encendidas esas cuerdas a los arcabuceros de las murallas, tan pronto como se diera la voz de asalto.

González de Nájera habia dictado esta medida para impedir que los arcabuceros dejasen los lugares que les estaban asignados por ir a encender las mechas o cuerdas.

Toda aquella operacion se hizo exactamente como estaba ordenado.

Por lo tanto, los arcabuceros pudieron disparar sus armas con la necesaria oportunidad.

Sin embargo, la muchedumbre de los enemigos era tanta, que las flechas lanzadas por ellos formaron una verdadera granizada.

No era esto solo.

A pesar de las estacas endurecidas al fuego que les destrozaban los piés desnudos, i a pesar del foso, muchos de los indios se acercaron hasta la palizada, i con sus larga picas, que introducian por entre los maderos, herian a los soldados.

De este modo, lograron traspasar la rodela del mismo González de Nájera, la cual era de hierro, e inferirle una herida.

Juntamente, arrebatában a los españoles las picas, i, lo que todavía fué peor, les quitaron un arcabuz i un mosquete.

Eran ya mui pocos los defensores del fuerte que estaban sin lesion.

González de Nájera i su camarada el capitán Francisco de Puebla andaban por todas partes exhortando a los soldados a que se mantuvieran firmes, costárales lo que les costara.

La vocería de los indios era aterradora.

I mas todavía el ruido, semejante al que produce la tala de un monte, que sus hacheros hacian cortando los palos de la muralla.

Hubo un momento en que el resultado del combate parecia mui dudoso.

En tal apuro, González de Nájera ordenó a sus soldados que gritasen en la voz mas alta posible: ¡ya huyen! ¡ya huyen!

Los indios, entre quienes habia muchos que entendian el castellano, comprendieron lo que aquello significaba; i como no podian verificar por sí mismos la exactitud del hecho, creyeron que los otros cuerpos habian sido derrotados, i todos se pusieron en salvo.

Aquella frase de González de Nájera surtió mas efecto que los arcabuces.

Casi todos los españoles habian quedado mas o ménos gravemente heridos; i lo que era todavía mas triste, sin tener con qué curarse.

Tuvieron todos que medicinarse con agua del río. Por fortuna de ellos, sanaron todos.

El foso estaba lleno de restos de armas.

En un hoyo, se halló el cadáver de un indio, que tenía en las manos los palitos de sacar fuego.

Sin duda era el que había sido designado para incendiar el fuerte.

Para estar mas seguro, se había enterrado en el hoyo hasta la cabeza; pero un tiro de arcabuz, cargado, a falta de bala, con el rascador o baqueta, le había arrebatado la vida.

En el campo, solo se hallaron los cadáveres de doce indios, porque aquellos naturales acostumbraban llevárselos para ocultar sus pérdidas.

Tenían espuelas en los piés desnudos, i huesos de españoles colgados al cuello.

Eran éstos signos que manifestaban ser hombres principales.

Tenían las planta de los piés abiertas por muchas partes a causa de las puntas endurecidas al fuego sobre las cuales habían pasado.

González de Nájera les hizo cortar las cabezas, que colocó en las puntas de los palos a la redonda del fuerte, para que sirviesen de escarmiento a los araucanos.

Sin embargo, las pérdidas que habían soportado los indíjenas habían sido mui considerables.

Demasiado lo confesaron ellos mismos, pues muchas parcialidades se apresuraron a pedir la paz.

Pero los hechos referidos, que no tardaron en repetirse, manifiestan que la guerra de Arauco fué una de las mas encarnizadas i terribles que ha habido.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL CAUTIVERIO FELIZ.

I.

Don Francisco Núñez de Pineda i Bascañan, el autor de *El Cautiverio Feliz*, era hijo de don Alvaro Núñez de Pineda i Bascañan, que ejerció el empleo de maestro de campo jeneral en Chile durante el gobierno de cuatro presidentes.

Nuestro autor contaba apénas siete años de edad hacia la época en que murió su madre.

Don Alvaro se hallaba en Arauco, cuyo mando se le habia confiado, cuando ocurrió el fallecimiento de su mujer.

Luego que tuvo noticia de este triste suceso, el viudo ordenó que el niño fuese conducido a su lado; i le colocó, a fin de que recibiese su instruccion, en un convento o casa de residencia que los jesuitas habian fundado en aquella provincia.

El futuro escritor del libro mencionado se educó

bajo la direccion de los padres Rodrigo Vásquez i Agustin de Villaza, en aquel apartado claustro, fabricado entre las florestas vírjenes del sur, i rodeado por los indios mas indómitos de la América.

Aunque hábil i aplicado, el niño era jugueton i travieso. Gustaba de mezclar lo útil con lo agradable, i de alternar los pasatiempos con los estudios.

Se introducía en todas las celdas, i registraba todos los rincones del edificio; pero penetraba con recelo en la iglesia, porque habia en ella una imájen de la Vírjen del Pópulo pintada con tal primor, que miraba a todos los asistentes en cualquier lugar que se situasen.

Esos ojos lucientes i serenos, siempre fijos en los ojos de los concurrentes, llamaban mucho la atencion de todos los fieles. La pintura parecia animada.

Cierta tarde, los colejiales se convidaron para examinar con despacio el portentoso lienzo. Desearan adquirir una certidumbre completa sobre la efectividad del hecho, practicando una prueba decisiva.

Se trataba, no de un problema artístico, sino de un problema relijioso, de la autenticidad de un milagro.

Los muchachos entraron juntos en el templo, i se postraron de rodillas delante del altar donde se veneraba el famoso cuadro; pero aun cuando se desparramaron por diversos puntos como soldados en guerrilla, reconocieron con sorpresa que las mira-

das de la celestial señora estaban clavadas en cada uno de ellos.

Don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan, mas curioso que sus compañeros, se colocó sucesivamente en todas las esquinas de la iglesia, i notó con admiracion que la Vírjen le seguia con la vista a todas partes.

Se situó entónces debajo de un escaño, i sacó por un lado la cabeza. La Vírjen le miró de hito en hito.

Habiendo sacado la cabeza por el otro lado, la Vírjen tornó a contemplarle con la misma persistencia.

Se retiró nuevamente debajo del escaño; i como se pusiera a observar por un resquicio que habia entre las tablas, vió con asombro que la bondadosa i reverenciada imájen le miraba con tanta atencion, como si la tuviera frente a frente.

Este fué el oríjen de la fervorosa devocion que el autor de *El Cautiverio Feliz* profesó siempre a la Vírjen del Pópulo, a quien invocaba en todas las circunstancias críticas de la vida, como su abogada e intercesora.

II.

Don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan trajo los poetas latinos, i leyó los padres de la iglesia en el aula de los jesuitas.

Desde la adolescencia, manifestó mucha incli-

nacion a la vida monástica; pero no debía seguir su vocacion.

A la edad de dieziseis años, dejaba el convento por el cuartel.

La enseñanza de las letras iba a ser reemplazada por la práctica de los combates. La teoría de los libros iba a ser sustituida por el manejo de las armas.

La voluntad de su padre, mas que la suya propia, fué causa de que abrazara la carrera militar.

Don Alvaro Núñez de Pineda i Bascuñan estaba sumamente achacoso; i habia razon sobrada para que lo estuviese.

Se habia alistado bajo las banderas a los catorce años, i contaba a la fecha setenta i seis, grave peso aun para los hombros mas robustos.

Durante este tiempo, su existencia no habia sido mas que una lucha continuada contra las lanzas de los araucos, i contra los montes, breñas i ciénagas en que éstos se guarecian.

Tantos trabajos i refriegas habrian gastado una constitucion de bronce.

Así, el anciano habia perdido un ojo, i estaba tullido. Solo podia moverse con el auxilio de muletas.

La vejez i las enfermedades le habian espulsado del servicio activo; pero siempre conservaba una aficion estremada a la milicia.

Este veterano infatigable, encanecido en los campamentos, determinó que el jóven Francisco, como

vasallo bueno i leal, pagase su tributo de sangre a su rei i señor natural, i que la severa disciplina del ejército morijerese sus costumbres.

Sumiso al mandato de su padre, el alumno de los jesuitas entró como voluntario en una compañía de infantería; i corriendo los años, ascendió por escala hasta el rango de maestro de campo jeneral. Don Alvaro habia querido que su hijo, aun cuando caballero, enristrase la pica como soldado, ántes de que empuñase la espada como oficial.

La guerra de Arauco era mas terrible, que la de los Países Bajos. Habia en ella mas hambre, mas fatiga, mas penuria, mas trabajos, mas heridas, mas muertes, mas atrocidades, i en compensacion, habia ménos gloria.

Los salvajes torturaban a los prisioneros, i mutilaban los cadáveres.

Aquella tierra áspera i montuosa, poblada de bestias ferozes con figura humana, era un campo mortífero para la cosecha de laureles i de grados. Muchos quedaban en la demanda para banquete de los indíjenas, de los perros i de los buitres.

Don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan se halló como capitan del tercio de San Felipe de Austria en la derrota de las Cangrejéras.

El 15 de mayo de 1629, los araucanos atacaron con gran furia a los españoles que se habian acampado en un lugar así denominado, mataron mas de cien hombres, i tomaron prisioneros a varios, entre

Los cuales se contaba a don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan.

El mozo habria muerto peleando como un valiente, pero una herida recibida en la mano derecha le imposibilitó para manejar la espada i defenderse. Varios porrazos que los enemigos le asestaron en la cabeza i en el cuerpo, le derribaron al suelo sin sentido.

Una lanzada le traspasó el peto i un golpe le encajó el espaldar de acero en las costillas.

Cuando don Francisco salió de su aturdimiento, estaba cautivo.

III.

El prisionero chileno se halló entre los araucanos, como Daniel en el foso de los leones.

Por todos lados, no escuchaba mas que ruidos horribles, i no veia mas que fauces abiertas para devorarlo.

Casi todos los vencedores apetecian su muerte, ya por ferocidad nativa, ya por odio a su padre, que habia combatido contra ellos durante cincuenta i dos años.

La esclavitud en que jimió despues de la derrota fué una cosa nimia e insignificante, si se la compara con los peligros que le amagaron, i con la congoja en que vivió durante algunos meses.

Afortunadamente, el amo a cuyo imperio quedó sujeto era Maulican, cacique esforzado, que tuvo bastante entereza de alma para salvarle, bien fuese

por una jenerosidad laudable, bien fuese por la expectativa de un cuantioso rescate.

Los caudillos principales de Arauco pretendian adquirir a toda costa el prisionero para sacrificarle con los tormentos mas refinados, i comerse despues su corazon palpitante.

Procuraron obtener este resultado por bien o por mal: una compra, una permuta, un despojo violento.

Habiéndose juntado para esto, ofrecieron a Maulican, caballos, ovejas, collares i mujeres, como precio del cautivo; pero el feliz poseedor de la codiciada prenda supo eludir con astucia la aceptacion inmediata de esta propuesta.

—Hace años, les dijo, que tomo parte en vuestros consejos, i os acompaño en vuestros combates. En varias ocasiones, he vuelto a mi tierra contuso, herido i maltratado. Ahora he tenido la suerte de cojer con mis puños un oficial español; i deseo llevarle conmigo para que puedan verle mi padre Llanca-reu, mis mujeres i mis secuaces. Dejadme que muestre este testimonio vivo de mi gloria; i en seguida, podeis enviar por él, o yo mismo le traeré, para que sufra su castigo.

Los circunstantes consideraron justo este razonamiento, i permitieron que Maulican se retirara llevando consigo su trofeo; pero le intimaron que pasados quince dias, le remitirian los presentes ofrecidos, a fin de que les entregara al capitán para in-

molarle con la mayor pompa i aparato en una junta jeneral.

El cacique convino en ello sin dificultad.

La palabra de un indio es tan falsa, como la pintura con que disfraza su cuerpo.

Aquellos bárbaros, sedientos de sangre i hambrientos de carne humana, conocieron pronto que habian sido burlados.

Luego que Maulican llegó a su parcialidad, la cual se llamaba Repocura, i estaba situada en las inmediaciones de la Imperial, levantó el tono, negándose rotundamente a cumplir su compromiso.

Cuando vinieron los comisionados para traer los regalos convenidos, i llevarse en cambio al capitán, les contestó con arrogancia que no estaba dispuesto a cumplir el pacto anterior, porque habia sido arrancado por la fuerza; que no habia menester para nada de sus obsequios, porque todo le sobraba; i que despreciaba sus aménazas, porque él no era de aquellos cobardes que se contentaban con arrojar ahullidos en una batalla, sino que llevaba la muerte i el esterminio en la punta de su lanza.

En consecuencia, las hostilidades quedaron rotas, i Maulican se preparó a defender su presa por todos los medios imajinables: la astucia i la violencia.

IV.

Durante su cautiverio, don Francisco Núñez de

Pineda i Bascuñan pasaba su tiempo cazando pájaros con los muchachos, plantando hortaliza con las mujeres, observando las costumbres de los indígenas, tomando parte en sus faenas i entretenimientos, conversando con ellos acerca de los sucesos pasados, orando a la Vírjen del Pópulo, i meditando en sus propias desventuras.

Una tarde que estaba ocupado en una siembra, llegó un viajero que, segun pretendia, iba a la costa por negocios particulares.

El asunto que le llevaba debia ser mui urgente, porque no quiso desmontarse del caballo, i no se detuvo mas que un instante para tomar aliento.

Era un mensajero secreto despachado por un amigo para anunciar a Maulican que los caciques de la cordillera se habian confabulado para dar un asalto a su ranchería, con el objeto de arrebatár a viva fuerza al prisionero.

El araucano recibió la noticia sin que su rostro se inmutara, i dejó irse al supuesto pasajero con la mayor indiferencia.

El peligro era serio e inminente.

Después de una madura deliberacion, el prudente cacique creyó que lo mas oportuno era dejar que la tempestad se disipara por sí sola sin oponer resistencia.

Adoptado este partido, resolvió ausentarse de Repocura por algun tiempo, i ocultar al capitán en la montaña, como se lo habian aconsejado sus amigos.

Después de media noche, Maulican condujo a don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan, a una selva situada a dos cuadras de su habitacion; i le instaló en compañía de dos muchachos, sobrinos suyos, en una chozuela construida como un nido en la frondosa copa de un árbol corpulento.

Esta casucha era capaz de contener tres o cuatro personas: se subia a ella por un punto algo distante; i se llegaba a su recinto saltando de tronco en tronco, i asiéndose de rama en rama.

Habiendo escondido a su huésped, mas bien que esclavo, el cacique se retiró a casa de un amigo, donde aguardó impasible el resultado de los sucesos.

Los dos muchachos dormian con Bascuñan durante la noche, i le dejaban sijilosamente ántes de rayar el alba.

Le traian de comer a mediodia.

Solia acompañarlos en esta escursion una chicuela hija de Maulican, la cual tendria de doce a trece años.

Era linda como la flor del copigüe.

Esta niña habia cobrado sumo afecto al prisionero.

Comenzó por venir en compañía de sus primos, i concluyó por presentarse sola, para llevarle frutas i legumbres.

En una de estas ocasiones, el jóven le preguntó:
—¿Quién te envia?

— Mi voluntad.

— ¿Lo saben tu padre i tu madre?

— Lo ignoran.

— Debes avisárselo.

— ¡Por nada!

— ¿Qué temes?

— Podrían impedirme que viniera.

— Yo sabré ponerlo en su conocimiento.

— Tú debes ocultarlo mas que nadie.

— Está bien. Guardaré silencio; pero en lo sucesivo, no debes volver sola.

— ¿Qué recelas?

— Temo que tus padres se enojen, atribuyendo tus visitas a un fin diverso del que tienen.

La niña se ruborizó sin quererlo.

El amor tiñe de grana la mejilla de la mujer, como el sol colorea la parte de una fruta espuesta a sus rayos.

El capitán quedó pensativo.

¿Cómo había podido enamorarse de su persona una chiquilla que tenía aun, podía decirse, la leche en los labios?

V.

Hacia cuatro días que don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan vivía como un pájaro en la copa de un árbol, sin que nada turbase su quietud, cuando carreras espantosas i alaridos horribles vinieron

a interrumpir su sueño, poco ántes de amanecer.

Un torbellino de caballos i de hombres conmovia la tierra; un huracan de patadas i de gritos atronaba el espacio.

Eran los caciques de la cordillera que, en número de mas de doscientos, venian en su busca para conducirle al sacrificio, o mas bien al martirio.

Los agresores registraron la ranchería, i recorrieron la selva en todas direcciones.

Examinaron cabaña por cabaña, i escudriñaron matorral por matorral; pero perdieron tiempo i trabajo.

No descubrieron nada, absolutamente nada.

Ni a Maulican, ni a su amigo, ni siquiera sus huellas.

Solo lograron espantar los reptiles i las aves que se albergaban en la espesura.

A cada momento, los asaltantes esclamaban en voz alta:

—Ya te veo.

—No te escondas.

—Ven acá.

I proferian otras frases semejantes que lanzaban con tanta seguridad como si estuvieran divisando a los fujitivos.

Si alguno de los invasores hubiera gritado:

—¡Baja!—el capitan se habria creído descubier-to, habria descendido del árbol, i se habria entregado por sí mismo.

Felizmente, don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan no hizo ningun movimiento, ni chistó una sola palabra, miéntras anduvo por las cercanías aquel escuadron, o si se quiere, manada de animales bravíos.

Por fin, los forajidos se cansaron, i tuvieron que retirarse mohinos i pesarosos.

Al dia siguiente, el viejo Llancareu, un hermano suyo, la mujer de éste i la hija de Maulican, empezaron a llamar al capitan don Francisco a grandes voces, sin misterio alguno.

Venian a comunicarle que el peligro actual habia pasado; i que, por lo tanto, podia salir de su escondite.

Inmediatamente, los dos muchachos que acompañaban al cautivo bajaron de la garita con tanta preseteza como ardillas; pero Bascuñan se vió forzado a descolgarse por las ramas con suma lentitud, como hombre poco esperto en esta clase de jinnástica.

Entre tanto, los recién venidos se reian a carcajadas de su dificultad i cachaza.

Antes de apersonarse, los visitantes habia prendido una fogata en un lugar algo apartado.

Cuando Bascuñan logró incorporárseles, se dirijieron todos juntos a almorzar en torno de ella.

Despues de haber hablado mucho, i bebido mas, los indios se retiraron para ocuparse en una siembra, dejando solo al español.

VI.

Libre de zozobras, don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan se recostó en el tronco de un árbol junto al fuego.

No tardó en dormirse con un sueño profundo.

A las cuatro de la tarde, la hija de Maulcan le despertó repentinamente, i se puso a reír al verle despavorido.

La niña estaba sola.

Le traía una bolsita de harina i otros comestibles.

Su risa infantil permitía ver sus dientes blanquísimos.

Apénas hubo conocido a la indiecita, Bascuñan le dijo con desabrimiento:

—¿A quién buscas?

—A ti.

—¿Qué me quieres?

—En primer lugar, quiero verte; en segundo, traerte de comer.

—Te he dicho i repetido que no debes venir sola.

—¿Te pesa?

—Si fueras vieja i fea, te recibiría con gusto. Siendo niña i hermosa, te recibo con desagrado.

—No acierto a comprenderlo.

—La cosa es fácil. Cualquiera puede percibirte i delatarte; i todos creerán que nuestras relaciones son culpables.

—Nadie puede descubrirme; porque cuando vengo, estravió el camino, i espero que los míos estén ocupados, como ahora, en algun trabajo o faena.

—Puedes venir tantas veces que álguien lo descubra. Los ojos del hombre i la luz del cielo penetran en los bosques mas espesos.

—Suponiendo que me descubran, ¿qué te importa?

—Mucho, muchísimo. Tú quieres hacerme un bien, i en realidad me haces un mal. Con tan frecuentes visitas, tú te pierdes i me pierdes al mismo tiempo. Tu padre puede saberlas, i entónces me quitaria la vida sin remision. ¿Quieres mi muerte?

—¡No, por cierto!

—Entónces, véte por piedad, véte por Dios. Si deseas verme, no vuelvas nunca sola, sino acompañada con otros.

—Ya que me arrojas con enfado de tu presencia, me veo forzada a retirarme; pero ten entendido que no volveré a verte mas, ni sola, ni acompañada.

La indiecita volvió las espaldas a Bascuñan, i se fué triste i humillada.

El capitan no quiso satisfacerla, ni desenojarla, a fin de que no volviese mas.

El amor es imperioso en la soledad, i Bascuñan no queria enamorarse.

Deseaba la conservacion de su cuerpo, i la salvacion de su alma.

La vista de la chicuela ponía en peligro las dos cosas a la vez.

El jóven español trató de serenarse rezando a Nuestra Señora del Pópulo, cuyas miradas refulgentes veia clavarse sobre su persona en aquel agreste bosque, como las habia visto en la iglesia de los jesuitas.

VII.

Habiéndose retirado los enemigos, Maulican volvió a Repocura, i determinó internar a don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan hacia el sur para ponerle a cubierto de otra tentativa semejante a la que acababa de frustrarse.

Con este objeto, le trasladó a casa de Liancura, cacique mui poderoso i mui inclinado a los españoles.

Viéndose en mayor seguridad, don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan se entregó con mas ahinco a sus sentimientos piadosos.

Se puso a catequizar a los indíjenas, a bautizarlos, a instruirlos en la relijion cristiana, a enseñarles oraciones.

El capitan parecia un misionero por sus palabras i por sus acciones.

Su continencia era estremada. Frisaba en lo heroico. Podia comparársele bajo este aspecto con el casto José, de famosa memoria.

Por entónces, entró en relaciones con un cacique llamado Quilalebo, que le cobró un particular afecto.

El tal cacique estaba casado con una dama prin-

cipal de Valdivia, que habia sido arrebatada en la ruina de las siete ciudades.

La pobre señora habia olvidado su idioma, su religion i sus costumbres, para adoptar el idioma, la religion i las costumbres de su raptor.

El araucano i la española tenian una hija, la cual sobresalia entre las indias por la hermosura i jentileza, como la luna entre las estrellas.

Era blanca, retozona, bien formada e incitante.

Los naturales acostumbraban celebrar la temporada de las siembras con bailes, comilonas i borracheras.

Quilalebo habia convidado a sus amigos para una diversion de esta especie cuando trabó conocimiento con el vencido de las Cangrejeras.

Cierta noche en que las cabezas estaban embriagadas por la chicha, i los corazones por la danza, Quilalebo puso la mano de su hija en la mano del prisionero; i sin mas auto ni traslado, declaró que los casaba.

La madre consentia tambien en el enlace.

Don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan experimentó escalofríos cuando vió tal cosa.

Por un lado, el demonio le entregaba para su regalo una muchacha voluptuosa; i por otro, su ángel de guarda le aconsejaba que la rechazase con desvío.

El cuerpo le temblaba de piés a cabeza.

No se atrevia a aceptar por miedo del infierno, ni a rehusar por miedo del enojo de Quilalebo, que po-

dia ser el cautiverio indefinido, i quizá la muerte.

Sin embargo, el capitan, devoto de la Vírjen del Pópulo, supo dominarse, i se aprovechó del bullicio de los concurrentes para hablar a su novia como sigue:

—Mi lengua no tiene palabras para espresar lo que siente mi alma. Soi esclavo de tu persona, porque nadie te aventaja en hermosura. Soi esclavo de tu padre, porque me ha obsequiado su joya mas preciosa. Pero a fuer de cristiano i de hidalgo, debo declararte que no puedo casarme contigo por dos razones poderosísimas: la primera, porque no profesas mi relijion; i la segunda, porque espero mi rescate para la primavera próxima, i no querria que nuestra union fuese flor de un dia. Si no consigo mi libertad, te prometo que nos casarémos, i viviremos juntos.

La mestiza le contestó con agrado:

—Yo no tengo otra voluntad que la de mi padre; i estoi dispuesta a someterme en todo a sus mandatos.

Durante el resto de la fiesta, el novio por fuerza continuó haciendo ostensiblemente agasajos i cariños a su novia; pero en el interior estaba rogando a la Vírjen del Pópulo que le sacase sano e ileso de aquel horno.

VIII.

Al dia siguiente, don Francisco Núñez de Pineda

i Bascuñan se levantó mas tarde que de costumbre.

Habia pasado casi toda la noche desvelado.

Su primera dilijencia fué ir a bañarse en un estero inmediato.

Quería dejar en el agua la fiebre de la noche anterior.

Mas le hubiera valido sufrir su bochorno sin tratar de refrescarse, porque salió de un brasero para caer en una hoguera.

Apénas llegó a las márgenes del estero, vió con espanto que jugueteaban en su mansa corriente varias muchachas desnudas, entre las cuales gallardeaba la hija de Quilalebo, como Diana entre sus ninfas.

El espectáculo era provocativo por demas.

Algunos años despues, don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan decia con contricion:

—Confieso a Dios que jamas me he visto tentado con mayor aprieto.

Aun cuando el recatado mozo quiso apartar su vista de la Vénus de la Imperial, no pudo hacerlo, porque sus compañeras empezaron a llamarle para que se bañase con ellas.

El cautivo, que andaba con un hermano de su novia, tuvo que acercarse mal de su grado para escuchar las bufonadas de las náyades araucanas, i manifestarles que iba a bañarse en un lugar mas oculto.

La profunda impresion que Bascuñan sintió en aquel momento, palpita todavía en su obra.

—Contemplemos, escribe, la tentacion fortisima que en semejante lance me presentó el espíritu maligno: una mujer desnuda, blanca i limpia, de ojos negros i espaciosos, de pestañas largas, de cejas trazadas a pincel, que servian de arcos para las flechas del amor, de cabellos tan largos que le llegaban hasta las piernas, i tan tupidos que podian cubrirla como un velo, con otras particulares circunstancias que fueran suficientes para arrastrar mi alma i mis sentidos.

El atribulado jóven se acordó entónces del profeta-rei que habia caído de abismo en abismo por haber visto a una mujer desnuda; i trató de escarmentar en la cabeza de un santo.

Don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan, que mezclaba en todo los versos con la prosa, reconoció tambien entónces por propia esperiencia la falsedad de la siguiente estrofa:

Porque la mujer desnuda
Cosa delicada es,
Ha de estar entre vidrieras,
Porque el aire no le dé,

i cuidó de correjirla de este modo:

Porque la mujer desnuda
Cosa perniciosa es,
Ha de estar entre paredes.
Porque no la puedan ver.

Don Francisco habria podido citar en apoyo de

su opinion a Alfonso VII, a quien Lope de Vega presta estas palabras en la comedia titulada *La Corona Merceda*:

Que la mujer i la espada
Son peligrosas desnudas;

i sobre todo, a don Rodrigo, el último de los reyes godos, que perdió la corona i la vida por haberse deleitado mas de lo necesario en los encantos de deña Florinda, que apostaba en el baño con sus amigas sobre la grosura i la belleza de sus piernas.

Quilalebo era un personaje mui curioso.

Se le habia metido en la cabeza que don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan debia ser su yerno, sin admitir ninguna discusion sobre el particular.

Las evasivas i dilaciones del jóven, léjos de que brantarle, le confirmaban mas en su propósito.

Sucedió que Bascuñan obtuvo su rescate; i sin embargo, Quilalebo persistió en ser su suegro a toda costa.

La noche del último dia que el capitan español debia permanecer con él, ordenó que se hiciera la cama para los desposados.

La hora fatal habia sonado.

No se veia escapatoria.

La derrota de las Cangrejeras i el matrimonio con la hermosa mestiza, son las peripecias mas tremendas en la biografía del autor de *El Cautiverio Feliz*.

Estaba en capilla, i no divisaba ningun rayo de esperanza.

En tal apuro, el acongojado capitan pretestó una necesidad premiosa, una de las necesidades mas prosaicas de la vida, i consiguió así salir del apuro.

Se retiró al centro de un bosquecillo cercano donde hincó las rodillas en el suelo, i elevó una fervorosísima plegaria a la Virgen del Pópulo.

Don Francisco nos ha conservado testualmente la oracion que dirijió en este trance a Nuestra Señora de los ojos inevitables; pero me abstengo de copiarla, porque juzgo que ningun novio querrá repetirla en una situacion análoga.

Al corto rato despues de haber vuelto el español a la choza, Quilalebo, perturbado por la chicha, se quedaba dormido como un tronco, i dejaba tranquilo a su yerno, que, fingiendo hallarse en el mismo estado, caía en su cama como un muerto.

La despreciada mestiza se veia obligada a guardar su poesía i su belleza para amantes ma solícitos.

IX.

El 7 de diciembre de 1629, don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan tenia el gusto inefable de abrazar en Chillan a su anciano i achacoso padre.

Antes de cumplir con este justo deber, entró en la iglesia de la Merced para oír una misa en ac-

cion de gracias por la recuperacion de la libertad.

Los españoles habian canjeado al capitan por varios caciques de importancia, i le recibieron con gran júbilo en medio de salvas i de aplausos.

Habiéndose reincorporado en el ejército, el jóven volvió a continuar la interminable guerra de Arauco.

Durante el gobierno de don Francisco Lazo de la Vega, los soldados prendieron a una indiecita, que fué conducida a la tienda del gobernador i capitan jeneral.

La muchacha pidió allí con tanta insistencia el permiso de hablar con don Francisco Núñez de Pineda i Bascañan, que fué necesario acceder a sus súplicas.

Luego que el oficial entró en la tienda del jefe, la cautiva le dijo con resolucion delante de todos los concurrentes:

—Soi la hija de Maulican. No puedes haberme olvidado. Hace poco tiempo mi padre te concedió la vida i la amistad. Yo te dí mi cariño i la comida. Durante tu cautiverio, pedia el alimento de rancho en rancho para llevártelo yo misma, sin que nadie lo supiese. Trocada la suerte, es justo que ahora me rescates, i que me llesves contigo para que tú me sustentas, i yo te sirva.

Admirado el presidente Lazo de la gracia i donaire de la muchacha, le dijo con benevolencia:

—Chica, si quieres venirte conmigo, te recibiré

con gusto; te daré valiosos regalos; i te trataré, no como a criada, sino como a señora.

La araucana movió la cabeza en signo de negativa, i respondió sin vacilar:

—Doi las gracias a Vuestra Excelencia por su bondad; pero no puedo aceptar la oferta. Hace poco que yo he sido el ama; i este capitán, el esclavo. Es equitativo, por lo tanto, que en la actualidad, yo sea la esclava; i él, el amo. Ambos nos conocemos, i podemos vivir juntos.

Don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan compró la india, dando por ella todo lo que le pidieron.

Su primera intencion fué remitirla a Maulican como una muestra de gratitud por los favores i agasajos que le debia; pero la indiecita declaró que estaba resuelta a hacerse cristiana, i a no volver mas a casa de sus padres.

Fué preciso respetar su voluntad.

La hija de Maulican recibió el bautismo el dia de la Natividad del Señor.

Don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan solemnizó la funcion con varios regocijos i un espléndido banquete.

La niña debia permanecer mui poco tiempo con su querido español.

La muerte la arrebató cuatro dias despues de su bautismo.

Un poeta peruano compuso una comedia en que

se pintan los amores de la hija de Maulican con don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan como mas ardientes i sensuales de lo que he espuesto en este artículo; pero el autor de *El Cautiverio Feliz* ha protestado contra semejante aserto, i ha sostenido que nada manchó la pureza de sus relaciones.

POR SER CRISTIANO.

I.

La guerra de Arauco ha sido la mas tremenda de que haya memoria humana.

Ha durado, no años, sino siglos.

Ha devorado millones de pesos i millares de hombres, lentamente, sin provecho i sin gloria.

Ha abundado, no solo en sangre, sino en atrocidades.

Los araucanos no daban cuartel a los españoles despues del combate.

Asesinaban a los prisioneros en medio de tormentos horribles; les sacaban el corazon palpitante para comérselo a bocados; les arrancaban los huesos para hacer flautas o pitos; i les cortaban las cabezas para pasearlas en las puntas de las lanzas, o para jugar con ellas a la chueca.

Unicamente perdonaban a los vencidos cuando

tenian la expectativa de un cuantioso rescate, o cuando podian emplearlos en provecho propio como carpinteros, herreros, o en otros oficios semejantes.

Por lo contrario, dejaban con vida a todas las españolas cuya blancura i belleza despertaban sus apetitos sensuales para que les sirviesen de hembras, mas bien que de concubinas, en sus serrallos.

La existencia de estas desventuradas era mil veces peor que la muerte. Las pobres cautivas tenian que cubrir sus delicados cuerpos con una tosca jerga, i que soportar las sucias caricias de sus raptores.

Con razon, la guerra de Arauco ha sido maldecida por las madres, las esposas i las hijas: i ha dejado un recuerdo doloroso, que se ha prolongado hasta nuestros dias.

Guerra oscura i mortífera, de sorpresas i emboscadas.

Guerra de forajidos.

Guerra execrable.

II.

A fines de 1578, dice un cronista, Chile era todo inquietudes i todo alborotos, todo batallas i todo mortandades.

Los indios del sur estaban completamente sublevados.

Saqueaban i quemaban las casas de los conquistadores.

Asaltaban i destruian los ranchos de los indíjenas sometidos.

Robaban los ganados, las cosechas i las mujeres.
Mataban los hombres i los niños.

Destrozaban las imájenes de los santos i las cruces.
Tantos latrocinios, tantas devastaciones, tantos incendios, tantas muertes, tantos estragos, habian esparcido la alarma i el terror.

Importaba [mucho escarmentar a aquellas hordas feroces, que, no solo acometian ya de improviso, sino que tambien se atrevian a embestir ejército contra ejército.

Una impunidad mas larga podia ocasionar la pérdida de la parte austral del país.

Movido por la urjencia del peligro, el mariscal don Martin Ruiz de Gamboa se trasladó a Valdivia con toda la tropa que pudo reunir, para sofocar un alzamiento que habia estallado en esta provincia.

Luego que el jeneral hubo llegado a su destino, ordenó que el capitan don Juan Matienzo se pusiese al frente de todas las fuerzas disponibles, i persiguiese a los rebeldes hasta su completo esterminio.

Esta órden era mas fácil de dar, que de ejecutar.

Despues de haber asolado la comarca, los bárbaros se habian encastillado en una quebrada situada en las inmediaciones de Villarrica, i se habian parapetado detras de los montes i de las rocas.

Tipuante, cacique afamado por su bravura i por su astucia, acudillaba aquella hueste terrible, compuesta de fieras con cara humana.

¿Quién seria bastante osado para penetrar en su guarida?

III.

La naturaleza habia dado a los salvajes el valor.

La esperiencia les habia enseñado la táctica.

Poco a poco, los indijenas se habian ido adestrando con la multitud de refriegas en que habian tomado parte desde el descubrimiento de Chile.

Tipuante habia fortificado con palizadas, fosos i trincheras la estrecha garganta donde habia establecido su campamento.

Las asperezas del terreno i las obras del hombre impedian que la caballería pudiese maniobrar.

Era necesario que los conquistadores arremetiesen a pié contra aquellos leones bravíos, que se habian guarecido en una fortaleza, o si se quiere, caverna, donde sus dientes i sus garras podian i debian causar destrozos considerables.

El 12 de enero de 1579, don Juan Matienzo atacó a los insurrectos con un denuedo extraordinario.

Los españoles se bajaron de sus caballos, i se precipitaron sobre los enemigos a paso de carga.

Los naturales estaban engréidos por su número, por sus fortificaciones i por sus pasados triunfos.

El choque fué terrible.

Se peleó, no solo con las armas, sino tambien con palos i con piedras.

Se luchó cuerpo a cuerpo, i mano a mano.

La accion comenzó a mediodia, i terminó con el ocaso del sol.

Las sombras de la noche vinieron a separar a los combatientes, cansados, pero no saciados de matar.

La batalla quedó indecisa.

Los dos bandos cantaron victoria; pero el hecho es que los asaltantes no habian logrado su propósito.

En definitiva, los indios habian perdido mucha jente; pero habian conservado la posicion que ocupaban.

IV.

Durante el combate, los indíjenas tomaron prisionero a don Estévan de la Cueva, mancebo de veintidos años, que se habia distinguido por su valor en varios encuentros anteriores.

Apénas don Juan Matienzo supo que aquel animoso joven estaba en poder del enemigo, envió un parlamentario para solicitar su rescate, costara lo que costara.

Los indíjenas quisieron celebrar una junta jeneral para discutir la proposicion con la madurez que el negocio requería.

En consecuencia, todos los guerreros fueron, lanza en mano, a una llanura inmediata, i comenzaron a deliberar sobre el asunto.

Algunos opinaron que debia aceptarse la solicitud.

La oferta de gorras, plumas, collares, galones i otras zarandajas satisfacía su vanidad, i la devolucion de sus propios prisioneros acrecentaba su fuerza.

Otros pensaban que aquella propuesta debía rechazarse sin vacilar.

—Acabamos de perder, dijeron, a nuestros mas esforzados capitanes, Calmavida, Aullanga, Pelebei, Aimango, Contaval, Maqueibu, Raldican, Liquepangue, Purquen, Arigachon, i Llanquipillan. Es justo, por consiguiente, que ese cristiano sea sacrificado en el campo de batalla, para desagravio de los muertos, i para estímulo de los vivos.

Esta segunda opinion era sostenida por el mayor número.

Miéntas tanto, el pobre preso, atado de piés i manos, estaba presente a la deliberacion, i esperaba de un momento a otro su sentencia, cuyo significado desfavorable no podia ocultársele, vista la disposicion de los ánimos.

Una mujer vino a dar a la cuestion un jiro diverso, i una solucion imprevista.

V.

El cacique Tipuante tenia una hermana, llamada Lacalma, muchacha arrogante i voluntariosa, que ejercia un prestigio májico sobre sus compatriotas' por su hermosura i bizarría.

Lacalma era valiente como esa Frecia, i tierna como esa Guacolda, pintadas por don Alonso de Ercilla en su inmortal epopeya.

Varios jefes principales habian solicitado su ma-

no con anhelo, pero ella la habia rehusado con esquivéz hasta la fecha, porque abrigaba el pensamiento secreto de casarse con algun español de mucha estofa.

La vista de don Estévan de la Cueva prendió una hoguera voraz en el pecho de la jóven, que, ciega de amor, determinó salvar a toda costa al cautivo para que fuera el héroe de sus sueños.

Impulsada por su pasion, la intrépida amazona se presentó en medio de la asamblea; i con voz imperiosa dijo a los caudillos congregados:

— Ese prisionero no debe morir.

— Si no debe morir, es preciso aceptar el valioso rescate que se ofrece por él.

— No debe tampoco ser rescatado.

— En ese caso, debe adjudicarse como esclavo al guerrero que le ha capturado.

— No puedo tampoco consentir en ello.

— ¿Qué pretendes entónces?

— Una cosa justísima. Vosotros conservais la vida a las españolas para casaros con ellas. Yo os acompaño en todas vuestras espediciones, i no tengo ninguna porcion en vuestro botin. Sin embargo, como participo de todos vuestros peligros i fatigas, es incuestionable que tengo derecho a una recompensa análoga. Exijo, por tanto, que me entregueis ese cautivo para hacerle mi marido.

Los padres conscriptos de aquel turbulento senado juzgaron la argumentacion irrefutable; i aunque

murmurando entre dientes, se vieron obligados a prestar su consentimiento a la pretension de la jóven.

Lacalma habia ejercido en esta circunstancia la misma prerrogativa reclamada por Pocahóntas en la América Inglesa para salvar la vida del célebre capitán Smith, el conquistador de Virginia.

VI.

Luego que obtuvo el beneplácito de la asamblea, Lacalma se dirigió al prisionero; cortó por sí misma sus ligaduras; i le dijo con su voz mas dulce:

—Si deseas librarte de una muerte segura, es menester que te cases conmigo.

Don Estévan de la Cueva le contestó con efusion:

—Aun cuando no tuviera el suplicio en perspectiva, estaria dispuesto a casarme contigo.

—¿Me amas entónces?

—Te debo la vida, i quiero emplearla en tu servicio.

Lacalma era hermosa.

Tenia un cuerpo robusto, majestuoso i bien formado como el de la Diana cazadora; unos ojos grandes, negros i húmedos, esos ojos de ternera que los poetas antiguos atribuyen a Juno; unos dientes blanquísimos, como dos sartas de perlas finas; i otras varias perfecciones cuyo inventario seria prolijo i fastidioso practicar.

No le hagais asco por ser india, porque la hermo-

sura suele tambien existir entre las indias, sobre todo, entre las de Valdivia, si hemos de dar crédito a los historiadores i a los viajeros.

Con pocas escepciones, la mujer gallardea en todas partes.

Una gota de rocío es un diamante líquido, aunque brille en la yerba del campo.

Una flor es una obra maestra, aunque brote en una tierra sin cultivo.

Sobre todo, la escasez de mujeres hacía que los conquistadores tributasen a las indias un afecto que en el dia nadie les profesa.

Testigos Hernan Cortes i la famosa doña Marina.

Sea lo que fuere, el miedo de la muerte, la gratitud, el amor, ello es que don Estévan de la Cueva consintió en casarse con la hermosa cacica.

El enlace se celebró con gran fiesta i aparato.

VII.

Habia trascurrido un mes desde el matrimonio mencionado.

Sin embargo, a pesar de la perfecta union que habia entre los recién desposados, Lacalma estaba meditabunda, triste, displicente.

No era la muchacha contenta que acaba de casarse, i se halla en la cúspide de la dicha.

Léjos de esto.

Mas que una novia, parecia una viuda.

A primera vista, se conocia que llevaba una espina clavada en el alma; i que la herida se iba enconando mas i mas.

Deseoso de esclarecer aquel misterio, Tipuante esperó que su hermana estuviera sola; i apénas pudo hablarla en secreto, le dijo con tono cariñoso:

—¿Eres feliz?

—Nó.

—¿Qué te falta?

—Todo.

—¿Por ventura tu marido no te trata como debe?

—Mi marido se conduce conmigo bien i mal al mismo tiempo.

—Explicate con franqueza.

—Se porta bien, porque me trata con afecto; i se porta mal, porque es, no mi marido, sino mi hermano.

—Habla mas claro todavía.

—Don Estevan de la Cueva me ha declarado que no se casará real i verdaderamente conmigo, hasta que yo reciba el bautismo i adore a su Dios.

—¿En qué pasa el tiempo contigo?

—Se sienta a mi lado, o se pasea conmigo en el bosque.

—¿Nada mas?

—Nada mas. Ni siquiera me toma la mano.

—¿Qué te dice?

—Me habla de relijion, del cielo, de la Virgen María, de Dios. Sostiene que no puede casarse conmigo hasta que yo sea cristiana.

La conferencia quedó terminada en este punto.

Tipuante sabía todo lo que habia deseado averiguar.

Efectivamente, don Estévan de la Cueva era casto como un cenobita, i cristiano como un padre de la iglesia; i se habia propuesto tratar a su mujer como a una hermana, hasta que un sacerdote hubiese bendecido su union.

VIII.

Inmediatamente Tipuante convocó a sus parciales i a sus amigos; i les manifestó que don Estévan de la Cueva era un infame que habia engañado a su hermana con un casamiento irrisorio, i que, por medio de persuasiones i halagos, trataba de seducirla para que traicionase a los indíjenas.

Todos los concurrentes decidieron sin discrepancia alguna que el miserable debia pagar con la vida su delito.

El odio contra el antiguo prisionero de guerra palpitaba vivo en los corazones.

En el acto, don Estévan de la Cueva fué tomado por sorpresa, i despojado de sus vestidos.

Luego que estuvo desnudo, los indios le ligaron los piés i las manos con fuertes cuerdas, i le sacaron la piel con la prolijidad con que se desuella a una res en el matadero.

Terminada esta operacion, ataron al infeliz en un palo, que enterraron en el suelo.

D n Estévan de la Cueva, amarrado en aquel palo, ofrecia a la vista la imájen de Cristo clavado en la cruz.

El cuerpo del pobre mozo no estaba cubierto de varias heridas, sino que todo él era una llaga única, desde la cabeza hasta los piés.

Aquella masa de carne chorreaba sangre por todos sus poros.

Lo mas horrible en aquel espantoso martirio era que aquel tronco colorado i sangriento respiraba, se movia, se quejaba.

Aun no habia muerto, cuando los indios comenzaron a sacarle las canillas para hacer flautas i pitos.

LA JUSTICIA DE ANTAÑO.

La corte de España tuvo la pretension de estirpar gubernativamente los pecados en sus colonias ultramarinas; i se dedicó a esta obra con tanto celo, como habria podido hacerlo el misionero mas fervoroso.

A fin de lograrlo, puso en planta una disciplina ríjida de moral ascética, a que todos debian someterse, desde el funcionario mas encumbrado hasta el plebeyo mas humilde. El bello ideal de la metrópoli era que cada poblacion del nuevo mundo fuese una especie de convento; i cada casa, una especie de celda. Los preceptos del catecismo de la doctrina cristiana debian ser impuestos por la fuerza i ejecutados sin remision, bajo el apercibimiento de un castigo temporal, que se aplicaba, no solo a los contraventores, sino tambien a los sospechosos de querer violarlos.

Nada importa que esta organizacion semi-mona-cal haya sido escojitada especialmente para la Ame-rica; o que solo fuera la trasplantacion de lo que se practicaba en la Península. Sea por esta causa, o por aquella, la verdad es que las costumbres de los colonos debian ser, por lo ménos esteriormente, tan arregladas como las calles de sus ciudades, las cua-les se cortaban en ángulos rectos, i eran tiradas a cordel.

Como no quiero engolfarme en una disertazion vaga e indeterminada, voi a concretarme princi-palmente a lo que sucedia en nuestro país.

El presidente de Chile tenia el encargo de perse-guir a los impíos, a los herejes, a los extranjeros, a las personas que no se comportaran con la medida debida en una iglesia o en alguna ceremonia reli-giosa, a los jugadores, a los vagos, a los ociosos, a los mal entretenidos, a los amancebados, a los adúl-teros, a los cónyujes que no hacian vida maridable, etc., etc.; i el descuido en el cumplimiento de estas obligaciones habria sido motivo de una destitucion mas o ménos ruidosa, i de una pena mas o ménos dura.

Pero no bastaba que el majistrado superior del país se ciñese a las instrucciones que recibia i a las leyes que determinaban sus funciones; pues era me-nerester que ademas diese pruebas manifiestas e ine-quívocas de su amor a Dios i al rei, i de su devo-cion, i de su virtud, para que sus súbditos tuviesen

en él un espejo en que mirarse i un modelo que imitar.

En el juicio de residencia que se abria al término de la administracion de cada presidente, se dirijia siempre a los testigos la pregunta que sigue:

—Digan si saben i les consta que N. N., en el ejercicio de los empleos de gobernador, capitán jeneral i presidente de Chile, ha emprendido actos importantes al servicio de ambas majestades, i utilidad del reino i sus vecinos; i si ha ejecutado algunas acciones de particular devocion que ocasionasen ejemplo i edificacion a todos los demas.

Los miembros del poder judicial recibian el mismo encargo, i estaban sometidos al mismo mandato.

La observancia de esta constitucion medio monástica producía en la práctica los mayores inconvenientes.

La intervencion casi diaria del gobierno en el hogar doméstico era en extremo incómoda i mortificante. Ese ojo constantemente fijo en todos los actos de la vida, desde los secretos mas groseros de la alcoba hasta los pensamientos mas elevados del espíritu, acababa por marear a los que se sentian bajo el peso de su incesante mirada. Esa vijilancia de todas las horas i esa direccion de todos los momentos embotaban la intelijencia i debilitaban la voluntad. Poco a poco, los hombres se convertian en autómatas, cuyos hilos se hallaban en las manos del gobierno, que pensaba i obraba por ellos.

Fuera de esto, la arbitrariedad mas chocante venia a agravar los defectos de este réjimen inquisitorial. La autoridad procedia a tomar las medidas mas rigurosas contra los individuos, con tanta tranquilidad i sangre fria, como un padre de familia puede amonestar i reprender a sus hijos de tierna edad. La intencion, el propósito, el conato, eran perseguidos como el delito mismo.

La simple sospecha de que alguno fuera a contraer relaciones ilícitas, era suficiente para que se le aplicara una pena despues de un simulacro de informacion sumaria, que se sustanciaba a puerta cerrada, sin requisicion de parte, i sin el menor conocimiento del supuesto reo.

Segun la práctica establecida, se castigaba, no solo al que enterraba los dientes en el fruto vedado, sino tambien al que se detenia a contemplarlo con ojos codiciosos.

Lo mas terrible era que el condenado ignoraba muchas veces la causa de su prision o de su destierro. De la noche a la mañana, solia verse un hombre encerrado en una cárcel, o confinado en una provincia lejana, sin saber la razon de tan severa providencia.

Dadas las instituciones que ahora nos rijen, tal hecho parece imposible; pero sin embargo, ha sucedido.

Tengo a la vista algunos documentos curiosos que confirman la exactitud de esta asercion.

El lector va a convencerse de ello.

El 11 de marzo de 1694, la real audiencia se reunió a la hora acostumbrada en la sala de su despacho.

El tribunal se componia a la sazón de don Lúcas Francisco de Bilbao la Vieja, de don Diego de Zúñiga i Tovar, de don Alvaro Bernardo de Quiros i de don José de Blanco Rejon.

Despues de haber discutido i resuelto los asuntos fijados en la tabla, don Alvaro Bernardo de Quiros pidió la palabra, e hizo la esposicion que sigue:

—Me consta que don Antonio Machado es un mozo vagabundo i sin ocupacion conocida. Prevalido de su juventud i de su ociosidad, está inquietando a una mujer casada i de obligaciones. El desvelo con que la sigue, i la solicitud con que la requiebra, pueden empañar su reputacion, i aun poner en riesgo su vida, si el galanteo llegase a noticia de su marido. Para obviar estos inconvenientes, i para refrenar la insolencia del seductor, es preciso tomar una medida pronta i eficaz.

Despues de haber pronunciado este discurso, el señor Quiros presentó a sus colegas una deposicion suscrita por don José Herrera i don José Tórres, quienes aseguraban bajo su firma lo mismo que él acababa de manifestarles.

La palabra de un oidor confirmada por dos testigos no podia ser puesta en duda.

Inmediatamente, i sin mas auto ni traslado, los miembros de la real audiencia mandaron que don

Antonio Machado fuese llevado al puerto de Valparaíso luego i sin dilacion para que sirviese a Su Majestad en la compañía que guarnecia el castillo de aquel puerto por el tiempo de dos años, con sueldo íntegro, previniéndose que debia servirlos doblados con la mitad del sueldo, si quebrantaba la condena.

No hubo un solo voto en contra.

El tribunal superior acordó tambien que en la sentencia que debia dictarse se espresase «que por justas causas se condenaba al susodicho en el dicho destierro,» sin mas especificacion para que no se divulgase el suceso.

Un fallo de esta especie se asemejaba a una puñalada asestada por la espalda.

Una pena cuyo fundamento se ignoraba debia estimarse como un caso fortuito. Era algo como la caída de una teja, la patada de un caballo o de un buei, el estallido de un rayo. Podia hacer temer o respetar al poder que la fulminaba, pero no podia moralizar.

Poco tiempo despues, el 18 de enero de 1697, se juntó la real audiencia para tratar de una causa criminal seguida de oficio en contra de don Juan de Moráles, por unas heridas que éste habia inferido a don Luis José de Toledo.

Durante el acuerdo, se leyó una informacion secreta que don José de Blanco Rejon habia levantado en contra del primero de los sujetos mencionados.

De aquella informacion resultaba: que don Juan de Moráles estaba, hacia mas de seis años, enredado con doña María Rosa de Escobar, mujer lejitima de don José de Espinosa, dando nota i escándalo; que el mismo don Juan de Moráles era un hombre violento que habia maltratado de palabra i de obra, a doña Juana de Escobar, madre de su manceba, porque ella habia procurado poner estorbo a sus oprobiosas visitas; que el mismo don Juan de Moráles habia intimidado al marido don José de Espinosa, a pesar de que éste pertenecia al ejército, porque habia pretendido cerrarle la puerta de su casa; que el mismo don Juan de Moráles habia conseguido que la adúltera doña María Rosa de Escobar abandonase el domicilio conyugal en Santiago, i se retirase al campo, para poder entregarse sin sobresalto a sus criminales amores; i que el marido era tan honrado i tan cristiano, que estaba dispuesto a perdonar a la esposa culpable, con la única condicion de que viviera tranquila a su lado.

Concluida la lectura, los oidores reslovieron unánimes i conformes que debia ponerse remedio al mal denunciado, castigando al delincuente; pero a fin de atraer lo ménos posible la atencion pública sobre semejante escándalo, determinaron que en la revista de la causa, se aumentase la pena que correspondia a don Juan de Moráles por las heridas de que se le acusaba, sin apoyar esta agravacion en consideracion alguna.

En consecuencia, se condenó al reo a cuatro años de relegacion en la plaza de Puren, donde debia servir a Su Majestad con sueldo íntegro.

Una administracion de justicia de la clase referida no merecia tal nombre.

El santo oficio tenia un sistema de enjuiciamiento todavía mas aceptable, por malo que fuese.

Una sentencia pronunciada en un proceso en que no se ha oído al acusado, i una pena impuesta por un delito que no se designa, son cosas tan monstruosas, que en el dia no alcanzan a comprenderse.

Esta manera de proceder presentaba una facilidad suma para equivocaciones lamentables, para venganzas innobles, para maquinaciones villanas.

¡Qué de testigos falsos!

¡Que de jueces prevaricadores!

Las tinieblas de que el asunto quedaba rodeado, aseguraban la impunidad mas completa a los malvados.

La razon del decoro público debia encubrir con su espeso manto muchas tentativas ruines i muchas pretensiones bastardas.

La conjetura es tanto mas fundada, cuanto que algunos odores de América han dejado una fama mui sentada de haber sido estremadamente aficionados al bello sexo.

Don Bernardino de Figueroa i de la Cerda, vocal de la audiencia de Santiago, refirió al obispo don frai Gaspar de Villaruel un hecho cuyo conocimiento es oportuno en este lugar.

«Condenaron por un grave delito una mujer a tormento. Fué a dárselo a la cárcel cierto majistrado; i en viéndola desnuda (no seria de enamorado, sino de compasivo) enternecido de su trabajo, dijo: —no cometeria tan grave culpa esta cuitada. I anduvo tan santo, que aquella noche le removié la carcelería; i aquesta compasion le costó la plaza. Debieron de calumniarle que ella compró la absolucion con su honra; i que él, para esta compra, hizo de la vara, moneda.»

¿Cuál fué la causa que movió a ese poderoso majistrado a quitar del potro del tormento a esa mujer desnuda, i a sacarla en la noche misma de la cárcel, a riesgo de perder su elevado empleo, como en efecto lo perdió?

¿Fué la compasion?

¿Fué el amor?

Me inclino a esto último.

Los jueces, como los médicos, son inexorables en el ejercicio de su profesion. Se revisten de una coraza de acero para la aplicacion de la lei, o para el manejo del bisturí. No pueden, ni deben tener entrañas. Se necesitaba un sentimiento mas irresistible que la caridad, para que el encopetado magnate se resignase a la pérdida infamante de su renta i de sus honores.

La colonia habia llegado a un grado de mojigatería extravagante. El recato era llevado al estremo de que en los trajes de las mujeres se fijaba un lími-

te hasta dónde el vestido debía subir, i otro hasta dónde debía bajar.

En medio de aquellas tocas i sayas monjiles, el espectáculo de la Vénus criolla en carne i hueso, i sin velos que ocultasen sus formas, aun cuando estuviese acostada en el lecho del dolor, debió trastornar la cabeza del buen caballero, que se resolvió a botar por la ventana su reputacion i su garnacha.

Esta escena de la sala de tortura, cuyo recuerdo ha sido conservado por la pluma de un obispo, nos provoca a presumir muchas cosas.

¡Qué harian los ilustres togados cuando se sentian seguros i protegidos por la sombra i el misterio!

Pero cualquiera que sea el concepto que formemos acerca de este caso particular, siempre es cierto que los majistrados españoles no estaban contruidos de cal i piedra, ni eran fabricados a prueba de incendios.

Algunos tenian un corazon tan inflamable, que pasaban su vida en la ciudad, como un sultan en un serrallo.

El obispo don frai Gaspar de Villarroel dice lo que sigue en su obra titulada: *Los Dos Cuchillos*.

«Yo conoçi a un oidor con muchas canas, si bien no sé si eran tantas las canas, como las hijas, aunque tenia blanca la cabeza. No era casado; ni habidas ellas en el matrimonio.»

Habia funcionarios que eran capaces de cometer un verdadero atentado, a trueque de obtener la sonrisa de una mujer.

El mismo obispo a quien acabo de citar cuenta lo que sigue:

«Yo conocí a un presidente en cierta sala de alcaldes, tan jovial con las señoras, i tan galan con las damas, que, escribiéndole una, yendo él a una visita de cárcel, que echase de ella un preso de su obligacion; i habiendo respondido de que sí, se le quedó en su casa el papel, i olvidado el nombre del delincuente, soltó los presos todos de la cárcel.»

La galantería no podia ser mas fina i esquisita.

Felizmente la noble señora de que se trata no tuvo el antojo de presenciar fuegos artificiales, porque habria sido de temer que aquel presidente hubiese incendiado la ciudad para satisfacer semejante capricho.

No niego que la España envió a Chile algunos empleados instruidos, honrados i competentes; pero tambien sé que envió otros de la peor ralea, que utilizaban su prestijio i su poder en provecho propio.

La metrópoli declaró oficialmente en sus dominios una guerra cruda a la lujuria. Facultó a la autoridad ejecutiva, a la autoridad judicial i a la autoridad eclesiástica para que procediesen contra los reos que cometieran cualquier delito contra la castidad. Pero, a pesar de tanto lujo de represion, no introdujo ninguna reforma seria en las costumbres, porque la virtud no se encuentra, ni en la corrupcion hipócrita, ni en la austeridad exajerada i meticulosa.

LA VENGANZA DE UN BARBARO.

I.

Lientur era uno de los caciques mas poderosos de Arauco a principios del siglo XVII.

Tenia muchos deudos i allegados que le respetaban i obedecian como a jefe de su parcialidad.

Poseia un gran número de animales lanares, vacunos i caballares.

Todos los años hacia sombrar una vasta estension de terreno con papas, frejoles i maíz, para el sustento de su familia i de sus huéspedes.

Habia establecido su habitacion, compuesta de dos o tres chozas, a las márgenes de un estero bastante caudaloso para que no se secase en el verano, i a las inmediaciones de un bosque suficientemente espeso para que en los momentos de peligro pudiera ofrecerle un refujio seguro.

La fama de este potentado de las florestas estaba mui bien cimentada entre los indíjenas, i se extendia a muchas leguas a la redonda.

En las juntas i consejos, era un orador tan insigne como Colocolo; en los juegos i fiestas, desplegaba tanta fuerza como Caupolican; en las escaramuzas i refriegas, se manifestaba tan arrojado como Lautaro.

En tiempo de paz, el formidable caudillo pasaba la existencia entregado a la caza, a la ociosidad, a la embriaguez, i sobre todo a los deleites sensuales; pero en tiempo de guerra, nadie le aventajaba en el manejo de la lanza i en la crueldad contra los enemigos.

Este feroz salvaje era de aquellos que se comian a bocados el corazon todavia palpitante arrancado a los prisioneros; i que, en seguida, asaban la carne de las víctimas para regalarse con ella en festines de caníbales.

Intrépido en el campo de batalla, era implacable despues de la victoria.

Solo perdonaba la vida a los vencidos, cuando ejercian alguna profesion o industria de que podia sacar provecho.

La utilidad sofocaba entónces el instinto de la barbarie i de la matanza.

II.

El tremendo guerrero de que voi tratando esta-

ba casado con seis mujeres a la vez; pero entre todas ellas, trilutaba sus homenajes especialmente a una.

El sultan de aquel serrallo tenia su favorita.

La predilecta de su cuerpo (porque no me atrevo a decir de su alma), se llamaba Rayun, que, segun entiendo, significa *flor* en el idioma araucano.

Rayun era una muchacha hermosa, de rostro expresivo i de talle airoso.

Con sus cabelles negros como las tinieblas, con sus ojos que brillaban como dos estrellas de azabache, con su cútis atezado como si el sol gustara particularmente de acariciarla, se asemejaba a una de esas lindas jitanas tan celebradas por los novelistas europeos.

La gallarda moza era hija de un cacique araucano i de una cautiva española, perteneciente a una de las familias mas distinguidas del reino.

Era, por lo tanto, mestiza.

Hablaba el castellano, que su madre le habia enseñado desde la cuna; i estaba adornada de una inteligencia bastante despejada, que ésta misma habia desenvuelto con su trato.

La jöven tenia la desgracia de ser superior en todo i por todo a los seres que la rodeaban.

Aquella flor delicada habia nacido i crecido con riego de lágrimas en una tierra pedregosa e ingrata, i era combatida por un cierzo seco i abrasador que a cada momento amenazaba agostarla.

III.

El jefe indiano amaba a Rayun con una pasión indomable, i no toleraba que ningun hombre fijara en ella sus miradas.

Quien dice amor, dice celos.

Voi a referir un incidente que pondrá de relieve la violencia de este afecto, o si parece mas exacto, de este apetito.

En uno de los numerosos combates que habia tenido con los españoles, Lientur habia hecho prisionero por su misma mano a un soldado llamado Francisco Soto, a quien habia otorgado la vida, porque desempeñaba bien o mal el oficio de herrero.

Despues de haberle despojado de las armas, del colete, del jubon i de los calzones, que se habia apropiado para su uso, le habia retenido en calidad de esclavo, sea para que se emplease en los trabajos de su arte, sea para que se ocupara en las labores de la agricultura.

Cierta ocasion que Lientur habia pasado la noche en una borrachera espantosa, despertó un poco tarde a la mañana siguiente, i notó con estrañeza que su querida Rayun i Francisco Soto no estaban ni en la habitacion, ni en las cercanías.

Cerciorado del hecho, el cacique se colocó en la puerta del rancho con el entrecejo fruncido i con las manos crispadas.

Al poco rato, apareció Rayun.

Su marido le preguntó con enfado:

—¿De dónde vienes?

La mestiza le contestó con sumision:

—De bañarme en el estero.

Un cuarto de hora despues, se presentó Francisco Soto.

Su amo, que no se habia movido del sitio que ocupaba, le preguntó con el mismo tono áspero i desabrido:

—¿De dónde vienes?

El español respondió en el acto con timidez:

—De bañarme en el estero.

Idéntica pregunta, idéntica contestacion.

El cacique guardó el silencio mas completo, i quedó cabizbajo i meditabundo.

Francisco Soto se dirijió inmediatamente a continuar una obra de herrería que tenia principiada: la compostura de un freno.

Pensaba allá en sus adentros que la tempestad habia pasado.

En el instante que ménos lo esperaba, i cuando estaba mas atento a su trabajo, Lientur tomó al acaso una macana o porra claveteada; i le descargó un golpe tan recio en la cabeza, que el infeliz cayó muerto sin lanzar un suspiro, sin proferir una queja.

El cerebro del soldado fué roto en mil pedazos, i los sesos del difunto saltaron en todas direcciones.

Ninguno de los circunstantes se atrevió a chistar una palabra.

El cadáver fué arrojado a lo léjos para que sirviera de alimento a las aves de rapiña.

Los perros lamieron la sangre, i comieron los sesos esparcidos en el suelo.

IV.

La muerte de Francisco Soto introdujo una alteracion profunda en la cabaña del jefe araucano.

Las cosas no siguieron como ántes.

Lientur idolatraba siempre con frenesí a Rayun; pero Rayun comenzó a detestar a Lientur.

El agua oxida el acero mas bien templado.

La sangre corroe el amor mas acrisolado; i con mayor razon, el que es débil e inconsistente.

El salvaje i la mestiza no apreciaban de la misma manera el asesinato de que he hablado.

Para el primero, el homicidio que habia perpetrado era una hazaña digna de elojio; para la segunda, una infame alevosía.

La sombra del occiso se interpuso entre ambos.

El marido continuó dando a su mujer las mismas muestras de afecto que en el pasado; pero ella las recibia con una frialdad de nieve.

Ofendido en su orgullo, el cacique empezó a vengarse de esta indiferencia desdeñosa, haciendo que la jóven se ocupara en los trabajos mas duros del campo; i en los quehaceres mas groseros de la cocina.

El abismo que existia entre Lientur i Rayun se fué ahondando mas i mas.

V.

Miéntras tanto, los sucesos exteriores vinieron a complicar la situacion, i a exacerbar el carácter impetuoso del indio.

La guerra de Arauco fué una serie de combates sangrientos, interrumpidos de cuando en cuando por paces mas o ménos largas, siempre violadas por los indíjenas.

Durante una de esas paces, o si se quiere, treguas, el gobierno colonial ordenó que se levantara un fuerte en las inmediaciones de la posesion habitada por Lientur, a fin de dominar la comarca, i de reprimir cualquier alzamiento en su cuna, si se intentaba alguno nuevo.

El mandato fué ejecutado.

No vaya a creerse que se trataba de la construccion de un castillo o fortaleza que tuviera muros i torreones fabricados, no diré de piedras o de ladrillos, pero ni siquiera de adobes.

Nada de esto.

La obra emprendida era mas sencilla e insignificante de lo que puede imaginarse.

Los españoles cortaron en la floresta vecina una gran cantidad de troncos gruesos i fornidos, los enterraron profundamente en el suelo, i los amarra-

ron despues unos con otros por medio de látigos de cuero, dejando en los lugares convenientes diversas troneras para pasar la boca de sus arcabuces, i una sola puerta para entrar i salir. Acto continuo, rodearon aquella estacada con un foso; i edificaron en el recinto interior ranchos i galpones para el alojamiento de los oficiales i soldados.

La fortaleza quedó con esto terminada.

Lientur experimentó una furia concentrada al observar la fundacion de aquella especie de corral, que se bautizaba con un nombre tan pomposo.

Aquella palizada, defendida por una tropa valerosa, era en su concepto el signo visible de que su patria estaba sometida a los extranjeros, i una caverna de bandidos que venian a alborotar a sus mujeres, a robar sus ganados i a devorar sus cosechas.

En varias ocasiones, procuró incendiar el fuerte; pero todas sus tentativas salieron frustradas.

El comandante de la guarnicion española era don Jerónimo Hernández, militar lleno de años i de experiencia en aquella guerra, el cual mantenia una vijilancia suma para la conservacion de su reducto.

Viendo que no podia hacer nada por sí solo, Lientur comenzó a ausentarse de su habitacion para sondear si los caciques vecinos estarian dispuestos a dar un golpe de mano contra el fuerte, a fin de reducirlo a cenizas i degollar a sus defensores.

VI.

Algunos poetas han solido comparar una selva a un templo de verdura, cuyas columnas son los troncos de los árboles, i cuya techumbre es el follaje de éstos.

El símil puede ser bello, pero es inexacto, si se habla en jeneral.

Con frecuencia una selva es un enredo de árboles i de plantas que parecen trabar competencia para ganarse en elevacion, i de raíces, de troncos i de ramas que se mezclan i confunden en todas direcciones, formando muchas veces un nudo ciego imposible de desatar, i que impide completamente el tránsito, a no ser que se emplee el hacha para cortarlo, o el fuego para destruirlo.

La selva que mediaba entre el nuevo fuerte construido por los españoles, i el terreno donde residia Lientur, era de esta especie.

En lo mas enmarañado de ese laberinto inestricable de vejetacion, que contaba siglos de existencia, se veia cierto dia recostado en la yerba a don Pablo Sandoval, alférez del destacamento que guardaba el fuerte.

¿Qué hacia allí?

Esperaba.

¿A quién?

Vais a saberlo mui luego.

Al cabo de una hora poco mas o ménos, llegó

Rayun al mismo sitio. Venia presurosa; i apénas divisó al alférez, le dió un estrecho abrazo, esa retórica muda, pero espresiva, de la amistad i del amor.

Despues de volver caricia por caricia, don Pablo Sandoval dijo a la mestiza con cariñoso reproche:

—Mucho has tardado.

—Para que yo pudiera acudir a esta cita, he necesitado aguardar a que Lientur saliera a caballo. Sabes que no soi ilbre de mis acciones. A cada instante, estoi temblando de que él descubra nuestro amor.

—Por lo visto, tienes un miedo espantoso a ese bárbaro.

—I con razon. Es un hombre terrible que nos asesinaría sin piedad si sospechara siquiera lo que pasa.

—Te olvidas de que tengo dos brazos fuertes i robustos para defenderte, i armas firmes i certeras, que nunca se apartan de mi lado, para matar, como a un perro, a ese miserable, si osara poner la mano sobre ti.

Los dos jóvenes desecharon pronto el espectro importuno del marido, i se embebieron en su felicidad.

¡Se amaban!

En seguida, hablaron del pasado.

Despues, hablaron del porvenir.

Dulces trasportes.

Dulces recuerdos.

Dulces esperanzas.

¿Cómo se habían conocido?

Una ocasión que Sandoval recorría la campiña, percibió a una joven que estaba sembrando, i quedó deslumbrado por su hermosura.

Era Rayun

Pasó dos, tres, cuatro veces, para verla de nuevo. Se detuvo, por fin, a conversar con ella.

Las visitas i coloquios a cielo raso se repitieron i multiplicaron.

El lector puede coleccionar el resto.

Después de haber rumiado, si es lícito espresarse así, su dicha anterior, los dos enamorados empezaron a formar mil proyectos para lo futuro.

La fantasía tiene una varillita de virtud mas portentosa, que la de las hadas.

Hé aquí la sustancia de sus planes:

Luego que el destacamento dejase el fuerte para ser relevado por otro, Rayun debía abandonar al cacique, hacerse cristiana, venirse con Sandoval a Santiago i casarse con él.

Los dos amantes se hallaban en esta estrofa de su idilio, cuando comenzaron a resonar gruesos goteos en las copas de los árboles.

El cielo se había cubierto de negras i espesas nubes.

La lluvia que principiaba a caer los obligó a separarse.

Cada uno se retiró por su lado,

¿Cómo habian podido penetrar en aquella espesura para construir bajo su follaje el nido de sus amores; i cómo lograban salir de ella sin tropiezo?

Lo ignoro.

Solo sé que los ladrones i los amantes tienen ciencia infusa para saltar las paredes, i escalar los balcones de una casa, i para discurrir por entre las sendas i vericuetos de un bosque, con la facilidad de una culebra.

VII.

Rayun llegó empapada a su habitacion; pero no se atrevió a introducirse en ella ántes de examinar el terreno con la precaucion debida.

Al efecto, se detuvo detras de un matorral, i comenzó a inspeccionar.

La primera mirada que dirigió desde su escondrijo la dejó inmóvil, yerta, aterrada.

Su marido habia llegado ántes que ella.

Lientur estaba sentado en la puerta de la choza.

Tenia una piedra delante de sí, i estaba afilando un cuchillo.

Durante la mañana, el indio habia olfateado la tempestad en el aire, i habia pensado quedarse en el rancho, bebiendo junto al fuego; pero despues habia mudado de resolucion, i se habia puesto en marcha. La lluvia le habia sorprendido en sus correrías, i habia tomado el partido de volverse.

La mestiza creyó que el bárbaro estaba preparando aquella arma para asesinarla i se puso a tiritar en todos sus miembros, i a chocar diente con diente. Sentia que la hoja del acero penetraba aguda, fria, cortante, en sus carnes.

Involuntariamente, cerró los ojos, i casi perdió el sentido.

Sin embargo, se recobró de su desfallecimiento, i tornó a mirar.

No habia duda.

El araucano continuaba impasible afilando su cuchillo en la piedra con tanta calma como un barbero pasa i repasa en el asentador una navaja de afeitar.

Su propósito era evidente.

La muchacha echó a correr despavorida, i se dirigió al fuerte español, atravesando breñas i zarzales, barrancos i pantanos, tropezando, cayendo i levantándose a cada minuto, sin pararse siquiera a respirar.

Miéntas tanto, llovía a torrentes.

VIII.

La pobre mestiza llegó jadeante i medio loca a la puerta del fuerte.

Iba mojada hasta los huesos.

Apénas podia articular una palabra.

Pidió que se le permitiera hablar con el comandante.

El centinela la rechazó al principio con dureza; pero al fin, el cabo de guardia cedió a sus ruegos, dejándola entrar en el recinto.

Apénas estuvo en presencia del jefe español, la jóven se postró a sus plantas, i le dijo con una angustia inespresable:

—¡Salvadme! ¡salvadme!

Don Jerónimo Hernández procuró tranquilizarla; i luego que lo hubo conseguido, le mandó que explicara la causa de su afliccion i el objeto de su solicitud.

La mestiza le espuso su crítica situacion en medio de los sollozos i de las lágrimas:

—Mi marido, dijo, me trata a bofetadas i punta-piés, peor que a esclava. Me obliga a ejecutar trabajos que un caballo no podría soportar. Nunca me he quejado. Pero ahora pretende asesinarme, sin que yo le haya dado motivo alguno para ello. No es posible que me mate. Vos no se lo tolerareis. Sois demasiado bueno para ello. Me debeis amparo i proteccion. Mi madre era chilena. Soi, por consiguiente, compatriota vuestra. Vos no podeis abandonarme en este trance. Dadme un asilo en el fuerte; i estoi dispuesta a hacerme cristiana, i a servir de criada en los menesteres mas repugnantes.

Don Jerónimo Hernández, que no prestó crédito a la narracion de la fujitiva, le contestó sin inmutarse:

—Sé de memoria la fábula que acabas de referir.

La he leído en la historia, i la he oído muchas veces en mi vida. Algunos se han cortado las narices, las orejas i los labios para representar su papel con mas propiedad, i hacer que sus heridas sirvieran de fiadores de su perfidia. Tú eres una espía miserable, i vas a ser castigada como mereces.

El comandante llamó entónces a un sargento i dos soldados, i les impartió la órden de que fusilasen sin tardanza a la mujer.

El terror de Rayun no conoció límites.

Habia escapado al puñal del araucano, para venir a recibir en su pecho las balas de los españoles.

Cuando oyó aquella órden desapiadada, apénas tuvo aliento para arrodillarse en el suelo, i decir al comandante con una voz dolorida:

—No me mateis, porque cometeriais un crimen inútil. Soi inocente del delito que me imputais. No me condeneis sin pruebas, porque estais equivocado. Levantad por lo ménos una informacion para averiguar la verdad. Si teneis desconfianza de mí, encerradme a pan i agua en un calabozo; pero no mandeis que me fusilen. Si esto no os basta todavía, ponedme grillos i mordaza; colocadme en el cepo para que no pueda moverme, ni hablar con nadie; pero (os lo pido de rodillas) no me mateis.

El acento de la infeliz era tan sincero i desgarrador, que Hernández principiό a vacilar.

El alferez don Pablo Sandoval, que habia acudido al rumor, intervino con cautela i disimulo para que su jefe revocara la terrible sentencia.

Despues de alguna discusion, don Jerónimo Hernández dispuso que se colocara a Rayun entre los yanaconas o indios de servicio, i que se le custodiasse con sumo cuidado.

IX.

Una particularidad.

La lluvia de que he hablado anteriormente, duró quince dias consecutivos.

Trascurrieron todavía dos meses mas ántes del desenlace del drama que estoi refiriendo.

Miéntras tanto, Lientur entró en relaciones estrechas con don Jerónimo Hernández.

Le servia al pensamiento, ya como espía, ya como correo, ya como proveedor de víveres.

La primavera habia espulsado el invierno,

Las nubes se habian ido; i con ellas, el agua.

El cielo estaba limpio, azul, hermosísimo, como techo que ha sido pintado por ese artífice supremo llamado Dios.

Un domingo en que el sol iluminaba la tierra con raudales de luz, Lientur se presentó en el recinto del fuerte con una cara alegre i satisfecha.

Los soldados estaban contentos como una pascua. Acá bailaban, allá cantaban, acullá jugaban.

Cuando el araucano entró, uno de ellos estaba entonando la siguiente cancion:

Átame con un cabello
A los bancos de tu cama;
Aunque el cabello se rompa,
Seguro está que me vaya.

El cacique gustó mucho de esta letra, i se la hizo repetir.

En seguida, fué a verse con el comandante.

Despues de haberle saludado, le dijo con la mayor tranquilidad:

—Hace poco meses que una de mis mujeres llamada Rayun se fugó del hogar doméstico: sé que ella se halla en el fuerte; i vengo a reclamarla.

Don Jerónimo Hernández le respondió con franqueza:

—La muchacha se queja de que tú la maltratas i de que quieres asesinarla.

—Es falso lo primero, i mas falso todavía lo segundo; pero suponed que hubiera sido cierto lo uno i lo otro: os empeño mi palabra de que en lo sucesivo, la trataré como corresponde, i de que ella no volverá a quejarse jamas de mi comportamiento. En la actualidad, no la amo, ni tengo celos de ella; pero es preciso que vuelva a mi casa para que el mal ejemplo de su fuga no contamine a mis demas mujeres, que, de otra manera, podrian tener la veleidad de imitarla.

—Hallo justicia en tu peticion, i confio en tu palabra de que procederás con bondad i clemencia, como debes hacerlo.

Dicho esto, el comandante dió órden de que Rayun fuera puesta a disposicion de su marido.

Don Jerónimo Hernández se habia apresurado a acceder a la peticion de Lientur, ya porque creia en las promesas del indio, ya porque deseaba tenerle grato para que continuase prestándole sus servicios, ya porque temia su influencia entre los indije-
nas para la provocacion de un alzamiento jeneral.

En vano la niña lloró i suplicó.

El comandante desatendió sus lágrimas i sus ruegos, mandando que de grado o por fuerza siguiera al cacique.

No hubo escusa ni dilacion que valieran.

X.

Lientur i Rayun salieron del fuerte silenciosos i pensativos.

Miéntras estuvieron en las inmediaciones, ni se miraron, ni se dirijieron la palabra.

Despues de haber andado una distancia considerable, se detuvieron a la falda de una cuesta, que debian atravesar para llegar a su habitacion.

Lientur dijo entónces a Rayun:

—Acabo de oír en el corral de tus amigos una cancion que me ha interesado mucho. Se habla en ella de una mujer que puede atar a un hombre con un cabello. No lo niego. Lo que sí juzgo imposible es que un hombre pueda retener a una mujer, aun

cuando sea amarrándola con una cadena de hierro; porque si la mujer no puede cortar esa cadena, descubrirá sin duda el secreto de limarla.

Rayun murmuró con voz apagada, que costaba trabajo percibir bien:

—Perdóname, i te prometo que no me apartaré nunca de tu lado.

—No mientas inútilmente. La mujer es una yegua chúcara. No hai medios de sujetarla. Estoy cierto de que en la primera ocasión, volverias a escaparte; i a fin de impedirlo, he resuelto amarrarte con una correa que no puedas cortar sino con la vida.

Diciendo esto, el cacique sacó un cuchillo, el mismo que la mestiza habia visto afilar.

Rayun se arrojó a los piés de su marido, diciéndole con un acento que enternecia el alma, i que ablandaba las piedras:

—¡Piedad! ¡piedad! No me mates.

El indio replicó:

—El crimen que has cometido no tiene disculpa, ni admite perdon.

La jóven se puso a gritar con esa fuerza de la desesperacion, que suele comunicar a la garganta de un niño la sonoridad de una campana de alarma:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡Que me matan!

Pero ninguno vino a su defensa.

¿Dónde estaba el alférez don Pablo Sandoval?

¿Dónde estaban esos brazos de soldado, unidos a

un corazón de amante, de que se había jactado?

¿Dónde estaban esas armas tan finas i bien forjadas, de que había hecho alarde?

Palabras.

Viento.

Nada.

El membrudo i fornido atleta tendió en tierra a la mestiza, le despedazó el vestido i le hizo en el vientre una incision suficiente para sacarle una tripa.

En seguida, la puso de nuevo en pié, la azotó con unas varillas de bejuco o mimbre i la obligó a caminar, tirándola por aquel abominable cabestro.

La desventurada alcanzó a dar algunos pasos; pero al fin cayó exánime, habiendo arrojado por la herida el espantoso parto de todas sus entrañas e intestinos.

Lientur se detuvo un rato a contemplar el cadáver de Rayun, cuyo rostro permanecía seductor a pesar de la muerte, como la flor recién cortada de su tallo conserva durante algunas horas su belleza.

Se puso, en seguida, a mirar la horrible i repugnante madeja de tripas que se desprendía del ensangrentado vientre, i que se estendía por la tierra.

Después de haberse complacido en su obra, el araucano prosiguió impassible su camino.

INDICE.

	<u>Páginas.</u>
Un mártir.....	1
La mujer de Hernan Cortes.....	45
Los hijos de Hernan Cortes.....	73
La inundacion de Santiago de Guatemala.....	107
Un pacto con el diablo	137
La rebelion de las alcabalas en Quito.....	167
Una fiesta de Corpus-Christi.....	197
El cacique Michimalonco... ..	218
La sorpresa de Curalava.....	257
El tejeje	287
Un fuerte español en el territorio araucano....	305
El cautiverio feliz.....	333
Por ser cristiano.....	359
La justicia de antaño	371
La venganza de un bárbaro.....	383
